

Aki Shimazaki

El corazón de Yamato



Lumen

El corazón de Yamato

Aki Shimazaki

Traducción del francés de
Alan Pauls

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@lumeneditorial



@siguelumen



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Mitsuba

Estoy yendo hacia la empresa Goshima.

Son las siete y media de la mañana. Bostezo. Anoche regresé de un viaje de negocios a Singapur y todavía me noto cansado.

Pasé allí dos semanas haciendo un estudio de mercado: nuestra empresa piensa vender un nuevo modelo de climatizador de la firma S. Trabajé en colaboración con el jefe adjunto de nuestra sucursal, un chino. El estudio progresó sin problemas gracias al buen conocimiento que tiene del mercado de su país. Conversamos en mandarín, y nos llevamos muy bien. Él y su mujer me invitaron a comer a su casa, y él mismo se encargó de preparar la cena. Le gustan los deportes y jugamos al tenis.

Allí me confiaron otra tarea, completamente inesperada: hacer de guía para el presidente del banco Sumida. Es una persona de suma importancia para nuestra empresa, que no habría podido sobrevivir sin su apoyo durante la crisis del petróleo de 1973. Como nuestra sede central en Tokio me comunicó la orden de la misión en el último momento, no tuve tiempo de pensar adónde llevar al señor Sumida. De modo que le pedí al jefe adjunto chino que me acompañara. Nos pasamos todo un día enseñándole la ciudad de Singapur.

El señor Sumida había ido a visitar una empresa china que quería financiar. Me contó lo mucho que Japón debía a los comerciantes chinos de allí; durante la posguerra habían comprado los productos japoneses que los occidentales despreciaban. Es un hombre bastante franco. Llegó incluso a hablarme de su único hijo, que no quiere casarse aunque ya esté promediando la treintena. En

realidad, acompañar a semejante personaje me resultaba mucho más pesado que el estudio de mercado mismo, pues había que cuidarse de no ofenderlo. Todo eso me puso los nervios de punta. Como sea, el *atendo*[1] también es una tarea muy importante para los *shōsha-man*, y yo di lo mejor de mí.

Miro el edificio Goshima, que reluce bajo el sol matinal.

Ubicado en medio de un hermoso barrio de Tokio, destaca por la modernidad y la altura de sus veinte pisos. Miles de empleados fieles trabajan allí montando una red de información gigantesca. Es una *sōgō-shōsha* muy conocida en todo el mundo, que trabaja sobre todo con productos eléctricos y petroleros. En los años sesenta progresó notablemente. Hoy tiene sucursales en los cuatro puntos del planeta.

Yo entré a la compañía en 1974, hace siete años. Ahora ya soy un *shōsha-man* a todos los efectos. Es una profesión exigente, pero estoy contento de mi decisión. El dinamismo incomparable de la *sōgō-shōsha* sigue resultándome apasionante. Además, me enorgullece pertenecer a una de las principales empresas que sostienen gran parte de la economía japonesa. Pienso seguir en ella hasta que me jubile.

El sol de marzo derrama su luz con suavidad. «¡Qué buen tiempo!» Me desperezo y bostezo. En la solapa de mi chaqueta brilla la insignia de nuestra compañía. La gente que repara en ella me mira con respeto o envidia. Contemplo el cielo límpido y pienso en mi padre, que murió hace ya once años. Ojalá pudiera hablarle de mi trabajo. Estoy seguro de que estaría orgulloso de mí.

Tengo casi treinta años y las cosas me van muy bien, salvo por el hecho de que todavía no tengo una novia con la que formar una familia. Mis parientes cercanos y la gente de la empresa intentan presentarme a chicas núbiles. El señor Toda, uno de mis superiores, me ofreció un día que conociera a una chica recomendada por su mujer, que es maestra de ceremonia del té. Otra vez, Nobu, uno de mis colegas, casi me arregla un encuentro con una chica. Como no tengo ningún interés en ese tipo de matrimonio concertado, no acepté las propuestas. Sin embargo, Nobu insistió tanto que terminé enojándome:

—Es una gentileza que no necesito. Sabes bien que no quiero casarme por *miai*. De modo que no tengo la menor intención de verme con esa chica ni con ninguna otra.

—Qué lástima —dijo Nobu, decepcionado—. Sería perfecta para ti.

En realidad, hay una chica que me gusta mucho. Es recepcionista en nuestra empresa. Se llama Yūko Tanase. A veces me la encuentro en un café. Me doy cuenta de que durante mi viaje a Singapur pensé sin cesar en ella: en el avión, en el hotel, en el restaurante, en el taxi... Dondequiera que fuera, deseaba que estuviera a mi lado, sobre todo cuando miraba el cielo en una noche hermosa.

Yūko nació en Kobe. En Tokio vive con sus padres. Tiene un hermano de mi edad, ya casado. Su padre es jefe de una sucursal de una empresa especializada en fibras sintéticas que está financiada por el banco Sumida, como la nuestra.

La primera vez que hablé con Yūko fue en la academia Kanda, una escuela

de lenguas extranjeras donde yo estudiaba francés una vez por semana. En octubre pasado me crucé en el pasillo con una muchacha de nuestra empresa. Era ella. Yo solo la conocía de vista. Por esa época Yūko trabajaba en la oficina del departamento de asuntos corporativos. Me reconoció y me sonrió con distinción. Hablamos unos minutos y me enteré de que también hacía un curso de francés de nivel medio. Enseguida me gustó su manera de hablar. Su voz era suave y clara, y su japonés tan distinguido como su sonrisa. Me pareció que era una chica bien educada.

Esa noche la invité al café después de nuestras clases, que terminaban al mismo tiempo. Caminábamos por una callejuela que llevaba a la estación de metro y nos detuvimos frente a un café llamado Torēhuru. Las letras estaban escritas en *katakana*, verticalmente, sobre un rótulo con los bordes verde.

—¿Torēhuru? ¡Qué nombre tan extraño! —exclamé.

—Creo que viene de una palabra de origen francés, *trèfle*, trébol —me dijo Yūko. Tenía razón. El café estaba en el primer piso—. ¡Vamos, señor Aoki! —Y se puso a subir la escalera sin esperar mi respuesta.

La decoración no tenía nada que ver con el término de origen francés. No había más que algunas plantas verdes. Era un café como cualquier otro.

Decepcionada, Yūko murmuró:

—Me siento engañada, pues el trébol es el símbolo de la promesa...

Sin embargo, la joven camarera que atendía el local nos recibió con amabilidad, y eso nos gustó. Nos instalamos en una mesa cerca de la ventana, al fondo del salón.

Esa misma noche me enteré de que Yūko planeaba un viaje de tres meses a Montreal, donde ya había estado durante los Juegos Olímpicos de 1976. Le pregunté cómo se las arreglaría para tomarse unas vacaciones tan largas. Me respondió con franqueza:

—¡Antes de viajar dejaré la empresa, por supuesto!

En efecto, ya había presentado su renuncia, cuya fecha se había fijado para el 17 de marzo del año siguiente.

—¡Menuda vida! Me gustaría ser mujer. La vida sería más fácil —la provoqué.

—¡A usted le queda mucho que aprender sobre las mujeres, señor Aoki! —dijo fingiéndose enfadada. En realidad, era una persona muy activa: además de francés, estudiaba inglés e ikebana después del trabajo, y los fines de semana enseñaba *koto* en casa de sus padres—. El 17 de marzo, además, es mi cumpleaños —añadió sonriendo.

Desde entonces solemos ir al café Torēhuru cuando acabamos las clases en la academia Kanda.

Yūko es popular entre los solteros, sobre todo desde que la destinaron a la recepción, hace ya un mes. En realidad, está sustituyendo a una recepcionista recientemente hospitalizada. Dicen que muchos hombres intentan invitarla a salir, le dejan mensajes escritos en el buzón de encuestas-cuestionarios que hay en el mostrador de la recepción. Una vez, los empleados nuevos la eligieron como la mujer ideal. Por desgracia, ella no quiere casarse con un *shōsha-man*. Cuando le pregunté por qué, me contestó con un sarcasmo:

—¡Los *shōsha-man* ya están casados con la empresa!

En el trabajo, en todo caso, no hablo con nadie de nuestra cita en el café, no quisiera despertar celos en mis colegas.

Yūko no solo es guapa, también sus modales son encantadores. He notado que respeta la lengua japonesa y las artes tradicionales. Hablar con ella es muy agradable. Cada vez que nos vemos, su curiosidad, su espíritu de iniciativa y sus dotes para las lenguas extranjeras me atraen más y más. Realmente creo que es una mujer ideal para un *shōsha-man*. Podría ser una buena diplomática en la vida privada. Pero entiendo muy bien sus sentimientos

negativos para con los *shōsha-man*. Por eso no me atrevo todavía a considerar la posibilidad de un «futuro» juntos.

Observo el calendario que hay sobre mi escritorio. Es jueves 4 de marzo. Mi mirada se queda clavada en el día 17, rodeado de rojo. Es el cumpleaños de Yūko. Y es también el día en que dejará oficialmente la empresa. Por lo general, las chicas renuncian para casarse, pero ese no es su caso, pues quiere viajar al extranjero. Me pregunto qué hará cuando regrese.

Estoy redactando mi informe sobre el mercado de Singapur, que debo terminar a lo largo de la jornada. Miro el reloj: la una menos cuarto de la tarde. A las dos debo asistir a una reunión de mi departamento. Me preparo para ir a comer a un restaurante cercano.

Mientras despejo el escritorio de papeles, vuelvo a mirar el calendario. Me doy cuenta de que no he programado nada para mañana por la noche, lo cual es raro. Pienso en Yūko. Debido a mi viaje de negocios a Singapur falté dos veces a mi curso de francés y tampoco acudí al café Torēhuru, donde suelo verla. Como no puedo esperar al próximo encuentro del martes, decido invitarla a cenar mañana. Después del trabajo suele estar ocupada todos los días, pero ojalá esté libre y acepte mi primera invitación en un sitio diferente al café.

Voy a la planta baja, donde se encuentra la recepción.

«¡Está ahí, sola!» Siempre hay dos recepcionistas, pero la otra debe de haberse tomado la pausa del mediodía. En el mostrador, reparo en un jarrón de ikebana con flores de ciruelo elegantemente dispuestas. Yūko me ve y sonrío.

Por desgracia, también tiene que atender a un visitante que acaba de llegar. Por un instante, me quedo delante del ascensor.

El visitante se pone a charlar con Yūko. Lleva un traje elegante. ¿Quién será? Con curiosidad, echo un vistazo a su rostro, tan distinguido como su atuendo. Rondará la treintena. Me acerco. Oigo que Yūko le explica cómo ir a la oficina del presidente-director general. Parece alguien importante. El hombre tarda en despedirse de ella.

—¡Ha llegado la primavera! —exclama de repente—. Las flores de ciruelo liberan su perfume. —Mira el ikebana. Yūko sonríe. Él pregunta—: ¿Quién ha hecho este arreglo floral?

—Yo.

—¿De veras? ¡Es muy refinado!

—Gracias, señor.

—A propósito...

Tengo la impresión de que alarga la charla. Renuncio a esperar mi turno y voy al extremo del mostrador donde está el buzón de las encuestas. Escribo mi mensaje en un espacio en blanco del cuestionario:

¿Puedes encontrarte conmigo mañana a las siete de la tarde en el café Mitsuba? ¿Y si luego cenamos en algún sitio?

Lo meto en el buzón y me voy, esperando que lo abra ella misma.

Voy a un pequeño restaurante del barrio, uno de mis preferidos, que sirve buenos menús japoneses a precios razonables. Siempre que vuelvo de un viaje al extranjero, acudo allí. Como está un poco apartado de la avenida, los empleados de nuestra empresa no lo frecuentan demasiado.

Así que me sorprende encontrarme allí con Nobu. De hecho, no había vuelto a hablar con él desde que quiso presentarme a una chica. Está solo en la mesa del fondo. Apenas me ve, me hace señas para que me acerque.

—¡Hola, Nobu!

—Acabo de llegar. Si quieres, podemos comer juntos.

Acepto su invitación. Al sentarme frente a él advierto que no lleva la insignia de Goshima.

Nobu es un sobrenombre, en realidad se llama Nobuhiko Tsunoda. Somos de la misma promoción. Él trabaja en el departamento de personal, se encarga de contratar estudiantes. Me acuerdo de que es natural de Kobe, como Yūko. Es cristiano. Está casado y tiene dos niños, el segundo nació hace poco. Su mujer es enfermera. Se conocieron en el club de lectura de la Biblia que organiza su congregación.

—¿Qué hay de nuevo? —le pregunto.

—Ahora me encargo de los estudiantes en prácticas. Hay dos: uno trabaja en nuestra sede central y el otro en la sucursal de Osaka.

Una camarera viene a apuntar el pedido. Nobu elige el menú tempura y yo el menú sushi. Sigue hablando de los becarios, en especial el de Osaka, que

parece más divertido que el otro. Luego me pregunta por mi viaje a Singapur. Le resumo mi estancia haciendo hincapié en la presencia del presidente del banco Sumida, de quien tuve que ocuparme. Me escucha distraído. Decido cambiar de tema:

—¿Cómo está tu mujer?

—Bien, gracias —contesta con aire satisfecho.

Me muestra unas fotos en las que se la ve con el recién nacido en brazos. El bebé está bostezando. Mi mirada se fija en la sonrisa de su mujer. Por un segundo pienso en Yūko.

—Los niños dan mucho trabajo —dice—. Por suerte, estoy en el departamento administrativo y no tengo necesidad de viajar ni de vivir en el extranjero.

—Claro —murmuro.

Lo consideran un *aisaika*. Desde que se casó vuelve a su casa directamente desde la oficina, mientras que la mayoría de nosotros frecuenta bares o restaurantes hasta bien entrada la noche. No juega al golf ni al majong. Es evidente que eso lo aísla de sus colegas. Aunque es eficiente con sus asuntos, su actitud distante, por lo que he oído, no le ha hecho ganarse el aprecio de su superior. Por otra parte, a ese mismo superior no le gusta que Nobu sea cristiano. En realidad, la palabra *aisaika* se usa para ironizar sobre alguien como Nobu, que está poco interesado en progresar profesionalmente.

La camarera nos trae los platos. Mientras se guarda las fotos en el bolsillo, Nobu me pregunta:

—¿Por qué no te casas?

—Me gustaría mucho, pero no es fácil encontrar a una chica capaz de soportar la vida de un *shōsha-man* como yo. Tendría que entender la naturaleza de mi oficio, ser sociable y hablar al menos inglés para vivir en el extranjero.

—¡Por eso solo hay una chica perfecta para ti! —exclama, serio.

—Ya empezamos... Te repito que no me gusta el *miai*.

—No seas tan terco, Takashi. De verdad que es una buena chica. Tú también la conoces.

¿La conozco? Reflexiono. Aunque no tenga ninguna intención de aceptar la propuesta, pregunto con curiosidad:

—¿Quién es?

—¡La señorita Yūko Tanase! —contesta esbozando una gran sonrisa—. ¡La recepcionista!

—¿Cómo?

Estoy molesto. «¡De modo que Nobu quería presentarme a Yūko!» No sé qué decir. Estoy seguro de que él no está al tanto de nuestros encuentros en el café.

—Es una buena opción, ¿no crees? —insiste.

—Sí... —tartamudeo—, pero todos los solteros de la empresa sueñan con ello.

No me hace caso y se come con ganas su tempura de quisquillas grises.

—A decir verdad —continúa—, conozco a su familia desde hace años.

—¿Y eso? —digo, sorprendido.

Nobu me explica que en Kobe eran vecinos y que él era amigo del hermano de Yūko. Cuando Nobu contaba dieciséis años, sus vecinos se mudaron a Tokio. Yūko tenía en aquella época diez. Ahora, como él también vive en Tokio, mantiene el contacto con la familia Tanase, sobre todo con el hermano de Yūko. Fue Nobu, de hecho, quien le recomendó a ella que entrara en Goshima. Cuando el padre de Yūko le preguntó si conocía a alguien que fuera ideal para su hija, Nobu pensó en mí. Por desgracia, dijo, rechacé su propuesta de conocerla. Como sigo mudo, me provoca:

—Creo que Yūko y tú haríais muy buena pareja. ¡Piénsalo bien, Takashi!

Nos despedimos delante del restaurante, pues Nobu debe comprar un periódico. Son las dos menos diez. Me apresuro, la reunión de mi departamento está a punto de empezar.

Mientras camino, pienso en el mensaje que le dejé hace un rato a Yūko. Me gustaría que aceptara mi invitación para declararle mis sentimientos. Ahora es a Nobu a quien le estoy agradecido, pues me alienta a casarme con ella. No le he hablado de nuestros encuentros en el café, pero si mañana por la noche todo sale bien, muy pronto lo pondré al tanto.

Abro la puerta de entrada. En la recepción, Yūko está hablando por teléfono. Su colega, la otra recepcionista, charla con dos muchachos. Al acercarme reconozco un acento de Kansai. Debe de ser el del becario de Osaka, el que Nobu me ha mencionado en el restaurante. Yūko cuelga y me saluda con gentileza:

—Buenos días, señor Aoki.

Por un momento, los hombres me miran y se inclinan levemente. La colega de Yūko les indica que suban en ascensor al tercer piso, donde está la oficina de personal. Mirándome con dulzura, Yūko me pregunta:

—¿Fue bien la misión de Singapur?

—Sí, muy bien.

Se levanta y dice con discreción:

—Un mensaje para usted, señor Aoki.

Con aire elocuente, me tiende un papel en el que está escrito:

De acuerdo. Mañana por la noche, a las siete, en el café Mitsuba.

Me siento entusiasmado. «¡Ha aceptado!» Me esfuerzo por mantener la calma.

—¡Gracias, señorita Tanase!

Me meto el papel en el bolsillo de la camisa y me encamino a los ascensores. Los dos hombres me siguen.

—Es guapa, ¿no? —cuchichea uno de ellos detrás de mí.

—¿Cuál de ellas?

—¡La señorita Tanase, por supuesto! Qué modales tan distinguidos...

—En efecto. ¿Cómo se llama?

—Yūko. Es bonito, ¿no?

—Dios mío... ¡Ya te has enamorado de ella!

El corazón me da un vuelco.

—A propósito —prosigue—, me he enterado de que nació en Kobe.

—¡Claro! ¡Ahora se entiende por qué es tan encantadora! ¡Me gustan las chicas de Kobe!

Nunca he estado en esa ciudad marítima conocida por sus paisajes nocturnos, sus barrios elegantes, su *Kobe-beef*, etcétera. Espero ir con Yūko algún día.

Se abre la puerta de un ascensor. Entro y los dos becarios me siguen. Me sitúo en el fondo y miro al que sigue hablando de Yūko. Lleva una corbata verde oscuro que llama mi atención, porque el color me recuerda al del trébol. Saco la nota que Yūko me ha dado y observo la palabra «Mitsuba». Es la primera vez que usamos esa palabra en lugar del verdadero nombre del café, Torēhuru. Las palabras de Nobu, «¡Es una chica perfecta para ti!», dan vueltas en mi cabeza. Sonrío.

Cuando llego a la oficina, el jefe de sección me dice que vaya enseguida a ver al señor Toda, jefe del departamento de asuntos extranjeros. Agrega que puedo llegar tarde a la reunión, que empezará dentro de unos minutos. Le pregunto de qué se trata, pero él se limita a contestar:

—¡Espero que sean buenas noticias para ti!

El señor Toda me recibe con una gran sonrisa y me invita a sentarme en el sillón. No entiendo qué sucede.

—¿Disfrutaste acompañando al señor Sumida por Singapur? —me pregunta.

—¿Perdón? —Reflexiono un instante—: ¡Fue usted quien me asignó la misión!

Estalla en una carcajada franca.

—¡Exactamente, amigo mío!

Está de buen humor. Con curiosidad, lo observo sentarse frente a mí.

—Esta mañana hemos recibido la visita del hijo del señor Sumida —dice con cautela.

«¿El hijo del señor Sumida?» Debe de tratarse del hombre que he visto en la recepción poco antes de salir a comer, el que pedía a Yūko la dirección de la oficina del presidente-director general. Pero no entiendo qué relación puede haber entre él y yo. El señor Toda prosigue:

—Ha venido en nombre de su padre a agradecer los servicios que le brindó la sucursal, en especial tu compañía.

—¿De veras?

—Sí. Según él, su padre se ha alegrado mucho de haber conocido a un joven como tú, que habla chino y es tan bien recibido en Singapur.

—¡Entonces mi misión fue todo un éxito! —exclamo.

—¡Por supuesto!

Muy contento, el señor Toda me pregunta sobre el tiempo pasado con esa persona que es tan importante para nuestra empresa. Al responderle, hago hincapié en que si pude proporcionarle al presidente una buena información sobre la ciudad fue gracias al jefe adjunto chino. El señor Toda escucha con aire satisfecho. Cuando me interrumpo, me pregunta:

—A propósito, ¿haces progresos con el francés?

—Sí, bastantes —contesto, sin saber por qué me hace semejante pregunta, que no tiene nada que ver con mi misión en Singapur.

Llevo cinco años estudiándolo. Debido a mis viajes de negocios, no puedo asistir regularmente a la academia Kanda, pero puedo encargarme de los clientes franceses que acuden a nuestra firma y no entienden japonés ni inglés.

Siempre de buen humor, el señor Toda continúa:

—Escucha, querido amigo. De cara a la próxima redistribución del personal están pensando en enviarte tres años a la filial de París. Aún es una noticia extraoficial. La decisión final se anunciará el 17 de este mes.

—¡Qué honor! —exclamo emocionado.

Es una noticia completamente inesperada, como la orden que recibí en el último momento en Singapur. Esta vez, sin embargo, me alegro mucho de saberlo. Quería vivir en París al menos por un tiempo.

El señor Toda se pone a hablar de la filial, que ahora es un ente con personalidad jurídica, la mitad de cuyos empleados son franceses. Básicamente venden productos electrónicos, como en la de Singapur. Señala que aunque solo representa el cinco por ciento de nuestros beneficios, es la sucursal más importante después de la de Düsseldorf; en efecto, nuestra

empresa desea ampliar sus mercados en Europa con tanta fuerza como en Asia y Estados Unidos. Y mi puesto, dice sonriendo, será el de subjefe de sección. Buen motivo para estar entusiasta.

—¡Qué suerte! ¡Qué ganas de ir!

Añade que el señor Sumida viaja con regularidad a París, donde hay una sucursal del banco y donde vive su hija, casada con un biólogo que trabaja como investigador en la Universidad de París. En esos casos, como es natural, visita nuestra sucursal, donde se ocupan de atenderlo cuando es necesario.

—Se te abrirá un horizonte nuevo —dice el señor Toda—, pero creemos que te las apañarás bien, como siempre. Eres una de las promesas de nuestra empresa. ¡Buena suerte!

Me siento tan halagado que no sé qué decir. Me repite la fecha en que se comunicará la decisión final sobre mi traslado: el 17 de marzo. ¡El mismo día en que Yūko dejará el trabajo! Faltan solo trece días. Tengo sentimientos confusos. Deseo con todas mis fuerzas que acepte mi petición de matrimonio.

Precisamente, el señor Toda me dice:

—Sería ideal que te casaras. Ya sabes que en la sociedad occidental las personas se mueven en pareja.

Guardo silencio, pensando siempre en Yūko.

—¿Ya has pensado en alguien? —me pregunta.

—No, pero... —murmuro.

—¡Yo podría arreglarte un *miai*! —añade de inmediato—. Como sabes, mi mujer es maestra en la ceremonia del té y entre sus alumnas hay varias chicas núbiles.

—Le agradezco su interés, pero sigo sin sentirme cómodo con la idea del *miai*.

—Ah, bueno... —No insiste, pero me pincha—: ¡Tal vez termines casándote con una francesa!

En el momento en que salgo de su oficina, el señor Toda me mira con aire conmovido.

—Si viviera, tu padre sería feliz.

Hago una profunda reverencia. Dentro de tres meses cumplirá sesenta años y se jubilará. Contengo las lágrimas al pensar que ya no estará aquí cuando yo vuelva de París.

En realidad, mi padre también fue un *shōsha-man* en Goshima. Nunca se lo he contado a mis colegas, y no sé si alguien como Nobu, que trabaja en el departamento de personal, está al tanto. En cuanto a Yūko, solo le dije que murió de una enfermedad hace once años.

La desgracia acaeció durante un viaje de negocios en Londres. Cuando salía de un restaurante, cayó fulminado a causa de un ataque cardíaco. Murió al instante. La noticia nos conmocionó a todos: a mi abuelo, mi madre, mi hermana menor y yo. Mi padre apenas tenía cuarenta y cinco años. Yo estaba en el último año del instituto, y mi hermana, en primero de secundaria.

El día del funeral recibimos una postal de mi padre. Raras veces nos escribía cuando viajaba. Mi madre me dijo que quizá había tenido una premonición. El sello llevaba la fecha de la mañana en que murió.

Son las diez de la noche. Estoy en un hotel en Düsseldorf, en Alemania. Mañana por la mañana, temprano, debo partir hacia Londres. Estoy cansado, ahora voy a acostarme. Pero sigo sufriendo insomnio y no podré dormirme enseguida... En un quiosco de la estación he visto unas bonitas postales. He comprado algunas para escribiros...

En el funeral me encontré con el señor Toda, entonces jefe adjunto del departamento de asuntos extranjeros. Me presentó sus sinceras condolencias y dijo lo agradecida que estaba la empresa con mi padre.

—Dio su vida no solo por nosotros, sino también por nuestra nación.

Trabajó con todas sus fuerzas, en particular durante el difícil período de la posguerra. Siempre se entregaba en cuerpo y alma por el futuro de Japón.

El señor Toda añadió que la empresa me contrataría con gusto cuando acabara mis estudios universitarios, si yo lo deseaba.

Mi madre no pudo cobrar el dinero del seguro por accidentes de trabajo, pero recibió de la firma una suma equivalente a la indemnización por despido prevista por mi padre. Me dijo que con ese dinero yo podría ir a la universidad estatal, mucho menos cara que una privada. Ella misma empezó a trabajar en una empresa de alimentos como empleada de la limpieza. Aunque en Goshima le habían ofrecido un puesto, y esta oferta fuera mucho mejor que la otra, lo rechazó sin dudar. Pese a la desgracia de mi padre, yo estaba impresionado por las atenciones que la empresa dispensaba a la familia de un difunto.

Me tomé muy en serio la propuesta del señor Toda de entrar en Goshima. Pero no quería que me contrataran por mi padre. De modo que decidí estudiar economía en la universidad y lenguas extranjeras en una escuela privada. Ajenos a mis planes, mi madre y mi abuelo estaban contentos de verme estudiar con tesón para el examen de ingreso de la universidad que había elegido.

Durante mi cuarto año en la universidad mi abuelo murió de un cáncer de estómago. Fue una muerte bastante repentina, y por un tiempo me quedé desorientado. Él siempre había velado por nosotros, y había estado junto a mi hermana y junto a mí. Cuando nuestro padre se ausentaba, se ocupaba de nosotros en su lugar. Su presencia nos era preciosa. Entonces pasé a ser el único hombre de la familia, me sentía responsable de mi hermana y mi madre. Las ayudé cuanto pude hasta que terminé mis estudios.

En 1974 me presenté al examen de ingreso en Goshima, que seguía siendo una de las empresas más conocidas entre los estudiantes que querían

convertirse en *shōsha-man*. Solicité un puesto de representante de ventas. En aquel tiempo, el señor Toda era ya jefe del departamento de asuntos extranjeros. Fue el año siguiente a la crisis del petróleo. Como la mayoría de las empresas ya habían reducido el número de nuevas contrataciones, la competencia fue muy dura. Muchos de los aspirantes que se presentaron no tuvieron suerte.

En la entrevista, el director de personal valoró mis excelentes calificaciones y mi aptitud para hablar dos lenguas extranjeras: inglés y mandarín. También reparó en mi personalidad enérgica. Yo había jugado al tenis en el instituto y había ganado una vez un campeonato regional. Y en la universidad seguí practicando ese deporte como afición.

Más tarde, el señor Toda me contó que yo ocupaba el primer lugar entre los candidatos finales.

—¡Qué orgulloso estaría tu padre de ti! —me repitió.

Mi madre, sin embargo, parecía molesta por el hecho de que fuera un *shōsha-man* en la misma empresa que mi padre. Pero varios miembros de la familia Aoki trabajaban allí desde hacía mucho, y eso me enorgullecía.

Por fin, hacia las nueve de la noche termino el informe sobre el estudio de mercado en Singapur. Llamo por teléfono a mi madre, que me pregunta:

—¡Ah, Takashi! ¿Dónde estás?

—En la oficina. Tengo mucha hambre. Tomo un taxi y llego dentro de media hora —contesto.

Mi madre vive sola desde el año pasado, cuando mi hermana menor se casó. Sigue trabajando en la misma empresa alimentaria. Lleva una vida modesta. Ya no viaja. No entiendo por qué no aceptó el empleo en nuestra empresa, mejor pagado y con más ventajas. Pero admito que me habría molestado entrar en la empresa si mi madre trabajara en ella.

Me ha preparado una cena caliente. Como sentado a la mesa de la cocina, mientras escucho las noticias de mi hermana menor, que está embarazada de tres meses. Cuando termino, abordo el tema de mi traslado.

—¿A París? —Me mira con estupefacción y me pregunta—: ¿Cuántos años te quedarás? ¿Más de uno?

—Tres.

—¡Tres años! ¡Es mucho! —exclama.

—Te invitaré a ir.

—¿Cuándo te marchas?

—En cuanto consiga el visado.

Le explico brevemente mi misión.

—¿Semejante ascenso a tu edad? ¿No es un poco pronto para que te

asciendan? —dice con expresión preocupada.

—Los tiempos han cambiado, mamá. Los ascensos no siempre son por orden de antigüedad. Cada vez tenemos más relaciones comerciales con el extranjero. Es lógico que la empresa promueva a gente como yo, capaz de negociar con clientes en un idioma extranjero.

—Ve con cuidado para no despertar la antipatía o los celos de tus colegas.

—Lo sé.

Después le cuento lo que hice en Singapur más allá del estudio de mercado: acompañar al presidente del banco Sumida, algo que a este le gustó mucho. Mi madre me escucha, curiosa. Sabe que esa persona es importante, pues mi padre ya le hablaba de él. Por otro lado, mi tío, el hermano menor de mi padre, trabaja en ese gran banco. Lo ha oído hablar de la familia Sumida. Sin embargo, cuando se entera de que fue el señor Toda quien me confió esa misión, su rostro se ensombrece.

—Siempre el señor Toda... —murmura.

Hago hincapié en que la gente sabe que el señor Toda me dispensa un trato privilegiado, pero que yo no lo adulo ni busco su ayuda. Sin duda se compadece de mí porque no tengo padre. Pero es evidente que la empresa me eligió en pie de igualdad con los demás y que valora mi competencia, sobre todo mi capacidad para hablar tres lenguas extranjeras. Mi madre me escucha sin decir nada y luego pregunta bruscamente:

—¿Piensas seguir soltero?

El corazón me da un vuelco. Es raro que mi madre me haga preguntas tan directas sobre el matrimonio. A diferencia de los padres de mis amigos, siempre es discreta en ese tema.

—¡Por supuesto que no! —contesto con la imagen de Yūko en mi mente.

—Entonces, ¿tienes relaciones con alguien?

No sé qué responder. Sin decir su nombre, menciono mi reencuentro con

Yūko en la academia Kanda.

—¿Cómo es ella? —pregunta vacilando.

Miro su rostro severo.

Mi madre no es como Yūko, que está interesada en irse al extranjero. Me acuerdo de la época en que vivíamos en Helena, en Estados Unidos. Yo tenía ocho años y mi hermana tres. Mi madre solía recibir invitaciones de vecinas muy simpáticas, pero como era demasiado tímida era incapaz de aceptarlas. No entendía bien el inglés y hasta tenía miedo de contestar al teléfono. Poco a poco empezó a sufrir una neurosis. Al cabo de dos años regresamos a Japón sin mi padre, que debía quedarse allí dos años más. Después de aquella amarga experiencia, teme que yo elija a alguien como ella.

—No te preocupes, mamá. Es una chica abierta. Además, habla inglés y francés. Es maestra de *koto*.

—¿En serio?

Sigo hablando de Yūko, y cuando se ha hecho una idea más precisa de su personalidad, su expresión se suaviza.

—Parece una chica con personalidad.

—Mañana por la noche pienso proponerle matrimonio —confieso aliviado. Se emociona, los ojos le brillan de alegría.

—¿Mañana por la noche? Espero que me des una buena noticia. Estoy ansiosa por conocerla.

Al día siguiente estoy muy inquieto. En el trabajo pienso todo el tiempo en la cita de esa noche con Yūko. Es viernes 5 de marzo. Si acepta mi propuesta de matrimonio, el 17 podremos celebrar juntos su cumpleaños. Pero sigo preguntándome cómo abordar un tema tan delicado, sabiendo que no piensa casarse con un *shōsha-man*.

Paso toda la jornada ocupado. Por fin, hacia las seis y cuarenta salgo de la oficina declinando de plano todas las invitaciones a beber, incluso la del señor Toda. No me siento a gusto. En efecto, es la primera vez que actúo de ese modo.

Cuando llego al café Mitsuba ya son las siete y diez.

La joven camarera de siempre me recibe sonriendo.

—Su amiga está esperándolo.

Sigue hablando de manera agradable. Según Yūko, que charla a menudo con ella, esta estudiante es sobrina del propietario. Sus padres murieron en un accidente de coche cuando ella muy joven. Cada vez que la veo, recuerdo el momento en que murió mi padre.

Busco a Yūko con la mirada. «¡Ah, allí está!» Lee un libro sentada a una mesa junto a la ventana. Veo su abrigo de primavera y color naranja colgado del perchero. Apenas levanta la cabeza, me ve y sonrío.

—Lo siento —digo un poco nervioso—, el señor Toda me llamó justo cuando salía de la oficina. Quería invitarme a comer tempura.

—¿Cómo se atreve a rechazar semejante invitación? —replica con

expresión sorprendida—. ¡Es jefe de departamento!

Me trata todo el tiempo de usted, como si estuviéramos en el trabajo. También es por mi edad, tengo seis años más que ella. Me siento. Ella guarda el libro en su bolso. Echo un vistazo a la portada; se titula *Quebec* y en la portada hay una gran iglesia. Es una guía turística.

—Le he dicho al señor Toda que esta noche tenía que hacer un examen de francés muy importante.

—¡Vaya mentira! —exclama ella—. Podría haberme llamado para cancelar la cita. Conozco muy bien el mundo de los empleados, que es el de mi padre y mi hermano.

No parece que hable del todo en serio. Tiene razón. Ir a beber después del trabajo es una costumbre que no puede pasarse por alto. Si uno quiere permanecer en la misma empresa, hay que aceptarla como un mal necesario, pues en la sociedad japonesa es una obligación que rige las relaciones humanas. Francamente, no comprendo el comportamiento de Nobu. Sonríe con amargura.

—Gracias por el consejo, pero no te preocupes. El señor Toda lo ha entendido, fue él quien me alentó a aprender francés. Así que aquí estoy, frente a mi profesora Tanase.

Pone cara de estupor.

—¡Qué descaro! Encima se aprovecha de mí, ¡lo que es aún peor!

Me echo a reír. La camarera nos trae dos cafés, como de costumbre. Yūko habla un poco con ella. La chica le cuenta que la han aceptado en la universidad que había elegido como primera opción. Yūko la felicita. Yo las oigo hablar con placer. Cuando la chica se aleja, Yūko me pregunta, imitando a un profesor severo:

—Bien, señor Aoki, cuénteme cómo fueron sus dos semanas en Singapur.

—Con sumo gusto, señora Tanase. El estudio de mercado me tuvo ocupado

todos los días. Y una tarde me sucedió algo inesperado.

Yūko abre mucho los ojos. Su mirada rebosa curiosidad.

—¡Se enamoró de una malaya encantadora! —bromea.

—Ojalá —replico con tono irónico.

—¿Qué sucedió?

Le hablo del presidente del banco Sumida, a quien tuve a mi cargo.

—¡Qué honor! —exclama enseguida.

Ella sabe cuán importante es la persona, que apoya no solo nuestra empresa sino también la de su padre. Cuando explico por qué fue a Singapur, ella me interrumpe:

—A propósito, su hijo se presentó esta mañana para ver a nuestro presidente-director general.

—Lo sé. Lo envió su padre a agradecernos la acogida que le dispensamos en Singapur. ¿Cómo es?

—Es un *gentleman*. Elogió el ikebana que hice para el mostrador de la recepción. Se dio cuenta enseguida de que estaba inspirado en la escuela Sōgetsu. Me impresionó.

—Ah, bueno...

—Según mi colega, rechaza todas las propuestas de *miai* que le hacen sus padres. Ella se pregunta si tendrá problemas de salud o qué.

—Tal vez tenga una novia, pero por alguna razón no puede presentársela a su familia... —murmuro.

—Es muy posible —responde ella con franqueza.

—¿Cómo se llama?

—Takashi. Me resulta fácil recordarlo, porque se llama igual que usted — responde Yūko con certeza.

La miro. Mi corazón late con fuerza. Me digo: «Es preciso que saque el

tema ahora». Respiro hondo y le anuncio la decisión extraoficial de mi traslado a París.

—¡Enhorabuena! —exclama de nuevo ella—. Imagino que es un ascenso excepcional.

No parece triste por mi partida. Al contrario, me sonrío.

—Yo también tengo una buena noticia.

—¿Cuál?

—Se la contaré dentro de un rato. Ahora salgamos de aquí. Tengo ganas de comer tempura para celebrar su éxito.

—¿Tempura? Buena idea, pero temo que nos encontremos con el señor Toda en el mismo restaurante.

Ella sonrío con aire sumamente pícaro.

—No se preocupe, señor Aoki. Si nos ve juntos, le diré que soy su profesora de francés y que esta noche usted debe hacer un examen importantísimo para su trabajo. El tema del examen es: «¿Cómo rechazar la invitación imprevista de su superior cuando uno se ha dado cita con una amiguita?».

—¡Me rindo!

Ella se levanta y toma su abrigo de primavera. Al seguirla siento una vaga inquietud respecto de su buena noticia, aunque no tenga idea de lo que pueda ser.

Me meto en la cama cansado. Es la una de la mañana del sábado 6 de marzo.

Yūko se despidió de mí hace tres horas, en la estación de metro Kanda. Tenía prisa, debía prepararse para un corto viaje a Kobe, donde su primo ha sido hospitalizado. Lo que significa que se marchará hoy después del trabajo. Me enteré de que iba a tomar el *shinkansen* de las seis de la tarde.

—¡La tempura estaba deliciosa! —me dijo—. Muchas gracias, y enhorabuena una vez más por su traslado a París. ¡Hasta mañana! —Se dirigió hacia el acceso a las taquillas sin volverse, mientras yo miraba el color naranja de su abrigo desaparecer en la multitud.

Estoy totalmente desilusionado por lo que me contó Yūko en el restaurante. El entusiasmo por el éxito de mi misión en Singapur y la noticia de mi traslado a París se evaporó por completo. Ahora ni siquiera recuerdo qué sabor tenía la tempura.

Yūko ha encontrado en Montreal una familia de Quebec en cuya casa podrá quedarse tres meses. Ya ha fijado la fecha de partida: el 15 de mayo. A principios de ese mes, según ella, por fin la naturaleza empieza a reverdecir en Quebec. Lo que me decepcionó terriblemente es que, cuando le pregunté qué haría después de ese viaje, me respondió de manera pragmática:

—Me casaré.

—¿Con... con quién? —tartamudeé, perturbado.

—Con un ingeniero del Ministerio de la Vivienda que me propusieron mis padres.

Tras acompañarla a la estación Kanda, deambulé sin rumbo. Luego entré en un bar tranquilo, donde había apenas tres clientes. Tocaban jazz moderno. Me senté a la barra y pedí un whisky con agua. Debía de tener mal aspecto, porque el camarero me preguntó:

—¿Ha sufrido un desengaño amoroso?

Era casi medianoche cuando salí del bar. Vagué por una calle donde se sucedían los *nomiya*. Mujeres de alterne en kimono o vestidas al estilo occidental entraban y salían acompañadas por hombres. Exageradamente maquilladas, soltaban gritos extraños. La mayoría de los hombres parecían empleados como yo. Todos estaban borrachos.

—¡Eh, usted! Le digo a usted.

Me volví hacia la voz. Era un *ekisha* de barba blanca. Estaba sentado a una pequeña mesa cubierta por una tela blanca.

—Pronto viajará al extranjero, ¿verdad? —me dijo.

Asombrado, me acerqué y le pregunté con curiosidad:

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Yo no adivino. Veo —dijo sonriendo.

—Entonces dígame a qué país iré.

—Si quiere saber más, debe pagar cinco mil yenes.

«¡Qué caro!» Dudé un segundo, luego pagué. El *ekisha* me invitó a sentarme en el taburete frente a la mesa. Fijó los ojos en mi cara y dijo:

—Veo una gran iglesia junto a un gran río. Delante, hay unos turistas sacando fotos. Es curioso, los hay de todas las razas: blanca, amarilla, negra. Lo siento, no puedo darle el nombre del país, pero debe de tratarse de Europa.

Imaginé el Sena y la catedral de Notre Dame, que había visitado una vez con mi familia.

—Veo un desfile —continúo el *ekisha*—. La gente camina con abrigos

verdes, sombreros verdes, bufandas verdes... y el motivo del trébol está por todas partes. Nieva.

«¿Trébol?» No entendí de qué hablaba.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—Está usted en la ventana con su mujer y su hija. Los tres contemplan el desfile. Tiene otra hija, que pronto se reunirá con usted.

—¿Mi mujer es japonesa?

—Quizá. Tiene el pelo negro y rasgos asiáticos.

«Ridículo», murmuro en mi cama. No me gustan nada los *ekishas* ni las personas que los consultan. Debía de estar muy deprimido. Me levanto para ir al baño. Mientras me lavo la cara recuerdo que Yūko decía que el trébol es el símbolo de la promesa.

Voy al rincón de la pequeña sala donde están mis diccionarios y enciclopedias. Los abro uno tras otro buscando esa palabra. «El símbolo nacional de Irlanda. [...] San Patricio (17 de marzo) es la fiesta nacional. [...] En irlandés, trébol se dice *shamrock*.» Siento curiosidad. «¿Significará que la empresa me enviará también a Irlanda?» Me fijo en la fecha del 17 de marzo, el cumpleaños de Yūko.

Ya son casi las dos. Estoy demasiado nervioso, no consigo dormir. Sigo preguntándome si Yūko realmente ha decidido casarse con un ingeniero del Ministerio de la Vivienda. Por un instante pienso en el camarero, que al oír mi historia de amor frustrado exclamó:

—Pero ¡si usted nunca le confesó sus sentimientos!

Por la mañana voy a la oficina con un fuerte dolor de cabeza. Me arrepiento de haber bebido tanto anoche. En cuanto llego recibo una llamada de mi madre.

—Anoche te llamé a tu apartamento, pero no estabas... —dice.

Sé que le gustaría saber si mi amiga, cuyo nombre no conoce, aceptó mi propuesta de matrimonio.

—Estaba en el bar, solo —digo.

—Ah, bueno. —Se calla un instante, debe de estar decepcionada. Como no digo nada, me pregunta—: ¿Cuándo volverás a casa?

Reflexiono.

—Tal vez... el 17 de este mes, después del anuncio oficial de mi traslado a París.

Su voz se alegra.

—¡Entonces te esperaré con manjares!

Como hoy es sábado, la empresa cierra a las cuatro de la tarde. Los trabajadores no especializados, sobre todo las mujeres, se marchan puntuales. Los de nuestra sección nos quedamos hasta las siete. Después algunos se dirigen juntos al bar, otros a un restaurante o a casa de alguien a jugar al majong, por ejemplo, y otros, como Nobu, vuelven a sus casas, lo que es menos común.

El jefe de nuestra sección me llama. Me pide que mañana por la tarde vaya al aeropuerto Narita a recibir a un cliente francés y su mujer, los señores Bodin. El departamento de personal quiere que me ocupe de ellos, dado que la

pareja no entiende japonés ni inglés. El jefe me tiende una fotocopia de su agenda con todos los detalles: la hora de llegada del vuelo, el nombre del hotel donde se hospedarán, los lugares que quieren visitar... Una típica tarea de *atendo*. Espero que me distraiga de mi desengaño amorosa.

—En París tendrás que hacer negocios con este cliente —añade el jefe—. Esta es una buena oportunidad para conocerlo.

Hacia las cuatro, las mujeres de nuestra sección se preparan para irse. Al salir saludan a los demás, que se quedan. El pasillo resuena con sus voces alegres y sus pasos apurados. Pronto todo vuelve a la calma.

Pienso en Yūko, que tomará el *shinkansen* de las seis. Todavía me cuesta entender cómo una chica tan libre ha podido aceptar con semejante facilidad la propuesta de un matrimonio concertado por sus padres. Vuelven a mi mente las palabras del camarero de la víspera: «Las mujeres son complicadas; con frecuencia, cuando aman a un hombre piensan una cosa y hacen otra». Miro el reloj todo el tiempo. Poco a poco pierdo la sangre fría.

El jefe reaparece para preguntarme si estaré libre esta noche. Dice que falta una persona para jugar al majong.

—Lo siento, no puedo —contesto—. Me duele la cabeza.

Me escruta.

—Es cierto. Tienes mala cara. Seguro que es el cansancio del viaje. Además, según el señor Toda, ayer tenías un examen de francés.

Incómodo, respondo de modo evasivo.

—Ahora vete a casa a descansar —dice.

—Gracias.

Son las cinco y media. Mientras ordeno los papeles que tengo delante, decido ir de inmediato a la estación de Tokio. Tardaré veinte minutos. No

estoy muy seguro de encontrar a Yūko, pero al menos lo intentaré. Mientras salgo de la oficina, el jefe me recuerda que me pidió que fuera al aeropuerto. En efecto, casi me olvido de llevarme la fotocopia con la agenda del cliente. La meto rápidamente en el bolsillo interior de la chaqueta.

Una vez fuera del edificio, corro a toda velocidad a la estación de metro más cercana.

Cuando llego a la estación de Tokio son ya las seis menos cinco.

Me precipito hacia los andenes del *shinkansen*. Al correr, me siento extraño. «Yūko no se va hoy a Montreal. ¿Por qué tantas prisas por verla?»

Sin aliento, dejo la escalera. En el andén, la gente agita las manos o hace reverencias ante los vagones. Miro a derecha e izquierda. Enseguida un timbre anuncia la partida. Me digo, decepcionado: «¡Demasiado tarde!».

—¡Señor!

Me vuelvo hacia la voz. Es un empleado de la estación, que está señalándome la puerta lateral que hay frente a él.

—¡Dese prisa! —me grita.

—Pero yo no voy a viajar...

El ruido cubre mi voz.

—¡Dese prisa! —me repite alzando el tono.

El timbre enmudece. A mi pesar, subo de un salto al vagón. La puerta lateral se cierra de inmediato. A través de la ventanilla, el ferroviario me sonrío como deseándome buena suerte. El tren se pone en marcha lentamente y el andén va quedando atrás. Me asombra mi gesto impulsivo. Por la ventanilla miro el paisaje que se desliza cada vez más rápido.

Tengo que buscar a Yūko. Lo más sencillo es pedir que la llamen por megafonía, pero no es una manera discreta. Debo buscarla personalmente. Avanzo en el sentido de la marcha, hacia donde están los vagones con asientos reservados.

Entro en el primero. Dos tercios de los asientos están ocupados. Avanzo deseando no encontrarme con nadie conocido, en especial con gente de mi empresa. Yūko no está. Cuando entro en el segundo vagón, unos metros más allá, a mi derecha, veo un abrigo naranja colgado encima de un asiento junto a la ventanilla. Mi corazón da un vuelco. «¡Está aquí!» ¡El asiento del pasillo, además, se halla libre!

Respiro hondo y me acerco a ella. Yūko mira hacia fuera. Me siento silenciosamente. Sigue vuelta hacia la ventanilla. Sus manos blancas yacen sobre la falda de color marfil. En la mesita veo una vez más la guía turística de Quebec. Al cabo de un momento, Yūko se gira hacia mí.

—¡Señor Aoki!

Se queda pasmada.

—Lamento molestarte —le digo a media voz.

—¿Por qué... por qué está usted aquí? —tartamudea—. ¿Adónde va?

No contesto. Me mira fijamente.

—Si mi presencia te incomoda —digo—, me cambio de lugar de inmediato.

—No, pero me pregunto si es una coincidencia o no...

—No es una coincidencia. Te he seguido.

—¿Me ha seguido? ¿Por qué?

La miro a los ojos y respondo, serio:

—Tengo algo muy importante que decirte.

—Señor Aoki... —murmura con aire desconcertado.

—¿Puedes escucharme? No tardaré. Bajaré en la próxima estación.

Enmudece. Yo también me callo. Un segundo después, ella cambia de posición. Su perfil de rasgos firmes me conmueve.

—Lo escucho —dice con voz suave pero clara.

Posa una mano encima de la otra. Cómo me gustaría tenerlas entre las mías.

—Por la naturaleza de mi trabajo —empiezo a decir—, nunca había

pensado seriamente en mi vida conyugal. Sin embargo, desde que nos encontramos por primera vez en el café Mitsuba, he cambiado de opinión. Me he enamorado de ti, y he comenzado a imaginar nuestro futuro juntos...

Prosigo. Ella permanece inmóvil, sin siquiera pestañear. No tengo la menor idea de lo que piensa. Mi mirada sigue fija en sus manos. Me interrumpo. Se oye el ruido regular del tren. Alzo la mirada al techo. Enseguida noto que me invade el cansancio. En efecto, no he dormido lo suficiente desde que volví de mi viaje a Singapur. Cierro los ojos.

Me vuelve a la mente el rostro del *ekisha* de la noche anterior. Su barba larga y blanca. La mesa cubierta por una tela blanca. Veo de nuevo el Sena y la catedral de Notre Dame. Y también a la gente vestida de verde que desfila por la calle. «¿Quién es entonces esa mujer japonesa de pelo negro que contempla el desfile conmigo y mi hija?», me pregunto.

Anuncian los horarios de llegada previstos a Nagoya, Kioto, Osaka y Kobe. Debo bajar en la próxima estación y volver a Tokio. Me digo que será agotador hacer de día las cuatro horas del trayecto. Podría pasar la noche en Nagoya en vez de... Empiezo a adormecerme.

De repente, siento una leve presión en mi mano derecha. «¡Yūko me está tocando!» Mi sopor se evapora. El calor de su piel penetra en la mía. El interior de mi cuerpo tiembla como si recibiera una descarga eléctrica. Emocionado, miro el rostro de Yūko, que me sonrío. Sus ojos se llenan de lágrimas. Poso mi mano sobre la suya.

—Para ser franca —dice—, usted me gustó desde nuestro primer encuentro en el café Mitsuba. Sentía que también me quería, pero intentaba no involucrarme en una relación. Como ya le comenté, no deseaba casarme con un *shōsha-man*. A pesar de todo, cuanto más lo veía, más difícil me resultaba rechazar sus invitaciones. Así que hice mis preparativos de viaje a Montreal mientras usted estaba en misión en Singapur.

—¿Realmente has aceptado casarte con el ingeniero que te propusieron tus padres?

—No. Les dije que consideraría la proposición después de mi viaje.

Aliviado, aprieto su mano con fuerza. Me encantaría agradecerle al camarero su consejo. Una vez más vuelve a mi mente la imagen del *ekisha* de barba blanca. Estoy entusiasmado. «¡Entonces aquella mujer era Yūko!»

—¡Billetes, por favor!

Se acerca un revisor. Yūko saca el suyo de la cartera.

—No he tenido tiempo de comprar el billete en la estación de Tokio —le digo al hombre—. Deme uno para Nagoya...

—No, ¡para Kobe, por favor! —me interrumpe Yūko.

La miro asombrado. Le cuento que mañana por la tarde debo recibir a una pareja francesa en el aeropuerto Narita.

—¡Llegará a tiempo! —dice con espontaneidad. Y al hombre le repite—: ¡Para Kobe, por favor!

Cuando el revisor se ha ido, finjo reprenderla:

—Si llego tarde al aeropuerto, jamás te lo perdonaré.

Ella sonrío.

—No se preocupe, señor Aoki. El cliente francés lo felicitará si llega tarde por culpa de una mujer.

—*Touché!*

Vuelvo a tomar su mano sobre mi rodilla. Miro hacia fuera. El atardecer tiñe el cielo de rojo. Es bonito.

—¿Ha visto ya el paisaje nocturno de Kobe? —me pregunta.

—No, todavía no.

—Es magnífico. Se lo enseñaré esta noche. He reservado una habitación con una vista hermosa.

En Kobe tomamos un taxi y subimos por la ladera del monte Rokko. El hotel se llama Rokko S. Es un lugar muy tranquilo, rodeado por una cerca de arbustos. Un sitio refinado.

Desde nuestra habitación se divisa la bahía de Osaka, donde centellean las luces de los barcos que flotan en el mar. La ciudad de Kobe se extiende ante nosotros como millones de joyas desparramadas en un cofre.

Estamos sentados en el sillón junto a la ventana, cogidos de la mano.

—Mi padre también fue *shōsha-man* en Goshima —le digo a Yūko.

Me mira, nada sorprendida.

—Lo sé. Me lo contó Nobuhiko-*san* cuando me propuso un *miai* con usted. Como usted sabe, es amigo de la infancia de mi hermano, en Kobe. Lamento que su padre haya muerto tan joven.

—Fue un accidente. Pero la empresa se ocupó de él incluso en el funeral.

—¿De veras?

—Sí. En efecto, actuó de forma responsable.

Le cuento lo que el señor Toda me dijo en el funeral y lo que trató de hacer la empresa para ayudarnos. Ella me escucha, seria.

—Sigo estándole agradecido —digo—. Además, es una empresa excelente para mostrar mis competencias. Me alegro de formar parte de ella.

Yūko me mira conmovida.

Salimos al balcón. El cielo está límpido y las estrellas brillan. Yūko me sonrío con ternura. La tomo en mis brazos. El paisaje nocturno de Kobe es en verdad maravilloso. Recuerdo las noches que pasé solo en Singapur pensando en Yūko y en nuestro futuro. «¡Qué felicidad! Por fin estamos juntos.»

—No importa adónde lo destinen, yo lo acompañaré —dice Yūko.

La estrecho con fuerza contra mi pecho.

Al día siguiente, Yūko me lleva a un barrio elegante llamado Kitano. El paisaje es magnífico. Desde aquí puede admirarse el mar interior de Seto hacia el sur, y hacia el norte el monte Rokko. La ciudad de Kobe se extiende en el medio, de este a oeste.

—¡Qué cómodo! —exclamo—. Para no perderse, basta con orientarse usando el mar o la montaña.

—Claro. No es como en Tokio, donde uno se pierde a menudo.

Me cuenta que Montreal es parecida a Kobe. Saca del bolso la guía turística de Quebec.

—Mire.

Me muestra la página donde aparece Montreal. Es una gran isla que flota entre dos ríos. En el medio hay un lugar llamado monte Royal, con parques y cementerios.

—Cuando estuve allí tuve una sensación de *déjà-vu* —dice Yūko.

Había subido una cuesta que llevaba al mirador del monte Royal. «¡Es Kobe!», gritó. A lo lejos vio el río Saint-Laurent, parecido al mar interior de Seto. Frente al monte se extendía la ciudad de Montreal, semejante a Kobe. También había visitado el barrio chino. Paseándose por allí pensó en el de Kobe, que había frecuentado con su primo. En los alrededores había otro barrio muy europeo, el Viejo Montreal. Bajando hacia el río había visto barcos que enarbolaban banderas extranjeras. Y de nuevo había tenido la ilusión de estar en casa.

La escucho pensando que podríamos ir a Montreal de luna de miel.

—A propósito, ¿cómo son las mujeres de Quebec? —pregunto con curiosidad.

—¡Buena pregunta! Son como nosotras, las mujeres de Kobe —dice sonriendo.

—¿Como vosotras? ¿Qué quiere decir eso?

—¡Vivaces y creativas! —contesta con expresión orgullosa—. Hay muchas mujeres artistas y de negocios en Kobe.

Sonrío pensando en las dinámicas bailarinas del teatro *Takarazuka*.

Luego visitamos un barrio típico para turistas. Se llama Kitano-Ijin-kan, con viejos edificios extranjeros. Yūko me explica el origen de cada uno: la antigua sede del consulado general de los Países Bajos, Estados Unidos, China, Panamá. Hay también otras residencias de estilos diversos: inglés, francés, italiano, austríaco, alemán...

Me cuenta asimismo que en otro barrio hay una sinagoga y hasta una mezquita construida por musulmanes de origen indio y turco.

—Se me olvida que estoy en Japón —digo.

—De niña estaba acostumbrada a ver extranjeros —murmura ella con expresión nostálgica—. Kobe es única. La echo mucho de menos.

Nos despedimos en la estación de Kobe. Ella irá en taxi al hospital donde está ingresado su primo. Yo me subiré el *shinkansen* del mediodía para volver a Tokio. Debo ir a recibir a la pareja de franceses al aeropuerto Narita.

El tren no está lleno. Me instalo en un asiento junto a la ventanilla. Miro fuera. Hace muy buen tiempo. Los ciruelos están en plena floración.

Pienso en Yūko. En su piel tersa, su cuerpo flexible, su cabello fino como la seda. No pude despegarme de su cuerpo en toda la noche. Sonrío al recordar

lo que confesó entre mis brazos. «Ayer, en el tren, me sorprendió mucho pero me hizo muy feliz encontrarlo sentado a mi lado, porque eso era justo lo que deseaba, que estuviera a mi lado.»

Oigo el ruido del tren, regular y agradable. El paisaje desaparece de mi vista. Por la ventanilla veo la imagen de Yūko hablando de esas dos ciudades tan parecidas: Kobe y Montreal.

Salgo de la estación de metro Kanda y voy a una tienda de libros de ocasión que frecuentaba de estudiante. Está muy cerca de la academia Kanda. Cuando cruzo la calle veo una figura que me resulta familiar en la acera de enfrente. «¡Ah, es Nobu!» Destaca el amarillo de su jersey primaveral. Camina cargado con grandes bolsas de plástico en cada mano. Deduzco que vive en ese barrio.

—¡Nobu!

Se vuelve.

—¡Takashi! ¡Qué casualidad!

Me acerco y reparo en que las bolsas están llenas de artículos de bebé.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Vengo de acompañar a una pareja de franceses del aeropuerto Narita hasta su hotel.

—Hoy es domingo. Lo siento.

—Es un *atendo* típico. No tengo elección.

Echa un vistazo a la insignia de la empresa que llevo clavada en la solapa de mi chaqueta. Su mirada irónica me incomoda.

—¿Alguna vez te vistes con ropa normal?

Su expresión es distinta de la habitual.

—¿Qué sucede, Nobu? —pregunto.

—Nada... —Se interrumpe un momento y luego dice—: Ayer me enteré de tu traslado a París.

No dice ni «¡Enhorabuena!» ni «¡Buena suerte!».

—Todavía es una decisión extraoficial... —replico, de nuevo molesto.

—Pero está decidido, a menos que rechaces la orden.

Hay un deje mordaz en su manera de hablar.

—¿Qué sucede, Nobu? —pregunto de nuevo.

—La empresa quiere enviarme a São Paulo —contesta con aire displicente.

—¿Qué?

Incómodo, miro a Nobu, que suelta un suspiro. Reflexiono un segundo. Esa filial fabrica productos petroquímicos. Es muy activa, pero no entiendo por qué trasladar allí a alguien como él, que está en la división administrativa. Además, no habla ninguna lengua extranjera.

Entramos en un café. Antes de tomar asiento a una mesa, Nobu llama por teléfono a su mujer.

—Es para contratar a personal local —dice sentándose delante de mí.

—¿Cómo? Si no sabes portugués.

—No, pero quieren contratar a brasileños de origen japonés que también hablen japonés.

Sigo sin entenderlo. Mi mirada se posa en las bolsas llenas de artículos para su recién nacido.

—Ya no soy soltero —murmura—. Me da igual París o São Paulo.

Por la ventana se ve la placa de la academia Kanda. Me gustaría anunciarle a Nobu mi compromiso con Yūko, pero no digo nada. No es el momento de tocar el tema. Nobu sigue explicándome lo que decidió el departamento de personal sobre su traslado. La empresa sugiere que su mujer y sus hijos se reúnan con él en cuanto esté bien instalado. Es decir, seis meses después. Al escucharlo, pienso que es una medida atinada para él, que nunca ha vivido en el extranjero.

—No estoy seguro de que vaya a aceptar el traslado —dice.

—¿Cómo?

—Es una insensatez dejar a mi mujer y mis hijos tanto tiempo.

No puedo creerlo. Sensatos o no, los traslados forman parte de nuestra vida de empleados. Es normal pasar por un período difícil.

—No puedo aceptar semejante orden por un tiempo indeterminado —objeta.

Menciona el caso de un empleado al que enviaron durante diez años a Sudamérica y a Extremo Oriente mientras su mujer y sus hijos se quedaban en Japón.

—¿Le pedirás a la empresa que no te trasladen, entonces?

—No lo sé. Tengo que pensarlo antes de hablarlo con mi mujer.

—¿No está al tanto?

—No. Tú eres la primera persona a quien le comento el asunto. —Se levanta y dice—: La empresa es solo una empresa. Nadie se preocupa ni lo más mínimo de la vida personal de los individuos.

—No seas tan pesimista, Nobu. Vivir un tiempo en el extranjero será una buena experiencia. Inténtalo, al menos.

No contesta. Salimos del café. Se aleja con los hombros caídos. Mirándolo, me pregunto si su traslado no será una maniobra urdida por su superior directo, al que no le gusta.

Han pasado tres días desde nuestro inesperado viaje a Kobe. Ya es 10 de marzo. Demasiado atareado, ni siquiera pude ver a Yūko anoche, después de su curso de francés, pero esta noche me encontraré con ella en el café Mitsuba. Nos hemos citado a las nueve. Acudiré directo después del trabajo. En realidad, busco un lugar donde podamos estar juntos. Mi apartamento no es cómodo: los vecinos se conocen todos y suelen andar con chismes sobre los demás.

Esta noche tenemos muchas cosas de que hablar. Para empezar, debemos decidir cuándo y dónde haremos que nuestros padres se conozcan. Segundo, ¿me acompañará Yūko a París o se reunirá conmigo más tarde, tras haber pasado unos meses en Montreal? Tercero, ¿dónde y cuándo celebraremos nuestra boda?

Es la una. Bajo al comedor, ubicado en el sótano del edificio Goshima. Cuando hago la cola ante la caja, reconozco detrás de mí a los dos hombres con quienes me crucé el otro día en el ascensor. El de la sucursal de Osaka sigue con su corbata verde. Lo oigo pronunciar de nuevo el nombre de Yūko. Aguzo enseguida el oído.

—Tres veces intenté invitar a la señorita Tanase a salir conmigo —está diciéndole al otro, al que trabaja aquí, en la sede central—, y las tres me dijo que no aduciendo que estaba ocupada.

—Olvidala —dice el otro con franqueza—. Pronto se irá de la empresa.

—¿Por qué? —pregunta el de la corbata verde.

—¿Para casarse, por supuesto! Ten en cuenta su edad, tiene veintitrés años.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Acaban de decírmelo en el departamento de personal. Así que ya no tienes ninguna posibilidad de invitarla a salir.

—¿Qué desastre! —exclama el hombre de la corbata verde.

Casi sonrío.

—¿Se casa con un empleado? —pregunta.

—¿No! Con el hijo del presidente del banco Sumida —contesta el otro.

«¿Qué?» Me quedo petrificado.

—¿Estás seguro? —dice el hombre de la corbata verde, atragantándose.

—Sí.

—¿Cómo puedes saber algo tan importante?

—Escuché por casualidad una conversación entre el jefe de nuestra sección y el director de personal.

—¿El matrimonio ya está decidido?

—No lo sé, pero la proposición llegó del lado del presidente Sumida. ¿Quién podría rechazarla? ¡Es como si ya estuviera decidido!

«Es imposible...» Me quedo allí, inmóvil. Me hierve la sangre. El hombre de la corbata verde se enfada.

—¿Estás de broma? Todos los solteros adoran a la señorita Tanase. Ese tipo no tiene derecho a robárnosla solo porque su padre sea rico.

«¿Qué está sucediendo?» Furioso, subo a la recepción para ver a Yūko. No está, debe de haberse tomado el descanso del mediodía. Su compañera está sentada, sola, ante el mostrador. Decepcionado, vuelvo a la oficina. Estoy tan nervioso que no puedo concentrarme en el trabajo.

Pronto los rumores sobre Yūko se extienden entre mis colegas. En nuestro equipo hay cuatro personas, además de mí: dos solteros más jóvenes que yo,

una mujer casada de mi edad y una chica de diecinueve años. Oigo a los hombres repetir las palabras *tama no koshi*.

—¡Qué suerte! —exclama la mujer casada—. Si yo estuviera en el lugar de la señorita Tanase, aceptaría la propuesta con gusto. El hijo no solo es rico, sino también encantador e inteligente. ¿Quién podría rechazarlo?

—Depende —dice la chica—. Si la señorita Tanase ya tiene a alguien en su vida, no aceptará —dice la chica.

La mujer casada se ríe.

—¡Qué ingenua eres!

Uno de los hombres me pregunta mi opinión, lo que me incomoda mucho.

Bajo al vestíbulo donde están los teléfonos públicos. Marco el número de la empresa Goshima. Contesta una operadora, una voz familiar. Espero que no me reconozca.

—Con recepción, por favor. Quisiera hablar con la señorita Tanase.

—¿De parte de quién?

—Del señor Tanase —miento—. Soy su primo.

—Un momento, no se retire.

Unos instantes de silencio. Apenas me pasan, Yūko dice:

—¡Masao, qué sorpresa! ¿Estás mejor?

«¿Masao?» No conocía el nombre de su primo.

—Soy yo, Takashi —susurro.

Yūko se queda atónita.

—¡Menuda broma!

—¿Estás sola? —pregunto enseguida.

—No, Masao —contesta ella con calma—. ¿Qué sucede?

—Estoy conmocionado por el rumor sobre el hijo del presidente del banco Sumida —digo con voz temblorosa.

—Masao, no te preocupes. Es solo un malentendido. Te contaré los detalles

esta noche. ¿De acuerdo? Ah, acaba de entrar un cliente. Tengo que dejarte. ¡Adiós!

Cuelga. Por fin me siento aliviado. Acordándome del rostro del hijo en cuestión murmuro: «¡Qué exagerado!».

Subo de nuevo a mi despacho. En el pasillo me cruzo con el señor Toda, que lleva una maleta. Me entero de que se va a Nueva York porque el presidente-director general le ha pedido en el último momento que haga una evaluación de la filial americana. Añade que será su último viaje como director del departamento de asuntos extranjeros.

—¿Cuántos días se quedará? —pregunto.

—Una semana. Estaré de vuelta el 17 para el anuncio de la reorganización del personal. Espero con impaciencia verte viajar a París. ¡Hasta pronto!

Su chófer viene a buscarlo. Mientras lo miro alejarse decido invitarlo a nuestra boda.

Esa tarde termino de trabajar antes de las ocho y media. Uno de mis colegas me invita a beber, pero declino sin dudar. Quiero ir enseguida al café Mitsuba. «¿Mañana, entonces?», insiste él. Le doy una respuesta evasiva y abandono el despacho.

Cuando llego al café aún son las nueve menos diez. La joven camarera me recibe con amabilidad:

—Su amiga no ha llegado todavía. —Y me informa de que esa noche, de forma excepcional, cerrarán a las diez.

Me siento a una mesa. Por los altavoces suena una música de jazz. La melodía me resulta familiar.

La camarera me trae una taza de café. Hablamos un poco. Recuerdo que la aceptaron en la universidad. Le pregunto qué va a estudiar. Sonríe.

—¡La historia de Japón! Me gustaría ser profesora de instituto.

La escucho, emocionado por esa alegría que tiene a pesar de su pasado, tan triste. Es una buena chica.

Miro alrededor. Aparte de mí, hay otros tres clientes: una pareja joven y una mujer madura que está leyendo un libro. Pronto se van todos, uno tras otro. Cojo un periódico de la mesa de al lado.

A las nueve en punto llega Yūko muy sonriente.

—¡Ya está usted aquí! —exclama.

Enseguida me comenta el asunto del hijo del presidente del banco Sumida. Esa tarde, dice, el director de personal le ha pedido que fuera a su despacho.

Según él, el joven había tenido un flechazo. El padre, lleno de curiosidad ante la reacción de su hijo, que nunca había mostrado el menor interés por las chicas que le recomendaban, ha telefonado a nuestro presidente-director general para informarse acerca de Yūko.

—¿Qué le dijiste al director de personal? —pregunto, de nuevo enfadado.

—Le dije que ya estoy comprometida. No mencioné su nombre porque convinimos en que anunciaríamos nuestra boda una vez que yo hubiera dimitido.

—¿Y qué dijo él?

Yūko sonríe.

—«Ah, demasiado tarde para el hijo del presidente Sumida! En todo caso, enhorabuena por su compromiso!»

—¿Eso es todo?

—Por supuesto. Mi matrimonio es asunto mío. Deben respetar mis decisiones.

Aunque estoy aliviado, le muestro a Yūko mi ira.

—¿Qué alarmista!

—¿A quién se refiere?

—A ti. ¡Eres tan encantadora!

Sus mejillas se tiñen de rubor y baja la cabeza. Aunque el asunto está aclarado, no logro recobrar la calma. Reflexiono. Quizá sea mejor que Yūko vaya a Montreal y desde allí se reúna conmigo en París.

Yūko me mira con aire inocente. Estrecho sus manos.

—¿Volvemos a Kobe este fin de semana?

Le brillan los ojos.

—¿Qué buena idea!

Son las diez menos cinco. La camarera se dispone a cerrar y coloca las sillas sobre las mesas. Me doy cuenta de que aún queda otra persona, que ha

debido de entrar después de Yūko. Es un hombre vestido totalmente de negro. Su corbata negra me hace pensar que quizá venga de un funeral. También es negro el sombrero que ha dejado sobre la mesa. Fuma mirando hacia la ventana. Tendrá unos sesenta años.

Cuando salimos del café, se apaga el cartel luminoso. Paseamos por una callecita. De pronto me acuerdo de dónde oí la misma música de jazz que he estado escuchando hace un rato: en el bar donde fui a beber solo tras haber cenado con Yūko. Me gustaría volver a ver al camarero, que me dio un buen consejo. Pienso también en el *ekisha* de barba blanca. Es extraño, ya no consigo recordar los lugares donde me los encontré, como si todo hubiera sido un sueño.

—¿Conoces la palabra *shamrock*? —le pregunto a Yūko.

—¿*Shamrock*? No. ¿Qué significa?

—Significa «trébol» en irlandés.

—*Mitsuba*, trébol y *shamrock*... —murmura ella.

Hemos llegado a la estación de metro. Le estrecho las manos a Yūko.

—Entonces el sábado por la tarde nos veremos en el café Mitsuba a las seis. Y luego iremos a Kobe. ¿De acuerdo?

—Sí, pero ¡no llegue tarde! —responde ella, alegremente.

Se despide. Los bajos de su abrigo naranja de primavera ondean al ritmo de sus pasos. Antes de perderse entre la multitud, se vuelve y me sonrío.

Al día siguiente, desde por la mañana, el rumor se extiende por la empresa. «¡La señorita Tanase ha rechazado la petición de matrimonio del hijo del presidente del banco Sumida!»

La mujer que el día anterior había dicho «Si yo estuviera en el lugar de la señorita Tanase...» no sale de su asombro.

—¡Qué lástima! ¡Qué humillación para la familia Sumida!

La chica que dijo «Depende. Si la señorita Tanase ya tiene a alguien en su vida...» replica:

—No es nada humillante. Son cosas que pasan.

Uno de los hombres que repitieron las palabras *tama no koshi* dice:

—Me alivia saber que no todas las chicas buscan un príncipe. A decir verdad, estaba celoso de ese tipo, pero ahora me inspira simpatía.

Los cotilleos me hacen sonreír. Pero me preocupa la reacción de mis compañeros cuando se enteren de que el novio de Yūko soy yo. El becario de la corbata verde, el de la sucursal de Osaka, seguramente se lamentará: «¿Cómo? ¿Un empleado de nuestra empresa se ha quedado con la señorita Tanase? ¡Inadmisible!». Tengo que ser muy discreto con el asunto de nuestro compromiso hasta que Yūko dimita, aunque esté orgulloso de haber conquistado el corazón de una chica deseada por tantos hombres.

Poco antes de mediodía me llama el jefe de nuestra sección.

—Aoki, el director de personal quiere que hagas el *atendo* para el cliente francés, el señor Bodin.

—¿Otra vez?

—Sí. Según el director, él y su mujer quedaron muy contentos con tu recibimiento del domingo pasado. Mañana los acompañarás a Kamakura.

El jefe me muestra una fotocopia de la agenda que hay que seguir. Viernes 12 de marzo: pasar a recogerlos por el hotel S. a las 13 horas; después, en taxi a la estación de Tokio. En Kamakura, visita a los templos K. y T. Sábado 13: pasar a recogerlos por el hotel S. a las 19 horas; después, viaje a Kioto en el *shinkansen* Hikari de las 20 horas (los asientos ya están reservados)... y visita a la filial de Kioto.

—¿Quién los acompañará a Kioto? —le pregunto al jefe.

—¡Tú, desde luego!

Miro la agenda otra vez. Se supone que el señor y la señora Bodin volverán a Tokio este sábado a las ocho de la noche. Lo que significa que no podré ir a Kobe con Yūko. Estoy muy decepcionado. Me gustaría rechazar la misión. Ahora entiendo a Nobu, que evita cuanto pueda perturbar su vida familiar. El jefe me sonrío.

—¡Qué vacaciones! Cómo me gustaría ir a divertirme en tu lugar.

Bajo al vestíbulo y llamo por teléfono a Yūko haciéndome pasar de nuevo por su primo.

—¡Qué lástima, Masao!

También ella está decepcionada. Aun así decidimos vernos en el café Mitsuba a las nueve de la noche, a mi regreso de Kioto. Quisiera hablar con ella un poco más, pero tiene que atender a unas visitas que acaban de llegar en ese momento. Cuando cuelgo, tengo una extraña sensación respecto al rumor que corre sobre Yūko. Ha rechazado la petición del hijo de Sumida, pero nadie ha dicho que ya estuviera comprometida con otra persona, como ella le había comunicado al director del personal.

Hacia el mediodía, Nobu me telefona y me propone que vayamos al restaurante. Su llamada me sorprende. Desde el viaje a Kobe con Yūko solamente había pensado en ella, olvidándome del problema de Nobu. Por su voz parece tranquilo. Siento curiosidad por saber qué ha decidido sobre su traslado a São Paulo. Acepto su propuesta con gusto y elegimos el mismo restaurante que la semana pasada.

Cuando llego, ya está sentado a la mesa.

—He resuelto dejar la empresa dentro de un mes —dice en cuanto tomo asiento.

—¿Qué? —Me quedo atónito—. ¿Estás seguro?

Parece decidido.

—Sí. Esta mañana he presentado la renuncia ante el jefe de nuestra sección.

«¿Ya?» Me quedo boquiabierto. Me explica que gracias a su mujer no ha dudado demasiado. Se lo esperaba, incluso lo alentó: «Lo sospechaba. A los *aisaka* como tú no les resulta fácil cumplir la función de los *shōsha-man*». No conozco a su mujer, pero me da la impresión de que es una persona de carácter. Según Nobu, es una cristiana muy piadosa. Me acuerdo de que se conocieron en una iglesia protestante.

Una camarera anota nuestro pedido. Esta vez, Nobu elige el menú de sushi y yo el de tempura.

—De todos modos —continúa Nobu—, mi mujer no tiene la intención de criar a nuestros hijos en el extranjero; no quisiera que fueran unos

desarraigados que olvidaran su lengua materna. Además, según ella, a la gente que se instruye fuera de Japón dejan de tratarla como japonesa. Cuando regresaran, como es natural, les resultaría difícil vivir en su propia sociedad. Tiene razón.

Guardo silencio. Las observaciones de su mujer despiertan mis recuerdos infantiles en Estados Unidos. Helena es una pequeña ciudad de Montana donde no había escuela japonesa. Yo tenía que seguir las directrices de la educación del Gobierno nipón por correspondencia. Me adapté muy rápido a la vida norteamericana y dejé de lado mi estudio del japonés. Las consecuencias fueron graves: de regreso en Japón, tuve muchas dificultades en la escuela, sobre todo en matemáticas y japonés. De modo que después del colegio, todos los días debía estudiar con ayuda de un profesor particular. Fue duro. Además, algunos compañeros me tomaban el pelo: se burlaban de mi japonés salpicado de palabras inglesas.

—Tu mujer es realista —le digo.

—Así es. Estoy contento de haberme casado con una mujer tan decidida.

La camarera nos trae los platos. Nobu empieza de inmediato, come con buen apetito. Mientras acometo mi tempura de quisquilla gris, pregunto:

—¿Cuál fue la reacción de tu superior directo?

—Muy banal. Me dijo: «Piénsalo bien, amigo mío». Yo sabía que quería deshacerse de mí.

Guardo silencio. Es una pena que su superior no valore la eficacia de Nobu en el trabajo. Para él, la eficacia no importa. Quiere que Nobu se comporte como todo el mundo para no perturbar el *wa*. Es irónico, pues esa palabra también significa «Japón». Pienso en el dicho «El clavo que sobresale pide que lo martilleen». Es triste, pero es una realidad que no se puede pasar por alto en nuestra sociedad. Creo que Nobu es un poco ingenuo.

—Si tu superior es incompetente y no te quiere —prosigue en tono cortante

—, peor para ti. Perderás años inútilmente, en el extranjero, como el hombre del que te hablaba el otro día. No pienso sacrificar a mi familia por un motivo tan absurdo. ¿Me entiendes?

—Estás exagerando...

Creo que hay algo de verdad en lo que dice, pero uno no puede abandonar la empresa cada vez que se halla en desacuerdo con su superior.

—Tú, en cambio —dice—, tienes suerte.

—¿Por qué?

—Porque el señor Toda te apoya por encima de tus superiores. Es un hombre respetable.

—¡No seas sarcástico, Nobu!

—No. Es así. Estarías bien protegido aun cuando tu superior directo fuera poco razonable.

—Sabes bien que el señor Toda se jubilará pronto —lo interrumpo.

—Sí, pero seguirá en el seno de la empresa como administrador.

—¿Qué harás cuando dimitas? —digo cambiando de tema.

—Abriré un *juku* para estudiantes de secundaria y de instituto —contesta sin titubear.

—¡Muy digno de ti, Nobu!

Sonríe con aire satisfecho. Salimos del restaurante. Tenemos que volver al trabajo.

Mientras caminamos, Nobu me cuenta que lo sustituirá el becario de nuestra sede central, que está a su cargo con el de la filial de Osaka. Habla de manera despreocupada. Sin embargo, yo experimento sentimientos contradictorios. No puedo imaginarme en una situación como esa en el futuro: dejar una empresa de la que estoy tan orgulloso.

Nos acercamos al edificio Goshima.

—A propósito, ¿estás al tanto del rumor que corre sobre Yūko? —me

pregunta Nobu—. Recibió una proposición de matrimonio del hijo del presidente del banco Sumida.

—Sí, lo he oído... —tartamudeo.

—¡La rechazó! —exclama—. Lo que no deja de ser admirable. Me alegro por ella.

—Nobu... —Me interrumpo.

Él me mira.

—¿Qué sucede, Takashi?

—Yo soy su prometido —confieso por fin, tras vacilar un segundo.

—¿Qué? ¿Tú, su prometido?

Está desconcertado. Le resumo lo que nos sucedió el fin de semana pasado. No sabe qué decir. Agregó que gracias a que me animó, logré pedirle a Yūko que se casara conmigo. Asombrado, Nobu me mira fijamente.

—Es increíble...

—No se lo cuentes a nadie, por favor —le suplico—. Eres la primera persona con la que hablo del asunto. Este no es un buen momento para anunciar nuestro compromiso. ¿Lo entiendes?

—Sí, tienes razón...

Bajo la cabeza. Al cabo de un momento, él sonrío y me da una palmada amistosa en la espalda.

—¡Eres más listo de lo que pareces!

Esa tarde acompañé al señor y la señora Bodin a Kamakura. Visitamos varios templos antiguos. Ellos hablaban sin parar y me hacían preguntas interesantes sobre el shogunato de los Kamakura. Se llevaban bien. Al ver a esa pareja unida, deseé que Yūko estuviera allí con nosotros. Cuando me preguntaron si estaba casado, contesté que solo comprometido. Pensaba presentarles a Yūko en una próxima ocasión, en París.

Son las diez de la noche y vuelvo a mi apartamento. En cuanto abro la puerta, oigo el timbre del teléfono. Me precipito a descolgar; sé que es Yūko.

—¡Hola!

—Ah... ¿Takashi-san?

Su tono es tenso.

—¿Qué sucede? —pregunto. No contesta enseguida. Repito—: ¿Qué sucede?

—Hoy mi padre recibió una llamada del presidente de su empresa...

No entiendo qué quiere decirme.

—¿Y?

—Le preguntaron cuándo iba a casarme —dice.

—¿Cómo?

Estoy perplejo. «¿Qué está sucediendo?»

Yūko me comenta lo que acaban de contarle. Primero, su padre se sorprendió con esa llamada inesperada, sobre todo con la pregunta del presidente relacionada con la fecha del matrimonio de su hija, pues nunca le

había hablado de esta. Así que le contestó al presidente que él y su mujer le habían propuesto a su hija un ingeniero del Ministerio de la Vivienda. El presidente exclamó: «Bueno, ¡la boda no está decidida todavía!». Le dijo que el presidente del banco Sumida deseaba ardientemente casar a su hijo con Yūko.

—¡Otra vez él! —grito sin querer—. Ya habías rechazado su proposición a través del director de personal, ¿no?

—¡Por supuesto! Incluso le dije que ya estaba comprometida con otra persona.

—Pero tu padre no sabía de nuestro compromiso cuando mantuvo esa charla con el presidente de su empresa...

—No. Pero lo sabe ahora. Se lo he confesado todo.

Los padres de Yūko se quedaron asombrados. Preguntaron por qué había mantenido en secreto algo tan importante. Ella declaró que habíamos decidido no contarlo momentáneamente a causa del hijo de Sumida. Sus padres lo entendieron. De todos modos, dice, no hay posibilidad de que su padre acepte ese matrimonio. «Nunca me sentiría cómodo con el hijo del presidente del banco Sumida, que financia nuestra empresa», dijo. Enseguida llamó por teléfono al presidente de su firma para anunciar el compromiso de su hija, sin mencionar mi nombre.

Me alivia saber que sus padres, su padre sobre todo, son comprensivos. Estoy impaciente por conocerlos.

—Tengo miedo... —murmura Yūko aún con tensión.

—No te preocupes —digo—. Conozco al presidente del banco Sumida. Es un hombre razonable. Cuando se entere del compromiso le hará comprender a su hijo que debe resignarse a olvidarte. No tiene opción. —Ella guarda silencio—. Mañana por la noche, en cuanto vuelva de Kioto, nos veremos en el café Mitsuba. Luego podremos ir a casa de mi madre.

—¡A casa de su madre! —dice en tono alegre por fin—. ¿Nos espera?

—No. ¡Le haremos una visita sorpresa!

—Pero ¡qué ocurrencia!

Yūko cuelga, tranquilizada y de buen humor. Sin embargo, yo sigo perturbado. Me encantaría renunciar al *atendo* de mañana, pero no será posible, a menos que me enferme gravemente.

Al día siguiente, de acuerdo con lo pactado, voy a Kioto con el señor y la señora Bodin. Me paso todo el viaje preocupado por la historia de la víspera y me cuesta mantener la conversación con esa pareja tan cortés. Por suerte, entusiasmados como están por el espectáculo que ofrece la antigua capital del país, no advierten mi inquietud.

En Arashiyama almorzamos en un viejo restaurante. Luego ellos pasean por un parque cerca del río. Los dejo solos y busco una cabina de teléfono para llamar a Yūko.

—Con recepción, por favor —le digo a la operadora—. Quisiera hablar con la señorita Tanase.

—¿De parte de quién?

—De parte de Masao Tanase. Soy su primo.

—Un momento, por favor. —Y tras un silencio, me dice—: Lo siento, señor Tanase. La señorita Tanase no está en este momento. Si quiere dejarle un mensaje, puedo pasarle con otra recepcionista.

—Gracias. No importa.

Decepcionado, cuelgo. Pero me alivia saber que Yūko está trabajando como de costumbre.

Descanso en un pequeño café. Son las dos. Debo volver al parque a buscar a la pareja. He de presentarlos en la filial de Kioto. Me pone un poco nervioso la idea de encontrarme con el jefe, pues por lo que he oído es un viejo gruñón.

Tomamos el *shinkansen* de las cinco y media de la tarde para volver a

Tokio. Pese a la inquietud, he podido desempeñar mi papel de *atendo*. Solo me he sentido incómodo en la sucursal de Kioto, porque el jefe evitaba hablarme.

Acompaño a la pareja hasta su hotel y de inmediato me dirijo al café Mitsuba. Son casi las nueve. Yūko debe de estar esperándome.

Cuando llego son las nueve y veinte. Me precipito escaleras arriba. Entro y busco a Yūko, pero aún no ha llegado. «Qué extraño... Nunca se ha presentado tarde a nuestras citas», me digo.

Me siento a una mesa cerca de la ventana del fondo. Como hoy no está la camarera joven, me recibe la mujer del propietario. Pido un café. Pasan diez minutos. Yūko sigue sin aparecer y empiezo a ser presa de la inquietud. Miro sin cesar hacia la puerta de entrada, en vano. Mi taza ya está vacía. Pido otro café y le pregunto a la mujer si han dejado mensajes para mí. Niega con la cabeza. Tomo el periódico vespertino de la estantería que hay fijada a la pared.

Minutos después veo que la puerta de entrada se abre. Creo que es ella. «¡Por fin!» Pero me he equivocado. Es un hombre, y va vestido completamente de negro: sombrero, corbata, pantalón y zapatos, salvo la camisa. Es un señor maduro. Reflexiono un momento, pues su aspecto me recuerda al hombre que vi aquí el otro día. Me pregunto si será el mismo. Me ve, y desvío la mirada. Aunque hay bastantes mesas vacías, se encamina hacia donde estoy yo. Bajo la cabeza y sigo leyendo el periódico. Pienso que se sentará a una mesa junto a la mía, pero se detiene frente a mí.

—Disculpe que lo moleste... —dice. Levanto la mirada—. ¿Es usted el señor Aoki? —pregunta cortésmente.

Sorprendido, escruto su rostro, que no me resulta familiar.

—Sí... —Sigo reflexionando: «¿Será un cliente de nuestra empresa?». Pregunto—: ¿Y usted es...?

—Soy el señor Asano —contesta.

«¿El señor Asano?» Sigo dándole vueltas, pero el nombre no me suena de nada.

—He venido a hablar con usted.

—¿Perdón?

—Se trata de la señorita Tanase —dice mirándome a los ojos.

«¿De Yūko?» Por un momento temo que le haya ocurrido algo, tal vez un accidente de tráfico.

—No se preocupe, ella está bien. Solo que no va a venir.

Estoy incómodo. «¿Qué está sucediendo?» Se quita el sombrero.

—Permítame sentarme.

El hombre toma asiento ante mí y pone el sombrero en la mesa. Lo miro con una vaga sensación de temor: «¿Qué querrá de mí este señor Asano?». La camarera le sirve una taza de té y el hombre pide un cenicero. Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta y me ofrece uno, que rechazo. Se pone a fumar. Por un instante, miro su corbata completamente negra.

—Señor Aoki —dice—, quisiera hablarle sin rodeos. La señorita Tanase... —Se interrumpe. La camarera posa un cenicero ante él y va a recoger las tazas que han quedado en otra mesa. Prosigue—: La señorita Tanase no puede seguir viéndolo. Está decidido que se case con el hijo del presidente del banco Sumida.

«¿Qué?»

—¿Qué clase de broma es esta! —grito.

La camarera se vuelve hacia nosotros.

—Realmente lo siento, señor Aoki —dice el hombre, bajando la voz—. Es un hecho irrevocable. Acéptelo por su propio bien.

Estoy irritado.

—¿Por mi bien? ¿Con qué derecho me dice algo semejante?

—Estoy aquí en nombre del señor Sumida —contesta con tono soberbio.

«¿El señor Sumida?» Estoy conmocionado. «No es cierto...» Ese nombre pesa sobre mí enormemente, como una orden militar. Recuerdo su rostro. En Singapur me hablaba con franqueza: «Mi hijo sigue soltero aunque tiene más de treinta años. Intento presentarle a muchas chicas hermosas de buena familia, pero se niega incluso a conocerlas. ¡Es insoportable!». Y me acuerdo también de por qué pensaba financiar una empresa china de allí.

—Creo que hay un malentendido —le digo al señor Asano—. Debe usted saber que Yūko y yo estamos prometidos. Se lo diré en persona al presidente y a su hijo.

—Que no se le ocurran cosas tan temerarias —dice él, alzando la voz—. ¡Se trata del hijo del presidente del banco Sumida, que mantiene a la empresa Goshima!

—Se trata de un malentendido —insisto—. El presidente ha de saber la verdad.

—Le repito, señor Aoki —me interrumpe, aún más autoritario—, que la boda entre su hijo y la señorita Tanase ya es un asunto arreglado y definitivo. —Aplasta el cigarrillo. Como me observa fijamente, con mirada imperiosa, vacilo en insistir. Continúa—: Si sigue empeñándose en que el hijo del señor Sumida renuncie a casarse con la señorita Tanase, habrá consecuencias desafortunadas no solo para usted sino también para el señor Tanase, el padre de la chica.

—¡Me está amenazando! —le digo furioso.

No me hace caso y añade algo todavía más impactante. Dice que hoy el señor Sumida se ha visto con el padre de Yūko para hablarle de su hijo. No puedo creer lo que oigo. El señor Asano me dice secamente que ponerme en

contacto con Yūko ahora solo le traería problemas a su familia. Estoy estupefacto, me tiembla todo el cuerpo de la rabia. Quiero gritarle mi indignación a ese hombre que permanece impassible.

—Le sugiero firmemente que no le diga a nadie lo que le he referido esta noche —dice.

Se pone el sombrero negro y se levanta. Estoy consternado por completo; lo miro salir del café, incapaz de decir una palabra.

Es domingo. Me quedo todo el día en mi apartamento. Estoy postrado, sin ganas de hacer nada. Casi no he comido desde la mañana.

Anoche intenté comunicarme con Yūko por teléfono, en vano. Respondió su padre, que me repitió:

—Lo siento mucho, señor Aoki. Por favor, comprenda mi situación.

Tenía la voz quebrada. No pude insistir.

Recostado en el sofá, pienso en Yūko. Veo su imagen en el café Mitsuba, en el *shinkansen*, en la habitación del hotel de Kobe, ante el maravilloso paisaje nocturno... Ella sonrío, habla, cuchichea, come, camina, duerme entre mis brazos... Veo su perfil incluso en Montreal, ciudad que no conozco. Todas esas imágenes, ¿serán ahora apenas un sueño? Su voz suave y clara, su picardía, su elegancia, sus manos delicadas, su cuerpo elástico... Los he perdido. Las lágrimas bañan mis mejillas.

Hacia las nueve de la noche, alguien llama a la puerta. «¿Quién será?» No tengo ni idea. Pero por un momento espero que Yūko haya venido a verme. Abro.

—¡Nobu!

Es una visita del todo inesperada.

—¿Te molesto? —pregunta.

—No...

Lo invito a entrar. Viene de la iglesia, donde ha participado en el grupo de lectura de la Biblia.

—¿Cómo has encontrado mi dirección?

—Lo siento, revisé el dossier de los empleados —contesta incómodo.

Toma asiento en el sofá y deposita una botella de whisky sobre la mesa. Lo miro, distraído. Me sonrío con expresión despreocupada.

—¡Un regalo de bodas!

Bajo la cabeza.

—No puedo aceptarlo...

—No te hagas de rogar. ¡Me alegro por ti!

—No, no es eso...

Me mira.

—Entonces, ¿qué sucede?

Me quedo callado; no sé cómo explicarle mi situación, tan incómoda.

—Quieres decir que... ¿habéis roto el compromiso? —pregunta vacilante.

Asiento con la cabeza.

—¿Por culpa del hijo en cuestión? —pregunta de nuevo, tras reflexionar un instante.

No contesto.

—¡Qué canalla! —grita—. Lo sospechaba.

—Nadie a mi alrededor sabe que estábamos comprometidos, salvo tú. Ni una palabra de esto, por favor.

—¿Por qué? ¡Es un escándalo!

—Es por el bien de Yūko y de su padre. No tengo opción, y ellos tampoco. ¿Entiendes?

—Es evidente que nuestra empresa ha conspirado con el presidente del banco Sumida —murmura Nobu en tono sarcástico.

Tiene razón. Estoy pensando en el director de personal, que habló con Yūko. Sin duda tramó este asunto con el presidente-director general de nuestra

empresa. No es casualidad que ahora hayan enviado al señor Toda a Nueva York.

Nobu me pide unos vasos. Nos ponemos a beber whisky.

—Eres víctima de la empresa, como tu padre —dice entonces.

Sorprendido, lo miro. Es la primera vez que aborda el tema de mi padre.

—Yo lo soy —digo—, pero mi padre no.

—Sí, lo fue. El caso de tu padre también fue un escándalo.

—¿Un escándalo? ¿De qué estás hablando? —Estoy perplejo.

Ahora es él quien se siente incómodo.

—¿De verdad no lo sabes?

—No...

Nos quedamos callados. Espero su explicación. Primero dice que lo supo hace muy poco por un amigo que abandonó la empresa el año pasado y que soy la primera persona con quien habla del asunto.

—Tu abuelo —dice— quiso demandar a Goshima; sostenía que tu padre había muerto por exceso de trabajo. Enfurecido, gritó ante los directivos: «¡Han matado a mi yerno!».

Me quedo sin respiración.

—Increíble...

Pienso en mi abuelo. Era un hombre sereno y amable. Mi hermana menor y yo lo queríamos mucho. Es difícil imaginarlo tan agresivo. Según Nobu, mi abuelo les dijo a los directivos que la agenda de mi padre era inadmisibile; no habían previsto descanso alguno para el desfase horario causado por sus desplazamientos en los tres países que debía visitar. Además, mi padre había tenido que irse de Japón durante el fin de semana y continuar su misión en Europa recién llegado.

Recuerdo esa última misión. Durante el último viaje, en efecto, su agenda estaba muy cargada. Antes de llegar a Londres, donde murió, había estado en

la filial de Bruselas, luego en la de Düsseldorf. En su última carta escribía: «Demasiado agotado, no puedo dormir...».

—Es terrible —dice Nobu—. Los que conocían bien a tu padre pensaban que tu abuelo tenía razón. Era su superior directo el que había planificado su agenda. No le gustaba tu padre, pues tu padre, igual que yo, se negaba a ir a beber con sus colegas o superiores. Se quejaba: «¡El señor Aoki es una mala compañía». Se parece mucho a mi superior actual.

«Qué historia...» Vuelvo a ver la imagen de mi padre, que una vez había llegado a toda prisa con una caja de pasteles. Mi hermana menor y yo nos arrojamos a sus brazos: «¡Papá! ¡Qué temprano has vuelto hoy!». Mi madre sonrió: «¡Qué felicidad! Esta noche podremos cenar juntos».

—¿Y cómo reaccionaron esos directivos con mi abuelo? —pregunto.

—Lo amenazaron: «Si nos lleva ante los tribunales, nosotros jamás volveremos a contratar a un miembro de la familia Aoki». «Nosotros» significaba todas las empresas y todos los bancos vinculados con Goshima. Tu abuelo tuvo que resignarse.

Estoy atónito. Pienso en el señor Asano, que me amenazó de la misma manera. La ira se apodera de mí. Ahora entiendo por qué mi madre rechazó la oferta de empleo de la empresa y por qué no estaba del todo contenta con mi ingreso en ella. De haberlo sabido, yo no habría aceptado ese trabajo.

—Cuando los directivos trataron de rechazar el importe de la indemnización que se le pagaría a tu familia —añade Nobu—, el señor Toda se opuso con firmeza, diciendo que debían ofrecer una suma razonable para que los hijos, al menos, pudieran terminar sus estudios según sus capacidades. Les repitió: «No olviden la enorme contribución de Aoki a nuestra sociedad durante años. No puede tratárselo así. ¡Está en juego el honor de la empresa Goshima!».

Estoy emocionado. Esa actitud es muy digna de él. Recuerdo el funeral de

mi padre, cuando me presentó sus condolencias.

—¿Dónde está ahora el superior directo de mi padre? —pregunto con curiosidad.

—¿Ese? Es el jefe de la filial de Kioto. Es la más tranquila de Japón; se limita a recibir clientes extranjeros o exdirectivos que regresan como turistas.

«¡De modo que era él a quien me encontré ayer con la pareja de franceses!»
Ahora entiendo por qué evitó mirarme cuando le presentaba a nuestros invitados.

—Debo irme —dice Nobu levantándose.

Le agradezco su visita.

Al salir de mi apartamento, evoca una historia del Antiguo Testamento que ha comentado hace un rato con los miembros de su círculo bíblico. «Habiendo atraído la ira de Dios, la ciudad de Sodoma está a punto de ser destruida. Abraham pregunta a Dios si se desharía de todos los culpables incluso si entre ellos hubiera inocentes. Dios le contesta: “Si quedan diez de estos, no destruiré nada”.»

Naturalmente, Yūko ya no aparece por la recepción. Las habladurías sobre ella se extienden por toda la empresa. «¡Al final la señorita Tanase aceptó la petición de matrimonio del hijo del presidente del banco Sumida!» Todos los miembros de nuestro equipo, sin excepción, hablan del asunto.

La mujer casada dice sonriendo:

—¡Me lo imaginaba! No es posible rechazar una proposición como esa cuando procede del hijo de la persona más importante para la empresa. De todos modos, ¿qué mujer no estaría feliz de que la eligiera un príncipe tan encantador?

—No lo entiendo —murmura la chica de diecinueve años—. Creía que la señorita Tanase ya quería a otra persona.

Uno de los solteros, muy decepcionado, dice:

—¡Ay, qué pérdida de tiempo! ¡No habría que sentir compasión por el hijo! A fin de cuentas es el hijo de un hombre poderoso. ¡Ha terminado ganando!

Quisiera taparme los oídos. Es una pesadilla. Trato de ausentarme de la oficina todo lo posible.

Por la tarde me convoca el director de personal. Mi jefe me dice que es por mi traslado. Ya es 15 de marzo. Cuesta pensar que pronto estaré en París, muy lejos de Yūko. Ojalá el tiempo y la distancia me ayuden a olvidar.

El director me espera en su despacho, fumando un cigarrillo.

—Siéntate —dice, señalando una silla delante de la mesa.

Antes de abordar el tema en cuestión, me comenta que valoran la eficacia de

la que hice gala en el estudio de mercado de Singapur y también mi capacidad para hablar idiomas. En resumen, señala que soy un hombre con quien se puede contar. Habla imperturbable, pero no me mira nunca a los ojos. Pasan unos minutos. Por fin va al meollo de la cuestión.

—Tu traslado al extranjero ya está decidido. El lugar es... —Hace una pausa y declara muy sonriente—: ¡Montreal!

—¿Perdón?

Casi corrijo el nombre de la ciudad: «¿No era París?». Lo miro, impactado.

—¡Montreal! —repite.

«Pero...» Desconcertado, me quedo sin habla.

—No te preocupes, Aoki. No es una pequeña ciudad del estado de Wisconsin. ¡Es la metrópolis de Quebec, en Canadá! —bromea.

—Pero... la empresa no tiene sucursal en Montreal —balbuceo.

Deja caer la ceniza del cigarrillo.

—No, pero es uno de nuestros proyectos más importantes, y llevamos mucho tiempo discutiéndolo. Como hablas también francés, queremos que vayas a Quebec. El francés de allí se llama quebequés, y el acento se parece al del dialecto de Tōhoku, pero sigue siendo francés. No te costará acostumbrarte.

No entiendo qué está ocurriendo. Pienso en el señor Toda, que dentro de dos días regresará de su viaje a Nueva York. Dudo de que esté al tanto de este cambio. El director sigue hablando.

Me dice que Canadá no es un país ideal para vender productos japoneses, salvo máquinas electrónicas. En primer lugar, afirma, hay poca población, y los puntos de venta están muy dispersos, lo que encarece considerablemente el coste de la distribución. Además, los sindicatos hacen demasiadas huelgas. Nuestra empresa lleva unos años desarrollando proyectos de importación, en particular con la Columbia Británica, donde ya tenemos una sucursal en

Vancouver. Sin embargo, señala, el este del país, todavía desconocido, presenta un potencial muy interesante. Y entonces me mira a los ojos por primera vez.

—Se prevé que tu cargo dure cinco años. Tendrás el salario de un subjefe de sección de la sede central. Es un ascenso excepcional. Por supuesto, allí también recibirás compensaciones. —Se interrumpe un momento y añade con orgullo—: Además, la empresa pagará los gastos de viaje de tu familia, me refiero a tu madre y tu hermana, para que puedan visitarte dos veces al año durante los tres primeros años.

«¿Qué?» Tengo un acceso de ira: «¡Qué maquinación! Es evidente que la empresa intenta impedirme que vuelva a ver a Yūko».

Miro fijamente al director. Sé que sufre la presión de nuestro presidente-director general por el apoyo del banco Sumida. Él tampoco tiene opción. Sin embargo, si me hubiera explicado su situación, habría podido simpatizar con él y hasta apreciarlo. Me pregunto cómo reaccionaría yo si estuviera en su lugar.

—Una buena oferta, ¿no es cierto? —insiste el director.

Aunque sus labios esbozan una sonrisa, su mirada sigue siendo glacial. El humo del cigarrillo asciende en el despacho. Pienso en Nobu. Yo también podría decir: «No, no puedo aceptar esta decisión. Dejo la empresa».

El director desvía la mirada hacia la ventana. Sigue fumando. Su rostro carece de expresión. Me pregunto si alguna vez habrá sentido una gran pasión por alguien, si habrá sufrido un desengaño amoroso. Más allá de su hombro, se extiende la ciudad de Tokio interminablemente. Pienso en el señor Toda, en mi difunto padre, en todos los miembros de la familia Aoki que trabajan en Goshima y el banco Sumida.

No sé cuántos minutos o incluso segundos han pasado. De repente oigo la voz de Yūko: «Takashi-san, ¡venga a Montreal!». Va andando por el camino

que lleva al mirador del monte Royal. Mira la ciudad y el río Saint-Laurent. «¡Es mi tierra, Kobe!», exclama. Baja al Viejo Montreal. Baila frente a la catedral de Notre Dame, me llama haciendo una seña con la mano. «¡Venga! ¡Yo estaré con usted!» Sonrío. Empiezo a correr hacia ella: «¡Espérame, Yūko!».

El director se vuelve hacia mí.

—Una buena oferta, ¿no le parece?

—Sí. No merezco este honor. Daré lo mejor de mí —contesto sin ambages.

—¡Muy bien! Te deseo buena suerte —dice con aire triunfal.

Me levanto de la silla y me inclino ante él.

—Señor director, nunca olvidaré la molestia que se ha tomado por mí.

Me mira como pillado por sorpresa. No dice nada, pero su rostro se descompone.

Estamos a 17 de marzo. Es el cumpleaños de Yūko. Cumple veinticuatro años.

Solo han pasado dos semanas desde mi regreso de Singapur. Sin embargo, siento como si hubiera vivido varios años de golpe.

Hoy la empresa anuncia oficialmente la reorganización del personal. Los que creían que me enviarían a París se sorprenden mucho.

—¡Ignoraba que la decisión final sobre tu traslado sería tan distinta! —me dice el señor Toda.

Ha regresado esta mañana de Nueva York. A juzgar por su expresión, queda claro que no le han consultado. Pero parece satisfecho con la noticia.

—Aoki, te han dado un trato excepcional.

El jefe de personal le comentó que nuestro presidente-director general había destacado la importancia de tener una sucursal en Montreal. Enterado de la jerarquía de mi cargo, mi salario y las compensaciones previstas para mí y mi familia, el señor Toda creyó comprender cuánto contaba la empresa conmigo.

Nobu me llama por teléfono.

—No había oído hablar de la apertura de una sucursal en Quebec. ¡Menudo cambio!

—No es un cambio, pues nunca se anunció oficialmente mi traslado a París.

—No hace falta que defiendas a la empresa. Es lógico que no te envíen a París, donde hay una sucursal del banco Sumida y donde vive la hija del presidente del banco.

—Cualesquiera que sean las razones, he aceptado la misión. Eso he

decidido. Haré en Montreal lo que tenga que hacer. Después de todo, soy un *shōsha-man*.

—No te sientas obligado —dice—. Recuerda que la empresa no lo es todo.

—Lo sé.

De nuevo me cercioro de que no hablaré con nadie de mi relación con Yūko. En especial con el señor Toda.

Esa noche voy a casa de mi madre. Aunque sean las nueve pasadas, me ha esperado para cenar. En la mesa están dispuestos mis platos favoritos: *gyōza*, *sashimi* y *chawan-mushi*.

—¡Qué festín!

Me trae sake y una tostada, y su propio *choko*.

—¡*Kanpai* por tu traslado a París!

—No, ¡no iré! —digo alegremente.

—¿No?

Sorprendida, posa su *choko* en la mesa. Sigo sonriendo.

—Me voy a Montreal.

—¿A Montreal? ¿Cómo es eso?

—Les pareció un poco prematuro trasladarme a la sucursal de París —miento—, que ya está bien consolidada. Quieren que adquiera experiencia en un lugar nuevo.

—Ah, bueno...

Me mira con expresión confundida. Le explico mi cargo y el tratamiento que recibiré en Montreal. Su rostro se apacigua. No menciono los gastos de viaje para ella y mi hermana, pues no tengo la menor intención de aceptar esa oferta. Tampoco menciono los tres primeros años que no podré regresar a Japón.

—Será un verdadero desafío abrir una sucursal en una ciudad desconocida.

Estoy muy entusiasmado —digo.

—¡Qué cambio!

Supongo que se refiere a mi traslado a Montreal en vez de a París. No, lo que quiere decir es cómo ha cambiado todo desde la época de mi padre.

—Tú te diviertes trabajando —murmura—, no como tu padre. Los tiempos han cambiado.

Me callo. Me abruma pensar en él, expulsado de Japón como ahora me está pasando a mí. Mi madre me mira.

—¿Qué sucede, Takashi?

—No, nada.

Cojo mi *choko*.

—¡*Kanpai* por mi traslado a Montreal!

Ella sonrío débilmente.

—París o Montreal, me da igual. Las dos están lejos de Japón.

—¡Podrás mudarte conmigo! —la aliento.

Ella rechaza de inmediato mi invitación.

—¡Menuda ocurrencia! ¡Sabes muy bien que las lenguas extranjeras son mi pesadilla!

A medianoche llamo un taxi. Mi madre me pone las sobras de la cena en un recipiente de plástico. En ese momento me pregunta bruscamente:

—¿Estás al tanto de la boda de una recepcionista de tu compañía con el hijo del presidente del banco Sumida?

—Sí... —digo turbado.

—Me enteré por tu tío —prosigue sin mirarme—, que trabaja en una sucursal del banco. Dijo que el presidente está muy contento de que su hijo se case por fin. Tengo curiosidad por saber qué clase de chica es.

Mi madre sigue hablando del asunto. Yo deseo que el taxi llegue lo antes posible.

La semana siguiente voy a la academia Kanda a ver a mi profesor de francés y a los alumnos de su clase. Quieren organizarme una fiesta de despedida. Estoy emocionado, pero rechazo la invitación comentando mi situación actual: tengo mucho que hacer antes de viajar a Montreal.

Al salir de la clase me cruzo con la joven camarera, la nieta del propietario del café Torēhuru. Me sorprende. «¡Qué casualidad!»

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Ella sonrío.

—Sigo un curso de francés. ¿Y usted?

—Yo también, pero hoy es mi último día. Me voy a Montreal.

—¿Montreal? Me gustaría visitar esa ciudad algún día.

—Ah, ¿sí? Entonces te invitaré para tu luna de miel —la provoco.

—¡Todavía no tengo novio! —dice riendo.

Su manera de hablar sigue siendo muy agradable. Me cuenta que los cursos en la universidad empezarán dentro de dos semanas y que seguirá trabajando en el café. Le digo que yo dejaré de ir, que me marcho por un período de cinco años.

—¡Cuánto tiempo! —exclama—. Los echaré de menos a usted y su amiga.

—Desafortunadamente, ya no estamos juntos.

Está muy sorprendida. Su rostro se ensombrece al instante.

—Lo lamento... Parecían una pareja perfecta.

Me quedo callado. «Una pareja perfecta...» Nobu pronunció esa misma

expresión varias veces. Perfectos o no, Yūko y yo nunca tuvimos un vínculo sólido. Sigo triste, pero no puedo pensar de otro modo.

Me presento por primera vez.

—Me llamo Takashi Aoki.

—Me llamo Yuriko Shibata —contesta tendiéndome la mano.

Le pregunto por los ideogramas de su nombre en *kanji* y los repito mentalmente.

—Te enviaré una postal a la dirección del café Torēhuru.

—Qué amable. ¡La esperaré con gusto! —Los ojos le brillan.

Camino por una callecita que lleva a la estación de metro. Pienso en Yūko. Me doy cuenta de que ella y Yuriko Shibata comparten ciertos rasgos de carácter y un aire distinguido.

Ha llegado el día de mi partida a Montreal.

Por la mañana voy a la oficina como de costumbre. Resuelvo los últimos detalles administrativos para la apertura de la sucursal de Montreal. A eso de las once me despido de los directivos de la empresa. Voy a ver al jefe del equipo, al jefe adjunto de la sección, al jefe de sección, el subjefe del departamento de asuntos extranjeros... El jefe de personal y el presidente-director general no están en sus despachos. Su ausencia me alivia, pues no tengo ningunas ganas de volver a verlos. Sin duda ellos tampoco quieren despedirse. Por último, llamo a la puerta del señor Toda.

—Muchas gracias por todo lo que ha hecho por mí —le digo con sinceridad.

Me invita a sentarme en el sillón. Pide a su secretaria que nos traiga unas tazas de té.

—Hace ya siete años —murmura bebiendo— que trabajas para la empresa. Todavía recuerdo el día en que te presentaste a la prueba oral. Me impresionó tu gran capacidad.

Su mirada se entenece.

—Hace once años que mi padre murió —digo—. Recuerdo como si fuera hoy su funeral, cuando usted me alentó a entrar en la empresa.

—Yo tenía razón. Es una suerte contar con un hombre eficiente y activo como tú. Sigo estando orgulloso de ti.

No digo nada. Veo a mi abuelo despotricando contra los directivos:

«¡Ustedes mataron a mi yerno!». Niego con la cabeza como tratando de apartar esa imagen amarga: «¡Olvida eso!».

—¿Por qué se hizo usted *shōsha-man*? —le pregunto al señor Toda.

—Eso mismo me preguntó mi mujer cuando le propuse matrimonio —dice sonriendo—. Quería saber si estaba orgulloso de mi profesión.

—¿De veras?

Pienso en su mujer, maestra de la ceremonia del té. Siempre ha acompañado a su marido al extranjero, adondequiera que él fuese, y cuidado de los empleados de las sucursales invitándolos a comer. Es una buena cocinera. Todo el mundo la quería, en especial en los países más alejados de Japón. No tienen hijos.

—Yo tenía veinticinco años —dice—. Acababa de entrar en Goshima. Fue al año siguiente de la derrota. Me habían movilizado en Filipinas. Cuando regresé a Tokio, la ciudad estaba completamente destruida por los bombardeos. Los soldados norteamericanos conducían sus jeeps bebiendo Coca-Cola y arrojaban chokolatinas y chicles a los niños hambrientos. Los soldados incluso se besuqueaban con las chicas japonesas, que escandalosamente maquilladas les seguían el juego...

Son escenas de las que también me habló mi padre.

—¿Cómo convenció entonces a su mujer? —pregunto con curiosidad.

Por un momento se ruboriza.

—Le dije: «Quiero colaborar en la reconstrucción de la economía de nuestro país. Para salir de la miseria de la derrota, hay que conseguir la mayor cantidad posible de divisas extranjeras vendiendo productos japoneses. Esa es exactamente la tarea de la empresa Goshima». Lo decía en serio. Emocionada, aceptó mi proposición.

Entiendo por qué ella lo ayuda con tanta devoción. Es maravilloso. Pero los tiempos han cambiado. Ahora llevamos una vida más desahogada en el

aspecto material. Creo que damos a la vida personal o familiar mayor importancia que antes, sobre todo las mujeres. Yūko decía: «No quiero casarme con un *shōsha-man*, que ya está casado con su empresa».

—A tu padre le motivaba lo mismo que a mí cuando entró en la empresa — dice el señor Toda sonriendo.

—¿A mi padre también?

—Sí. Habíamos padecido todas las amarguras de la guerra y estábamos comprometidos con el futuro de Japón. Los productos japoneses se vendían frenéticamente en el extranjero. Me sentía como si me hubiesen enviado al frente de nuevo. Pero esta vez la guerra era comercial. Pienso en tu padre como en uno de mis compañeros de armas muertos en la isla de Luzón, en Filipinas.

Se me encoge el corazón. Recuerdo la época en que nuestra familia vivía en Helena, en el estado de Montana, a principios de los años sesenta. Japón se lanzaba a un crecimiento acelerado. Mi padre estaba tan ocupado que pasaba muy poco tiempo en casa. Su inglés era rudimentario, pero había logrado extender su red de ventas.

—Qué lástima —murmura el señor Toda con aire triste—. Qué lástima que tu padre muriera tan joven...

—¿Qué hará cuando se jubile? —pregunto.

—Me iré a Indonesia con mi mujer.

—¿A Indonesia? ¿De viaje?

—No. Trabajaremos como voluntarios, quizá en el sector educativo. Me gustaría ayudar a la gente a formar personal especializado.

No me esperaba esa respuesta. Al oírlo hablar de su proyecto, recuerdo la historia del Antiguo Testamento que me contó Nobu el otro día a propósito de la ciudad de Sodoma. Si no me vengo de la empresa Goshima, será sin duda porque en ella trabaja alguien como el señor Toda.

—Te enviaré mi nueva dirección —dice con los ojos levemente empañados—. Si tienes dudas o problemas, puedes ponerte en contacto conmigo en cualquier momento.

Me levanto del sillón y lo saludo con una profunda inclinación.

Son las cuatro de la tarde. Estoy listo para ir al aeropuerto Narita.

Bajo a por mis maletas, que estaban en una sala de espera. Voy a la recepción para que me llamen un taxi.

Hace algunas semanas que ha vuelto la chica a quien Yūko reemplazaba en la recepción. La veo hablar con un joven. Es el becario de Osaka, que sigue con su corbata verde. Me pregunto si estará tratando de invitarla a salir con él, como hizo con Yūko. En cuanto me ve, se inclina y se aleja.

—¡Ah, señor Aoki!

La recepcionista me llama como si estuviera esperándome.

—¿Hay algo para mí? —pregunto.

—Sí. El señor Tsunoda llegó hace un rato.

Deposita un paquetito en el mostrador. Estoy conmovido: «¡Nobu ha venido!». Curioso, lo abro. Es un ejemplar nuevo del Antiguo Testamento. Sonríe: «Muy propio de él». Leo la dedicatoria en las guardas: «Takashi, espero que tengas éxito. ¡Hasta la vista! Nobu».

La recepcionista mira mis maletas.

—¡Se va a Montreal esta noche!

—Exactamente.

Por un momento pienso que si ella no se hubiera puesto enferma, Yūko no habría trabajado en la recepción y el hijo del presidente del banco Sumida no habría tenido oportunidad de conocerla.

—Acabo de enterarme de que la boda de la señorita Tanase se celebró hace

una semana —me dice entonces la recepcionista—. La pareja está de luna de miel en Europa.

La escucho estupefacto: «¿Ya?».

—Ojalá algún día venga a verme un príncipe encantador a la recepción — bromea.

No contesto. Le pido que me llame un taxi.

Fuera, el cielo está límpido. El sol es intenso. «¡Qué buen tiempo!» Se huele el inicio del verano. Estamos a 3 de mayo. Han pasado dos meses desde mi último viaje a Singapur. Me invade una sensación extraña. Desde esta noche ya no estaré en Japón. Por un momento recuerdo las palabras de Yūko: «En Quebec empieza a reverdecer a principios de mayo».

Unos transeúntes me miran. Algunos reconocen la insignia de la empresa en la solapa de mi chaqueta. Me miran con respeto y envidia. Me vuelvo para contemplar el edificio Goshima. Iluminadas por el sol, las ventanas resplandecen. Me quito la insignia y la guardo en el bolsillo interior de la chaqueta.

Llega el taxi. El conductor guarda las maletas en el maletero.

—¿Adónde vamos?

—Al aeropuerto Narita, por favor.

El taxi se pone en marcha despacio. El edificio Goshima se aleja. Cierro los ojos.

II

Estoy en mi oficina. Mi mujer y mi hija vendrán pronto para ir a almorzar al barrio chino. Es domingo. Salvo yo, aquí no hay nadie. Solo he venido a buscar la documentación que preparó mi secretaria para una reunión que tendrá lugar mañana. Haré de intérprete para dos empresas, una japonesa y otra de Quebec, a propósito de una venta de carne de vacuno.

Caen gruesos copos de nieve. Miro el calendario colgado de la pared. Estamos a 17 de marzo. Pronto llegará la primavera. Mi hija, que nació en Montreal, se muere de ganas por ir a la cabaña de azúcar[2] con sus compañeros de curso.

Me siento en el sillón. Reina la calma. Veo revolotear la nieve. A mi mente vuelve la noticia del gran terremoto que asoló hace exactamente dos meses la región de Hanshin, en particular la ciudad de Kobe. Un seísmo de 7,2 de intensidad y más de cinco mil muertos. Después del de Kanto, de 1923, ha sido el terremoto más fuerte. Pienso en Nobu y en Yūko. Aunque ahora vivan en Tokio, son naturales de Kobe. Allí deben de seguir viviendo sus familiares cercanos o lejanos.

Al día siguiente del seísmo vi por televisión imágenes catastróficas. Partes enteras de la ciudad convertidas en ruinas. Las vías del recorrido aéreo del *shinkansen* al desnudo. El hormigón armado de la autopista Hanshin plegado y volcado. Un barrio destruido por las llamas. Las viejas casas de madera aplastadas o hundidas... Además, seguía haciendo frío. Me imaginaba el difícil

futuro de las víctimas. Pensé entonces que mi amarga experiencia en la empresa Goshima era insignificante comparada con la de esas víctimas.

Han pasado catorce años desde mi llegada a Montreal, en 1981. Ya no trabajo en Goshima.

Dejé la empresa en 1986, cuando la sede central de Tokio ordenó mi traslado a Singapur. Era el comienzo de la burbuja económica en Japón. Como otras empresas, Goshima se había lanzado al mercado de los bienes inmuebles, no solo en el país sino también en el extranjero. El negocio parecía funcionar. La empresa intentaba incrementar aún más sus negocios en otros países. Llegaron incluso a enviar a varios empleados a la sucursal de Montreal, donde yo había obtenido buenos resultados con la adquisición de mineral de hierro. De modo que mi renuncia fue una sorpresa en la sede central de Tokio. Intentaron disuadirme, pero mi decisión era firme. El jefe de personal ya no estaba; había muerto de cáncer de pulmón un año después de mi marcha de Japón.

Tras dimitir en Goshima, fundé mi propia agencia de comunicación; ofrezco servicios de traducción simultánea y de traducción al inglés, francés, japonés y mandarín. El cambio fue bastante bueno, pues la gente con quien había trabajado como *shōsha-man* confiaba en mí y apreció de inmediato mi nueva situación. Ahora tengo una secretaria de Quebec y dos ayudantes: una de origen japonés y otra china.

Hacia finales de los años ochenta, cuando mis negocios iban muy bien, la burbuja económica estalló en Japón. Muchas empresas y bancos fueron presa del pánico. Goshima no constituyó una excepción. Trató de revender de inmediato sus bienes inmobiliarios, pero era demasiado tarde. Sufrió pérdidas enormes y tuvo que reducir sus actividades, sobre todo en el extranjero.

En cuanto a la sucursal de Montreal, hace poco que la han cerrado. Por lo que se dice, trasladaron a todos los empleados fuera de Japón. La sede central

de Tokio temía la inestabilidad económica de Quebec si acababa separándose de Canadá, a raíz del referéndum sobre la independencia previsto para octubre.

Me casé con Yuriko siete años después de mi llegada a Montreal. Mi madre, mi hermana y el tío de Yuriko y su mujer viajaron a Montreal para asistir a la boda. Tres años más tarde nació Kanako, y cuando cumplió un año fuimos a Japón a presentársela a nuestras familias. Luego viajamos a Indonesia para visitar al señor Toda y a su mujer, que trabajaban en una escuela de formación profesional. Nos recibieron como si fuéramos de su familia. El señor Toda me dijo: «Bueno, tú ya no trabajas en Goshima y yo ya no soy tu superior. De ahora en adelante podrás contar conmigo como si fuera tu padre».

Durante nuestra estancia en Tokio me puse en contacto con Nobu, que me enseñó su *juku*. Su negocio iba bien, contaba más de trescientos alumnos. Me puse muy contento por él. Entonces me contó que una vez Yūko había ido a visitarlo con una amiga que buscaba un buen *juku* para su hijo. Cuando me dijo que había visto también a su hija me estremecí. Las palabras «su hija» evocaban la existencia de su padre, Takashi Sumida.

Miro de nuevo el calendario en la pared. Estamos a 17 de marzo... Yūko cumple hoy treinta y ocho años. Me pregunto qué edad tendrá «su hija».

Mi mujer y mi hija entran en el despacho.

—¡Date prisa, papá! —me grita Kanako, muy excitada. Me tira del brazo para llevarme a la ventana—. ¡Mira!

Veo la rue Sainte-Catherine. El largo desfile de San Patricio pasa frente a nuestro edificio. Hay gente vestida de verde, carros, gaitas, percusiones... La calzada está invadida por una marea verde. Los niños agitan sus manos hacia el desfile.

Yuriko se acerca a nosotros. Los tres juntos contemplamos el desfile.

De pronto tengo un *déjà-vu*. Un instante después, recuerdo al *ekisha* con quien me encontré la noche en que Yūko y yo fuimos a un restaurante a comer tempura. Me dijo: «Está usted en la ventana con su mujer y su hija. Los tres contemplan el desfile. Tiene otra hija, que pronto se reunirá con usted». El *ekisha*, pues, veía una escena de mi futuro. Estoy impresionado. Pero se equivocaba con respecto a «mi otra hija». Solo tengo una. Nuestra única hija.

Kanako me dice con aire orgulloso:

—¡Mamá me ha enseñado una palabra nueva!

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—*Shamrock*. Significa «trébol» en irlandés, ¿verdad?

—Sí, exacto.

—Cariño, bajemos a la calle antes de que el desfile se aleje —me dice Yuriko.

Kanako se precipita hacia la puerta. Recojo el sobre con los documentos

para la reunión de mañana por la mañana. Mientras salimos de la oficina suena el teléfono. «¿Quién será?» Es domingo, se supone que no hay nadie para contestar.

—¿Sí? —respondo, curioso.

No pronuncio el nombre de la empresa. Tras un instante de silencio, oigo la voz de un japonés, que dice:

—Quisiera hablar con el señor Takashi Aoki.

—¡Nobu! ¡Qué sorpresa! —exclamo, tras reflexionar un instante.

Mi mujer se vuelve hacia mí. Le digo que es uno de mis excolegas de Goshima. Asiente con la cabeza y sale de la oficina con Kanako.

—Disculpa que te moleste... —me dice Nobu.

—No, en absoluto. ¿Cómo estás?

Es la primera vez que hablamos por teléfono. Como estamos demasiado ocupados, solo intercambiamos tarjetas por Año Nuevo. Me doy cuenta de que en Japón son las dos de la mañana. Sin duda, tiene algo importante que decirme.

—¿Te has enterado del terremoto de la región de Hanshin?

—¡Claro! Pensaba en tu familia, que vive en Kobe.

—Gracias. Mi familia está bien, pero... —Se interrumpe.

—Pero ¿qué?

—Yūko murió al día siguiente del terremoto. Estaba de visita en Kobe.

«¿Cómo? ¿Que Yūko ha muerto?» Es una noticia tan repentina que no sé qué contestar. Me vuelve a la cabeza una imagen espantosa que vi por televisión. «¿Estaría ella también allí?» Me estremezco. Por un momento me acuerdo de su primo, Masao, que vivía en Kobe.

Nobu dice que la encontraron aplastada bajo los escombros de una casa. Todavía estaba viva y la trasladaron de inmediato al hospital. Gravemente herida, no podía comunicarse. Por suerte llevaba en el bolsillo del abrigo una

libreta de direcciones. Su hija y sus padres, el señor y la señora Tanase, llegaron enseguida. Su marido, Takashi Sumida, se encontraba de viaje de negocios en París con su padre. A pesar de su estado, Yūko hizo un último esfuerzo para hablar con sus padres. Les pidió que se pusieran en contacto conmigo.

—¿Que se pusieran en contacto conmigo? —digo—. ¿Por qué ahora? Nunca los conocí.

—Se trata de la hija de Yūko —dice Nobu, vacilante.

—¿Perdón?

—Es hija tuya. ¿Entiendes? Nació en diciembre del año en que te fuiste de Japón.

«¿Hija mía?» Estoy profundamente perturbado. Solo pasé con Yūko una noche, en Kobe. Incluso recuerdo la fecha: el sábado 6 de marzo.

—¿Su marido sabía que la hija era mía? —pregunto con voz temblorosa.

—Sí. En cuanto Yūko supo que estaba embarazada, se lo confesó todo y le pidió que rompieran el compromiso. Él se quedó conmocionado. Pero insistió en casarse con ella e incluso quiso reconocer al bebé como suyo.

—Increíble...

Por un instante me quedo petrificado mientras Nobu sigue refiriéndome lo que le contaron los padres de Yūko.

—¿Cómo era su vida conyugal? ¿Era feliz con su marido? —pregunto.

—Eso debes preguntárselo a sus padres.

Me quedo callado.

—Qué ironía... —murmura él—. Eres el padre de la nieta del presidente del banco Sumida, que te echó de Japón. Si ese presidente y el de Goshima lo supieran, sería una catástrofe para ellos...

No contesto. Pienso en el señor Toda, que nunca ha estado enterado de mis relaciones con Yūko.

—¿Sabes cómo se llama la hija? —pregunto.

—Por supuesto. Se llama Mitsuba.

—¿Mitsuba?

—Sí. Nunca he oído un nombre así. Discúlpame, ahora debo irme. Son casi las tres de la mañana. En todo caso, el padre de Yūko te llamará pronto. ¡Adiós!

Se hace el silencio.

Miro hacia la ventana como si estuviera en un sueño. Grandes copos de nieve revolotean con el viento. Me recuerdan un torbellino de pétalos de flores. En Japón pronto llegará la estación de los cerezos. Veo a Yūko, que dispone unas flores en un jarrón. Me sonrío: «Takashi-*san*, ¡vamos a Montreal juntos! ¡Es mi tierra, Kobe!». Tengo el corazón en un puño. Las lágrimas me empañan la vista. «Feliz cumpleaños, Yūko...», murmuro.

Zakuro

Es domingo. Hace buen tiempo. En el jardín, los crisantemos están en plena floración. Amarillo, rosa, blanco, naranja... Las flores brillan, iluminadas el sol. Trinan los gorriones en el árbol de *zakuro*, cuyos frutos están maduros. El cielo está límpido, el aire es puro. Estamos a mediados del otoño, mi estación favorita.

Acabamos de almorzar. Son las dos. Pronto iré a buscar a mi madre, que vive en una residencia para gente con demencia senil. Entretanto, descanso en el salón leyendo el periódico. A mi lado, mi sobrino Satoshi hace los deberes. Tiene abierto ante él un atlas mundial, un libro de geografía y una caja de lápices de colores. Lee el libro con la cabeza baja. Por un instante, mi mirada se posa en el pequeño lunar que tiene en la base de la nuca. Muy negro, resalta nítido sobre la piel, de un moreno pálido.

La casa está en silencio. Mi mujer ha salido a comprar con mi hermana, la madre de Satoshi. Esta noche toda mi familia se reunirá con nosotros en casa: mi hermano menor, mis dos hermanas menores, sus hijos y mi madre. Con «nosotros» me refiero a mi mujer y yo.

No tenemos hijos, pero eso no nos entristece, pues mis sobrinos y sobrinas nos visitan de vez en cuando, sobre todo Satoshi. Mi mujer, hija única, los quiere como si fueran suyos. En realidad, soy mucho mayor que mi hermano y mis hermanas y trato a sus hijos como si fueran mis nietos. Además, los chicos no conocen a sus abuelos. El padre de mi mujer murió cuando ella era muy

pequeña. En cuanto a mi padre, desapareció en Siberia cuando acabó la guerra, en 1945.

La primera plana del periódico está dedicada al encuentro entre el primer ministro Satō y el presidente Nixon con motivo de la reducción de nuestras exportaciones de productos textiles: lana y fibras sintéticas. Por fin, los dos países se han puesto de acuerdo para retomar las negociaciones sobre el asunto, interrumpidas desde hace más de un año. Nixon obliga a reiniciar las negociaciones porque supone su promesa electoral más importante.

Trabajo en una gran empresa de importación y exportación. El volumen de exportación de esos productos no es desdeñable, y me preocupan las consecuencias políticas y económicas que podrían sobrevenir si Japón cediera a las peticiones de Estados Unidos. Al mismo tiempo, nuestro primer ministro espera recuperar Okinawa. Me pregunto cómo resolverá esos dos problemas sin ganarse la ira de la gente de la industria textil. Pienso un momento en mi amigo Kōji, que viajó a Washington la semana pasada. Es un periodista independiente. Me encantaría hablar con él de todo esto.

En el salón entra una brisa agradable. Me vuelvo hacia el jardín, donde los crisantemos se agitan levemente. Los gorriones cantan en el árbol de *zakuro*. Al contemplar esos frutos tan rojos, recuerdo que en la antigua casa de mis padres también había uno de esos árboles. Bostezo. Ya no tengo ganas de hojear el periódico. Satoshi sigue leyendo el libro de geografía. Me adormezco mirando el lunar de su nuca.

Mi madre baja al jardín con una caja de cartón ondulado. La deja en el suelo y saca una larga chaqueta de hombre. Luego la cuelga de una percha, que engancha en una de esas varas de bambú que se usan para secar la ropa. En la caja hay también un suéter, una parka, pantalones, cinturones... Pienso: «Es la

ropa de mi padre, que mi madre atesora desde hace treinta años. La ventila dos veces por año, en primavera y en otoño». El sol empieza a calentar. Ella sigue colgando el resto de las prendas. Su cabello blanco resplandece, envuelto por los rayos solares.

Con un lápiz rojo, Satoshi dibuja un coche. Se vuelve hacia mi madre, que lleva una larga vara de bambú hasta el pie del árbol de *zakuro*.

—¿Qué va a hacer la abuela con ese bastón? —me pregunta.

—Va a recoger los frutos del *zakuro*.

—Yo puedo ayudarla —dice muy serio.

Sonrío, pues el árbol es demasiado alto para él, que tiene apenas tres años.

—No. Puede sola.

—¿Cómo lo hace? —pregunta él con aire curioso.

Le comento que la punta la vara de bambú está cortada en dos. La rajadura está fijada con una maderita. Para recoger un fruto basta con atrapar la rama con el extremo de la vara y girarlo hasta que la rama se desprenda. Satoshi me escucha, fascinado. Mi madre logra coger uno y hacerlo caer al suelo.

—¡Bravo! —dice Satoshi aplaudiendo.

Mi madre le sonrío y sigue con sus maniobras. Uno tras otro, una decena de frutos caen al suelo. Ella los recoge y los pone en la caja que contenía la ropa de mi padre. Se acerca a nosotros con la caja. Satoshi se levanta.

—¡Mirad! Este año la cosecha es buena —nos dice.

—¡Todos tienen las bocas abiertas! —exclama Satoshi observando los frutos.

Los granos son de un rojo vivo. El sabor agridulce se propaga por toda mi boca. Trago saliva. Mi madre le ofrece uno a Satoshi y dice:

—A tu abuelo le gustaban cuando era joven.

—¿De veras?

Satoshi come con apetito. Yo también tomo uno. Mi madre se aleja.

Satoshi se pone de nuevo a dibujar, pero esta vez un mapa del mundo. Mientras lo dibuja murmura:

—América anglosajona, América Latina, África, Oceanía, Europa, la Unión Soviética y Asia.

Me sorprende que a su edad ya conozca ese tipo de nombres. Aun así le pregunto:

—La Unión Soviética es un estado. ¿Los montes Urales no trazan la frontera entre Asia y Europa?

—Sí, pero estos no son los cinco continentes. Aquí las zonas están diferenciadas por el modo de vida o la raza.

Me muestra la página del libro de geografía que está copiando. No me convence.

—Es raro... ¿Cómo puede agruparse a japoneses y árabes, como si pertenecieran a la misma raza?

Él no me hace caso y se pone a colorear la Unión Soviética con rojo. Me atrae el intenso tono de su lápiz. Lo miro, distraído. De pronto, los gorriones me pían al oído.

Despierto. Satoshi sigue a mi lado. Veo los lápices de colores desparramados sobre la mesa. El rojo es el más corto.

Cojo su atlas mundial y lo abro por la página de la Unión Soviética. Miro las líneas de la red ferroviaria. Se extienden desde Moscú hacia los cuatro puntos cardinales, por todas partes, como una telaraña. Una de ellas lleva a Sverdlovsk, en el Ural, la ciudad prisión. De allí sale otra que se extiende a lo largo de miles de kilómetros y cruza Siberia hasta Vladivostok. Mis ojos buscan una ciudad llamada Bukachacha. Allí, en el verano de 1947, varios japoneses vieron a mi padre en un campo de trabajos forzados.

De repente, Satoshi me pregunta:

—Sé que tu padre trabajaba de capataz en una empresa constructora, pero ¿cómo era?

Su pregunta me sorprende. Es la primera vez que me inquiera sobre su abuelo, a quien solo conoce por fotografías. Reflexiono un momento.

—Para mí —digo— era una persona seria.

—¿Cómo?

Le cuento que luchaba mucho en las negociaciones entre su patrón y los subordinados por los salarios y las condiciones de trabajo. Pero lo más difícil era despedir a los hombres que no eran aptos para hacer el *dokata*, oficio que ante todo exige seguridad. En realidad, su jefe los había contratado y mi padre tenía que notificarles del despido, algo que para él no era justo. Sin embargo se las arreglaba para convencerlos, y algunos de los que fueron despedidos seguían en contacto con él por amistad.

—Me parece que tenía un gran sentido de la responsabilidad —dice Satoshi, impresionado.

—En efecto, era una persona honesta.

—¿Estudió en la universidad, como tú? —pregunta de nuevo Satoshi.

—No. Después de la escuela primaria estudió dos años en la preparatoria. Siguió cursos nocturnos, pues trabajaba todo el día.

—Entonces ¿era como el señor Tanaka, el exministro de Economía!

—¡Ah, es cierto! Autodidacta, como él.

—¿Los padres de tu padre eran pobres, como los del señor Tanaka?

—No exactamente. La idea de ir a la universidad no encajaba en la mentalidad de mi padre. Se conformaba con lo que hacía. Después de estudiar esos dos años lo contrataron en una empresa constructora.

Me quedo callado. Me vuelve a la memoria el rostro de mi padre: tenía la piel tostada por el sol y el pelo siempre cortado al ras. Era de huesos grandes. La última vez que lo vi yo tenía veintiún años y él cuarenta y cuatro. Fue en 1942. Han pasado ya veintiocho años. Hace cinco que superé la edad que tenía él entonces.

—Aun así —dice Satoshi— tu padre debía de estar orgulloso de que fueras a la universidad, ¿no?

—Sí, mucho. Estaba orgulloso de mí. Cuando yo iba al colegio, se jactaba frente a sus amigos: «¡Mi hijo es de verdad inteligente! Todos los años lo eligen delegado de clase. Se convertirá en almirante». Su jactancia me incomodaba.

Recuerdo la imagen de mi padre plenamente satisfecho, leyendo mi boletín de notas. Me repetía: «¡Bien, muy bien! —Y luego siempre agregaba—: Ahora debes ayudar a los compañeros que tengan dificultades en clase. Espero que seas un buen ejemplo para ellos».

—Nunca fuiste almirante —dice Satoshi sonriendo.

—No, solo fui directivo de una empresa, pero mi padre no llegó a saberlo. En realidad, no se interesaba mucho por mis estudios en la universidad, y nunca me aconsejó qué profesión elegir.

—¡Qué suerte! —me interrumpe Satoshi—. Mi padre me vigila todo el tiempo y me hace miles de preguntas sobre mis estudios. Quiere que vaya a la universidad como él, pero yo no quiero.

Su afirmación despierta mi curiosidad.

—¿Qué deseas ser, entonces?

—¡Cocinero!

—¡Cocinero! ¡Muy bien, Satoshi!

Sonríe de nuevo. La expresión de sus ojos me recuerda un poco a la de mi padre.

Pienso en mi adolescencia. Mi padre solía llevarme a una obra en particular, donde tenía a su cargo a unos obreros contratados para construir un túnel. Trabajaban duro, en el barro y el cemento, cubiertos de polvo. A veces mi padre me pedía que los ayudara, y de vez en cuando yo les preparaba té. Como es natural, observaba cómo los trataba y me daba cuenta de que mantenía buenas relaciones con ellos. La mayoría de ellos eran temporeros procedentes de la región de Tōhoku o de Kyūshū. Regresaban a sus casas para la temporada de la siembra del arroz y la de las cosechas. Antes de volver a su región pasaban a visitar a mi padre. Mi madre les preparaba *onigiri* para que tuvieran algo que comer en el tren de regreso.

—A decir verdad, mi padre no creía que uno tuviera derecho a la enseñanza superior solo por haber sacado notas excelentes —le digo a Satoshi—. Solía decirme: «Conozco gente estúpida a la que le fue muy bien en los estudios universitarios. ¡Esa gente es más estúpida que los estúpidos sin instrucción!».

Mi sobrino ríe.

—¡Tu padre tenía razón! ¡Me gusta mucho su mentalidad!

Yo también me río y agrego:

—A propósito, tienes algo en común con él.

—¿Qué? —dice con los ojos brillantes de curiosidad.

—Ese lunar en la nuca.

Sorprendido, se toca la nuca.

—¡No sabía que era hereditario!

Me levanto sonriendo. Es hora de ir a recoger a mi madre.

Este año mi madre cumple sesenta y ocho años.

Hace cuatro que sufre de demencia. El primer síntoma de la enfermedad fue una migraña insólita. La llevé al hospital enseguida, pero no le encontraron ninguna anomalía cerebral. Como no volvió a tener migrañas, nunca regresó al médico.

Sin embargo, con el paso del tiempo su comportamiento se volvía extraño. Olvidada sin parar sus cosas en algún lado, incluso la llave de la casa. Peor aún: empezó a decirles a nuestros vecinos: «¡Mi nuera me esconde mis cosas! ¡Es mala!». Mi mujer se sentía incómoda. El médico nos dijo que no había tratamiento para la enfermedad, y que mi madre podía seguir viviendo con nosotros. Aquello nos perturbó. No sabíamos cómo tratarla. Entonces leímos algunos libros de medicina sobre el tema.

Un día, el año pasado, desde la comisaría del barrio me avisaron de que mi madre estaba allí; no recordaba bien dónde se encontraba su casa, aunque tenía consigo su libreta de direcciones y números de teléfono.

Cuando llegué, me dijo sonriendo: «Estoy esperando a Banzō-san. ¿Dónde está?». Me quedé muy sorprendido. Banzō es el nombre de mi padre. Mantuve la sangre fría y le dije que Banzō-san no pasaría a buscarla porque había salido en viaje de negocios a Manchuria. Ella me creyó y me siguió hasta casa sin problemas. Pero yo tenía sudores fríos.

A partir de entonces su estado se agravó cada vez más rápido. Pedí consejo a su médico, que me recomendó una residencia para enfermos como ella. Fui a

visitarla y decidí internar a mi madre, pues el personal me resultó muy simpático. Sin embargo, para convencerla, recurrí a la misma mentira: Banzō-san iría a buscarla allí. Para mi sorpresa, aceptó sin rechistar. Le expliqué al personal de la residencia que mi padre había muerto en Siberia, pero que mi madre creía que estaba de viaje de negocios en Manchuria, país que hoy ya no existe como tal.

Desde hace algún tiempo, cada vez es más difícil comunicarse con ella. Además, ya no reconoce a los miembros de su familia. Aun así siempre tratamos de repetirle quiénes somos. Pero se acuerda muy bien de la época en que conoció a mi padre.

En realidad, hasta que mi madre enfermó creía que mi padre estaba en Siberia y regresaría a Japón, esperanza a la que yo mismo hacía años que hacía renunciado. Yo le decía que no era muy razonable esperarlo tanto tiempo sin recibir nunca noticias suyas. Ella insistía: «Tsuyoshi, mi intuición me dice que tu padre sigue vivo. Solo cuando vea su cuerpo con mis propios ojos aceptaré la realidad de su muerte. Hasta entonces, jamás me resignaré».

Cuando mi padre desapareció en Siberia en 1945, mi madre tenía cuarenta y tres años. Desde entonces es en la práctica viuda. Su vida no ha sido fácil. Pero como era una persona activa y de carácter firme, nunca pensé que pudiera estar senil tan joven. ¡Qué lástima! Yo quería que tuviera una vida feliz, rodeada de nietos. No sé cuánto tiempo vivirá aún, pero espero que muera sin sufrir demasiado.

Mi padre se fue a Manchuria en 1942. Yo todavía estudiaba en la universidad. Mi hermano tenía diez años y mis hermanas siete y dos. A mi padre lo habían trasladado a esa colonia japonesa, y se suponía que permanecería tres años en la ciudad de Jiamusi, trescientos kilómetros al norte de Harbin. Toda mi familia lo siguió hasta allí, excepto yo, que me quedé en Tokio para seguir estudiando.

Me acuerdo muy bien del día en que se fueron. Los acompañé a la estación de Tokio. Era otoño. Esa mañana, mi padre me hizo recoger los frutos del *zakuro* del jardín de nuestra casa. Eran para mi hermano y mis hermanas, para que se los comieran en el tren.

Mi padre me escribía con regularidad desde Manchuria. En verdad, cuando recibí su primera carta, me asombró que no fuera mi madre quien escribiera. Yo estaba firmemente convencido de que él era de pluma perezosa. Me impresionó su caligrafía, correcta y clara. Le respondí de inmediato. Mi familia se había instalado en Jiamusi sin problemas y mi padre enseguida había vuelto a trabajar.

Una vez me envió una postal de Harbin, adonde había ido por negocios. Me escribió: «¡Harbin me gusta mucho! Es una ciudad verdaderamente cosmopolita. Rusos, japoneses y otros extranjeros viven juntos con los chinos». Esperaba que algún día yo pudiera visitar esa ciudad a la que llamaban la «París de Oriente», o la «Moscú de Oriente».

Dos años después de la marcha de mi familia tuve que dejar los estudios:

me enviaron como soldado a Filipinas. Entonces nuestra correspondencia se interrumpió.

A principios de 1945, mi madre, mi hermano y mis hermanas regresaron a la metrópolis sin mi padre, que se suponía que debía abandonar Manchuria en septiembre de ese mismo año. En vez de regresar a su casa en Tokio, fueron a la de mis abuelos paternos, que vivían en el campo, en la prefectura de Saitama. Lo hicieron para escapar de los bombardeos de la ciudad.

Yo, por mi parte, regresé a Tokio pocos meses después de que acabara la guerra. Era un milagro que todavía estuviera vivo. Había luchado en el frente, y a la mayoría de mis compañeros los habían matado en la isla de Luzón. Mi madre lloró de alegría al verme. «¡Qué felicidad!» Mi hermano y mis hermanas habían crecido tanto que no los reconocí de inmediato. Le pregunté a mi madre dónde estaba mi padre. Me dijo que esperaba que regresara de Manchuria, que entonces estaba bajo el control de la Unión Soviética. Llevaba más de tres meses sin noticias de él. Me pareció extraño. Empecé a preocuparme.

Pronto nos enteramos de que los soldados japoneses habían sido deportados a aquel país comunista, sobre todo a Siberia. Estábamos furiosos: «¿Cómo pueden hacer algo así después del final de la guerra?». Evidentemente, Stalin había renegado de la declaración de Potsdam, según la cual su país debía mandar de vuelta a todos los japoneses a su país.

Me preguntaba dónde pues estaba mi padre. Mi madre creía que seguía trabajando en Manchuria. Al final de ese año, la empresa nos informó por fin de que también a él lo habían deportado a Siberia. «¿Cómo? No es un soldado.» Mi madre se quedó conmocionada.

En aquella época, el Gobierno de Japón estaba bajo el control del GHQ.[3] Japón le suplicó que presionara a la Unión Soviética para que respetara el acuerdo de Potsdam. Ese acuerdo soviético-norteamericano preveía la

repatriación de los japoneses y la Unión Soviética tenía que devolver por barco a Japón cinco mil prisioneros al mes.

Un primer barco que zarpó de Najodka llegó a Maizuru con el número previsto de detenidos. Mi padre no se hallaba entre ellos. Muy decepcionados, esperamos los barcos siguientes. Pero de pronto la Unión Soviética se negó a devolver el resto de los prisioneros. La noticia nos trastornó.

Al cabo de un tiempo, las familias de los prisioneros organizaron una manifestación. Se movilizaron frente a la delegación de la Unión Soviética en Tokio para pedir a las autoridades soviéticas la reanudación inmediata del proceso de repatriación de todos los prisioneros japoneses. Mi madre y yo también participamos. Por suerte, la manifestación llamó la atención de los medios de comunicación internacionales y la Unión Soviética tuvo que reanudar las operaciones de repatriación. Cada vez que un barco llegaba al puerto de Maizuru esperábamos que en él se encontrara nuestro padre, pero nunca apareció.

La repatriación concluyó en 1956. Sin embargo, jamás perdimos la esperanza, y seguimos en contacto con el Ministerio de Salud y Asuntos Sociales, que gestionaba los dossiers de los repatriados. Pero cada vez su respuesta era la misma: «Desaparecido». Pusimos avisos en los periódicos y la radio a fin de obtener información sobre mi padre. Nos contestó gente que aseguraba haberlo visto en un campo de Bukachacha en el verano de 1947.

Habían transcurrido más de diez años desde la desaparición de mi padre sin haber recibido noticias de él. Empecé a pensar que había muerto en Siberia, como decenas de miles de soldados japoneses. Mi madre, por su parte, nunca renunció a creer que seguía vivo.

En 1960, el Gobierno de Japón le pidió que reconociera el deceso de mi padre. Había que borrar su nombre del *koseki*. Se negó de plano, diciendo: «Nunca nos han notificado su muerte. ¡Sigue vivo en algún lugar de Siberia!».

En 1968, mi amigo Kōji conoció a un hombre que oficiaba de intérprete para un diplomático ruso. Me dijo que me pusiera en contacto con las autoridades soviéticas por el tema de mi padre. En 1956 Japón y la Unión Soviética habían restablecido relaciones diplomáticas.

En aquella época mi madre ya estaba enferma, y yo había pasado a ser su tutor. Así que preparé una petición concerniente a mi padre y se la confié a Kōji. Meses después fui convocado por la embajada de la Unión Soviética. Según ellos, mi padre había fallecido en febrero de 1946 en un campo de Irkutsk situado muy cerca del lago Baikal; había muerto a causa de una enfermedad pulmonar y lo habían enterrado en una fosa común.

El informe me dejaba escéptico, sobre todo el párrafo sobre el lugar de su muerte. Pero decidí aprovechar la ocasión y declarar su deceso ante el Gobierno japonés. Entonces el nombre de mi padre, Banzō Toda, quedó borrado de su *koseki*. Como mi madre no seguía siquiera nuestras conversaciones más simples, decidí no decirle nada sobre el asunto.

En un momento dado me puse a hablar con Kōji del informe sin tener en cuenta a mi madre, que estaba en la misma habitación que nosotros. De golpe nos espetó:

—¿Qué? ¿Que mi marido, el mismo al que la gente vio en Bukachacha en 1947, era un fantasma? ¡Qué absurdo! ¡Cualquiera que sea, la explicación de los soviéticos no es más que una excusa! Si fuera cierta, ¿por qué no lo dijeron desde el principio? De todos modos, ¿quién creería a la gente de Stalin? ¡No

olvides que los rusos invadieron Manchuria violando el pacto de no agresión que habían firmado con Japón!

Kōji la miraba boquiabierto.

—¡Está totalmente lúcida! —me pinchó.

Yo era incapaz de reír. Por un instante, lamenté haber borrado el nombre de mi padre de su *koseki* sin haber hablado de ello con mi madre.

Hoy han venido a cenar a casa todos los miembros de mi familia. Somos catorce en total: nueve adultos y cinco chicos.

Los adultos hablan de política, educación y actualidad mientras beben sake o cerveza. Los niños se divierten contándose historias divertidas. Es una velada muy animada, como siempre. Mi madre nos mira sin decir una palabra, con aire sereno.

Después de cenar tomamos el té en la sala. Un poco después, mi madre extrae un sobre del bolsillo y nos dice:

—Tengo algo que enseñaros.

Estamos sorprendidos; en la actualidad es raro que hable de sí misma.

En realidad, se trata de una vieja foto de mis padres, de la época en que se conocieron. Es en blanco y negro. Como es normal, con el tiempo ha amarilleado, pero la imagen es bastante nítida. Mi madre lleva una camisa y una falda larga. Mi padre un traje de verano. Es una fotografía que ella solía mostrarme cuando yo era joven. Me decía que toda su ropa era blanca.

Los niños, que la ven por primera vez, sienten gran curiosidad. Para mi sorpresa, mi madre nos dice:

—Banzō-san tenía veintitrés años, yo dieciocho. Mi tío le había prestado ese traje. Fue en el verano de 1920.

Es justo lo que me repetía antaño. En la foto, mi padre parece incómodo, mientras que ella sonríe. Satoshi pregunta a su abuela:

—¿Eres tú realmente?

Mi madre contesta, seria:

—¡Claro que sí!

—¡Me encantaría conocer una chica tan guapa como tú! —dice él.

Todos se echan a reír.

Mi madre procede de una familia tradicional bastante rica. Su padre ocupaba un puesto importante en la administración del Ministerio de Educación Nacional. Era un hombre altivo, según mi madre, muy orgulloso del clan selecto al que pertenecía. Sus tres hijos, un varón y dos niñas, fueron educados con rigor. Mi madre era la más joven. Los llevaron a escuelas reservadas para los hijos de familias tradicionales como la suya. Sus padres querían que sus hijas fueran maestras.

A los dieciocho años, todavía estudiante, se enamoró de mi padre. Se lo confesó a sus padres antes de que ellos le propusieran un *miai*. Trató de convencerlos de que mi padre era un hombre responsable. La escucharon, pero en cuanto supieron que era un *dokata* se enfadaron con ella y se negaron de plano a conocerlo. Su padre llegó a gritarle a mi madre:

—¡Si te casas con él, te expulsaremos de nuestra familia!

Nadie del entorno materno quería aceptar el matrimonio, salvo un tío de parte de mi abuela, que tenía un estudio de fotografía y le aconsejó que se fuera de la casa y se quedara con mi padre. Ella dejó los estudios y se casó con mi padre.

No fue expulsada de su familia, pero rara vez visitaba a sus padres. Yo nunca he jugado con mis primos, los hijos de mi tío y mis tías. Pero siempre tuve la impresión de que mis padres vivían en armonía y nosotros, sus hijos, éramos felices con ellos.

—Cuando vuestra abuela era joven se parecía a Yoshiko Okada —les digo a los nietos de mi madre.

—¿Yoshiko? —me pregunta Satoshi con asombro—. ¿Se llama igual que

nuestra abuela? ¿Quién es?

—Una actriz célebre de la época. Era de verdad encantadora. Con un rostro bello y misterioso. En realidad, ambas nacieron el mismo año, en 1902.

—¿Todavía vive? —continúa curioso.

—Sí, en Moscú.

—¿En Moscú? ¿Por qué? —exclaman todos los niños.

Escuchan fascinados la historia que les cuento.

A los treinta y seis años, la actriz se expatrió a la Unión Soviética con su amante, un director comunista. Como el amante estaba casado y su mujer se hallaba enferma, la historia de ese exilio fue un escándalo. En 1952, un político japonés de paso por Moscú se encontró con la actriz. Su amante había muerto hacía largo tiempo, sin duda asesinado en prisión.

—¿Qué hace ahora allí? —me interrumpe Satoshi.

—Es presentadora en la cadena de radio japonesa de Moscú.

—¿No vuelve a Japón?

—Dicen que ahora querría —contesto—, pero la Unión Soviética sigue siendo comunista. Desde un punto de vista político, no será fácil. Algunos políticos japoneses tratan de ayudarla a regresar a Japón.

—¡Es ridículo! —grita de repente mi madre.

La miramos, atónitos. «¡Ha reaccionado!»

—Esa actriz se fue de Japón por decisión propia —prosigue ella—. ¿Por qué nuestro Gobierno debería ayudarla a volver? ¡En la Unión Soviética hay muchos japoneses, como mi marido, que siguen sin poder salir!

—¡Tienes toda la razón, abuela! —exclama Satoshi.

En efecto, las palabras de mi madre son tan sensatas que por un momento creo que ha recuperado la razón. Espero que añada algo. Por desgracia, se queda callada enseguida. Me pregunto: «En su cabeza, ¿dónde estará ahora mi padre? ¿En Manchuria o en Siberia?».

Al final de la velada decido sacar una foto familiar. Instalo la cámara en el fondo de la sala. Primero dejo que mi madre se siente en el medio del sofá y luego pido a todo el mundo que se coloque a su alrededor.

—¡Digamos *chīzu!* —propone Satoshi.

Cuando miro por el objetivo, mi madre clava la vista en la cámara, con los ojos abiertos de par en par, mientras todos sonrían.

Son las diez de la noche. Acabo de dejar a mi madre en la residencia. Todos se han ido. En la casa reina de nuevo la tranquilidad.

Mi mujer lee un libro en la sala. En la portada veo unas bonitas flores rojas. Me dice que trata del lenguaje de las flores y que el *zakuro* simboliza la estupidez. Sonrío.

—¿Puede una flor tan bonita ser símbolo de la estupidez?

Entro en mi estudio con una taza de té. Tras descansar un momento, me daré una ducha y me acostaré. Mañana es lunes, he de levantarme temprano, como de costumbre. A primera hora de la mañana tengo una reunión importante relacionada con un empleado que murió hace poco, durante un viaje de negocios por Europa, víctima de un ataque cardíaco. Tenía solo cuarenta y cinco años, más o menos la edad de mi padre cuando se fue a Manchuria. Nuestra empresa se ocupó de su funeral, ahora debemos ponernos de acuerdo sobre la indemnización que hay que pagarle a su familia.

Me afectó mucho enterarme de la serie insensata de viajes de negocios que mi adjunto había impuesto a ese empleado. El otro día, el suegro del difunto apareció en la empresa para decir que su yerno había muerto por exceso de trabajo. Nos gritó que incluso pensaba en llevar a juicio a la empresa. Irritado, uno de nuestros directivos lo amenazó con impedir que cualquier familiar del difunto trabajara en la empresa. De hecho, una decena de miembros de esa familia trabajan en ella o en otras vinculadas a esta. Las palabras de mi colega me indignaron. «Tomando el camino de los tribunales no se defenderá el honor

de la sociedad —le dije—. Tampoco amenazando de ese modo a la familia del difunto, un hombre que contribuyó mucho al desarrollo de nuestra empresa.» Ese es exactamente el consejo que me habría dado mi padre de haber estado allí.

Compadezco a esa familia, sobre todo a los hijos, dos adolescentes. El varón va al instituto y la chica a secundaria, como Satoshi. Los conocí en el funeral. Al observar el rostro del varón, marcado por el dolor de haber perdido a su padre, me acordaba del día en que me enteré de que habían deportado a mi padre a Siberia. Decidí en el acto ayudar a mi madre a ocuparse de mi hermano y mis hermanas, por entonces tan jóvenes.

Fue la época más dura de mi vida. De regreso de Filipinas, estaba preocupado por no saber cómo rehacer mi vida. La casa de mis padres había desaparecido bajo los bombardeos norteamericanos. Volver a la universidad quedaba fuera de discusión. Primero había que encontrar un lugar donde toda mi familia pudiera vivir. Desde su vuelta de Manchuria, mi madre, mi hermano y mis hermanas se alojaban en casa de los padres de mi padre, en el campo. Hice cualquier cosa para ganar dinero y logré alquilar una vieja casa en Tokio, donde se estableció toda la familia. Mi madre consiguió un trabajo como lavandera en un hospital. Mi hermano menor empezó a repartir periódicos todas las mañanas, antes de ir a la escuela. Mis hermanas menores se ocupaban de la casa, limpiaban y cocinaban. Enseguida obtuve un empleo en una empresa de importación y exportación, donde ahora soy jefe adjunto del departamento de asuntos extranjeros. Años más tarde me casé con mi mujer, maestra de la ceremonia del té.

Al principio, mi trabajo era exigente: tenía que hacer numerosos viajes de negocios, no solo por Japón sino también al extranjero. Estaba demasiado ocupado para pensar siquiera en tener hijos. Me sentía responsable de mi

hermano y mis hermanas. Debía ayudarlos hasta que encontrarán un trabajo que les asegurara su independencia.

Mi hermano llegó a ser ingeniero y mi hermana mayor enfermera. Cuando mi hermana menor terminó el instituto y se puso a trabajar en un banco, me quedé tranquilo, como si hubiera cumplido el papel de mi padre en su lugar. Nuestros abuelos de Saitama, los padres de mi padre, estaban muy orgullosos de nosotros. En realidad, todo fue más fácil gracias al apoyo de mi mujer. Le estoy profundamente agradecido.

Pienso de nuevo en los hijos de nuestro empleado fallecido. No tendrán una existencia fácil. Sin embargo, la vida es así: cada uno debe arreglárselas solo según su situación, como hice yo. Por supuesto que, en mi calidad de directivo, me gustaría hacer lo posible por ayudar a esa familia. Si mi padre estuviera en mi lugar, ¿qué clase de medidas adoptaría en relación con ellos?

Suena el teléfono. Mi mujer llama a mi puerta.

—Cariño, es tu amigo, Kōji.

—¿Desde dónde me llama? ¿Desde Estados Unidos? —pregunto.

—No. Ya está en Tokio.

«¿Ya?» Me levanto pensando que podría haberlo invitado a mi casa esta noche. Para nosotros es como un miembro de la familia, y Satoshi lo quiere mucho.

Espero a Kōji en el bar que ha elegido para nuestra cita, cerca de la estación de metro Kanda, donde solemos encontrarnos. Sentado a la barra, bebo un coñac. Frente a mí, el camarero prepara un cóctel con mano experta. Son más de las ocho. Kōji aún no ha aparecido.

Esta tarde he salido de la oficina a las siete. Ha sido un día agotador. Pero me siento bien, aliviado por el resultado de la reunión matinal sobre el empleado fallecido. En efecto, he insistido para que la empresa encuentre una solución que satisfaga a la familia. Una indemnización razonable, que permita que los niños terminen sus estudios. Algunos directivos no estaban de acuerdo, pero han acabado aceptando mi propuesta porque he defendido el honor de la empresa. Ante mis colegas he gritado como lo habría hecho mi padre. Qué extraña sensación.

El camarero habla con un cliente que está sentado a la barra. Mirándolos, me acuerdo de la época en que conocí a Kōji.

Fue en Nueva York, en 1955. La sucursal de nuestra compañía y la oficina de su periódico N. estaban en el mismo edificio, un rascacielos en el corazón de Manhattan que todavía existe. Yo vivía en un barrio del suburbio, donde solo había un restaurante japonés. La palabra *sushi* todavía no se había difundido por Estados Unidos. Para nosotros, que teníamos que vivir un largo tiempo en el extranjero, la presencia de restaurantes japoneses era preciosa. Por supuesto, yo frecuentaba ese lugar, como todos los japoneses que vivían en el barrio.

Un día fui a cenar con mi mujer y vi a Kōji, que comía solo en la barra. El chef le estaba sirviendo unos *nigiri* mientras charlaba con él. Todas las mesas estaban ocupadas. Solo quedaba sitio en la barra. Nos instalamos junto a Kōji, que nos saludó cordialmente. Una camarera nos trajo *oshibori* y unas tazas de té. Observábamos los grandes pedazos de pescado expuestos ante nosotros. Además del chef, al otro lado de la barra había otro cocinero. Cuando le pregunté cuál era el pescado más fresco esa noche, oí la palabra «Manchuria», fruto de la conversación que Kōji mantenía con el chef. Los interrumpí, pidiendo disculpas por mi indiscreción.

—¿Estaba en Manchuria?

—Sí. Viví dos años en Harbin, entre 1936 y 1938 —respondió Kōji—. Estudiaba ruso en la academia Harbin. ¡Cuánto me gustaba esa ciudad tan bonita y cosmopolita!

No parecía molesto por mi intromisión. Al contrario, hablaba con un tono simpático. Al escucharlo me acordé de la postal que mi padre me había enviado desde esa ciudad, que también había amado. Le dije a Kōji que mis padres habían vivido unos años en Jiamusi con mi hermano y mis hermanas y que a mi padre lo habían enviado desde allí a Siberia.

—¿Su padre volvió a Japón? —me preguntó Kōji.

—No, desapareció allí.

Con gran curiosidad, Kōji me preguntó sobre mi padre. De hecho, seguía regularmente las noticias sobre los repatriados de la Unión Soviética. Me sorprendió enterarme de que él también había participado en la manifestación organizada ante el edificio de la delegación de la Unión Soviética para pedir a las autoridades que continuaran con la repatriación de nuestra gente.

Kōji vivía en un apartamento en el mismo barrio que nosotros. Estaba divorciado. A partir de entonces, lo invitamos a casa casi todos los fines de semana. Un día habló de su primera mujer, que vivía en Los Ángeles, donde

habían mandado a Kōji antes de trabajar en Nueva York. Nos confesó que se había hecho secuestrar por su amante, vecino de ellos.

—¡Qué historia! —dijo mi mujer, estupefacta.

—Fue culpa mía, estaba demasiado absorto en mi trabajo. Por suerte no tuvimos hijos.

Parecía deprimido.

—Ahora estás en Nueva York. ¡Es hora de exprimir al máximo tu talento de periodista! —dije para animarlo.

Kōji sonrió con amargura. En realidad había querido ir a Moscú, pero las autoridades soviéticas le habían negado el visado porque sabían que había estudiado ruso en Harbin y se había relacionado con rusos. Creían que iría a Moscú como espía.

Desde entonces somos buenos amigos. En un momento dado le mostré fotos de mi padre tomadas justo antes de que se fuera a Manchuria. Le di una, pues cuando Kōji regresaba a Japón solía encontrarse con repatriados de Siberia.

—¡Te pareces mucho a tu padre! —exclamó.

Añadí que uno de mis sobrinos, Satoshi, también se le parecía, y que incluso tenía un lunar en la nuca, como su abuelo. Mientras contemplaba las fotos, Kōji me dijo:

—Si lograra viajar a Moscú, podría recabar información sobre tu padre, aunque ya hubiera muerto.

Kōji y yo regresamos a Tokio el mismo año, en 1959. Fue también la época en que mis abuelos paternos de Saitama murieron de viejos uno después del otro. Tres años después me enviaron al extranjero de nuevo, esta vez a Londres. Mi mujer siempre me acompañó. Vivimos allí dos años. Kōji nos visitó en dos ocasiones. Después de esa misión ya no volví a pasar temporadas largas en el extranjero. En 1964, hace ya seis años, me establecí

por fin en la sede central de Tokio. Kōji, por su parte, se hizo periodista independiente.

Me bebo el coñac escuchando jazz. ¿Qué querrá contarme Kōji esta noche? Ayer me dijo por teléfono que quería verme lo antes posible. Agregó que al volver de Washington había hecho una parada en Los Ángeles, donde sigue viviendo su primera mujer.

—Señor Toda, ha llegado su amigo...

El camarero me hace señas en dirección a la puerta de entrada. Kōji se acerca a la barra. Pese a su largo viaje, no parece en absoluto cansado. Al contrario, se le ve más enérgico que de costumbre.

—¡Hola, Tsuyoshi! —dice sonriendo.

Se sienta a mi lado y pide un whisky.

—Estás de buen humor, Kōji. ¿Te ha ido bien en el viaje?

—Sin problemas ni sorpresas. Como sabes, no ha habido grandes avances en la reunión entre Satō y Nixon.

Me cuenta una anécdota interesante que le confió uno de sus colegas. Tiene que ver con la ambigüedad de ciertas expresiones japonesas. Cuando Nixon pidió a Satō que aceptara reducir nuestras exportaciones de productos textiles, este contestó: «Zensho shimasu». Satō usó esa expresión para evitar decir «no». Sin embargo, la tradujeron al inglés como «I'll do my best». Nixon la tomó por una respuesta afirmativa: para los norteamericanos solo existe «sí» o «no». Me echo a reír. Es un error de interpretación que suele darse en las negociaciones con norteamericanos.

Hablamos de política y economía. Estamos de acuerdo en que la petición de Nixon no es razonable. En el marco del libre comercio, los desequilibrios comerciales son inevitables. De hecho, Japón sufre un déficit en relación con los países petroleros. Kōji pregunta, enfadado:

—¿Por qué Japón debería compensar el déficit de Estados Unidos?

—Estoy completamente de acuerdo, pero hay que pensar en la petición desesperada por parte de Japón. La promesa electoral de Satō es que Okinawa nos sea devuelta. Si no cede ante Nixon, le será difícil hacer realidad esa promesa.

—Por supuesto, pero Okinawa era nuestra hasta que la guerra terminó. Tienen que devolvérsela sin condiciones. —Y continúa hablando.

Escuchándolo, me acuerdo de las palabras que Satō repite al pueblo: «¡La posguerra no habrá terminado hasta que Okinawa sea devuelta a Japón!». Me gustaría que a eso añadiera también el restablecimiento del honor de todos los japoneses como mi padre, que fueron forzados a trabajar en la Unión Soviética tras la guerra. Para esas víctimas, muertas o vivas, no hay indemnización alguna.

De repente, estallan unos aplausos. Una cantante aparece en el pequeño escenario montado al fondo. La oímos cantar una canción francesa. Al cabo de un momento, Kōji me susurra:

—Te dije por teléfono que había pasado tres días en Los Ángeles, ¿verdad?

—¿Te encontraste con tu primera mujer?

—No. Apenas la vi unos minutos.

—¿Unos minutos? ¿Qué quieres decir?

—Fui en taxi hasta su barrio. Vive en una casita rodeada de flores. La vi salir con su hija, una niña de cinco o seis años, mestiza.

—¿Sigues queriéndola?

—Si digo que no, mentiría. Fui por curiosidad. No repetiré.

Por un momento imagino el rostro de un hombre triste de pie ante la casa de su primera mujer. Es curioso; hace poco tuve un sueño: mi padre había regresado de Siberia y estaba impaciente por reencontrarse con mi madre, pero ella había vuelto a casarse.

Kōji se pone a fumar. Se queda callado unos instantes, como si reflexionara.

Escucho la voz suave de la cantante.

—¿Cómo está tu madre? —me pregunta Kōji.

—Está bien, o mejor.

—¿Mejor? —dice mirándome, abriendo mucho los ojos.

Le cuento la historia de la noche anterior, cuando mi madre intervino con normalidad en las conversaciones familiares. Le comento que reprochaba a los políticos japoneses que ayudaran a la actriz Yoshiko Okada en su deseo de regresar a Japón, en vez de ayudar a los prisioneros japoneses que seguían en Siberia. Kōji se ríe.

—¡Tiene toda la razón!

—Pero cuando dice: «Estoy esperando a Banzō-san. Pronto llegará de Manchuria a buscarme», es evidente que está trastornada.

—Tu madre tiene toda la razón —repite él con expresión seria.

—¿Perdón?

Su expresión sigue siendo grave. Despacio, aplasta la colilla en el cenicero.

—Vi a tu padre en Los Ángeles —me dice, mirándome a los ojos.

«¿Qué?» Por poco vuelco mi copa de coñac.

—¿Quieres decir que está vivo?

—Sí.

—Kōji, ¡no bromees!

—Vi a tu padre con mis propios ojos. Déjame decirte por qué se encontraba él en Los Ángeles.

Estoy confundido. «¿Mi padre está vivo? ¿Por qué entonces está en Estados Unidos...?» Pienso enseguida en mi madre. Mi corazón late con fuerza. Me tiembla la mano que sostiene el coñac.

—Increíble... Increíble... —acierto solo a repetir.

La canción termina. Estallan otra vez los aplausos.

—Tu padre ha vuelto a casarse —dice Kōji cuando se hace la calma de

nuevo.

—¿Qué? ¿Ha vuelto a casarse? ¿Con una norteamericana?

—No, con una japonesa.

No puedo creerlo. Me viene a la mente el rostro de mi madre.

—En realidad no viven en Los Ángeles —añade Kōji.

—¿Dónde entonces?

—En Yokohama.

—¿Yokohama? ¿Cómo es posible? ¡Muy cerca de nosotros, de su familia!

Me quedo boquiabierto. Kōji enciende otro cigarrillo. El chasquido del encendedor resuena con fuerza en mi oído.

Salgo de la estación de metro M. En la oscuridad, camino hacia casa. Mientras voy pensando en mi madre, que me sonríe: «Tsuyoshi, intuyo que tu padre sigue vivo». Estoy deprimido.

Trato de reflexionar sobre lo que Kōji me ha contado hace un rato.

Kōji estuvo tres días en Los Ángeles. Se encontró con uno de sus viejos amigos, que lo recibió muy bien. El último día lo invitó a cenar en un restaurante de Little Tokio. Eligieron uno antiguo que frecuentaban en la época en que Kōji trabajaba en el periódico N. El propietario aún era el mismo. En ese restaurante japonés fue donde Kōji vio a mi padre.

Tomaron asiento en el centro de la barra. La mayoría de los clientes eran japoneses. Instantes después entró un japonés y se sentó en una mesa del fondo. Parecía septuagenario. Como el propietario salió de la barra para saludarlo, Kōji pensó que debían de ser amigos. Miró al hombre otra vez, pues su rostro le resultaba familiar. Al cabo de un momento se dijo, sorprendido: «¡Es el padre de Tsuyoshi!». Sacó de su billetera la foto que yo le había dado hacía más de diez años. Estaba convencido de haber reconocido a mi padre: «¡Sí, es él!».

—¿Hablaste con él? —le pregunté.

—¡Claro que no! Si un hombre no regresa a su hogar después de veinticinco años de ausencia es porque tiene razones serias para no hacerlo.

—¿Cómo confirmaste entonces que era mi padre?

Me lo contó. Yo lo escuchaba cada vez más nervioso.

Kōji fue al baño, que estaba en el sótano. Para llegar tenía que pasar delante de la mesa donde se encontraba el hombre. El propietario ya había vuelto a la barra. Kōji se dirigió hacia el fondo, donde estaba la escalera, mirando al hombre, que tomaba té. Al volver del baño observó un detalle muy importante.

—¿Qué? —le pregunté con curiosidad.

Kōji se llevó la mano a la nuca.

—Tenía un lunar aquí, como el de Satoshi.

—Dios mío...

—Entonces decidí pedirle discretamente al propietario alguna información sobre ese hombre. Esperé que este saliera del restaurante.

Kōji continuó. Yo lo escuchaba como quien lee una novela policíaca.

Según el propietario, el hombre quería comprar el restaurante. Quería inmigrar a Estados Unidos como inversor. Su mujer era cocinera y su primo los había invitado a vivir en Los Ángeles. «Qué extraño...» Me costaba relacionar a mi padre con la lengua inglesa y con el restaurante.

Kōji extrajo del bolsillo de la chaqueta un folio plegado en cuatro.

—Esta es su dirección y su número de teléfono —dijo, desplegándolo.

Miré con fijeza los caracteres manuscritos: 12-2-3 M-chō Naka-ku, Yokohama.

—Aun cuando sea cierto que está vivo —dije, confundido—, ¿quién hubiera podido imaginar que vivía tan cerca de nosotros?

—En efecto... —murmuró Kōji—. Como reza el dicho: «El faro no ilumina su propio pie».

Luego añadió algo sobre el papel, un nombre en *kanji*, Eiji Satō, parecido al de nuestro primer ministro Eisaku Satō.

—¿Es el nombre del propietario del restaurante?

—No, es el nombre actual de tu padre.

—¿Qué? ¿Se ha cambiado también el nombre?

—Parece que sí...

Me quedé atónito.

Me acerco a casa. En la oscuridad, aparece el rostro de mi padre, más joven que yo. El hombre que amó a su mujer, el hombre que adoró a sus hijos, el hombre que tuvo un gran sentido de la justicia, el hombre testarudo pero honesto. Y sin embargo, ese hombre no vuelve a su hogar, donde su mujer lleva veinticinco años esperándolo. Al contrario, ahora planea emigrar al extranjero con su nueva esposa.

El segundo matrimonio, el cambio de nombre, la residencia en Yokohama, la emigración a Estados Unidos... ¿Mi madre habría esperado durante todo ese tiempo el regreso de mi padre para acabar descubriendo una historia semejante? Si su estado mental fuera normal, enloquecería. Yo mismo estoy profundamente perturbado. Por un momento oigo la voz de mi madre: «¡Qué felicidad! Banzō-san ha regresado por fin!». Se me encoge el corazón.

Al día siguiente me levanto temprano y desayuno, como de costumbre. Ya estoy vestido con camisa y corbata, listo para ir a trabajar. Mi mujer se bebe el té sentada frente a mí. Parece tener sueño todavía. Anoche se acostó tarde por escuchar la historia de mi padre. Es la única persona de la familia con quien puedo compartirla. Por ahora hemos decidido mantenerla en secreto.

Mientras como, reflexiono.

—¿Qué tienes, cariño? —me pregunta ella.

—Voy a ir a Yokohama esta mañana.

—¿Ahora? ¿Cómo justificarás tu ausencia de la oficina?

—Diles que me duele la cabeza y que si se me pasa un poco iré por la tarde.

Ella sonrío con amargura.

—He pensado en tu madre. Sería muy doloroso para ella enterarse de esta historia, sobre todo del segundo matrimonio de su marido. Quién sabe si tu padre tendrá hijos con su nueva mujer.

«¿Hijos?» La palabra me sorprende. No lo había pensado.

—¿Qué vas a hacer en Yokohama? No sabemos si ya han regresado —me pregunta ella.

—Voy a ver dónde viven. No puedo esperar a que regresen. Es solo para saciar mi curiosidad.

—Te entiendo —me dice, inquieto—, pero que no te vean sus vecinos. Tú mismo me dijiste que te pareces mucho a tu padre.

Tiene razón. Lo mismo me advirtió Kōji anoche. Además, también mi voz se

parece a la suya.

Conduzco por la autopista que lleva a Yokohama.

Hace buen tiempo. Por la ventanilla miro desfilan uno tras otro sin interrupción los edificios de cemento armado. A medida que el coche se aleja de la metrópolis aparecen miles y miles de casas de tejas negras. Me invade una sensación extraña cuando pienso que mi padre vive al otro lado de esas hileras de viviendas.

Diviso la ciudad de Yokohama. Cada vez estoy más tenso.

Se encuentra muy cerca de Tokio, pero rara vez la visito. No tenemos parientes allí, ni cercanos ni lejanos. La última vez que estuve fue con ocasión de la boda del hijo de un amigo. Irónicamente, mi madre iba a menudo; le gustaba pasear por Chinatown.

Recuerdo una conversación que mantuve con ella hace mucho tiempo. Los habitantes de Yokohama le parecían más cosmopolitas que los de Tokio. Le expliqué que era una ciudad marítima, y que la gente estaba acostumbrada a la presencia de los extranjeros. Pero para ella un puerto no era necesariamente un factor que hiciera una ciudad más cosmopolita. Lo importante era la presencia de Chinatown. «Piensa en Kobe y Nagasaki —me dijo—, que también tienen un barrio chino. Para mí sus habitantes son más cosmopolitas que los de Tokio. Tienen una mentalidad más abierta, aceptan culturas diferentes.» Yo la escuchaba con interés. La palabra «cosmopolita» me recordaba la ciudad de Harbin, que mi padre adoraba.

Mi madre me dijo también que la mayoría de los chinos de Chinatown de Yokohama proceden de la provincia de Guangdong, y que su historia se remonta a más de cien años. Yo lo ignoraba. Creo que mi madre, que vivió tres años en Manchuria, visitaba el barrio chino por nostalgia.

Del mismo modo, si mi padre guarda buenos recuerdos de Manchuria, es comprensible que haya elegido una ciudad como Yokohama. Ahora me doy cuenta de que también hay un pequeño barrio chino en Los Ángeles. Me pregunto si su nueva mujer será china o japonesa de origen chino...

Vuelvo a ver el rostro de mi madre, sonriéndome: «¡Banzō-san vendrá pronto a buscarme!». Tengo ganas de llorar.

Llego a Yokohama. Salgo de la autopista para entrar en el barrio de Naka, donde vive mi padre. Avanzo por una callecita y veo aparcamiento frente a un parque. Estaciono allí y miro el mapa del barrio que he comprado antes de salir de Tokio. Según la dirección, la casa de mi padre está muy cerca. Al final de esta calle hay una avenida que lleva a una de las entradas del barrio chino. Su casa, pues, debe de estar en una calle cerca de esa entrada, paralela a la calle en que me encuentro.

Bajo del coche. El cielo está totalmente azul y el sol deslumbra. Es un hermoso día de otoño. Me siento raro, pues nunca he pasado un rato así en plena mañana entre semana, mientras todo el mundo trabaja. En realidad, todavía no soy del todo consciente de que estoy a punto de dar con la casa de mi padre, ese hombre al que no veo desde hace veintiocho años.

Un grupo de niños caminan hacia el parque, acompañados por dos mujeres que deben de ser sus maestras. Cantan una canción que no conozco. Todos visten el mismo uniforme azul. En la entrada, una maestra explica a sus alumnos el reglamento del parque. Inmediatamente después, los chicos se precipitan sobre las hamacas, el tobogán y el arenero gritando de alegría. Un niño cava en la arena con una pala de plástico. Lo miro y recuerdo la playa de río que frecuentaba con mi padre. Él era un excelente nadador. Por un momento, el niño se vuelve hacia mí con una mirada inocente.

De niño pasé mucho tiempo con mi padre. Fui hijo único hasta los once años, cuando nació mi hermano. Mis padres creían que yo sería su primer y

último hijo. A diferencia de lo que hizo conmigo, mi padre no pasó demasiado tiempo con mi hermano y mis hermanas. Por entonces, su trabajo como capataz lo absorbía por completo. En su lugar, yo me ocupé de ellos.

Me interno en una calle comercial. Personas, coches y bicicletas circulan sin descanso. Las casas y las tiendas son iguales a las que se encuentran en cualquier parte de Japón. Sin embargo, tengo la sensación de estar perdido en algún sitio, como en un laberinto.

Mientras camino recuerdo una conversación que mantuve con uno de nuestros clientes norteamericanos, que me dijo frustrado: «Las calles no tienen nombre ni números. ¿Cómo se puede llegar al lugar que uno busca?». Le contesté: «Preguntando en la comisaría o al cartero del barrio. Se saben de memoria los nombres de los residentes». No se quedó conforme: «¡Las ciudades japonesas son verdaderos laberintos!». La palabra «laberinto» evoca ahora la nueva vida de mi padre; en cierto sentido, un lugar como este es muy cómodo para la gente que quiere vivir en el anonimato.

Tomo por la calle en cuestión. Pronto estaré frente a la casa de mi padre. Tengo palpitaciones, mis pasos se vuelven más lentos. Cuanto más avanzo, más pierdo la sangre fría. Al llegar, me topo con algo totalmente inesperado. ¡No se trata de una casa sino de un restaurante llamado Zakuro! «Sí, ¡es él!», exclamo. Las letras del nombre están escritas en *hiragana*.

En el cartel del restaurante Zakuro se especifica que se sirve principalmente *udon* y tempura. Están los horarios de apertura: comidas, de 11 a 14.30, cenas de 17 a 22.30. me fijo en que el número de teléfono del restaurante no es el mismo que me dio Kōji. Lo anoto en mi libreta.

Sonrío al contemplar las palabras *udon* y tempura. La comida preferida de mi padre era la *tempura-udon*. «¡Sí, es mi padre!» Satisfecho, sigo caminando. Son apenas las diez y media de la mañana. Decido deambular un rato antes de ir a la oficina. No tengo hambre todavía. Entro en un pequeño café, bastante lejos del restaurante Zakuro.

Es un café agradable. Me siento a una mesa cerca de la barra. Una camarera va y viene entre los clientes. Algunos están terminándose un desayuno americano: tostadas y huevos con jamón. Detrás de la barra, una pareja joven prepara hábilmente los pedidos. El hombre tuesta pan y la mujer vierte café en tazas. De vez en cuando intercambian algunas palabras.

Bebo un café. Observo a la pareja, preguntándome si mi padre y su mujer trabajarán juntos, como ellos, en la cocina de su restaurante. Como nunca lo he visto cocinar, me resulta difícil imaginarlo preparando tempura o cualquier otra cosa. Era un hombre de constitución robusta, hecho para el trabajo en la construcción.

—Querido, ¿sabes que el señor Satō y su mujer se han ido a Estados Unidos? —oigo que la mujer le dice a su marido detrás de la barra.

«¿El señor Satō?» Me vuelvo hacia la pareja. Ese es el nuevo nombre de mi

padre.

—¡Por supuesto! —contesta el hombre—. Nuestro primer ministro tenía que reunirse con el presidente Nixon. Todo el mundo está al tanto. Me gusta que te intereses por la política.

La mujer ríe.

—¡No, no! Me refiero a los propietarios del restaurante Zakuro. Se han marchado a Estados Unidos por dos semanas.

«¿Zakuro?» Aguzo el oído.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? —pregunta el hombre.

—Para celebrar sus treinta y cinco años de matrimonio. Qué bonito, ¿no?

—Sí. Pero ¿quién se ocupa del restaurante durante ese tiempo?

—Seguramente su hijo.

—¡Qué suerte! A mí también me gustaría tomarme unas vacaciones tan largas.

Un cliente se sienta a la barra. La pareja deja de hablar. Me sube la sangre a la cabeza. Perturbado, salgo del café y me encamino directo a la calle donde he aparcado.

Reflexiono. De modo que mi padre tiene un hijo con su nueva esposa, como sospechaba mi mujer. En sí, no es nada sorprendente. Pero ¿qué significa lo de «sus treinta y cinco años de matrimonio»? ¿Mi padre se casaría con esa nueva mujer en 1935, estando aún casado con mi madre? ¿Cómo es posible? Mis padres contrajeron matrimonio en 1920 y en 1942 fueron juntos a Manchuria, desde donde a mi padre lo deportaron a Siberia. Lo que significa que al volver de Siberia se reunió con esa segunda mujer, no con mi madre...

Imagino a mi madre, que me dice sonriendo: «Estoy esperando a Banzō-san. Sigue en viaje de negocios en Manchuria. ¡Qué ganas de volver a verlo!». Estoy desconcertado. Poco a poco siento que me invade una intensa rabia contra mi padre.

—¡Qué egoísta! —grito sin querer.

Esta tarde, después del trabajo, me paso por la residencia de mi madre.

Es un edificio de hormigón de dos pisos. La pequeña habitación de mi madre está en el primero. Es una habitación anónima, como cualquier otra de un hotel de negocios. Por suerte, la ventana da al patio, donde hay un bonito jardín. Todos los años plantan flores distintas; esta vez han sido crisantemos. Blanco, amarillo, rosa, naranja... Están en plena floración, como en nuestra casa. Pero mi madre ha perdido el interés por las cosas que la rodean.

Entro en su habitación. Está sentada en una silla, con la cabeza gacha. En las manos tiene la foto que nos mostró el domingo por la noche. Me acerco con delicadeza. No advierte mi presencia.

—Hola —digo.

—¿Quién es? —dice alzando la vista.

—Soy yo, Tsuyoshi.

—¿Tsuyoshi? ¿Quién es?

Su mirada es de indiferencia.

—Tu hijo —contesto aun así.

—¿Mi hijo? Yo no tengo hijos.

No insisto.

—¿No ha venido contigo Banzō-san? —me pregunta.

—No, todavía sigue en Manchuria.

—Es verdad... —Se le ensombrece la mirada. Farfulla—: Qué extraño... —

Sigue sosteniendo la foto.

—¿Qué es extraño?

—Esta mañana he soñado con él. Me decían que había regresado ayer.

Me da un vuelco el corazón. «Siempre tiene razón...»

—Ah, ¿sí? No lo sabía. ¿Cómo estaba?

—Muy bien. Vestía el mismo traje blanco que llevaba en esta foto. Todavía hace calor, ¿verdad?

—Sí, hace calor...

Me quedo callado. Ella se vuelve hacia la ventana. Tiene la mirada perdida. Me pregunto qué estará viendo, si los crisantemos o el rostro de mi padre. Pronto se pondrá a cantar «Akatonbo», su canción preferida.

Pienso en lo que me ha dicho su médico hace un rato. Según él, mi madre come cada vez menos y se niega cada vez más a salir de su habitación. Ya no reconoce a los empleados de aquí.

Sin embargo, el recuerdo de su juventud sigue intacto y vívido. Habla de ello sin que se lo pidan, sobre todo de la época en que conoció a mi padre. El médico me ha sonreído: «Su madre está tranquila. Ahora vive en un pasado agradable mientras espera el regreso de su marido, o más bien de su novio».

Mi madre sigue mirando hacia el patio. Su piel pálida, su cuerpo consumido, su cabello blanco, apagado. Qué pena que esté tan senil siendo tan joven. Era una mujer hermosa y encantadora, como la famosa actriz exiliada en la Unión Soviética. Un día mi padre me dijo: «Cada vez que llamo a tu madre por su nombre, “Yoshiko”, me acuerdo de la actriz Yoshiko Okada. Pero ¡tu madre es más guapa!».

—Mi marido me dijo que abandonara Manchuria con los niños antes de que fuera demasiado tarde —dice mi madre sonriendo—. Tenía razón, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —contesto sin emoción—. Todos sus hijos están orgullosos de esa decisión.

No reacciona a mis palabras. Con la cabeza gacha, acaricia la foto.

Me acuerdo de lo que me contaba mi madre de esa época. Los colegas de mi padre se burlaban de aquella decisión, porque las condiciones de vida en la metrópolis, sobre todo en las grandes ciudades como Tokio, empeoraban cada vez más. Según ellos, era preferible quedarse en Manchuria hasta que la guerra terminara. Mi madre quería permanecer en allí con mi padre, pero él la convenció para que se fuera diciéndole que si Japón era derrotado sería muy difícil salir de la colonia japonesa.

En efecto, todo ocurrió como mi padre había previsto. Después de la guerra, enviaron a los soldados japoneses a campos de trabajos forzados en la Unión Soviética. Los demás japoneses de Manchuria, viejos, mujeres y niños, corrieron una suerte espantosa. Los soldados rusos se lo permitían todo: atracos, crímenes, violencias. Muchas japonesas fueron violadas, algunas se suicidaron o enloquecieron.

Más tarde se supo que los japoneses abandonados a esa situación habían tenido que hacer esfuerzos sobrehumanos para regresar a Japón. Hubo mujeres que debieron dejar a sus hijos en manos de chinos; tenían un largo camino que recorrer, sin protección alguna, para cruzar el paralelo 38 norte, que dividía la península coreana en dos. En aquel trayecto desesperado murió mucha gente. Mi madre me decía: «Si hubiese estado sola en Manchuria con mis tres hijos, nos habríamos conseguido volver juntos a Japón. Cuánto compadezco a las mujeres que tuvieron que abandonar a sus hijos».

Según mi madre, mi padre le ordenó que fuera directa a casa de sus padres, que vivían en el campo, en la prefectura de Saitama. Ella obedeció. Sus suegros acogieron complacidos a su nuera y sus tres nietos. Pronto Tokio quedó completamente destruida por los bombardeos norteamericanos. Mi madre perdió entonces a varios miembros de su familia, entre ellos sus padres.

Mi padre, pues, salvó la vida de su mujer y sus tres hijos antes de que lo

deportaran a Siberia. Más tarde, cuando regresó a Japón, por desgracia se desentendió de su familia.

—¡Ah, es Banzō-san! —exclama de repente mi madre.

Sorprendido, me levanto. Señala con el dedo al fondo del jardín, donde un hombre se acerca a la entrada del edificio. Lleva una caja en los brazos. Viste camisa y pantalón blancos. Es un electricista que a veces trabaja aquí.

—¡Ve a buscarlo enseguida, por favor! —me dice mi madre entusiasmada—. Banzō-san no sabe el número de mi habitación. ¡Ah, por fin ha vuelto a buscarme!

Sus ojos centellean. Su expresión es de éxtasis. Desde que enfermó, nunca la he visto tan feliz. Por un momento me pregunto: «¿Quién es esta mujer? No es mi madre, no es la madre que conozco».

—¡Apresúrate! —me grita.

Ante su rostro amenazante, salgo de prisa de la habitación.

En la planta baja me cruzo con el electricista, que me saluda. Entro en la sala de visitas para intentar calmarme. Por la ventana veo el jardín de crisantemos multicolores. Aunque ya esté oscuro, las flores resplandecen bajo las luces eléctricas. Reflexiono: «¿Cómo puedo convencer a mi madre de que no era Banzō-san?». Me gustaría decirle que su marido murió en Manchuria en un accidente de trabajo.

Ha sido un largo día. Vuelvo a casa agotado. Todavía no le he contado a mi mujer la historia de mi padre que he oído en el café de Yokohama. Estará esperándome con impaciencia.

—¡Hola, tío Tsuyoshi!

En vez de mi esposa, me recibe Satoshi. Dice que ha llegado directamente de la escuela para ayudar a su tía a instalar tatamis nuevos en la habitación de la ceremonia del té. Se me había olvidado que me había pedido que lo hiciera si volvía temprano a casa. Satoshi dice que mi mujer ha salido a comprar los ingredientes para la *tempura-udon*. «¿Tempura-udon?» Pienso en mi padre y en su restaurante *Zakuro*.

—¡Esta noche también la ayudaré a cocinar! —dice Satoshi sonriendo.

—¡Muy bien!

Descanso en la sala, donde Satoshi hace los deberes. Sobre la mesa veo algunos *zakuro*. Mi sobrino lee un texto comiéndose algunos granos. Tiene la cabeza baja y mi mirada se fija enseguida en su lunar. Me viene a cabeza la cara de mi padre. Me pregunto si al final se encontrará con toda su familia, en Japón o en Estados Unidos.

—Mañana tengo un examen de historia japonesa sobre la posguerra —dice Satoshi, aburrido.

—¡Buena suerte!

—Esa asignatura no me gusta nada.

—Qué lástima —digo con aire despreocupado—. La historia es interesante.

Abro el periódico de hoy. Todavía se habla de las negociaciones sobre los textiles. Contemplo el rostro de nuestro primer ministro Eisaku Satō, cuyo nombre se parece tanto al nuevo nombre de mi padre, Eiji Satō.

—¿Por qué no te gusta la historia? —pregunto a mi sobrino con todo casual.

—En realidad, no es la historia lo que no me gusta. Es el manual escolar.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con curiosidad.

—Hay acontecimientos muy reales, como el de los japoneses que fueron deportados a Siberia, que no aparecen en el texto. Me preguntó qué diría mi abuelo si estuviera vivo.

Por un momento guardo silencio, turbado por las palabras «si estuviera vivo».

—Muéstrame tu libro —digo, inclinándome hacia Satoshi.

Me lo tiende, señalando un párrafo que narra la declaración conjunta de 1956 entre Japón y la Unión Soviética, que marcó el restablecimiento de las relaciones diplomáticas. Leo algunas páginas previas y posteriores, pero no hay mención alguna de los repatriados de Siberia. Consulto el índice buscando la palabra «Siberia» y solo encuentro «envío de las tropas a Siberia». Se trata de la época de Lenin, poco antes de la formación de la Unión Soviética.

—¿Qué es esto? —murmuro.

Sé que se publicaron muchos libros sobre el tema escritos por algunos repatriados de Siberia, pero ignoraba que esa historia en concreto no figurara en los manuales escolares. Sin embargo, Japón fue una víctima directa de las políticas de la Unión Soviética.

—Se habla mucho de las víctimas de las bombas atómicas lanzadas sobre Nagasaki e Hiroshima —me dice Satoshi—. ¿Por qué se ignora a las víctimas de los trabajos forzados en Siberia?

Tiene razón. Dicen que más de seiscientos mil japoneses fueron deportados sin preaviso. Peor aún: más de sesenta mil murieron... Y todavía ahora,

veinticinco años después del final de la guerra, nadie sabe la cantidad exacta de deportados, vivos o muertos. En verdad, las cifras reales deben de ser mucho más altas que las oficiales. Para ser sincero, no puedo entender por qué se trata el tema con tanta frialdad. Siento curiosidad por saber qué pensaría mi padre del asunto.

Reflexiono y le digo a Satoshi que cuando la declaración conjunta de 1956, Japón renunció al derecho a pedir una indemnización por los soldados enviados a los campos de trabajos forzados. Sin embargo, tampoco asumió el desagravio de los repatriados de la Unión Soviética, lo que no es justo para las víctimas ni sus familias, la nuestra entre ellas. Por eso el tema se mantiene silenciado... Satoshi no parece convencido con la respuesta.

—La abuela me dijo que Stalin no traicionó a Japón. Nuestro Gobierno aceptó darle esos soldados japoneses como trabajadores.

—¡Imposible! —digo estupefacto—. ¿Cuándo ha dicho eso?

—La semana pasada. Pasé por la residencia al salir de la escuela.

Desconcertado, lo miro.

—Ya no razona normalmente. No le repitas a nadie lo que dice.

—Lo sé. Llegó a decirme que Hitler no se había suicidado y que sigue vivo en alguna parte de América del Sur. Es raro, ¿no?

—¡Ridículo!

La puerta de entrada se abre. Mi mujer ha regresado. Satoshi empieza a quitar sus cosas de la mesa. Mientras recoge la corteza del *zakuro*, me dice:

—Le llevé un *zakuro* a la abuela. No me reconoció como a su nieto, pero miró la fruta y se emocionó.

Noto que ahora su mirada se parece mucho a la de mi padre. Por un momento es como si estuviera delante de él.

Me veo con Kōji en el mismo bar que el otro día. Ha transcurrido una semana desde que me dio la noticia de mi padre.

Kōji me pregunta si ya ha vuelto mi padre de Los Ángeles.

—No, todavía no —contesto.

Le cuento que fui a Yokohama a constatar la existencia de la casa de mi padre, que en realidad es un restaurante llamado Zakuro.

—¿Un restaurante? —Kōji sonríe—. No me extraña: su mujer es cocinera.

Le hago un resumen de lo que me enteré por casualidad en un café: que mi padre y su mujer están casados desde hace treinta y cinco años.

—¿Quieres decir que tu padre ya conocía a esa mujer antes de regresar de Siberia? —me pregunta, sorprendido.

—Eso parece... —contesto, incómodo—. Incluso tiene un hijo con ella.

—¿Un hijo? El propietario del restaurante de Los Ángeles no lo mencionó... —Kōji reflexiona.

—Ya no estoy seguro de querer ver a mi padre —prosigo—. ¿Quién de mi familia, sobre todo mi hermano y mis hermanas, querría enterarse de una historia como esa? Todo el mundo lo cree muerto.

Pienso en mi madre, que vive en el recuerdo del tiempo pasado con mi padre. No es cuestión de revelarle lo que sé.

—Siempre me acuerdo de la cara de tu padre ese día —me dice Kōji—. La expresión de sus ojos era muy particular. Creo que su pasado oculta algo complejo y pesado. Es una intuición.

Ha enfatizado la palabra «intuición». Lo que enseguida me lleva a evocar las palabras que repetía mi madre cuando aún gozaba de buena salud: «Tsuyoshi, ¡mi intuición me dice que tu padre sigue vivo!».

Hoy Kōji me cuenta la historia de un hombre que regresó de Siberia diez años después de terminada la guerra. Era un policía militar que vivía en Manchuria. Al final de la contienda lo deportaron a Siberia, como a mi padre. Luego lo acusaron de contrarrevolucionario y lo condenaron a más de veinte años de trabajos forzados en Norilsk. Cuando por fin volvió a Japón tenía casi cincuenta años. Quería trabajar de nuevo como policía, pero lo rechazaron en todas partes. Murió hace poco, tras sufrir una larga depresión. Según su familia, estaba muy decepcionado con el Estado por el que tantos sacrificios había hecho durante la guerra.

Kōji me comenta en tono irritado que los repatriados de la Unión Soviética como ese hombre no recibieron compensación ni ayuda alguna para conseguir trabajo.

—¿Cómo se puede tratar así a la gente? En Alemania promulgaron una ley para proteger a los repatriados de los campos de trabajos forzados...

Tiene razón, pero si pienso en el caso de mi padre experimento sentimientos confusos. Tenía ya cuarenta y siete años cuando lo enviaron a Siberia. Estoy seguro de que contaba más de cincuenta cuando regresó a Japón. Era un trabajador común, menos reconocido que el policía. A su edad le habría resultado difícil rehacer su vida desde cero. Sin embargo, parece que le ha ido bien, incluso piensa en emigrar como inversor a Estados Unidos. ¿Cómo es posible? Quisiera llegar al fondo del asunto.

Le digo a Kōji que estoy decidido a ponerme en contacto con mi padre.

—¡Buena suerte, Tsuyoshi! —me dice sonriendo.

Estoy en mi despacho. He salido de una reunión sobre el empleado fallecido. Debíamos definir el monto de la indemnización que ofreceríamos a su familia. Por fin hemos tomado una decisión. La considero razonable. Me alivia pensar en los hijos del difunto.

Son las tres de la tarde. A las cuatro tengo cita con un cliente norteamericano. Hasta entonces estaré libre, si no sucede nada urgente en nuestra sección.

Como todo está insólitamente tranquilo, aprovecho para tratar de hablar con mi padre por teléfono. Me saco del bolsillo de la camisa el papel que me dio Kōji. Veo la dirección, el número de teléfono y el nuevo nombre de mi padre. Mis ojos se posan en las letras E-i-ji Sa-tō. Dudo todavía en descolgar el auricular. A decir verdad, no sé cómo dirigirme a él.

Han pasado más de dos semanas desde que Kōji me reveló la nueva vida de mi padre. Y hace justo una semana que mi mujer llamó al restaurante Zakuro para preguntar si estaban el señor y la señora Satō. Según la empleada que la atendió, la pareja regresaría este fin de semana. No hizo mención al viaje a Los Ángeles. Como hoy es miércoles, ya deberían haber vuelto a Yokohama.

Marco por fin el número. Me tiembla el dedo. El timbre suena. Mi corazón se acelera, trato de calmarme respirando hondo.

—¿Hola? —dice una voz masculina al otro lado de la línea.

—¿Es la casa del señor Satō?

—Sí. ¿Quién es?

«¡Es él!» Su voz no ha cambiado. En vez de presentarme, vuelvo a preguntar:

—¿Es usted el señor Eiji Satō?

—Sí. ¿Quién es? —repite con tono tranquilo.

—Soy Tsuyoshi, Tsuyoshi Toda —contesto vacilante.

—...

No dice nada. Mi corazón palpita. Temo que cuelgue.

—Padre, soy yo, tu hijo mayor.

Silencio. Luego dice:

—Lo siento, señor. Se ha equivocado de número. Adiós, señor.

—¡No, no, no cuelgues, por favor! —grito.

No contesta.

—Sé que ahora llevas una nueva vida con tu nueva mujer y tu hijo y que pronto iréis a Los Ángeles.

Sigue en silencio.

—No te he llamado para pedirte que vuelvas a casa —digo sin aliento—. Mi madre está enferma de demencia grave y no sabemos cuántos años vivirá. Quiero que la veas al menos una vez antes de marcharte. Hace veinticinco años que cree que estás vivo; lo cree incluso ahora, cuando ya no reconoce las caras de sus familiares.

Me tiembla la voz. Pienso en mi madre y las lágrimas me empañan los ojos.

—Entiendo, Tsuyoshi —dice por fin mi padre—. Nos veremos, con la condición de que nadie lo sepa.

Experimento un gran alivio. Recupero el aliento.

—Quisiera verte lo antes posible. Podría ir a Yokohama. Mañana mismo, incluso.

—No te preocupes, Tsuyoshi. Ya no me ocultaré de ti. Podría ir a Tokio este

fin de semana. Debes de estar ocupado con tu trabajo. Dime el lugar y la hora que te convengan.

—Espera...

Hojeo mi agenda. Me tiembla la mano. Le propongo que nos veamos este domingo a las tres de la tarde en el café K., frente a la estación de metro Kanda.

—De acuerdo, Tsuyoshi. Hasta pronto.

Cuelga. Me enjugo el sudor de la frente.

Deambulo por una calle comercial de Yokohama. Es por la mañana temprano, las tiendas todavía están cerradas. Me cruzo con gente que va hacia el este. Como hablan en chino, supongo que trabajan en el barrio chino. Entro en un café. Kōji está desayunando acompañado por una mujer. «¿Quién será? ¿Su primera mujer?» Siento curiosidad, pero finjo no haberlos visto. Detrás de la barra, el camarero, a quien conozco bien, prepara café. No entiendo por qué está mi amigo aquí esta mañana, pero me abstengo de preguntárselo. Pido un *kōcha* con una rodaja de limón.

Son las once de la mañana. Tengo hambre y voy enseguida al restaurante Zakuro. Una empleada joven me recibe con un *oshibori* caliente y una taza de té.

—¿Qué me recomienda, señorita? ¿Cuál es la especialidad del chef? —pregunto.

—Señor, aquí todos los platos son especialidades de la casa —dice sonriendo.

—¿De veras? Entonces pediré *tempura-udon*. Es el plato preferido de mi padre.

—¿Por qué pide el plato preferido de su padre? —pregunta, extrañada.

—¿Porque es su restaurante! Su plato favorito debe de ser delicioso, ¿no? Ella abre mucho los ojos.

—Señor, mi jefe no tiene hijos.

—No se burle de mí, señorita. Fue él quien me dijo que viniera aquí. Por fin

volvió de Siberia, y eso me pone muy contento.

—¿Siberia? —dice ella riendo—. ¡Ese nombre no figura en el atlas!

«¿Cómo?»

—¿No le enseñaron en el colegio la historia de los soldados japoneses enviados a los campos de trabajos forzados? —pregunto estupefacto.

—No, en absoluto —responde con sequedad.

—¡Es increíble! Por eso las nuevas generaciones son tan ignorantes.

Está disgustada.

—¡No es culpa nuestra, señor! Es culpa de las personas de su generación, que fueron quienes redactaron los manuales escolares. Ahora la historia no sirve para nada, pues todo lo que se aprende es pura mentira.

Aburrido, me levanto de la silla y digo:

—Quiero ver a mi padre.

—¡Usted está loco! —grita en tono agudo—. ¡Voy a llamar a la policía!

Una mujer con un kimono espléndido sale de la cocina. Parece de la edad de mi madre. Su rostro es muy bello y misterioso. Creo que es la nueva esposa de mi padre y me presento cortésmente.

—Buenos días, señora. Me llamo Tsuyoshi Toda. ¿Es usted la señora Satō?

—No, no soy la señora Satō. Me llamo Yoshiko Okada.

«¿La señora Yoshiko Okada?» Un momento después me doy cuenta de que es la famosa actriz que se exilió con su amante a la Unión Soviética. «¿Qué estará haciendo aquí, en el restaurante de mi padre?»

—¿A quién busca, señor?

—He venido a ver a mi padre. Se llama Eiji Satō, ese es su nuevo nombre.

Ella contesta sonriendo con dulzura:

—Se equivoca. Mi marido es el señor T. Vive en Moscú.

—Entonces, ¿dónde están el señor y la señora Satō?

—Lo siento. No sé a quiénes se refiere.

De repente, la empleada joven me dice riéndose:

—¡Ya se fueron a Los Ángeles!

—Otra vez —me dice señora Okada con mirada triste—. Es todo fruto de su imaginación. Está trastornada desde que su marido desapareció en Siberia.

Miro a la empleada joven, sentada en una silla. Tiene una foto entre las manos. Su cabello ahora se ha vuelto completamente blanco. Se vuelve hacia mí, que grito: «¡Madre!». Ella no me hace caso y se pone a cantar «Akatonbo». Salgo del restaurante y veo una vieja pareja que camina hacia el este.

—¡Padre! —grito.

El hombre se vuelve. «¡Es él!» Me sonrío.

—¡Espérame, padre! —grito de nuevo.

Me despierto. «Qué sueño tan extraño...», murmuro.

Mi mujer duerme a mi lado. Miro las cortinas de la ventana, apenas iluminada por la luz del amanecer. Es domingo. Esta tarde veré a mi padre.

En realidad, no termino de ser consciente del todo. Una y otra vez, me formulo la misma pregunta: «¿Es mi verdadero padre a quien veré hoy?». El hombre a quien no he visto durante más de un cuarto de siglo. En vez de entusiasmarme, la idea de verlo de nuevo me desampara. Cuántas preguntas quisiera hacerle sobre su vida misteriosa: su segundo matrimonio, su cambio de nombre, su emigración a Estados Unidos... «¿Cómo es posible?», me repito. Me pregunto también cómo me explicará todas esas cosas. Era un hombre taciturno. Solo hablaba para decir las cosas que le parecían importantes.

Se oye el trinar de los pájaros. Mi mujer sale del futón silenciosamente. Reflexiono sobre el sueño que he tenido hace un rato. En vano intento recordar el rostro sonriente de mi padre.

Llego al café K. Es el lugar donde he citado a mi padre. Está en el segundo piso de un edificio, frente a la estación de metro Kanda. He llegado quince minutos antes. Me siento a una mesa junto a la ventana. Desde aquí se pueden ver los peatones y los ciclistas que pasan por delante del edificio. El cielo está límpido, y el sol es suave. La gente pasea relajada. Tomo un *kōcha* con una rodaja de limón. Pronto mi padre llegará aquí en persona. Me tiembla la mano que sostiene la taza. Trato de calmarme.

Extraigo del bolsillo una foto que le he traído. Es la que tomamos el mes pasado, cuando toda la familia se reunió en casa. Mi madre está en el centro del sofá, entre mi mujer y yo. Delante de nosotros están los chicos, sentados sobre sus talones. Mi hermano, su mujer, mis dos hermanas y sus maridos se hallan de pie detrás del sofá. Todo el mundo sonríe salvo mi madre, que mira a cámara con los ojos muy abiertos. Sujeta la foto que nos mostró, la de mis padres vestidos con ropa blanca de verano.

En estos últimos días a mi madre se la ve muy demacrada. Trato de visitarla lo más a menudo que puedo, sobre todo los fines de semana. En realidad, tenía intención de verla esta mañana, pero no me he atrevido: temía su reacción. Aunque no sepa lo que me está ocurriendo en relación con mi padre, podría presentir algo cuando me viese llegar. Podría decirme: «Banzō-san ha vuelto de Manchuria. ¿Dónde está ahora?».

Ya son casi las tres. Hay más peatones que antes. Jóvenes, viejos, hombres y mujeres. Solos, en pareja, en familia, en grupos de amigos. De pronto veo a

un hombre que viene hacia el edificio donde estoy. Avanza más bien con lentitud. Lleva una larga chaqueta marrón. La gorra le oculta el rostro, pero creo que es él. Se acerca a la puerta de entrada que lleva al café y desaparece de mi vista. El corazón me da un vuelco. Respiro profundamente con los ojos cerrados.

La puerta del café se abre. Veo la cara del hombre. «¡Sí, es mi padre!» Me levanto de la silla, me reconoce y se acerca. Es como si estuviera viendo la escena de una película a cámara lenta. Me repito: «¡Sí, es mi padre!». Su rostro no ha cambiado tanto como había imaginado. Sin embargo, su expresión no es la que yo recordaba. Como decía Kōji, su mirada trasluce una tristeza profunda.

Se detiene ante mí. Nos miramos. Demasiado conmovido, no sé qué decir. Toma mi mano entre las suyas, rugosas. Por un momento pienso que no trabaja de cocinero.

—Perdóname por lo del otro día al hablar por teléfono —dice.

Su tono es sincero.

—No te preocupes, padre. No te esperabas semejante sorpresa.

Sonríe con amargura. Le propongo que se siente frente a mí. Toma asiento torpemente, sin quitarse la gorra. Llega una camarera. Pide la misma bebida que yo, un *kōcha* con una rodaja de limón. Cuando la camarera se ha alejado, me dice:

—Tsuyoshi, lamento todos los problemas que te he causado.

Estoy afligido, me limito a hacer un leve gesto con la cabeza. Por un instante, nos quedamos callados.

—A propósito, ¿cómo diste con mi número de teléfono? —me pregunta.

—A través de un amigo —contesto un tanto incómodo.

—¿Un amigo? ¿Y eso?

—Estaba en el mismo restaurante japonés que tú en Los Ángeles, hace unas

semanas. Conoce bien al propietario.

—Dios mío...

Mi padre parece apurado. Le digo que mi amigo lo reconoció gracias a la vieja foto que yo le había dado.

—Increíble... —murmura.

—Es periodista —añado.

—¿Periodista? —Su mirada se endurece.

—No te preocupes, es una persona discreta —me apresuro a decir—. Somos amigos desde hace años.

Permanece en silencio, con la cabeza gacha. Como la gorra le cubre el pelo, solo veo los mechones de detrás de las orejas, completamente blancos. De pronto me viene a la cabeza la imagen de mi madre. Con los ojos muy abiertos, me grita: «¿Dónde está Banzō-san? ¡Ve a buscarlo ahora!». Turbado, me vuelvo hacia la ventana.

La camarera trae el *kōcha* de mi padre, que le echa dos cucharadas de azúcar. Recuerdo que era goloso.

—¿Cómo ha ido tu viaje a Los Ángeles? —pregunto toqueteando mi taza vacía.

—¿Mi viaje?

Me mira con aire incómodo. Lamento habérselo preguntado. Apura el *kōcha* de un trago.

—Vámonos de aquí. Al final de esta calle hay un parque.

Mi padre sale del café mientras voy a pagar.

Las aceras siguen atestadas de transeúntes. Caminamos hasta el parque sin decir palabra. Es pequeño y rodeado de una bonita cerca. En el centro hay un arriate redondo lleno de crisantemos, más de la mitad de los cuales están

marchitos, como si indicaran el final del otoño. A nuestro alrededor no hay nadie.

Estamos sentados en un banco, uno junto al otro. Mi padre alza los ojos hacia el cielo azul y permanece así unos instantes. Pienso en la foto familiar que le he traído. Me gustaría mostrársela, pero creo que no es el momento. Me siento extraño; aún no ha hablado de su familia.

—Volví de Siberia en 1947 —dice sin mirarme.

—¿En 1947?

—Sí...

Se queda callado. Reflexiono. Fue dos años después del final de la guerra. Significa que ya estaba en Japón cuando mi madre y yo íbamos y veníamos buscando información sobre su paradero. Cada vez que volvíamos a casa sin noticias, mi hermano y mis hermanas se sentían muy decepcionados. Sin embargo, mi madre los animaba a no perder la esperanza y les repetía: «Vuestro padre es un hombre física y mentalmente muy fuerte. Logrará escapar a la muerte aun en Siberia».

Miro el rostro inexpresivo de mi padre y quisiera hacerle algunos reproches: «Padre, ¿por qué desapareciste de ese modo?». Respiro hondo para controlarme. Si quiero saber más, no debo hacerle preguntas. Me lo aconsejó mi esposa. Espero que prosiga. Sopla la brisa. Las flores de crisantemos se estremecen apenas.

—La vida en Siberia era dura.

—Debió de serlo, sin duda... —murmuro.

Guardo silencio pensando en mi existencia por aquella época, que seguramente era más dura que la suya. Enviado al frente en Filipinas, escapé a la muerte de milagro. Una vez de regreso en Japón tuve que empezar desde cero. Dejé los estudios universitarios para ayudar a mi madre, que debía ocuparse de mi hermano y mis dos hermanas, todavía jóvenes.

—Cometí un crimen —dice.

«¿Un crimen?» Es una palabra del todo inesperada. Pillado por sorpresa, miro alrededor para ver si alguien está escuchándonos.

—¿Qué crimen cometiste? —pregunto.

—Maté a un soldado japonés —contesta con tono grave.

«¿Qué? ¿Mató a un soldado japonés?» Siento escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Dónde?

—En el barco en que regresaba de Siberia.

Estoy atónito. Él baja la cabeza. Miro el lunar en su nuca, que me hace pensar en Satoshi. «Mi padre mató a un soldado japonés...» Me acuerdo de una extraña historia que Kōji me contó hace tiempo sobre la diferencia entre el número de nombres que había en la lista de embarque en Najodka y el de la lista de desembarco en Maizuru. Significaba que durante el viaje había habido muertos...

Mi padre respira hondo. Veo los crisantemos medio marchitos y oigo la voz de mi madre: «¡Ah, aquí estás, Banzō-san!». Tras un instante, él extrae un sobre de un bolsillo.

—Como sigo sin saber expresarme bien —me dice tendiéndomelo—, he escrito lo que quería contarte. —Miro el sobre, en el que no hay nada escrito. Él dice—: Ahora puedes leerlo.

Lo abro. Contiene más de una decena de hojas. Su caligrafía, que no ha cambiado, me hace recordar cuando me escribía regularmente desde Manchuria.

—¿Cuándo has escrito todo esto? —pregunto contemplando la primera hoja.

—Empecé el miércoles pasado —contesta con aire incómodo—, después de hablar contigo por teléfono. Me ha llevado tres días. Anoche terminé.

Con el corazón encogido, me pongo a leer.

«Nos hallábamos en el puerto de Najodka, en septiembre. El cielo estaba despejado, pero ya hacía frío. Ante nosotros, amarrado, se encontraba el gran barco japonés que pronto nos devolvería a nuestro país.

»Yo subía la pasarela. Mi corazón latía con fuerza, me temblaban las rodillas y la mano con que me agarraba de la baranda. Detrás de mí venía Ken, con quien había pasado ocho meses en un campo de la región de S. Como estaba nervioso, trastabillé. Ken me cogió enseguida de un brazo mientras me susurraba: “¡Valor, señor Toda! ¡Ya casi hemos llegado!”. Sonreí, pero todavía me costaba creer que nos iríamos por fin de Siberia, ese vasto territorio implacable donde había vivido dos años y muchos de nuestros compatriotas habían muerto.

»Al subir al puente nos encontramos con unos marinos japoneses que nos saludaron con una sonrisa cálida. Me conmovió. Ken lanzó un grito de alegría: “¡Estamos en Japón!”. Miré hacia el muelle, donde dos oficiales soviéticos interrogaban a los últimos repatriados antes de permitirles embarcar. Le dije a Ken que esos oficiales viajarían con nosotros, y que estaríamos bajo su vigilancia. No tendríamos que bajar la guardia hasta que abandonaran el barco. Demasiado excitado, Ken no me prestaba atención y repetía: “¡Estamos en Japón!”. “Esos oficiales rusos entienden japonés. No digas nada contra la Unión Soviética en su presencia. He oído un rumor según el cual hubo gente a la que enviaron a los campos aun después de haber embarcado”, dije en voz alta. Ken palideció.

»A bordo éramos tres mil. Primero nos pidieron que bajáramos a la bodega a buscar sitio. En realidad era un barco de carga, no había asientos. Después de dejar nuestros pequeños bolsos, Ken y yo subimos de nuevo al puente para contemplar Siberia por última vez.

»Desde el puente vimos a los dos oficiales subir por la pasarela de embarque, que pronto fue alzada. En el barco seguía reinando un gran silencio tenso. Todavía pálido, Ken miraba a los oficiales que embarcaban. Poco después, el barco se hizo a la mar. El muelle se quedó casi desierto. Nadie nos decía: “¡Adiós! ¡Buen viaje!”. El puerto de Najodka se alejaba con lentitud. Siberia se extendía hasta el infinito, a lo lejos brillaba el crepúsculo, completamente rojo. Oí decir a un marino japonés que llegaríamos a Maizuru dos días después, por la mañana. “Por fin...” Sentía el corazón oprimido.

»Ken y yo volvimos a la bodega.

»Tumbado boca arriba, pensaba en mi mujer, en mis queridos cuatro hijos y en mis ancianos padres. Creía que mi mujer y mis tres hijos, que me habían acompañado a Manchuria, estaban sanos y salvos con mis padres en el campo, en la prefectura de Saitama. Por la seguridad familiar, tuve que decirle a tu madre que se marchara de Manchuria con tus hermanos lo antes posible, sin mí. Había previsto la derrota de Japón. A tu madre le había entristecido mi decisión, pero insistí para que me obedeciera. Respecto a la suerte que hubieras corrido tú, enviado a Filipinas, no tenía la menor idea. Estaba muy preocupado, y no lograba alegrarme del todo por mi regreso al país.

»No sabíamos cuánto tiempo había transcurrido desde que salimos del puerto de Najodka cuando el barco se detuvo de golpe. Todo el mundo guardaba silencio. Por un momento temí que regresáramos a Najodka. Mirando por un ojo de buey, alguien gritó: “¡Los oficiales rusos bajan a la barcaza!”. Estábamos en el límite de las aguas territoriales. Se oyó un grito de alegría:

“¡Ya estamos en Japón! ¡Somos libres!”. Como todo el mundo, Ken y yo nos abrazamos llorando.»

«Como he dicho al comienzo, conocí a Ken en un campo de la región de S. Trabajamos allí desde principios de 1946 hasta el final del verano de ese año.

»Ken nació el mismo año que tú, Tsuyoshi. Vivía en Harbin, en Manchuria, y trabajaba en un restaurante. Cuando acabó la guerra lo deportaron a Siberia, como a mí, pero no era soldado. Estaba ciego del ojo derecho.

»Nos pusimos muy contentos cuando nos vimos en el puerto de Najodka. Él me dijo: “¡Qué alegría, señor Toda! Podemos regresar juntos a casa”. Todavía recordaba la dirección de mis padres, que yo le había hecho aprenderse de memoria, porque en el campo no había lápiz ni papel.

»Esa noche, en la bodega, Ken me habló de sus padres, que regentaban un pequeño restaurante de cocina casera en Fukuoka, donde había nacido. Las ganancias no eran grandes, pero la familia, bien o mal, vivía de ellas. Por desgracia, Fukuoka había sido destruida por los bombardeos norteamericanos, como la mayoría de las ciudades del país. Ken estaba preocupado por ellos.

»Para nosotros ya era un milagro y una alegría encontrarnos con vida en el mismo barco. Pero ese regreso al país también decidió mi vida y la suya.»

«A la mañana siguiente estaba nublado. Subí al puente con Ken a tomar el aire. Contemplábamos el mar de Japón. Lo único que se veía era agua azul, solo eso, hasta donde llegaba nuestra vista. Ken exclamó: “¡Qué paz!”.

»Instantes después, Ken me dijo: “Mire, señor Toda”. Tres hombres conversaban a cinco o seis metros de nosotros. Uno tenía una cara familiar. Exclamé: “¡Ah, es el responsable de los trabajos...!””. Ken me susurró: “Es él, ¿verdad?”. De repente, el hombre en cuestión se echó a reír. Su voz me estremeció. Nos echó un vistazo, pero no pareció fijarse en nosotros.

»Tsuyoshi, no quiero decirte el nombre de ese hombre, porque es el hombre al que maté. Simplemente lo llamaré H.

»H., de buen humor, hablaba con los otros dos. No se le veía demacrado como nosotros. Al contrario, era más bien rollizo. ¡Costaba suponer que también había sido víctima de trabajos forzados en Siberia! En realidad, solo era cabo mayor. H. estaba diciendo a los otros dos: “Yo trabajaba en un hospital... No, no soy médico. Mi tarea consistía en vigilar a nuestros soldados enfermos. Tenía que negociar con los oficiales rusos a fin de conseguir comida suficiente para nuestros compatriotas...”. Uno de los dos hombres dijo: “¡Qué suerte! En nuestro campo no contábamos con esa clase de protección. Pasábamos hambre todo el tiempo”. El segundo hombre preguntó a H.: “¿Entiende usted ruso?”. H. contestó sonriendo: “Sí. Estudié un poco en la universidad, pero hace mucho”. El segundo preguntó: “Pero ¿cómo es posible

que los rusos dejaran marcharse a alguien tan útil como usted?”. H. se rio: “¿Útil? ¡No crea! ¡Mi ruso es poco fiable!”.

»Ken murmuró con aire molesto: “¡Qué mentiroso! Odio a muerte a ese hombre, jamás olvidaré lo que hizo a sus compatriotas”. “Tampoco yo, nunca olvidaré su conducta. Pero qué ironía que estemos en el mismo barco que él”, le dije.

»Los trabajos forzados eran terribles. No sé cuántos soldados japoneses murieron a mi alrededor. Por el sufrimiento causado por el hambre, el frío riguroso en invierno y hasta el calor sofocante en verano. Todo eso superaba nuestra imaginación. Ya era increíble que pudiera regresar vivo a Japón. Ese solo hecho debió haber sido suficiente, y tendría que haber valorado mi suerte pensando en los demás, que murieron como perros.»

«En el campo de la región de S., donde vi a Ken por primera vez, trabajábamos en la tala de un bosque. Todos los días comíamos lo mismo: un caldo de *kōryan* o de mijo con un pedazo de pan negro duro como una piedra. La cantidad era mínima. Siempre teníamos hambre. Además, había que estar atentos para que los soldados rusos no nos robaran nuestra ración.

»Un día Ken tuvo mucha fiebre: sufría una escarlatina grave. Lo enviaron al hospital de los campos, en la misma región. Unos días después me hice daño en un brazo, que quedó aplastado por el desmoronamiento de un gran árbol. Me llevaron también al hospital. “¡Señor Toda!” Ken se sorprendió de volver a verme. Él estaba un poco mejor. Compartíamos la misma habitación, junto con una decena de soldados japoneses. Por lo menos la comida del hospital era más buena que la del campo.

»Yo estaba contento de no tener que trabajar por un tiempo. Pero me di cuenta de que quedarse acostado tampoco era fácil. Todos los días morían compatriotas, unos tras otros. La gente llegaba ya debilitada, víctima de la inanición. Un día murió un hombre joven a mi lado. Exhaló su último suspiro mientras llamaba a sus padres con voz débil: “Papá... Mamá...”. Esa noche tuve pesadillas. En uno de los sueños, tú estabas muerto en un campo de batalla. Me puse a gritar muy fuerte: “¡Tsuyoshi! ¡Tsuyoshi!”. Preocupado, Ken me despertó.

»Pronto me enteré de que en aquel hospital los médicos militares usaban los

cadáveres para sus investigaciones. Me aterraba pensar que mi cuerpo también sería utilizado, vivo o muerto, en aquellos experimentos científicos.

»Estábamos bajo la custodia de H., que era soldado, como todo el mundo, excepto Ken y yo, que éramos civiles. H. ejercía un poder absoluto. Si decíamos algo que lo irritaba, cualquier cosa, podían enviarnos a trabajar de nuevo antes de que nos hubiéramos recuperado. Era el encargado de organizar grupos de hombres curados para enviarlos a la ciudad, donde debían cargar los equipajes cuando llegaban los trenes.

»H. era arrogante e implacable, todos lo odiaban. Era un hombre de unos treinta años, mucho más joven que yo. Cuando entraba en nuestra sala se comportaba como si fuera un oficial del ejército japonés. Además, nos obligaba a trabajar para complacer a los oficiales rusos. Se entendía bien con los oficiales japoneses, que no hacían nada para protegernos.»

«Un día, H. me dijo:

»—El médico me ha dicho que tu brazo está casi curado. Hoy puedes trabajar un poco.

»El brazo seguía doliéndome cuando lo movía, pero debía obedecer. Me sonrió.

»—No te preocupes. Es una tarea ligera. Verás.

»A la salida del edificio me mezclé con un grupo de nueve hombres cuya fiebre había bajado esa mañana. Ken estaba también entre ellos. Le pregunté adónde íbamos.

»—A la sala de disección —me contestó deprimido—. Nuestra tarea consiste en trasladar al cementerio los restos de nuestros compatriotas utilizados en las investigaciones de los soviéticos. Lo he hecho ya tres veces. Al principio, vomitaba.

»Era verano, hacía un calor húmedo. Llegamos a un terreno desocupado cerca del hospital, donde vi un techo muy bajo, casi al nivel del suelo. H. nos dijo que bajáramos. El interior estaba oscuro. En el centro de la habitación se veía una mesa de metal muy limpia. Tres cadáveres yacían en el suelo desnudos, igual que si fueran desechos. Tenían los vientres cosidos de cualquier manera con hilo sucio, y las vísceras se salían por entre las costuras. Casi vomito yo también. Había una cabeza cortada en dos, por la mitad. La imagen me recordó a un *zakuro* abierto con los granos muy rojos.

»—¡Llevallo todo arriba! —nos gritó H.—. Pronto vendrá un camión a

recogerlo.

»Busqué algo con que cubrir los cadáveres y encontré varias telas blancas colgadas de la pared.

»—¿Podemos al menos envolver los cuerpos con estas telas? —pregunté a H.

»—No. Las telas son preciosas, no podemos malgastarlas en ellos —contestó secamente.

»—Pero son nuestros compatriotas...

»Demasiado tarde. H. me golpeó en la cara.

»—¡Cállate!

»Se sentó en una silla y se puso a fumar. Empezamos a trasladar los cadáveres. Ken se compadecía de mí. Me susurró, señalando a H. con los ojos:

»—¡Qué imbécil!

»Él, otra persona y yo levantamos juntos un cadáver. Apenas notó que me costaba mover el brazo, Ken permitió que sostuviera el cadáver por los pies. A la salida del sótano me dijo:

»—H. es un verdadero sádico. Es hijo de un político, y quiere hacer carrera política él también cuando regrese. Me preocupa el futuro de nuestro país.

»Llegó un camión con un soldado ruso. H. volvió al hospital. Cargamos los cadáveres en el camión y luego el soldado nos gritó que subiéramos. El camino estaba desnivelado. El camión avanzó dando saltos durante todo el trayecto. Era espantoso ver los cadáveres sacudiéndose desnudos, con el vientre y la cabeza cortados, ojos y bocas abiertos, como si todavía estuvieran vivos.

»Llegamos al cementerio, donde ya había cientos de tumbas marcadas con una cruz blanca en el túmulo. En una cruz vi el nombre y el número de identificación de un muerto escritos en ruso. Ken me dijo que era un

cementerio para los soldados japoneses. Me deprimió mucho. Pensé que algún día también yo acabaría enterrado allí.

»El soldado ruso gritó a nuestras espaldas, señalando tres lugares con el fusil. Empezamos a cavar con las palas. El suelo estaba duro. Ken permaneció a mi lado para ayudarme. El soldado ruso me dijo algo y volvió a subir de inmediato al camión, desde donde nos vigilaba fumando. No entendí lo que me había dicho.

»—Tal vez le ha dicho que estaba de suerte, pues hoy solo hay tres cadáveres para enterrar. ¡Ayer había quince! —bromeó alguien.

»Era terrible sepultar aquellos cadáveres desnudos, rajados por todas partes. Sin embargo, nos pusimos a rezar juntando las manos ante aquellos túmulos de tierra. El soldado ruso nos miraba con una expresión extraña. Yo pensaba en los familiares de esos muertos, que esperaban su regreso a Japón. “¿Quién imaginaría que hubieran tratado así el cuerpo de un marido, un padre, un hijo, un hermano...?”

»Pronto llegó un médico militar ruso con tres cruces blancas con los nombres y los números de identificación de los muertos escritos. Habló con el soldado ruso, que le señaló las tres montañas de tierra que acabábamos de hacer. Clavó las cruces una tras otra. Luego anotó algo en un papel que parecía la lista de los muertos. Era un gesto por completo administrativo. Nosotros lo mirábamos en silencio. En realidad, no era seguro que el soldado ruso fuera capaz de distinguir los cadáveres entre sí, pues todo el tiempo había evitado mirarlos.

»Regresamos al hospital muertos de hambre. Necesitábamos comer aun después de una tarea como aquella.

»—Tú te saltarás una comida —me dijo H. sin embargo—. En castigo por haber objetado mi orden.

»Me indigné.

»—¡La próxima vez todos recibiréis el mismo castigo! —gritó H. a los demás.

»Todo el mundo palideció. Me hervía la sangre. Si no hubiera habido nadie a nuestro alrededor, lo habría golpeado. H. se alejó silbando.

»Más tarde, Ken me trajo unos trozos de patata que había escondido entre su ropa. Me conmovió. Cada uno recibía una cantidad de comida limitada, y nadie quería compartir su ración. Pero Ken me dijo:

»—Lo siento, señor Toda. No será suficiente para usted, pero tómelas.

»Esa noche supe que H. se había ido cargado con una bolsa llena de comida; una mujer rusa lo esperaba fuera del hospital.

»Varias veces tuve que ocuparme del traslado de cadáveres. Una tarea muy deprimente para cualquiera, pero más para nosotros, que estábamos reponiéndonos de una enfermedad o una herida. Sin embargo, lo que más me deprimía era la existencia de H., que no sentía compasión alguna por sus compatriotas. También me decepcionaba la actitud de los oficiales japoneses en los campos, que no hacían nada para garantizar al menos el abastecimiento de sus soldados.

»Permanecí en el hospital tres semanas. Luego me enviaron a un campo en otra región, cuya ciudad más importante era Bukachacha. El día de mi marcha le agradecí a Ken toda la ayuda que me había brindado y le dije que cuando regresara me buscara en casa de mis padres. Sonrió.

»—Por supuesto que volveré a verlo, ¡si todavía estoy vivo!

»Ken permanecería unos días más en el hospital.»

«Era la noche de la segunda jornada a bordo, tras haber salido de Najodka. El barco navegaba tranquilamente por el mar de Japón. La Unión Soviética parecía ahora muy lejana. Estábamos en Japón, sin duda, ya no teníamos nada que temer. El ejército japonés ya no existía. Aquí nadie tenía derecho a darnos órdenes. Nos habíamos liberado del sistema militar japonés, que reglamentaba incluso los campos de trabajos forzados.

»Todavía exaltado, me costaba dormir. Pensaba en ti, en tu hermano menor, en tus hermanas menores, en tu madre y mis padres. Ken me había preguntado por mi familia. Cuando le dije que tenía un hijo llamado Tsuyoshi, de su misma edad, manifestó de inmediato el deseo de conocerte.

»También me preguntó cómo era mi mujer. Sonreí.

»—Se parece un poco a Yoshiko Okada.

»—¡Debe de ser muy hermosa, entonces! —exclamó.

»—Ciertamente —dije sonriendo

»—Pero la actriz debe de estar loca. De haber conocido la realidad de la Unión Soviética, jamás habría ido allí. Hermosa, pero demasiado ingenua. Con franqueza, no me gusta mucho.

»—Mi mujer es hermosa, pero no es ingenua como esa actriz. Es una persona inteligente y realista.

»Ken sentía curiosidad por saber cómo había conocido a mi mujer. Su pregunta me incomodó, pero acepté contárselo cuando recordé la larga falda

blanca de verano de tu madre. Cuando supo que mi mujer había abandonado a sus padres para casarse conmigo, me tomó el pelo:

»—Pero ¡entonces su mujer está tan loca como Yoshiko Okada!

»Le dije que mi mujer también se llamaba Yoshiko, y que había nacido el mismo año que la actriz.

»—¡Cuántas coincidencias! —dijo riendo.

»Ya no se veía nada por las ventanillas, y yo me preguntaba qué hora sería. Quizá casi las once de la noche. Cerca de nosotros algunos se iban a dormir. Yo no tenía sueño todavía, y Ken tampoco. Subimos a dar un paseo por el puente. Lloviznaba y el mar estaba todo negro. Caminábamos bajo unas débiles luces eléctricas. Vi a unos marineros fregando el piso. Uno de ellos nos dijo amistosamente:

»—Está resbaladizo por la lluvia. Tengan cuidado. —Era el que nos había saludado al embarcar.

»Ken respiró hondo y exclamó:

»—¡Sí, en efecto, es el clima japonés! ¡Qué felicidad!

»El marinero sonrió con expresión dulce y simpática.

»Minutos más tarde, cuando Ken me dijo que ya tenía sueño, vi a H., que fumaba apoyado contra la baranda. Ken también lo vio.

»—¡Otra vez él! —Se preguntó cómo había conseguido ese cigarrillo, y agregó—: Démosle un puñetazo, señor Toda. Al menos una vez.

»Yo miraba fijamente el rostro de H. Me volvían a la cabeza las imágenes horrendas de los cadáveres de nuestros compatriotas. Veía de nuevo la cara de H. gritando: «¡Daos prisa! ¡Trabajad!». Mi cuerpo temblaba. La ira y el odio, que había intentado olvidar, me asaltaban otra vez. Mis pies se encaminaron hacia H. a mi pesar. Ken me siguió.»

«H. nos vio, pero su mirada parecía indiferente. Arrojó al mar la colilla del cigarrillo.

»—¿Eres H.? —le pregunté.

»Me miró con expresión desconfiada.

»—Sí...

»—¿Te acuerdas del hospital de la región de S.?

»Cambió de color.

»—¿Qué desea? —me preguntó cortésmente.

»De inmediato, me puse a describirle lo que había hecho con nuestros compatriotas. Yo gritaba mucho. Como no estaba acostumbrado a hablar así, tartamudeaba. H. permanecía callado, con el rostro crispado. El marinero que habíamos visto hacía un rato pasó cerca de nosotros. No hice ni caso y seguí acusando a H., que parecía cada vez más incómodo.

»—Es cierto, ¿no? —pregunté al final.

»En vez de contestar que sí, H. asumió de pronto una actitud arrogante.

»—Hice cuanto tenía que hacer como responsable de nuestros compatriotas enfermos. Gracias a mí, los que estaban ingresados en el hospital pudieron abandonar Siberia muy pronto, como usted mismo.

»—¿De veras?

»Avancé hacia él.

»—La guerra ha terminado —dijo retrocediendo—. Hay que olvidar el pasado.

»—Sí. Tú serás capaz de olvidar tu pasado, pero yo no.

»Lo cogí del cuello de la ropa.

»—Voy a llamar a alguien —me amenazó.

»—¿Para pedir ayuda? ¡Adelante! Le contaré a todo el mundo lo que hiciste.

»En ese momento, Ken me gritó:

»—¡Es un imbécil! ¡Golpéelo!

»Le di un buen golpe, con todas mis fuerzas. H. cayó al suelo.

»—¡Otra vez! —exclamó Ken.

»H. nos acribillaba con la mirada.

»—¡Ni se te ocurra dedicarte a la política! ¡No lo mereces! ¿Entendido? —le gritó Ken. H. permanecía callado. Ken continuó—: ¡Pedazo de cabrón! ¡Estás loco! ¡Eres un cretino! —No paraba, y sus palabras se volvían cada vez más desagradables.

»—Ya basta. Ahora bajemos —le dije.

»Empecé a caminar. De pronto, H. se abalanzó sobre Ken, que cayó al resbalar por el suelo mojado. Intentaba estrangularlo. Ken gemía de dolor. Enseguida cogí un palo de madera y golpeé a H. en la cabeza y la espalda con todas mis fuerzas. Se desplomó inmóvil. Ken se incorporó.

»—¡Gracias, señor Toda! ¡Me he librado de una buena!

»H. ya no se movía. Tenía los ojos y la boca abiertos.

»—Está muerto... —dije.

»—Dios mío... —dijo Ken, poniéndose pálido.

»Miré alrededor, temiendo que el marinero volviera. Sin dudar, tiré del cuerpo de H.

»—¡Rápido, Ken!

»Ken lo cogió de los pies. Por un instante me acordé de los cadáveres que habíamos trasladado al cementerio.

»—Esta será nuestra última tarea como prisioneros... —murmuró Ken.

»Alzamos el cuerpo de H. sobre la baranda. Era tan pesado que teníamos que coordinar nuestros esfuerzos.

»—¡Uno, dos, tres!

»—¡Ahora!

»Por fin logramos lanzarlo fuera del puente. Cayó de cabeza en el negro mar de Japón...»

Vuelvo a plegar las hojas y las meto en el sobre. Inmóvil, mi padre mira fijamente los crisantemos marchitos. Observo el lunar de su nuca y pienso en Satoshi, su nieto, que me dijo que no sabía que ese lunar era hereditario.

—Salvo Ken, nadie sabe que mataste a H., ¿verdad? —le digo.

—Espero que no. Pero el marinero nos vio a los tres juntos. Pasó delante de nosotros cuando yo le gritaba a H. Podría haber sido testigo si hubiera habido una investigación sobre la desaparición de H.

Entiendo que mi padre no tenía intenciones de matar a H.

—Nadie apareció por casa buscándote.

—Porque mi nombre no estaba en la lista de los repatriados.

—¿Y eso qué significa? —digo, confundido.

—Cuando desembarqué en el puerto de Maizuru no di mi verdadero nombre, Banzō Toda.

—¿Cómo es posible? Tengo entendido que las autoridades soviéticas entregaron la lista de todos los nombres de los repatriados del barco.

—Es cierto, pero estaban escritos en ruso.

«¿En ruso?» Según mi padre, los nombres estaban mal escritos, porque los pronunciaban mal. Había incluso nombres de personas que no iban a bordo. Mi padre aprovechó, pues, y declaró un nombre distinto. En todo caso, añade, en aquella época todo era un caos, y ese tipo de cosas ocurrían con bastante frecuencia. Le pregunto si no intentó correr el riesgo de volver a casa, me

refiero a nuestra casa y la de sus padres, que por entonces estaban vivos en el campo, en Saitama.

—Por supuesto que sí. Quería ver a mi familia, pero...

Se interrumpe. Aguardo. La imagen de mi madre vuelve a mi mente. «¿Dónde está Banzō-san?» Me pregunto en qué estará pensando en este momento en su cama.

Mi padre dice que en un albergue del puerto de Maizuru vio a la familia de H., a su mujer y sus dos hijas. Oyó que un responsable del albergue decía que acudían cada vez que un barco atracaba en Najodka. Las niñas debían de tener tres y cinco años. Sus caras inocentes le recordaban las de sus propias hijas.

—Cuando vi a esas niñas —dice mi padre—, decidí no volver a casa. — Levanta la mirada hacia el cielo azul. Murmura—: Hace muy buen tiempo, increíblemente bueno...

—¿Cómo se llama el padre de Ken?

—Eiji Satō... —contesta con tranquilidad.

«Me lo imaginaba...» Eso explica por qué ha acabado usando ese nombre.

Él y Ken se despidieron en Maizuru. Ken volvió a Fukuoka, su ciudad natal. Antes de despedirse de mi padre, le dio la dirección de sus padres. Mi padre, por su parte, fue a Osaka, que había quedado destruida por los bombardeos norteamericanos y entonces estaba en proceso de reconstrucción. Eligió ese lugar porque allí no había nadie de su familia y porque no le resultaría difícil conseguir trabajo. Trabajó como jornalero con un nombre falso. En aquella época nadie le preguntaba sobre su identidad. Todo el mundo estaba ocupado en sobrevivir. Le envió a Ken su nueva dirección.

El joven le escribió a mi padre que su padre había desaparecido durante los bombardeos y que su madre, que aún esperaba que estuviera vivo, no había hecho todavía la declaración de fallecimiento. Ken le contó a su madre lo que

había sucedido en el barco. Su madre se conmovió. «¡Ese hombre mató al malvado H. para salvar a mi hijo! ¡Oh, pobre de él!»

Un día Ken fue a visitar a mi padre a Osaka. Le propuso una artimaña inusual: usar el nombre de su padre. «Señor Toda —le dijo—, entiendo que quiera proteger a su familia usando un nombre falso, pero no puede vivir así mucho tiempo, sin documentos oficiales, quiero decir. Con la identidad de mi padre ya no tendrá que ocultarse de las autoridades. Se lo he propuesto a mi madre, que querría ayudarlo a salir de esta situación, y está de acuerdo conmigo. Puede usted seguir viviendo solo, como ahora. Pero si quisiera vivir con nosotros, me haría feliz. En tal caso nos mudaríamos de Fukuoka. De todos modos el restaurante ya no existe, todo se ha quemado. Por mi familia no se preocupe. No somos naturales de esa región. En realidad, el hombre que desapareció era mi padre adoptivo. Mi madre volvió a casarse cuando yo tenía catorce años. Mi padre verdadero murió hace mucho.»

—Eres libre —le digo a mi padre—. El nombre Banzō Toda tampoco existe en tu *koseki*.

—Está bien, mejor así. Todo el mundo cree que estoy muerto.

—Salvo mi madre.

Mi padre baja la cabeza. Extraigo un sobre del bolsillo.

—Es para ti —digo.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Mira largo rato la foto de nuestra familia.

—Somos catorce. Tienes cinco nietos —digo.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Busqué tu dirección en la guía telefónica. Un día me acerqué a tu casa y

vi a mis hijos y mis nietos salir de ella. Tu madre, tu mujer y tú estabais en la entrada cuando se fueron.

—Entonces ya nos viste a todos... —digo, sorprendido.

—Sí. Pero fue antes de que tu madre enfermara.

Mira de nuevo la foto. Se me encoge el corazón. Imagino a mi padre de pie delante de mi casa, con toda su familia reunida. La imagen me recuerda la historia de Kōji, que fue a escondidas a ver a su primera mujer, casada por segunda vez con un norteamericano.

—Muchas gracias —me dice—, Tsuyoshi, por cuanto has hecho por tu hermano menor, tus hermanas y tu madre. Ahora ellos son tu familia. No tengo intención de molestarte. Quisiera irme de Japón sin ver a nadie.

Sus palabras me llegan al corazón.

—Lo entiendo. Pero, como te comenté por teléfono, quiero que veas a mi madre al menos una vez antes de irte del país. Intentaré arreglar ese encuentro de la manera más discreta.

Mi padre asiente.

Bajo del primer piso una caja de cartón ondulado, la que contiene la ropa de mi padre. La dejo sobre los tatamis. Una tras otra, mi mujer va sacando las prendas y desplegándolas. Una parka, una chaqueta larga, jerséis, pantalones, cinturones... Las miro y me acuerdo de un sueño que tuve hace unas semanas, en el que mi madre sacaba la ropa al jardín para ventilarla.

Mi mujer me dice, acariciando un suéter:

—Todo está en buen estado.

—Exactamente...

Mi madre me decía que mi padre la había comprado en los años treinta. En 1942, cuando se fue a Manchuria con mi madre, mi hermano y mis hermanas, la dejó en la casa que tenían en Tokio. Cuando volvió de Manchuria, tres años después, mi madre se la llevó con ella al campo, donde vivían los padres de mi padre. Poco después la casa de Tokio sufrió un incendio a causa de los bombardeos norteamericanos. Mi madre me decía: «Me alegro de haber salvado al menos la ropa de tu padre».

—Recuerdo que tu madre la ventilaba dos veces al año, cuando hacía buen tiempo —dice mi mujer.

—Sí. Así lo hizo sin falta durante más dos décadas, hasta que enfermó.

Mi padre se sorprenderá mucho cuando vea esa ropa. Espero que se la quede, le guste o no.

Me pregunto dónde llevar a mis padres para el encuentro. Como mi padre debe pasar inadvertido, la residencia de mi madre no es un lugar conveniente.

Lo mejor sería en nuestra casa. Pero ahora mi madre se niega a moverse. Insiste: «Banzō-san vendrá a verme pronto. No puedo salir».

Hoy, después del trabajo, he ido a la residencia. Antes de subir a su habitación he hablado con el médico de turno. Me ha dicho que mi madre permanecía en cama más tiempo que antes, aunque ya no dormía regularmente. Le he dicho que quería llevármela conmigo el fin de semana. «No hay problema —me ha dicho—. Solo déjela reposar en un cuarto tranquilo.» Pero dudaba de que mi madre aceptase abandonar su habitación. «Usted sabe bien, señor Toda, que su madre dice que sigue esperando a su marido en su habitación, como usted la convenció de que sucedería al traerla a la residencia.»

Vuelvo a mirar la ropa de mi padre. Decido pedirle a mi padre que hable con mi madre por teléfono.

Abro la puerta. Mi madre parece dormir. Entro silenciosamente en su habitación y me siento en el sillón junto a la pared de la entrada. Son las ocho de la noche. Espero a que despierte.

Contemplo el rostro de mi madre. Su respiración es tan débil que por un instante temo que haya muerto. Me tranquilizo al ver movimiento en la parte de la manta que cubre su pecho. Sobre la mesa que está junto a la cama hay un *zakuro* que le trajo Satoshi. Ya no tiene la piel fresca y el rojo está desvaído. En realidad, ya no quedan frutos en el árbol de nuestro jardín.

El color del *zakuro* me distrae un instante. El rojo evoca la bandera de la Unión Soviética: el color de la sangre. Mi padre escribió que había pensado en la fruta al ver la cabeza de un cadáver cortada en dos. Estoy seguro de que ya no querrá ver esas frutas y tampoco comérselas. A su restaurante, sin embargo, lo llamó Zakuro. No le pregunté por qué, pero creo que intenta no olvidar a sus compatriotas, que murieron tan miserablemente.

Echo un vistazo al teléfono adosado a la pared. Es un teléfono interno. Para comunicarse con el exterior hay que pasar por recepción. Debo telefonar a mi padre en cuanto mi madre despierte. Se supone que está en su casa esperando mi llamada.

El otro día, cuando le dije que se pusiera en contacto conmigo aquí, en la residencia, me preguntó: «Pero ya he muerto en Siberia, ¿cómo podría presentarme en la recepción?». «Dile a la recepcionista que eres el señor

Satō, un amigo del hijo de la señora Toda», contesté. Sonrió con amargura: «Entonces ahora soy tu amigo...».

—Buenas noches, señora Toda —digo.

—¿Quién es? —me pregunta ella, distraída.

—Tsuyoshi.

—Tsuyoshi... —farfulla.

Se vuelve hacia la ventana, las cortinas están corridas. Con cuidado, salgo de la habitación. Entro en la sala donde están los teléfonos públicos. Marco el número de mi padre, que responde enseguida. Al otro lado de la línea, me dice:

—De acuerdo, Tsuyoshi. Volveré a llamarte dentro de cinco minutos. —Su voz suena tensa.

Vuelvo a la habitación de mi madre. Me siento de nuevo en el sillón. Minutos después suena el teléfono interno. Sorprendida, mi madre se sobresalta. Respondo. Según lo previsto, la recepcionista me dice que un tal señor Satō desea hablar conmigo. Me pasan la llamada. En cuanto oigo la voz de mi padre, digo, articulando bien las palabras:

—Hola. Sí, es la habitación de la señora Toda. Sí, ella está aquí. ¿Es usted el señor Banzō Toda? Un momento, por favor.

Mi madre se incorpora de inmediato.

—¡Ban... Banzō-san!

«¡Funciona!» Estoy entusiasmado. Me mira con los ojos muy abiertos. Observando su expresión, le pido a mi padre que espere un momento.

—Es para usted, señora Toda —le digo a mi madre—. Su marido quiere hablarle. ¿Puedo pasárselo?

—¡Por supuesto! —contesta con voz muy clara.

Toma el aparato, le tiemblan las manos.

—¡Banzō-san! ¡Banzō-san! ¡Ay, por fin! —exclama.

«¡Qué cambio!» Estoy asombrado por su reacción.

—¿Ha acabado tu viaje de negocios por Manchuria? —le pregunta ella.

Se queda callada, escucha hablar a mi padre, asiente con la cabeza como una niña. Siento que la emoción me embarga. Pronto se pone a sollozar mientras repite:

—Sí, sí...

Le acaricio la espalda. Cuando termina, me tiende el receptor y cuelgo. Con la cara bañada en lágrimas, me dice:

—Banzō-san se va de Harbin hoy y vuelve a casa este fin de semana.

—¿De veras? ¡Entonces también usted debe volver a casa!

—¡Claro! Pero me dijo que no se lo dijera a nadie, porque solo quiere verme a mí.

Le tiendo un pañuelo de papel. Se enjuga las lágrimas mientras se repite: «¡Qué felicidad!» Luego se recuesta. La ayudo a cubrirse con el edredón. Cierra los ojos. Me digo: «Buenas noches, mamá». Apago la luz y salgo de la habitación.

Esa noche, Kōji se pasa por casa.

—¡Qué lástima! ¡Nos perderemos la exclusividad de una gran primicia! — dice apenas se entera de la historia de mi padre.

—Podrías escribir una novela —le digo, pues parece muy decepcionado.

—¡No me fastidies! No tengo talento de escritor. Es un oficio distinto. —En realidad, le alegra saber que mi padre se verá con mi madre antes de irse a Los Ángeles. Se muestra muy compasivo con mi padre—. ¡Pobre! ¡No imaginaba que tuviese un pasado tan pesado!

Kōji dice que han transcurrido veintitrés años desde entonces y que el crimen habría prescrito aun si se supiera lo que sucedió. Lo que mi padre hizo fue un acto de legítima defensa. Por otra parte, hasta ahora nadie lo ha buscado. Es prácticamente libre.

—Tienes razón, Kōji. Sin embargo, aun disculpándolo, un crimen es un crimen. Mi padre quisiera vivir sin hablar de ello con nadie, como lo ha hecho todos estos años.

Reflexiono sobre lo que me dijo mi padre. En el puerto de Maizuru vio por casualidad a la mujer y las hijas de H. Incluso ahora, debe de resultarle duro recordar esa imagen, que evoca su propia familia.

Kōji me habla de un artículo interesante escrito por un repatriado de Siberia. Cuenta lo que ocurrió en unos barcos que regresaban de Najodka. El repatriado vio cómo un grupo de soldados arrojaban a un hombre al mar cuando la embarcación se acercaba al puerto de Maizuru. Corrió a avisar a un

marinero y se quedó sorprendido cuando este le dijo: «¿Otra vez?». El hombre lanzado al mar fue rescatado por los marineros.

—¿Se cometieron asesinatos en esos barcos? —pregunto a Kōji.

—El repatriado no usó la palabra «asesinato», pero oyó usar una expresión extraña, «la lista del mar de Japón», para designar el número de muertos en los barcos por enfermedad, suicidio o bien... —Se interrumpe.

—¿Quieres decir que algunas muertes fueron venganzas, como en el caso de H.?

—Es posible..., pero nadie sabe la verdad.

Kōji me habla de los diferentes comportamientos de los repatriados según las etapas. Al principio estaban muy contentos de volver a Japón. Odiaban la Unión Soviética. Los que volvieron después de 1948, en cambio, habían sufrido un poderoso lavado de cerebro, un *minshu-undō*. Habían pasado a ser marxista-leninistas recalcitrantes. Cuando llegaron a Maizuru, las personas que los recibieron se quedaron impactadas, pues eran arrogantes, no parecían demasiado emocionados por haber vuelto por fin a su país. Por fortuna, ese extraño comportamiento no duró mucho; casi todo el mundo retomó su vida normal, la de antes. Sin embargo, hablar de la experiencia del *minshu-undō* se convirtió en un tabú entre ellos.

Al escucharlo me doy cuenta de que, a pesar de que llegó al comienzo de la operación de repatriación, mi padre no sentía ira respecto a los soviéticos. Por el contrario, me contó un recuerdo emotivo de la época en que había trabajado unas semanas en una ciudad cerca de Bukachacha.

«Yo llevaba equipajes a la estación. Un día, una mujer rusa me trajo patatas hervidas. Tenía la edad de mi madre. Me conmovió recordar a Ken, que había compartido su comida conmigo en el hospital. La mujer me observaba comer con los ojos empañados. En señal de agradecimiento le canté “Akatonbo”, la canción favorita de tu madre. Esto se repitió hasta que dejé la ciudad. El día

de mi marcha me dio una gran bolsa de patatas para que tuviera algo que comer en el tren. Y cantó conmigo “Akatonbo”. Yo lloraba.»

—¿Tu padre se arrepiente? —me pregunta Kōji.

—¿De qué? ¿Del asesinato? Por supuesto que sí.

—Pero ya pagó su pena el tiempo suficiente, tiene que sentirse libre de su pasado. Además, nunca se ha oído que hayan enjuiciado a gente por actos como esos.

—Mi padre no quiere justificarse de ese modo... —murmuro—. Me dijo que aunque H. mereciera ser castigado, nadie tenía derecho a matarlo.

Ha llegado el día. Estoy nervioso. Se supone que esta noche, a las nueve, mi padre irá a nuestra casa a ver a mi madre. Él no conduce. Le propuse ir a buscarlo a la estación, pero rechazó el ofrecimiento diciendo que tomaría un taxi en una estación de metro cercana a nuestro barrio. Mi madre sigue en la residencia. Dentro de poco debo ir a buscarla. Espero que venga conmigo sin problemas.

Me gustaría que esta noche no viniera nadie de visita. Ayer me llamó Satoshi para saber si podía pasarse hoy al salir de la escuela. Tuve que mentirle: le dije que mi mujer y yo no estaríamos en casa. Me preguntó adónde íbamos. Le dije que iríamos a pasear con mi madre en coche. Estaba sorprendido: «¿La abuela se va a pasear con vosotros? Creí que se negaba a salir de su habitación».

Voy a la residencia de mi madre. La enfermera de turno me recibe muy sonriente.

—Su madre lo espera con impaciencia. No ve la hora de volver a la casa.

—¿De veras? —digo, aliviado.

—Sí. Desde esta mañana no puede estarse quieta.

—¿Ha dicho algo sobre esta noche? —pregunto, curioso.

—Sí. Me ha dicho que va a verse con su amor de juventud. ¡Qué bonito!

Sonrío, conmovido por las palabras «amor de juventud». También me impresiona que mi madre no le haya dicho a la enfermera que se trataba de su

marido. Se atiene al pacto que hizo con mi padre: «Solo te veré a ti. No menciones a nadie mi llegada».

—Hoy su madre está guapa. Esta tarde la he ayudado a peinarse —añade la enfermera.

—Qué amable, gracias.

Voy al primer piso, donde se encuentra la habitación de mi madre. Estoy seguro de que está muy despierta. Llamo a su puerta.

—¡Entre! —Mi madre me sonrío, se levanta del sillón lentamente.

—Madre...

Se me encoje el corazón. ¡Viste la misma camisa blanca y la misma larga falda blanca de verano que en la foto! Lleva el pelo bien arreglado y la cara ligeramente maquillada. Está guapa. Sostiene el *zakuro* que Satoshi le llevó hace unas semanas.

—¡Voy a ver a Banzō-san! —dice.

—Por supuesto, señora Toda. He venido a buscarla.

Su falda es de algodón. Estamos a mediados de noviembre. Como hace frío, hay que ponerse al menos un abrigo ligero. Cuando se lo digo, me obedece dócilmente.

Mi mujer nos espera en casa. Cuando llegamos, me fijo en que lo ha preparado todo para el encuentro de mis padres. La casa está muy limpia. Hay flores frescas en el *genkan*, en la sala, en los baños. Qué bonito. Mi mujer me propone que usemos la habitación de la ceremonia del té, cuyos tatamis se cambiaron recientemente con la ayuda de Satoshi. Es una habitación aislada de las demás. Ella ya había retirado todos los utensilios que se usan en las ceremonias del té. Ahora solo hay una mesa baja, dos *zabuton* y la caja con la

ropa de mi padre. Acepto complacido su propuesta. Mis padres podrán verse en la intimidad.

Esperamos en la sala la llegada de mi padre. Mi madre está sentada en el sillón. Sigue con el *zakuro* en las manos. Observo el contraste de los colores: el blanco de su falda y el rojo de la fruta. El círculo rojo sobre el fondo blanco evoca la bandera de Japón. Me pregunto quién crearía ese motivo tan simple y hermoso.

Un coche se detiene delante de nuestra casa. Debe de ser el taxi de mi padre. Mi madre me mira, sus ojos brillan. Mi corazón late con fuerza, mientras intento mantener la calma. Llaman a la puerta. Mi madre se levanta del sillón y mi mujer la ayuda a caminar hacia la entrada. Abro. Aparece mi padre.

—Buenas noches...

Viste un largo gabán marrón.

—Banzō-san, muchas gracias por haber venido esta noche —lo saludo—. Esta es mi mujer.

Mi padre se inclina ante ella.

—Encantado, soy Banzō Toda.

Se quita el gabán. Me digo: «¡Ah...!». Lleva un traje de verano blanco, como el de la foto que nos mostró mi madre.

—¡Banzō-san! —exclama enseguida mi madre.

Mi padre le sonrío, ella se acerca a él lentamente, como si fuera una muchacha.

—¡Yoshiko! —pronuncia su nombre abriendo los brazos.

Mi madre se abalanza contra su pecho. Él la estrecha con fuerza entre sus brazos. Mi madre empieza a sollozar de alegría.

—¡Ay, Banzō-san! Qué feliz estoy de que hayas regresado sano y salvo...

Los dos permanecen inmóviles largo rato. Mi mujer se enjuga los ojos. Yo

contengo las lágrimas con esfuerzo.

Mi madre tiende a mi padre el *zakuro*.

—¡Es para ti, Banzō-*san*!

Mi padre lo recibe con los ojos húmedos.

—Gracias... por haberme esperado tanto tiempo —lo oigo murmurar.

Llevo a mis padres hasta la habitación de la ceremonia del té para que puedan estar solos.

Estamos a mediados de diciembre. Cada día hace más frío. Todos los crisantemos de nuestro jardín se han marchitado. Mi estación favorita ya ha terminado. Miro el cielo nublado y pienso que pronto nevará. A pesar de todo, los gorriones trinan con fuerza.

Es domingo, son casi las cinco de la tarde. Estoy descansando en la sala leyendo el periódico. Mi mujer y Satoshi cocinan juntos. Esta noche toda la familia se reúne en nuestra casa, salvo mi madre, que ya no está en condiciones de salir de la residencia. Será una velada muy animada, como de costumbre.

Han transcurrido tres semanas desde que mi padre llegó a nuestra casa a ver a mi madre después de veinticinco años de ausencia. El viernes pasado recibí una carta de él en la que me comunicaba que acababa de vender la casa y el restaurante. Él, Ken y su madre se preparan para emigrar a Estados Unidos.

Mi padre también me aclaraba algunas cosas que me preocupaban: no es cocinero, trabajó casi veinte años como *dokata* y no entiende el inglés, pero eso no le supondrá un problema, pues vivirá en un barrio donde residen muchos japoneses. Al final agregó que Ken se casará con una *nisei* en Los Ángeles. El primo de su madre, que ya emigró allí, le presentó a Ken a esa norteamericana de origen japonés.

Mi padre nos agradecía a mi mujer y a mí la velada, y añadía que se llevaría a Los Ángeles la vieja ropa que mi madre había conservado. Nos enviará su nueva dirección una vez se haya instalado.

En cuanto a mi madre, está mucho más tranquila que antes. Ya no pregunta dónde está Banzō-san. No sé qué le dijo mi padre el otro día, pero no hay duda de que su visita tuvo efectos benéficos en su salud.

—La próxima vez, Banzō-san y yo nos encontraremos en el otro mundo. Estoy feliz de ir allí... —me dijo.

Yo no lograba escucharla sin llorar.

—Ha cuidado usted muy bien de ella cuando estuvo en su casa —me dijo su médico—. También a mí me gustaría darle las gracias a su «novio de juventud».

Mi mujer y Satoshi charlan mientras cocinan. Preparan *yakitori* para esta noche.

Leo un artículo sobre las negociaciones entre Satō y Nixon. No ha habido progresos en la cuestión de las exportaciones de nuestros productos textiles. Pienso en lo que me dijo Kōji el otro día al respecto. Según él, Japón necesita a alguien como el señor Tanaka, el exministro de Economía. Aunque este no haya cursado estudios universitarios, decía Kōji, es un hombre decidido y de acción. También es conocido por ocuparse de las personas que tienen problemas. Ahora la imagen de ese político me recuerda a Ken, más que a mi padre. Kōji cree que el señor Tanaka será algún día nuestro primer ministro.

Oigo que Satoshi le dice a mi mujer:

—Anoche fui a ver a la abuela con mi madre.

—¿Cómo está? —pregunta mi mujer.

—Estaba en la cama, despierta. Mi madre le hablaba, pero la abuela no reaccionó. Yo estaba sentado en el sillón y vi que el *zakuro* que le llevé hace unas semanas había desaparecido de la mesa.

Mi mujer no dice nada.

—Le pregunté a la abuela por curiosidad: «¿Te has comido el *zakuro*?» — prosigue Satoshi—. Me contestó: «No. Se lo di a Banzō-san». Mi madre me miró, atónita.

—¿Qué le dijiste a tu abuela?

—Le dije: «¡Banzō-san ha vuelto por fin de Manchuria! ¡Qué bien!». Ella

me sonrió. Tenía una cara tan tranquila... Yo estaba muy feliz por ella.

—Qué amable eres. ¡Tiene suerte de tener un nieto como tú!

Satoshi sigue hablando de su abuela. Mi mujer se muestra de acuerdo mientras repite: «¡No me digas!», «¿Y entonces?», «¡Caramba!». Él le cuenta también algunas historias sobre los *zakuro*. Esas frutas, originarias de las montañas Zagros, en Irán, son muy buenas para la salud.

—¡En absoluto! —le dice mi mujer—. Son demasiado ácidas. Yo no tomo. Solo uso las flores rojas para el ikebana. A propósito, una de las cosas que esas flores simbolizan es la «estupidez».

—¿La estupidez? ¿Por qué?

Mi mujer se lo explica, yo los escucho de lejos. En realidad, cuando me habló del asunto, desaproveché la ocasión de preguntarle por qué esa flor simboliza la estupidez.

Según la mitología griega, dice mi mujer, Hades, dios de los muertos, raptó a Perséfone, hija de Deméter, diosa de la agricultura. Enojada, Deméter desató una gran hambruna. Zeus se molestó y ordenó a Hades que devolviera a la joven a su madre. Perséfone estaba muy contenta. Sin embargo, antes de irse, comió *zakuro*, esa fruta del infierno. Y así cayó en la trampa de Hades. De ese modo, aun después de volver junto a su madre, pasaría la mitad del año en el infierno...

—¡Pobre Perséfone! Es inocente —dice Satoshi.

—Cuando Perséfone vuelve al infierno empieza el invierno —dice mi mujer.

—La estupidez... —murmuro.

Pienso en la suerte de los tres hombres: H., Ken y mi padre, que acababan de llegar a Japón tras pasar dos años en Siberia. ¿Cuál de ellos era el más estúpido? ¿H., que estaba solo, aislado de los demás, sabiendo que sus

compatriotas lo odiaban? ¿Ken, que lo había ofendido tan groseramente que H. quiso matarlo? ¿O bien mi padre, que, incitado por Ken, golpeó a H.?

—¿Sabes que *zakuro* en francés es *grenade*,^[4] que en japonés también significa *ryūdan*? —le dice mi mujer a Satoshi.

—¿*Ryūdan*?

—Sí. Granada de mano, granada incendiaria, granada fumígena... Son obuses. Las que usaron los norteamericanos para destruir las ciudades japonesas eran granadas incendiarias.

—¿De veras? Entonces la abuela tiene razón. Dijo: «El *zakuro* es explosivo. Hay que tener cuidado de que no se caiga».

—¡Caramba!

Me llega el olor del *yakitori*. Al parecer, los preparativos para la cena casi han terminado. Pronto serán las seis, y dentro de unos minutos llegará todo el mundo.

—¡Mira, está nevando! —exclama Satoshi.

—¡Perséfone se ha ido de la Tierra! —dice mi mujer.

Satoshi entra en la sala donde estoy descansando. Se sienta a la mesa baja. De su cartera extrae el libro de geografía y un cuaderno. Lo abre en la página de Estados Unidos y se pone a hacer los deberes. Tiene la cabeza baja. Veo el lunar de su nuca.

—¿Quieres ir algún día a Los Ángeles? —le pregunto.

—¿Los Ángeles? —contesta con aire sorprendido—. No lo sé. Nunca he estado. ¿Por qué?

—Pienso ir el año que viene o dentro de dos años. Allí vive una persona a quien me gustaría ver.

—¿Quién es?

—Una especie de amigo...

—¿Cómo se llama?

—Se llama Eiji Satō... —contesto vacilante.

Satoshi me mira fijamente y abre la boca como para decir algo. Me desconcierta. De repente, se echa a reír.

—¡Creí que se trataba de nuestro primer ministro, Eisaku Satō!

—Esa persona va a comprar un restaurante japonés en Los Ángeles —digo, disimulando mi incomodidad.

—¡Un restaurante japonés! —exclama, y los ojos le brillan—. ¡Claro que quiero ir contigo!

Sonrío. Él vuelve a concentrarse en sus deberes.

Miro el jardín, cubierto de algunos centímetros de nieve. El árbol del *zakuro* está ligeramente blanco. Me pregunto si mi madre también estará contemplando la nieve por la ventana de su habitación. Cierro los ojos y veo la imagen de mis padres que bailan, vestidos de blanco.

Tonbo

El cielo está impoluto. Son las dos de la tarde. Voy andando por el dique observando a los pescadores en la orilla. El río discurre de norte a sur y desemboca en la bahía de Tokio.

Es el camino que suelo tomar para ir a mi *juku*. Tardo una larga hora a pie. Un poco agotador, pero es bueno para mí, pues necesito hacer ejercicio. Es también una ocasión para reflexionar sobre mi trabajo. Me gusta este paseo. Durante la semana el camino está casi desierto; uno se cruza con pocas personas, principalmente pescadores bastante mayores, con quienes a menudo intercambio algunas palabras.

Sopla una brisa del norte. Me alzo el cuello de la chaqueta.

Estamos a mediados de marzo. El viento sigue siendo frío, pero ya se nota que cada día se entibia más. La orilla está sepultada bajo la pelusa de los sauces. Los ruiseñores cantan en los ciruelos, cuyas flores acaban de caer. Pronto llegará la estación de las flores de los melocotoneros y los cerezos. Estamos ya en el final del año escolar. El tiempo pasa rápido.

Este año, los estudiantes de último año del *juku* aprobaron el examen de ingreso del instituto que eligieron. Han trabajado con constancia hasta la víspera de los exámenes y yo hice lo posible para ayudarlos. En cuanto se hicieron públicas las listas de los aprobados, ellos mismos, muy entusiasmados, me lo contaron. Ahora están haciendo los exámenes de fin de año en sus escuelas.

Mientras camino, pienso en una propuesta de mi mujer, Haruko.

Le encanta cantar y quiere organizar un coro con sus colegas del hospital. Los ensayos tendrían lugar en una de las salas de mi *juku* los sábados a las cuatro de la tarde, después de que acaben los cursos para adultos. Haruko quisiera que yo buscara un profesor para su grupo. Además, a nuestros dos hijos les gustaría aprender a tocar el piano. Sería ideal alguien que haga las dos cosas, dirigir el coro y enseñar piano, dice. «Preferiría a alguien que tenga sentido del humor», añade.

Pianista y director de coro con sentido del humor que tenga disponibilidad para trabajar los sábados después de las cuatro de la tarde... «¿Cómo encontrar a una persona así?» Pienso en el señor Miwa, el expropietario del edificio que ocupa mi *juku*, donde vendía instrumentos musicales. Conoce a muchos músicos. Hoy intentaré hablar con él.

Aminoró el paso al ver a un pescador sentado sobre una roca. Indolente, espera notar alguna sacudida en el extremo del sedal. Me llama la atención su gorra elegante. No creo haberlo visto antes. Se vuelve hacia mí, lleva un cigarrillo en la boca. Tiene alrededor de sesenta años y unas gafas de montura negra redonda. Su rostro ovalado me recuerda a alguien, pero no logro discernir a quién exactamente. Me inclino. Me hace una seña con la mano. Detrás de él, el agua resplandece bajo el suave sol de la tarde.

Reanudo la marcha.

El curso del agua me lleva a pensar en mi ciudad natal, Kobe. Cerca de la casa de mis padres corría un gran río que llegaba hasta la bahía de Osaka. El agua era pura. Me bañaba allí con mi hermano. En primavera mi padre pescaba y recogía *tsukushi*.

De pronto me invade el dolor: tengo en la mente la imagen de mi padre solo frente al agua. Su silueta de espaldas permanece inmóvil largo rato, como si ya se hubiese muerto. En ese momento me doy cuenta de que este año habría cumplido sesenta años.

Mi *juku* se llama Tonbo. Lo abrí hace seis años.

Está en el barrio M., en un suburbio de Tokio. Es un barrio agradable y cómodo. Hay una biblioteca municipal, librerías, cafés, restaurantes, una papelería y un parque grande y muy bonito. Está bien comunicado, a menos de cinco minutos a pie de una estación de ferrocarril privado y de dos paradas de autobús que llevan al centro de Tokio.

Compré el edificio de mi *juku* justo después de dimitir en Goshima, donde trabajé durante siete años. Fue en 1981. Los precios de los inmuebles eran en torno a un veinticinco por ciento más bajos que ahora. Pero para mí y para mi mujer era caro; habíamos dejado nuestro apartamento en el centro de Tokio y alquilado otro que costaba menos en el suburbio. Pensábamos que en todo caso era una buena inversión: si mis negocios fracasaban lo revenderíamos a un buen precio.

Fue mi amigo de la infancia de Kobe quien me presentó al señor Miwa, el cual quería deshacerse de su negocio de instrumentos musicales por problemas de salud. Era un gran fumador. Mi amigo lo conocía desde hacía años; cuando estudiaba en el instituto había trabajado en su tienda como *arubaito*.

Mi mujer y yo fuimos a ver el edificio. Había ocho habitaciones en una sola planta, cuatro de las cuales, las más grandes, parecían perfectas para aulas. Pero lo importante era que el barrio era seguro. Ese mismo día decidimos comprarlo. En cuanto a los instrumentos musicales, los vendieron a otros

comerciantes, salvo un piano de pared con el que mi mujer quiso quedarse para nuestros hijos.

La operación de compra y el acondicionamiento de las aulas fueron bien. Pero como era nuevo en el barrio, me costó grandes esfuerzos reclutar alumnos. No me gustaba hacer publicidad en los medios de comunicación, así que iba de casa en casa explicando mis principios pedagógicos. Intrigada, la gente me preguntaba: «¿Enseñará solo el *kokugo*? ¿Ni inglés ni matemáticas?». También organizaba reuniones para los padres interesados.

Hoy mi *juku* cuenta con un centenar de estudiantes. La cantidad de alumnos aumenta cada año. He contratado a cuatro estudiantes universitarios especializados en pedagogía. Como yo, todos enseñan el *kokugo*. Tengo también una administrativa, la señora Wada, que se encarga de la recepción y otras tareas.

El horario de los cursos para los estudiantes es de cuatro a nueve de la tarde de lunes a viernes. El resto del tiempo, de lunes a sábado, las salas se alquilan para cursos para adultos: ikebana, haiku, pintura japonesa y caligrafía.

Ahora el *juku* Tonbo es reconocido en el barrio como un establecimiento educativo de calidad. Estoy muy contento.

Sin embargo, no hay que confiar demasiado en la prosperidad actual, pues en los últimos tiempos la economía japonesa está sufriendo alguna anomalía. Aunque el PNB esté estancado, el precio de las acciones no para de subir. Como las tasas de interés han bajado, la gente compra a cual más acciones o inmuebles. La gente se cree rica y gasta dinero sin freno. Se viaja al extranjero aprovechando el alza del yen respecto de las demás monedas. Del mismo modo, los padres no vacilan en apuntar a sus hijos a dispendiosos cursos privados. Mejor para mí, pero esa situación no durará. Hay que prepararse para una posible recesión.

Me gustaría que mi *juku* se convirtiera en un centro cultural. Quizá sea buena idea añadir un curso de coro y piano, como propone mi mujer.

Fue mi hija la que eligió el nombre de Tonbo.

Ella tenía tres años cuando decidí abrir el *juku*. Era la época en que me disponía a dejar la empresa Goshima. Mi mujer me preguntó: «¿Qué nombre le podrás al *juku*?». En ese momento no tenía una idea precisa. Pensaba vagamente usar mi apellido, Tsunoda. Me parecía natural.

Un día oí a mi hija cantar «Tonbo no megane», la canción que acababa de aprender en el jardín de infancia. Mi mujer la escuchaba acunando a nuestro hijo recién nacido. «Las gafas de las libélulas son azules porque las libélulas vuelan en el cielo azul.» La letra era tan simpática que no pude evitar sonreír. Mi mujer se sumó en la segunda estrofa: «Las gafas de las libélulas son brillantes porque las libélulas miran el sol, porque miran el sol».

La repetición de la palabra *tonbo* me hacía pensar en una antigua alumna de mi padre, Sawako Akitsu. Su apellido, Akitsu, se escribe con dos *kanji* y significa «otoño» y «puerto». Es un término antiguo para decir *tonbo*, «libélula». También significa Japón. Vi a esa alumna en el funeral de mi padre. Me dirigió unas palabras muy conmovedoras.

Mi hija volvió a cantar la misma canción. Al escucharla pensé que Akitsu podía ser un nombre para mi *juku*. De repente, mi hija gritó:

—¡Tonbo! ¡Qué bonito! ¡Papá, podríamos ponerle Tonbo a tu *juku*!

Me reí.

—Buena idea, pero suena demasiado bonito para estudiantes de escuela.

—¿No dices que a tu padre le gustaban los insectos? —me interrumpió mi

mujer—. Ese nombre le habría gustado.

Reflexioné. Mi hija me miraba con aire serio.

En efecto, mi padre adoraba observar a los insectos. En casa había una gran enciclopedia ilustrada de los insectos. Cuando mi hermano y yo éramos pequeños, mi padre nos llevaba a la montaña, al río, a un campo de flores, a un arrozal... Nos explicaba con pasión el comportamiento de las pequeñas criaturas que encontrábamos. Un día mi padre nos contó la historia de una especie de libélula llamada *usubaki-tonbo*. Según él, estas libélulas posiblemente llegaron a Japón desde el sur de Asia y las islas del sudoeste. Una vez en Kyūshū, generación tras generación subían hacia el norte, hacia Hokkaidō. Por desgracia, no resistían el frío y no sobrevivían al invierno japonés. Le pregunté: «¿Y no regresan al sur?». «¡Buena pregunta! Es un enigma. Por lo que sé, no se las ha visto regresando al sur en gran número», contestó. A mí me resultaba muy curioso. Mi padre agregó: «Se dice que traen las almas de nuestros antepasados, pues aparecen en la época del *bon*. Para los budistas es un buen augurio».

Yo reflexionaba. Mi hija estaba allí, esperando con impaciencia mi respuesta. Yo pensaba de nuevo en la palabra *akitsu*. Repetía mentalmente las dos palabras: «Akitsu, tonbo, akitsu, tonbo...». *Akitsu* me gustaba sin duda más, pero *tonbo* era familiar, fácil de pronunciar... Por fin le dije a mi hija:

—De acuerdo, ¡he decidido que mi *juku* se llamará Tonbo!

Ella estaba feliz y aplaudía.

—¡Sí! ¡El *juku* Tonbo! ¡Qué bonito!

—¡Magnífico, cariño! —exclamó mi mujer.

Mi hija siguió cantando: «Las gafas de las libélulas son rojas porque las libélulas vuelan por las nubes encendidas, porque las libélulas vuelan por las nubes encendidas». Mi mujer me sonrió.

—No sabía que esa canción tenía una tercera estrofa. Qué romántico suena

volar por las nubes encendidas.

La palabra «romántico» me convenció.

El *juku* Tonbo. Y así el nombre pasó a ser oficial.

Yo mismo hice el cartel con un pedazo de madera cortado en sentido oblicuo, en el que caligrafié el nombre. La palabra *juku* se escribe en *kanji*, claro. Y para Tonbo elegí el *katakana*, pues es la escritura que me hace evocar la forma de las libélulas.

A decir verdad, nunca imaginé que abriría un *juku*, ni que querría enseñar en ese tipo de lugares. Incluso desconfiaba de esa clase de establecimientos.

En la escuela, y luego en secundaria, muchos de mis compañeros de curso frecuentaban los *juku*. Yo siempre me preguntaba por qué había que repetir en otro lugar lo que ya habíamos aprendido en el colegio. Si teníamos preguntas, podían plantearse en clase. Si un alumno tenía dificultades o deseaba mejorar sus notas, sus padres podían contratar a un profesor particular. Yo no era un alumno brillante, pero aprobaba con bastante facilidad estudiando en casa dos horas todos los días. Elegí la universidad de A., que parecía adecuarse a mis aptitudes.

¿Por qué abrí entonces un *juku*? Fue por mi dimisión inesperada en Goshima.

Goshima era una empresa comercial grande, muy reputada, que solo contrataba a diplomados procedentes de centros muy prestigiosos. Naturalmente, la competencia era grande. Yo estaba orgulloso de trabajar allí. Me gustaba lo que hacía y esperaba seguir en la empresa hasta que me jubilara, como la mayoría de mis colegas. Y sin embargo tuve que renunciar al rechazar un traslado al extranjero. Estaba muy molesto; no tenía ni idea de dónde buscar empleo.

En Goshima trabajaba en el departamento de personal, tal como había quedado definido en la prueba oral de selección. Mi función era reclutar estudiantes de instituto y encargarme de ellos durante su etapa de formación.

Aprovechando mis estudios universitarios en pedagogía, también participaba en la elaboración de los exámenes de ingreso que los diplomados debían superar. La empresa atribuía una gran importancia al buen conocimiento del japonés. Los exámenes incluían pruebas de composición y de *kanji*. También había preguntas sobre literatura e historia japonesas.

Dos años después de que me contrataran en Goshima me casé con Haruko. Nuestra hija nació dos años después. Mi mujer trabajaba en el hospital. En la empresa me llevaba muy bien con el jefe de nuestra sección. Él valoraba mi eficiencia y mis buenas relaciones con los empleados nuevos. Parecía que las cosas me iban muy bien.

Haruko volvió a quedarse embarazada durante mi séptimo año en Goshima. Nuestro apartamento se nos quedaba pequeño. Consideramos la posibilidad de comprar una casa.

A principios de ese año, trasladaron a nuestro jefe a la sucursal de Fukuoka y llegó uno nuevo, que enseguida me detestó. Decía que yo era una mala compañía: no bebía alcohol, no jugaba al golf ni al majong, regresaba a mi casa en cuanto salía del trabajo. En suma, según él yo rompía la armonía del equipo. Además, no le gustaba que fuera cristiano.

Poco después del nacimiento de nuestro hijo, ese nuevo jefe sugirió a su superior que se me trasladara a la sucursal de São Paulo, propuesta que fue aprobada. Para mí fue un golpe: había elegido el departamento de personal justo porque no quería trabajar en el extranjero y no se me daban bien los idiomas. Además, Haruko, que estaba de baja por maternidad, contaba con volver a trabajar al cabo de unos meses. Rechazar la orden de la empresa significaba «dejar la empresa». Es difícil para un empleado. Sobre todo en el sistema de empleo de por vida de aquella época.

Consternado, por un tiempo no me atreví a comentarlo con Haruko. Pero cuando por fin le confesé lo que sucedía, ella se limitó a decir: «No te

preocupes por ese tipo de cosas. La empresa no lo es todo. Ya encontrarás otro trabajo que te guste». Alentado por sus palabras, decidí dimitir. Fue entonces cuando se me ocurrió abrir un *juku* para estudiantes.

Tampoco había imaginado que trabajaría en una empresa. En la universidad, mi objetivo era terminar al menos una licenciatura y ser profesor de *kokugo* de instituto.

Cuando estaba en tercero de carrera, en mi familia ocurrió una tragedia: mi padre se suicidó. Nuestra vida quedó devastada.

Nuestra casa, que acabábamos de comprar, estaba gravada con una alta hipoteca. El terreno era grande. Mi madre tuvo que venderla y se mudó con mi hermano a un apartamento. Yo dejé mi propio apartamento y me fui con ellos. Mi hermano y yo seguíamos los estudios, pero sentíamos la necesidad de ser independientes lo antes posible.

Al año siguiente de la muerte de mi padre, mi hermano terminó el instituto y se fue a Osaka, donde el hermano de mi madre dirigía una empresa de artículos de oficina. Lo contrataron para llevar la contabilidad. Por mi parte, yo había pasado a cuarto año de universidad, y empecé a moverme para conseguir un empleo.

Un día mi amigo de la infancia de Kobe vino a visitarme. Él vivía en Tokio desde los dieciséis años. Me contó que en Goshima buscaban un licenciado en pedagogía. Conociendo la reputación de esa empresa, yo no creía que tuviera posibilidades de entrar, pero mi amigo me animó.

—Serás un candidato ideal. ¡Estoy seguro!

La empresa Goshima me contrató a pesar de que apenas hubiéramos salido

de la crisis del petróleo. Me sentí un privilegiado. Pagaban bien. Trabajé con entusiasmo. Resultado: siete años después, estaba de patitas en la calle.

Ironías del destino: hoy soy propietario de uno de esos *juku* de los que antaño desconfiaba. Lo más irónico es que se trata de una actividad que se ajusta a mi temperamento y que realmente me gusta. En realidad, dirigir un *juku* era el sueño de mi padre una vez que se jubilara. A tal fin, pensaba construir una dependencia en el terreno de su casa.

Llego al *juku* Tonbo. En la entrada me cruzo con unas mujeres que se disponen a marcharse. Llevan flores envueltas en papel de regalo. El curso de ikebana acaba de terminar. Me saludan y se alejan charlando. Entro en la oficina.

—¡Buenos días, señor Tsunoda!

La señora Wada me recibe con su gran sonrisa, que siempre me alegra. Está preparando los documentos de los nuevos alumnos que empezarán en abril. Tras haber caminado una hora tengo sed. Lleno un vaso con agua del grifo. En el alféizar de la ventana, encima el pequeño lavabo, hay un jarrón con capullos de tulipanes.

Me siento en mi despacho. Agenda en mano, la señora Wada, me lee los nombres de las personas que han venido hoy: un representante de libros escolares, un electricista para reparar un ventilador, un afinador de pianos, etcétera. En cuanto a los mensajes telefónicos, hay diez: dos estudiantes universitarios que buscan un *arubaito*, padres que desean información sobre el precio de los cursos y un periodista. Frunzo el ceño al oír la palabra «periodista».

—¿Qué quería ese periodista? —pregunto.

—Ha dicho que estaba muy interesado en sus principios pedagógicos y que quería escribir un artículo sobre el *juku* Tonbo. He rechazado su propuesta porque usted no acepta verse con esa gente.

—Gracias...

—Y el último mensaje era de un señor, un tal Jirō Tanaka —concluye

cerrando su agenda.

«¿Jirō Tanaka?» Reflexiono un momento. Es un nombre muy común. Conozco varias personas que se llaman Tanaka o Jirō.

—Ha dicho que era un conocido del señor Miwa. Quería verlo.

—Ah, ¿sí?

Al oír el nombre del señor Miwa, el expropietario de este edificio, pienso enseguida en la petición de mi mujer: conseguir un profesor para el coro y las clases de piano.

—¿Por qué razón quiere verme ese señor Tanaka? —pregunto a la señora Wada.

—No lo ha dicho, pero he anotado su número de teléfono. Tenga.

Me da un papel. El prefijo regional no es de Tokio, sino de Yokohama. No debe de ser alguien que busca un *juku* para su hijo, pues la ciudad queda un poco lejos.

—Hablabas con un leve acento de Kyūshū —añade la señora Wada.

«¿De Kyūshū?» No conozco a nadie de esa región, salvo a la señora Wada, que es natural de allí. Nació en Usa, en la prefectura de Ōita.

—En todo caso —dice—, le he pedido que volviera a telefonar entre las tres y las cuatro de la tarde.

Decido esperar su llamada.

Me pongo a preparar unos textos para las clases de esta tarde. La señora Wada cuenta los formularios de inscripción de los alumnos nuevos.

—¡Mire! Hay treinta y ocho —dice mostrándome un fajo de papeles.

—¡Treinta y ocho! ¿Tantos?

—Ya hemos superado la cantidad de alumnos que irán al instituto. Estimulante, ¿verdad? —dice, sonriendo con aire satisfecho.

En efecto, es muy buena noticia. Debería alegrarme. Pero me preocupa la economía de Japón. Sigo pensando que esta prosperidad no durará. «Hay que

hacer algo para estar preparados...» Miro los tulipanes del alféizar. Me recuerdan la crisis de los tulipanes de Holanda, en 1637, una de las primeras burbujas especulativas de la historia moderna.

Echo una ojeada a la señora Wada. Su rostro decidido me recuerda a alguien. «Pero ¿a quién?» Me pongo a pensar. «¡Ah! ¡A Akitsu!» La alumna que se presentó en el funeral de mi padre.

—¿Conoce a alguien que sepa dirigir un coro y dar clases de piano? —pregunto a la señora Wada.

—¿Se refiere a un profesor de música? —dice volviéndose con aire sorprendido.

—Sí.

Le describo el proyecto de mi mujer.

—¡Me encantaría formar parte de ese coro! —exclama con ojos brillantes.

Su respuesta me sorprende. No sabía que también le gustaba cantar.

Entro en la habitación del fondo del edificio, donde se halla el piano comprado para nuestros hijos. Además del piano hay una mesa, dos sillas, un sofá y una estantería con libros. Es el lugar donde trabajo solo y descanso antes de las clases de las cuatro.

Sentado a la mesa redonda, corrijo los exámenes del día anterior, que planteaban problemas de comprensión de texto. Casi una hora después, la señora Wada llama a la puerta.

—Señor Tsunoda, una llamada para usted.

—¿Quién es?

—El señor Tanaka, el de Yokohama.

Me levanto mirando el reloj: son las tres y veinticinco. Camino masajeándome los hombros entumecidos. Entro en el despacho de la señora Wada.

—¿Hola? Soy el señor Tsunoda.

Del otro lado de la línea, el señor Tanaka me saluda cortésmente y se disculpa por molestarme. Noto su acento, distinto del de Tokio. Un acento de la región de Kyūshū, según la señora Wada. El señor Tanaka habla con voz serena y clara. Me da la impresión de que tiene mi edad. Me comenta su vínculo con el señor Miwa. Cuando era estudiante universitario trabajó como *arubaito* en la tienda de instrumentos musicales. Para mi sorpresa, conoce a mi amigo de la infancia de Kobe, que también trabajó en esa tienda.

—¡Qué pequeño es el mundo! —exclamo.

Sorprendida por mi tono exaltado, la señora Wada se vuelve y me mira.

—También conocí a Yūko —prosigue el hombre—, la hermana menor de su amigo de Kobe. Se casó hace seis años con el hijo del presidente de un banco, como quizá ya sepa usted.

—Sí, ¡estoy al tanto de todo eso!

Yūko era recepcionista en Goshima. Yo fui, de hecho, quien le sugirió que entrara en ella. La conocía desde niña. Era una chica muy activa y alegre, como Haruko. Después de su boda, solo volví a verla una vez. Llegó aquí con una amiga que buscaba un buen *juku* para su hijo. En aquella ocasión me presentó a su hija, Mitsuba, que tenía casi tres años.

—Su amigo me contó que la tienda del señor Miwa se había convertido en un *juku* —agrega el señor Tanaka.

Sonrío. «¡No me sorprende!»

—Quisiera verlo... —dice al final, con timidez.

—¡Con gusto! —contesto sin dudar.

Se queda callado.

—A propósito, ¿a qué se dedica usted? —le pregunto.

—Soy profesor de piano.

—¡Profesor de piano!

La señora Wada vuelve a mirarme con los ojos muy abiertos. Me digo: «¡Qué coincidencia!». El señor Tanaka precisa que en Yokohama enseña piano en un instituto de música y en su casa. También dirige un coro en un instituto privado. Pienso: «¡Es idóneo!». Estoy impaciente por contárselo a mi mujer. Todavía no sé si tiene sentido del humor, pero al menos es de agradable conversación.

—A decir verdad, quisiera encontrarme con usted a propósito de su padre... —me dice el señor Tanaka, vacilando.

«¿Mi padre?»

—¿Cómo conoce usted a mi padre? —pregunto, turbado.

—Fui uno de sus alumnos en el *teijisei* S., en Kobe.

«¿*Teijisei* S.?» El nombre me estremece: evoca en mí la palabra «suicidio».

—Yo apreciaba mucho a su padre. Era un muy buen profesor —continúa el señor Tanaka.

Guardo silencio. Siento que me embarga el dolor. Vuelvo a ver la imagen de mi padre pescando en la orilla. Permanece largo rato inmóvil, como si ya hubiese muerto. El señor Tanaka también se queda callado. Tal vez esté al tanto del suicidio de mi padre... Por fin digo con voz ensombrecida:

—Mi padre falleció hace quince años y yo soy solo su hijo. ¿Para qué quiere usted verme?

—Tanaka... Tanaka es el apellido de mi mujer —tartamudea.

—¿Perdón? —Un momento, no entiendo qué quiere decirme.

—He sido adoptado por mis suegros. Mi apellido era Kanō —aclara.

«¡Jirō Kanō!» Me sobresalto. Recuerdo muy bien ese nombre.

—Por favor, señor Tsunoda, permítame verlo —prosigue con un tono insistente—. Quisiera contarle algo de «aquella época».

No sé qué pensar. «¿Qué va a contarme, después de tanto tiempo?» Me pongo a pensar. Siento que si me niego a que venga a verme me arrepentiré. Él espera, silencioso. Tras un momento, le pido que acuda el próximo sábado a las cuatro y media.

—¡Gracias! Allí estaré sin falta —dice él.

Cuelgo. Me quedo inmóvil. La señora Wada me mira con aire preocupado. Le digo que es un antiguo alumno de mi padre y que ahora es profesor de piano y director de coro.

—¿Va a pedirle que enseñe aquí? —me pregunta, curiosa.

—No creo que sea posible... —contesto con tono ambiguo.

Vuelvo a la habitación del piano. Sentado otra vez frente a la mesa, intento

terminar de corregir los exámenes que pensaba entregar a los alumnos esa tarde. Pero no logro concentrarme. Distráido, miro el piano que acaba de afinar un conocido del señor Miwa.

Mi padre se suicidó en 1972, el año en que Okinawa fue devuelta a Japón. En ese momento, Jirō Kanō tenía dieciocho años. Desapareció del *teijisei* S. poco antes de la muerte de mi padre. Desde entonces nunca he vuelto a saber de él. De eso hace quince años. En mi cabeza se repite la pregunta: «Jirō, ¿qué vas a contarme ahora?».

Mi padre era profesor de biología. Enseñó en varios institutos de la prefectura de Hyōgo, sobre todo en Kobe.

Era un hombre tranquilo. No hablaba mucho con nosotros, mi hermano y yo. Pero nos escuchaba con atención y cuando era necesario nos daba consejos. Se llevaba bien con mi madre, con quien compartía lo que pasaba en su trabajo. Era más bien introvertido. Sus pasatiempos eran la lectura, la pesca y la observación de los insectos. No perseguía los ascensos, no deseaba que lo nombraran director. Esperaba la jubilación soñando con abrir un *juku* para estudiantes de secundaria.

Físicamente, no era fuerte: desde niño sufría un asma leve. Además, era miope como un topo. Por esas deficiencias físicas no lo habían reclutado durante la guerra. No fumaba ni bebía.

Tras enseñar durante diecinueve años en diversos institutos regulares, lo trasladaron a un *teijisei*. Tenía cuarenta y un años.

El ritmo de nuestra vida cambió por completo. Todos los días, salvo los domingos, mi padre salía de casa a las cuatro de la tarde y volvía alrededor de las diez y media de la noche. Por la mañana se quedaba en la cama cuando nosotros ya estábamos desayunando. Y por la noche solo veía a sus hijos media hora. Mi madre estaba más ocupada que antes; tenía que preparar comidas distintas para su marido y para sus hijos. Mi hermano y yo esperábamos con impaciencia los domingos, que mi padre pasaba en casa. Nos costó varios meses acostumbrarnos a ese nuevo ritmo. Pese a todo, a mi padre empezó a gustarle el cambio.

Ese *teijisei* se llamaba S. Era relativamente pequeño, con unos doscientos alumnos, la mayoría de ellos de entre quince y diecinueve años. Era una escuela pública de enseñanza general, de un nivel común. Los alumnos pertenecían a la clase obrera. Durante el día trabajaban en fábricas, comercios, restaurantes. Y solían seguir trabajando después de estudiar. No había alumnos que después fueran a la universidad. Un título secundario les bastaba.

Sin embargo, el *teijisei* S. era conocido por sus actividades musicales extraescolares: danza folclórica, coro, tambor, orquesta de metales, etcétera. Como no estaba dotado para la música, mi padre organizó un club de entomología.

A mi padre le gustaba aquella escuela nocturna. El ambiente le resultaba mucho más agradable que el de los institutos regulares. Los alumnos se llamaban por sus nombres o apodos. La tasa de absentismo era baja, pues la asistencia era considerada tan importante como los resultados de los exámenes. No había problemas serios de comportamiento, salvo por el hecho de que los alumnos solían cabecear en clase, cansados tras la jornada de trabajo. Todos los años mi padre se emocionaba en la ceremonia de entrega de diplomas. Esperaba permanecer en aquella escuela todo lo posible.

Al final de su cuarto año en el *teijisei* S. ocurrió una desgracia: mi padre abofeteó a un alumno, que murió al día siguiente.

Pronto supimos que el alumno ya estaba aquejado de un grave problema cerebral y que el hecho de que muriera tras la bofetada había sido en realidad una desgraciada coincidencia. Mi padre no fue acusado de homicidio. Sin embargo, algunos medios lo atacaron falseando la realidad: «¡El profesor Tsunoda mata a un alumno a puñetazos!».

El alumno fallecido se llamaba Kazuo Yada. En el *teijisei* S. lo llamaban Kazu.

Kazu había entrado en la escuela nocturna en segundo año. Antes había estado un año en un instituto regular conocido por su alto porcentaje de alumnos que luego cursaban estudios superiores. Pero Kazu había sido suspendido debido a sus numerosas faltas.

Kazu era muy distinto de los demás alumnos. Su familia era rica: su padre era abogado y su madre era propietaria de una gran boutique para mujeres. Los demás compañeros no entendían por qué Kazu iba a aquel *teijisei* de alumnos que trabajaban durante el día. Además, era demasiado brillante para aquella escuela.

Kazu no participaba de ninguna actividad extraescolar. Después de las clases se cambiaba de ropa en los baños públicos y salía a deambular por la ciudad nocturna. Solo volvía a su casa después de la una de la madrugada y se pasaba la mañana durmiendo. No se sabía qué hacía durante la tarde, ya que no trabajaba.

La escuela estaba al tanto de sus malas costumbres nocturnas. Una vez, durante el primer trimestre, el director había advertido a los padres que vigilaran a su hijo. Les sugirió que lo animaran a participar al menos en una actividad en la escuela, para que se integrase mejor. Los padres no aceptaron el consejo. Respondieron que Kazu siempre asistía a clase y que sus

resultados eran excelentes. Llegaron a decir: «Deberían estar orgullosos de tener a nuestro hijo en la escuela. Kazu es el único que irá a la universidad».

En su cuarto año en el *teijisei* S., mi padre tenía a su cargo uno de los dos cursos de tercer año. Había veinticinco alumnos, entre ellos Kazu. Todos se conocían entre sí, salvo un alumno nuevo: Jirō Kanō.

Jirō era oriundo de Fukuoka, en Kyūshū. Había cursado dos años en un instituto regular en Fukuoka. No lo habían suspendido como a Kazu, pero había tenido que dejarlo por razones económicas. En Kobe trabajaba como vendedor en una tienda de instrumentos musicales. Además, daba clases de piano para niños a domicilio. Vivía en un apartamento con su madre, que era camarera en un gran restaurante chino de Chinatown. En el *teijisei* S. se había apuntado a coro.

Jirō era inteligente y estudioso. Sus resultados superaban con mucho los de sus compañeros de curso, e incluso a veces los de Kazu. Como sucedía con este, los demás alumnos se preguntaban por qué Jirō asistía a una escuela tan común.

Poco después del inicio de las clases, los alumnos eligieron un delegado. Resultó elegida una chica: Sawako, a quien llamaban por su apellido, Akitsu. Alegre y decidida, sus compañeros la querían. Mi padre apreciaba a esa alumna dotada de un gran sentido de la responsabilidad. Después de los dos chicos, era una de las mejores alumnas de la clase. Le encantaban los insectos. Como es natural, había elegido el grupo organizado por mi padre. Durante el día trabajaba como mensajera en un insectario.

Así comenzó mi padre su cuarto año en el *teijisei* S. con esa particular clase

a su cargo.

El primer trimestre transcurrió con normalidad.

Entonces llegaron las vacaciones de verano. Aprovechando los días largos, mi padre invitaba a los miembros de su grupo a buscar insectos con él. Cuando acababa de trabajar, Akitsu participaba con entusiasmo de esas salidas.

En septiembre comenzó el segundo trimestre.

Fue entonces cuando mi padre notó un cambio inquietante en la actitud de Kazu. Estaba de mal humor y no hacía los deberes. Además, empezaba a faltar a clase.

Preocupado, le propuso hablar sobre el asunto. Kazu lo cortó en el acto.

—Cumpliré con el mínimo de asistencia requerido. Los exámenes son fáciles para mí, los aprobaré todos. No se preocupe, señor Tsunoda.

Mi padre lo animó a ir a la universidad. Pero Kazu, con aire indolente, contestó:

—Eso es lo que quieren mis padres, no yo. No necesito estudios universitarios.

—¿Qué quieres hacer después del instituto? —le preguntó mi padre, decepcionado.

—Eso es asunto mío. No se lo diré —contestó Kazu.

Entonces mi padre decidió hablar con sus padres. Los llamó por teléfono, pero fue en vano. Todo el tiempo se topaba con la empleada de limpieza: «Lo siento, señor. Los padres de Kazu están demasiado ocupados trabajando».

El incidente grave en cuestión sucedió poco después de año nuevo. Era la

época en que los alumnos preparaban la presentación anual de las actividades, prevista para finales de enero.

En el *teijisei* S., las clases comenzaban a las cinco y media de la tarde.

Los estudiantes que llegaban temprano tomaban un tentempié en una sala provista de hervidor y tazas. Allí hacían también los deberes. Mi padre solía pasarse para contestar preguntas sobre biología, o simplemente para charlar con sus alumnos. El señor M., un comerciante del barrio, solía vender bocadillos y bebidas. Era un viejo simpático. Los alumnos siempre lo invitaban a la presentación anual de las actividades. Al señor M. le encantaba charlar con mi padre.

Jirō frecuentaba aquella sala. Se llevaba su propia comida, que tomaba con una taza de té. No compraba nada al señor M. A mi padre le impresionaba la preparación cuidadosa de su *bentō*. Los ingredientes eran poco costosos, pero nutritivos: arroz, verduras, pescado o carne. De postre, fruta o yogur. Jirō explicaba que su madre entraba a trabajar a las tres de la tarde y le dejaba el *bentō* en la tienda de instrumentos musicales.

Un día mi padre vio que Jirō compraba un bocadillo. El señor M. le sonrió: «¡Un nuevo cliente! ¡Gracias!». Mi padre supuso que a Jirō lo había tentado la idea de probar por una vez algo distinto. Sin embargo, Jirō siguió comprando un bocadillo todos los días. Cuando mi padre le preguntó si su madre se encontraba bien, Jirō contestó que estaba resfriada.

Poco después la escuela envió a los padres la invitación a la presentación anual de las actividades. Los animaban encarecidamente a asistir; era también una oportunidad para encontrarse con los profesores y el director. Lo único

que tenían que hacer era devolver la hoja de la invitación haciendo una cruz en la casilla del sí o del no.

Unos días más tarde, mi padre recogió las hojas. Las respuestas eran todas positivas, salvo las de los padres de Kazu y la madre de Jirō. A mi padre no le sorprendió la respuesta negativa de los padres de Kazu, que no participaba en ninguna actividad. Pero lamentó la de la madre de Jirō, que se suponía que tocaría el piano y cantaría en el coro.

Poco después del envío de esa carta, la madre de Jirō llamó a mi padre por teléfono para saber si su hijo iba bien en los estudios. Mi padre se enteró entonces de que no estaba enferma y tampoco estaba al tanto de la presentación de las actividades.

—Qué extraño —musitó la mujer—, no lo entiendo... —Y cuando mi padre aludió a los bocadillos que compraba Jirō, se quedó pasmada—: ¿Quién se come entonces su *bentō*?

—Ese delicioso *bentō*..., ¿a quién se lo dará Jirō todos los días?

Eran las palabras de mi padre. Al escucharlas, mi madre se apenaba por la madre de Jirō. Mi padre se preguntaba qué hacer. Jirō no era un colegial, sino un estudiante de diecisiete años. Mi padre decidió no contarle la conversación que había mantenido con su madre y observar su comportamiento.

Unos días después, Jirō volvió a la escuela con su *bentō*. En clase parecía tranquilo, pero esa situación apenas duró tres días. Mi padre notó que en esos tres días Kazu había faltado. Decidió entonces vigilar a Kazu. Y un día sorprendió a Kazu arrebatándole el *bentō* a Jirō en el parque de detrás de la escuela. Mi padre lo citó en el acto en su oficina y le regañó.

Tras el incidente, Jirō llegaba con su *bentō* a diario. Por su parte, Kazu cada vez faltaba más a clase. Mi padre intentó ponerse en contacto de nuevo con sus padres, pero fue en vano. La empleada de limpieza repetía: «Lo siento, señor. Sus padres siguen muy ocupados trabajando».

El incidente en que mi padre abofeteó a Kazu se produjo mientras daba la clase de biología. Era la víspera de la presentación de las actividades.

Ese día se hallaban presentes todos sus alumnos, incluidos Jirō y Kazu. Akitsu estaba escribiendo una respuesta en la pizarra. Mi padre estaba cerca de la ventana, no lejos de Kazu. Oyó que Kazu le susurraba a otro alumno:

—¿Sabes que Jirō es *mazakon*?

El otro alumno se quedó petrificado.

—Su madre es camarera en un restaurante, ¡y para colmo en un restaurante

chino de Chinatown! —continuó Kazu.

—¡Kazu, cállate! —dijo mi padre.

Kazu no le hizo caso y abrió la boca para añadir algo. En ese momento mi padre lo abofeteó. Como estaba mal sentado en su silla, Kazu se cayó al suelo. Todo sucedió muy rápido. Los otros alumnos los miraban estupefactos. Mi padre era conocido como el profesor más paciente de la escuela.

Esa noche Kazu volvió a su casa, en vez de pasar la noche en el centro de la ciudad.

Al día siguiente, hacia el mediodía, se quejó de que le dolía la cabeza. La empleada de limpieza llamó por teléfono a todas partes buscando a sus padres, en vano. Entonces llevó a Kazu al hospital en taxi. Allí cayó en un estado de letargo, y horas después falleció.

La autopsia determinó que Kazu tenía un tumor cerebral. Según el médico, era sorprendente que dado su estado el chico no estuviera en tratamiento.

Mi padre no era responsable de la muerte de Kazu. Sin embargo, por consideración hacia los padres de Kazu, habría preferido ausentarse por un tiempo de la escuela. Pensaba incluso en cambiar de establecimiento el año siguiente, pero sus colegas insistieron en que siguiera con ellos. Conmoverido, al final decidió quedarse.

Era la época de los exámenes de fin de año. La tranquilidad casi había vuelto a la escuela. Pero, de pronto, la historia del fallecimiento de Kazu apareció en los medios de comunicación, deformada. Quedamos consternados.

Todo comenzó con K., comentarista de chismes de un programa popular. Refirió la historia y preguntó al público: «El profesor Tsunoda no muestra remordimiento alguno. ¿Sigue teniendo derecho a ejercer su profesión?». K. no conocía a mi padre ni a los padres de Kazu. Solo había leído un suelto sobre el incidente en un periódico regional.

K. era una figura notoria que entrevistaba a celebridades: estrellas de la televisión, actores, cantantes, escritores populares, etcétera. Locuaz y superficial, para nosotros no era más que un gacetillero. Pero su programa tenía tal repercusión que la gente se tragaba cuanto decía.

Llegaron muchos a casa para ver a mi padre. Llamaban a la puerta e insistían en conseguir una entrevista. Él se negaba de plano y colgó un cartel

en la puerta en el que lo dejaba bien claro. Nos ordenó que no dijéramos nada a nadie sobre el asunto.

Los periodistas acechaban cerca de casa y de su escuela. Sacaban a escondidas fotos de mi padre y las publicaban en sus periódicos. Estábamos furiosos. Uno de ellos insistía para que mi padre contara su versión de la historia. Al principio tenía una actitud casi bondadosa, pero cuando se dio cuenta de que mi padre nunca aceptaría se indignó: «¡Qué cabeza dura! ¡Se arrepentirá!».

Durante ese tiempo, mi madre y mi hermano menor se refugiaron en casa de los padres de mi madre, que vivían en una ciudad vecina. En cuanto a mí, vivía solo en un apartamento cerca de la universidad. Pero incluso allí me perseguía un periodista.

Preocupado por la reputación del *teijisei* S., mi padre terminó dimitiendo antes de que finalizara el año lectivo.

Llegó abril. Mi padre se puso a buscar otro trabajo. Como era introvertido, mi madre temía que le costara hacerse valer. Sin embargo, logró obtener un empleo en un *juku* para estudiantes de secundaria, en una pequeña ciudad bastante alejada de la nuestra. Tardaba una hora y media en llegar, en autobús y luego a pie. Su jefe estaba muy contento de haber contratado a mi padre, un profesor con gran experiencia.

Sin embargo, aquel trabajo solo duró tres semanas.

Un día, la mujer de su jefe se topó con un artículo publicado en una revista femenina muy popular en el que se contaba la muerte de Kazu. Mi padre palideció. El titular rezaba: «¡El profesor Tsunoda, rechazado por el ejército, mata a un alumno de un puñetazo!».

El artículo lo trataba de bestia. El autor era el periodista que le había gritado: «¡Qué cabeza dura! ¡Se arrepentirá!».

La mujer se quedó pasmada al ver una foto de mi padre en la revista.

El jefe le pidió a mi padre que dimitiera.

—Los adolescentes son difíciles... —le dijo compadeciéndose—. No sé qué sucedió en ese instituto. Pero no quisiera que mi *juku* se viera afectado por esta historia. Lo siento.

Mi padre se suicidó al final al acabar la estación de floración de los cerezos. Era una jornada nublada, anormalmente fría para la época. Fue un jueves por la mañana.

Desde mi apartamento tardaba una media hora en autobús en llegar a casa de mis padres. Acostumbraba verlos el fin de semana. No iba a su casa durante la semana, salvo en época de vacaciones escolares.

Sin embargo, la víspera de su suicidio, excepcionalmente, había ido. Con motivo de una fiesta universitaria no había clases al día siguiente. Pero sobre todo estaba preocupado por mi padre; en mi última visita lo había visto mucho más taciturno y sombrío que antes. Ya no parecía estar buscando otro trabajo.

Así, llegué a casa de mis padres el miércoles por la tarde. Mi madre y mi hermano se sorprendieron al verme. Eran alrededor de las seis. Pregunté a mi madre, que estaba preparando la cena:

—¿Dónde está papá?

—Ha salido a dar un paseo. Ahora tiene esa costumbre. Con frecuencia vuelve por la noche, tarde.

Aun así lo esperamos hasta las siete, y al final cenamos sin él.

Mi padre regresó hacia las diez y media. Al verme en el umbral, me dijo con una sonrisa débil:

—¡Ah, Nobu, estás aquí!

Me tranquilizó su aspecto, más bien sereno. Extrañamente, no me preguntó por qué había vuelto esa noche a la casa.

Mi madre recalentó los platos en el acto: una sopa de almejas, arroz, sardina a la parrilla, tofu con bonito seco rallado y berenjenas al horno. Los platos favoritos de mi padre. Mi hermano menor, que estaba ocupado haciendo los deberes, bajó.

—¡Tengo hambre! —Y se preparó unos fideos instantáneos.

Todos nos sentamos alrededor de la mesa. Mi hermano engullía los fideos. Yo tomaba té con mi madre. Mi padre comenzó por la sopa.

—Las almejas están deliciosas... —murmuró.

Permanecíamos en silencio. Incluso mi hermano, por lo general conversador, estaba callado. Pero reinaba un ambiente sereno. Con la cabeza baja, mi padre comía despacio. Yo me decía que por el momento lo que en verdad necesitaba era descansar.

A medianoche, mi padre, otra vez con una sonrisa débil, nos dijo:

—Buenas noches... —Mientras subía la escalera hacia su habitación iba canturreado la canción «Akatonbo»: «Una libélula roja bajo el sol encendido...».

Yo advertí una mezcla de tristeza y de nostalgia en su voz.

A la mañana siguiente me desperté sobre las nueve. La casa estaba en calma. Mi hermano ya se había ido a clase. Entré en la cocina. «¿Dónde está mamá?» Sobre la mesa había una nota: «Nobu, regresaré de la compra antes de las diez y media. Podrás almorzar con nosotros».

«¿Dónde está papá? ¿Sigue durmiendo?» Su habitación estaba encima de la mía. Subí y llamé a la puerta corrediza.

—Papá, ¿estás ahí?

No hubo respuesta. La abrí con cuidado. No estaba. Su futón ya se encontraba en su sitio.

Bajé de nuevo a la cocina. Me fijé en que la taza de mi padre ya estaba lavada. «Debe de estar dando un paseo.» Tomé el desayuno que me había

preparado mi madre: arroz, sopa de algas y tortilla. Era la ingesta matutina de mi padre. Encendí la televisión. Hablaban de Okinawa, que en breve sería devuelta a Japón. De pronto, la puerta de la casa se abrió violentamente.

—¡Nobu! ¡Nobu!

Mi madre gritaba. Presa de un mal presentimiento, me precipité hacia el vestíbulo. Estaba pálida. Sostenía la canasta de provisiones llena de verduras.

—¿Qué sucede? —Mi madre temblaba. La cogí de los hombros repitiéndole —: ¿Qué sucede?

—¡Tu padre se ha suicidado! —me dijo con voz temblorosa.

«¿Qué?»

—Lo han encontrado... —prosiguió, rompiendo a llorar—, lo han encontrado en el bosque... en el monte Rokko. Se... ¡se ha ahorcado!

«¡Mi padre se ha ahorcado!» Paralizado, no podía pronunciar palabra. Veía su rostro en mi mente. Me sonreía débilmente: “¡Ah, Nobu, estás aquí!”»

—¡Papá! —grité.

Mi madre me dijo que un vecino había ido pasear por la montaña y se había topado con unos policías que estaban bajando un cuerpo de una rama. Aterrorizado, se dio cuenta de que era su vecino. Había vuelto enseguida para avisar a mi madre.

Me puse la chaqueta y salí de casa con mi madre. Hacía viento. Pétalos de flores de cerezo se arremolinaban en el aire como copos de nieve. Mientras corría, volvía a oír la voz de mi padre canturreando la canción «Akatonbo»: «Una libélula roja bajo el sol encendido...».

—¡El profesor Tsunoda se ha ahorcado!

La noticia se propagó rápidamente por nuestro barrio y el *teijisei* S. Los que no sabían la verdad sobre la muerte de Kazu intercambiaban comentarios hirientes sobre mi padre. Volvíamos a estar en una situación difícil. Dijeran lo que dijeren, ante todo había que proceder a sus exequias. Ayudados por mis abuelos paternos, nos pusimos a prepararlas de inmediato.

Al funeral acudieron nuestros parientes cercanos y nuestros vecinos. También un colega de mi padre, cinco alumnos del *teijisei* S. y el señor M., el viejo vendedor de bocadillos. El colega de mi padre era el responsable del otro curso de tercero. Los alumnos formaban parte del grupo de observación de insectos, entre los cuales estaba Sawako Akitsu. El profesor nos dijo que Jirō había dejado la escuela antes de que terminara el año lectivo.

En aquella ocasión, Akitsu nos contó algo sorprendente. Le había escrito una carta al comentarista K., origen de la repercusión mediática de la muerte de Kazu, en la que explicaba que el profesor Tsunoda no tenía nada que ver con la descripción que había hecho de él K., y que la muerte de Kazu solo había sido una desafortunada coincidencia. Se la había enviado a su canal de televisión, junto con varias cartas de otros alumnos.

—¿Cuándo fue eso? —le pregunté a Akitsu.

—Poco después del programa en el que K. habló.

—¿Te contestó?

—No, no nos hizo caso. Estoy segura de que la recibió, porque la envié

certificada.

Su valor nos emocionó mucho. Akitsu envió copias de todas las cartas a mi madre, que le dijo:

—Es el máximo honor para el docente que fue mi marido. No olvidaremos lo que has hecho. Gracias, Akitsu.

Después del funeral, mi madre, mi hermano y yo leímos las cartas. Había veintitrés. Cada una describía con gratitud el comportamiento de mi padre. Nos sentíamos muy conmovidos. Me di cuenta de que no había una carta de Jirō, a quien mi padre apreciaba particularmente.

Tras el funeral, mi madre decidió vender nuestra casa, gravada con una alta hipoteca. Por suerte no habíamos vivido mucho tiempo en ella, de modo que no le teníamos demasiado apego. Puso la venta en manos de un agente inmobiliario. Tres meses después no había habido una sola oferta de compra. Le decíamos: «¿Quién querría comprar la casa de un suicida? Incluso costaría alquilarla». Bajó el precio y al final una empresa compró la propiedad para hacer un aparcamiento. Nuestra casa fue demolida en el acto.

En casa somos cuatro. Nuestros dos hijos, Haruko y yo.

Haruko trabaja como enfermera en un hospital de urgencias, mientras que yo me ocupo del *juku*. Nuestra hija está en tercer año y nuestro hijo va al jardín de infancia. Todos gozamos de buena salud.

Vivimos en una pequeña casa alquilada en un barrio modesto de un suburbio de Tokio. Si el *juku* Tonbo sigue prosperando, nos compraremos una casa en ese mismo barrio.

Somos una familia normal, ni rica ni pobre, nada especial. Si diferimos de la mayoría de los japoneses es porque somos cristianos, que representan apenas un uno por ciento de la población.

Nuestros días transcurren sin mayores problemas.

Durante la semana desayuno con los niños, cuando mi mujer ya ha salido a trabajar. Luego los acompaño a sus escuelas, que están una junto a la otra, no muy lejos de casa. Después vuelvo y leo, aprovechando la tranquilidad matutina. A mediodía, como. A eso de la una me marcho al *juku*.

Los niños terminan el colegio a las tres de la tarde. Mi suegra, que también vive en el barrio, se queda con ellos en su casa hasta que Haruko vuelve del hospital. Yo regreso a casa poco después de las diez de la noche. Los niños ya están acostados. Tomo una cena tardía conversando con Haruko, que ya ha cenado con ellos. Tomamos un baño juntos y nos acostamos como muy tarde a las once y media.

Los sábados no imparto clases, pero hay cursos para adultos hasta las

cuatro de la tarde. Trabajo en el despacho con la señora Wada. Ese día voy al *juku* en coche. Haruko termina de trabajar a mediodía. Voy a recogerla al hospital y comemos juntos en el restaurante. Luego Haruko toma el volante y me deja en el *juku*. Sobre las cuatro y media vuelve a recogerme con los niños y todos juntos hacemos la compra semanal.

Los domingos por la mañana vamos a la iglesia y luego al asilo, a ver a la hermana menor de mi mujer. El resto del día lo pasamos en casa, descansando.

Mi madre, que vive sola en Kobe, viene a vernos a Tokio durante las vacaciones de invierno. Es secretaria en una agencia de viajes. Vamos a su casa para la fiesta del *bon*, y visitamos la tumba de mi padre.

Nuestros hijos no saben que mi padre se suicidó. Creen lo que les dije, que su abuelo murió de una enfermedad incurable. Les contaré la verdad cuando sean lo bastante maduros.

—¡Qué suerte! Todos tenemos buena salud —repite Haruko todas las noches a los niños.

Ellos se duermen escuchando a su madre cantar con una voz dulce y tranquilizadora.

—Estar vivo es en sí algo extraordinario —me dice a menudo Haruko.

Me hice cristiano tras la muerte de mi padre. Más exactamente, después de conocer a Haruko. Antes era budista no practicante, como mis padres y como la mayoría de los japoneses.

Cuando llegué a Tokio para trabajar en Goshima me reencontré con mi amigo de la infancia de Kobe. Me presentó a sus amigos e intimé con uno de ellos, que, como yo, era un apasionado de la literatura. Era cristiano.

Un día me invitó a su iglesia para asistir a una sesión de lectura de la Biblia. Lo acompañé por curiosidad. El ambiente era agradable y el pastor, divertido. Al final de la velada entonamos un himno. Seguí asistiendo a las sesiones, que se celebraban los jueves por la tarde. No tenía intención de hacerme cristiano, y nadie me lo pedía. Pero esa actividad me resultaba bastante más agradable que salir a beber con mis compañeros de la empresa. Y fue allí, en esa iglesia, donde conocí a Haruko.

Haruko acabada de empezar a trabajar como enfermera y parecía muy orgullosa de su profesión. Era alegre y decidida. Su rostro y su temperamento me recordaban a Akitsu, la antigua alumna de mi padre en el *teijisei* S. Haruko tenía una voz bonita. Me gustaba escucharla cantar himnos. Estaba impaciente por ir a la iglesia para verla. Su sonrisa me calmaba. Un día la invité a cenar a un restaurante.

—¡Encantada! —contestó.

Esa noche le conté lo del suicidio de mi padre. Me hizo falta valor, pues

nunca se lo había contado a nadie, salvo a mi amigo de la infancia de Kobe. Me dolía el estómago.

—Cada familia tiene su desgracia —dijo simplemente Haruko.

—Los cristianos no aceptan el suicidio, ¿verdad? —le pregunté.

—Lo aceptemos o no, es algo que sucede. No hay una sola frase en la Biblia que lo prohíba. Para empezar, nadie nace deseando suicidarse.

Me contó que su tío paterno, un abogado penal, había sido asesinado por un excriminal que acababa de salir de la cárcel.

—Algunos aseguran que debe de ser la maldición de mi abuelo paterno, que era usurero. No me gusta en absoluto esa forma de justificar las desgracias ajenas. Pero es cierto que mi abuelo arruinó la vida de bastantes personas con sus prácticas deshonestas. Él mismo murió de manera sospechosa, atropellado por un camión que se dio a la fuga. —No parecía en absoluto avergonzada al referirme esa historia deshonrosa, lo que me sorprendió. Agregó—: Es el pasado de nuestra familia, del que no soy responsable. —También me dijo que su hermana menor era discapacitada mental y físicamente, y que mientras se ocupaba de su hermana había decidido ser enfermera—. Fue gracias a la existencia de mi hermana como descubrí mi profesión.

En nuestra tercera cita le pedí que se casara conmigo.

—Sí, con una condición —me contestó.

Primero pensé que quería que me hiciera cristiano. Me parecía comprensible, y estaba dispuesto a ello. Me equivocaba. Simplemente quería que dejara de fumar. Yo había empezado a fumar tras la muerte de mi padre, para vencer el estrés, sobre todo cuando estaba solo. Acepté la condición de Haruko. Desde entonces no he vuelto a fumar.

Empecé a asistir a misa también los domingos y decidí hacerme cristiano. Nos casamos un año después de nuestra primera cita. Fue una ceremonia

íntima. Invitamos a nuestras familias directas y algunos amigos muy cercanos, entre ellos mi amigo de la infancia de Kobe.

¿Soy en verdad cristiano? No lo sé. Lo cierto es que Haruko, que es cristiana, me dio serenidad, y que no me arrepiento de haberme convertido.

Es domingo por la tarde. Todos estamos en casa.

Como de costumbre, hemos ido a misa y luego al asilo a ver a la hermana menor de Haruko. Acabamos de comer.

Haruko y yo estamos descansando en la sala, tomando un té caliente. Todas las puertas corredizas se hallan abiertas. En el jardín, los chicos saltan a la cuerda. El sol ilumina el terreno. Nuestra vieja gata se pasea y se detiene frente a una cerca. Se lame su pelaje tricolor concienzudamente. Se despereza. Yo también. Es como una reacción en cadena. Me tumbo sobre los tatamis.

En un rincón del jardín hay una mesa de madera donde hemos puesto unas migajas de pan, que los pájaros vienen a picotear. Antejitos y gorriones. Algunos beben agua de una cubeta que hay sobre la mesa. La gata levanta la mirada y observa distraídamente cómo alzan vuelo. Vuelve a desperezarse y se acuesta en el suelo.

Haruko está sentada ante la mesa baja, sobre la que ha desplegado partituras de canciones japonesas. Canturrea la melodía de una canción folclórica familiar de nuestra generación.

Se queja de que la escuela reduzca la cantidad de canciones antiguas con el pretexto de que los niños no las entienden. Me repite, disgustada:

—¡Es preciso aprender esas canciones! Si no, ¿cómo podrán enorgullecerse de nuestra cultura? Peor aún: se enseñan cada vez más canciones extranjeras.

Estoy de acuerdo con ella por completo: las melodías refinadas, las

palabras maravillosamente elegidas, hay que transmitir las. Los niños no tienen por qué entender ya el sentido de las letras, solo memorizarlas.

Haruko me dice:

—Pensaba en el señor Jirō Tanaka, el profesor de música. ¿Será posible hablarle de mi proyecto?

Me levanto y me siento a la mesa. Retomo el té, ya frío.

La noche anterior le hablé de Jirō, que me llamó por teléfono. Exclamó: «¡Qué sorprendente! ¡Quince años después de la muerte de tu padre!». Haruko se acordaba de nuestra conversación antes de casarnos. Impactada por la historia del *bentō*, había dicho: «Pobre madre de Jirō».

—Al principio pensé preguntarle si le interesaría —le contesto—. Parecía educado y simpático.

—¿Tiene sentido del humor?

—No estoy seguro. En todo caso, quizá sea demasiado pronto para hablar de eso.

—Aun así espero que acepte. Es un alumno al que tu padre apreciaba. Debe de ser un *en* que haya acudido a tu *juku* justo cuando buscábamos un profesor de música.

Apuro la taza de un trago. Vuelvo a tumbarme sobre los tatamis. Ahora el sol penetra en el salón.

En el jardín, los niños saltan a la cuerda cantando una vieja canción que les enseñó Haruko. La gata sigue con la cabeza el movimiento de la cuerda: arriba, abajo, arriba... Cierro los ojos. Pienso en Jirō: «¿Qué va a decirme después de quince años?».

—¡Cariño! ¡Mira! —me susurra al oído mi mujer.

—¿Qué sucede?

—¡Allí, mira!

Señala con el dedo la mesa de madera en el rincón del jardín, donde unos

gorriones y unos anteojitos beben junto con nuestra vieja gata el agua de la cubeta. Sonrío a mi pesar.

Los chubascos se suceden desde esta mañana temprano.

Vuelvo a casa después de acompañar a mis hijos a la escuela. Hace fresco. Me pongo un jersey y entro en la cocina. Pongo agua en el hervidor para preparar té. La casa está en silencio. Mientras me bebo el té caliente me doy cuenta de que me he acostumbrado por completo a mi nuevo estilo de vida. Me siento bien así, solo, en esta tranquilidad matinal. A mi padre también le gustaba su nueva vida después de trasladarse al *teijisei*.

Al principio, a decir verdad, me disgustaba no salir de la casa temprano por la mañana. Aunque estaba ocupado haciendo los trámites para abrir el *juku*, no había perdido mis antiguas costumbres de empleado. En aquella época no vivíamos aún en esta pequeña casa, sino en un apartamento en el mismo barrio. Nuestros nuevos vecinos nos miraban con aire desconfiado. «¿El señor Tsunoda está sin trabajo?» «¿Qué hace en su casa?» «Cuentan que trabajó en Goshima. ¡Qué lástima dejar una empresa tan prestigiosa!» «¿Qué error habrá cometido?», los oía decir. Evitaba cruzármelos.

Un día le conté a Haruko la historia que yo había oído en algún sitio acerca de un empleado que había sido despedido.

—Él fingía seguir trabajando en su antigua empresa, pues su mujer estaba preocupada por lo que dirían los vecinos. Salía de la casa por la mañana temprano, con su *bentō*, y mataba el tiempo vagando por la ciudad.

Haruko rio como si fuera un chiste.

—¡Qué pareja tan patética!

Tenía razón, y yo estaba contento de que ella no reaccionara como esa mujer. Sin embargo, no tenía tantos motivos para reír cuando pensaba en mi padre, que se había quedado sin trabajo dos veces. La víspera de su suicidio había salido a pasear hasta las diez de la noche, como fingiendo que seguía trabajando por la tarde. Perder el trabajo no significa solo perder dinero, sino también perder la confianza en sí mismo y el objetivo de tu vida.

Termino de fregar los platos y me pongo a barrer. Son mis tareas cotidianas. Mi mujer prepara el desayuno y la cena y se ocupa de la limpieza. Ahora estoy libre para dedicarme a leer. Caliento el agua que queda en el hervidor para preparar café. Por la ventana veo el cielo oscurecerse aún más. Es posible que no deje de llover antes de que me vaya. Voy a la sala con mi café.

Sentado en el sillón, abro una revista. Es una vieja publicación literaria de mi padre, que he cogido al azar de mi biblioteca.

Recorro el índice. Mis ojos se detienen en un título: «¿Dónde estaba el Yamatai-koku?». El artículo fue obra de un escritor al que mi padre apreciaba mucho. Las argumentaciones contradictorias alrededor de este enigma son apasionantes. Hay dos teorías principales, cada una con múltiples variantes: una sitúa ese reino en la región de Kyūshū, la otra en la de Kinki. Leo el artículo mientras recuerdo la época en que discutíamos el asunto apasionadamente.

En la escuela primaria, cuando aprendí la historia del reino de Yamatai-koku, cuya reina se llamaba Himiko, me sorprendió que no se supiera con exactitud dónde se hallaba, dado que apenas se remontaba a los siglos II o III después de Cristo. Más tarde, al leer la historia de los sucesivos emperadores de Japón, se me ocurrió esta idea absurda: quizá la reina Himiko fuera la emperatriz Jingū, la madre del decimoquinto emperador Ōjin, de esa misma época. Esa emperatriz es famosa por haber conquistado el sur de Corea. Tras haberme escuchado, mi padre me preguntó, desconcertado:

—¿Dónde reinaba, entonces?

—En el norte de Kyūshū. Me has dicho que el templo shinto central de Hachiman, que idolatra a la emperatriz Jingū y su hijo Ōjin, está en la prefectura Ōita, en Kyūshū.

—¡Qué interesante, Nobu! —dijo él.

Yo estaba muy orgulloso.

Mi padre era partidario de «la teoría Kinki». Suponía que el reino de Yamatai-koku había existido siempre en alguna parte de la región de Kinki, pero al final se había establecido en el centro de la cuenca de Nara. En cuanto a la emperatriz Jingū, mi padre tenía de ella una opinión que me resultaba sorprendente. Según él, en la segunda mitad del siglo IV, esta emperatriz había llegado de Corea hasta Japón y su hijo Ōjin había nacido en Kyūshū. Más tarde los dos habrían conquistado el reino Yamatai-koku y fundado el reino de Yamato.

En realidad, mi padre estaba interesado en la teoría de un arqueólogo japonés célebre: un pueblo de jinetes nómadas llamado Fuyo, oriundo del nordeste de Asia, habría llegado a Japón tras haber conquistado el sur de Corea. Según este arqueólogo, el reino de Yamatai-koku había existido primero en Kyūshū y se había extendido luego a Kinki.

—¿Supones entonces que la emperatriz Jingū y su hijo Ōjin pertenecían a ese pueblo de jinetes y que son los fundadores de la familia imperial actual? —pregunté a mi padre.

—Es posible, pero el siglo IV es un agujero en nuestra memoria. Podríamos inventar cualquier cosa.

—¿Quién borró la verdadera historia de esa época y por qué?

Mi padre se rio.

—¡Excelente pregunta! ¡Encuentra tú mismo la respuesta!

Al final del artículo descubro un trozo de papel y un recorte de periódico amarillento. En el papel hay unas frases escritas a mano. Es la caligrafía meticulosa de mi padre. La observo fijamente, con una mezcla de nostalgia y dolor. El recorte muestra una foto de dos libélulas que se aparean formando un corazón.

Mi padre había anotado que el emperador Jinmu, contemplando Yamato, su

región, desde la cima de una montaña, dice: «Akizu no toname no gotoku ni aru kana», es decir: «La región tiene la forma de dos libélulas apareadas». Akizu o Akizu-shima, la antigua palabra para *tonbo*, que significa también Yamato, Japón. Desde la época de Heian se lo llama asimismo Akitsu.

Vuelvo a pensar en esa leyenda del emperador Jinmu. Yamato es el corazón de la historia de Japón. Su corte imperial se asentaba en la cuenca de Nara. Me repito: «Nara, Yamato, Akizu-shima, Akitsu, Tonbo, Japón...». Mi hija eligió la palabra *tonbo* para mi *juku*. Solo tenía tres años. Es evidente que desconocía las profundas ramificaciones del término, que se hunden hasta esa época mítica.

Akizu y Akitsu se escriben de manera idéntica, con dos *kanji* que significan «otoño» y «puerto», como el nombre de la antigua alumna de mi padre, Akitsu. Era oriunda de la prefectura de Nara. Me digo: «Nara, Yamato, Akitsu, Tonbo, Japón... Si mi padre hubiera tenido su propio *juku*, ¿también lo habría llamado Tonbo? ¿O quizá Akitsu?». Observo de nuevo la foto de las libélulas en el recorte del periódico. Sonrío. «¡Menuda imaginación! En la forma de su región el emperador Jinmu veía un apareamiento de libélulas!»

Es casi mediodía. Interrumpo la lectura. Sigue lloviendo torrencialmente. En vez de caminar, iré en autobús.

Vuelvo a la cocina. Recaliento las sobras de anoche: arroz al curry y sopa de almejas. Hay también ensalada mixta. El olor del curry llena la habitación. Primero tomo la sopa. En ese momento vuelvo a ver el rostro de mi padre mientras exclama: «¡Ah, almejas! ¡El olor de la primavera!». Me quedo pensativo un instante. Cuando acometo la ensalada, me acuerdo de la historia del *bentō* de Jirō. Mañana Jirō debe venir al *juku* a las cuatro y media. «¿Qué me va a contar?» Como escuchando el repiqueteo de la lluvia.

El autobús está atestado. El aire está viciado por la respiración de los pasajeros.

Sentado en un asiento del medio, observo a mi alrededor. La mayoría son mujeres maduras. Los demás, hombres jubilados. Bajarán en una estación privada o en un centro comercial. Frente a mí, un grupo de mujeres charla alegremente. Las oigo repetir el nombre de una popular actriz de cine.

Detrás del conductor hay un hombre sentado. Su elegante gorra me resulta familiar. Cuando se vuelve hacia la ventana veo sus gafas de montura negra y redonda. Me digo: «¡Ah, es el pescador que vi en el dique!». No llegué a hablarle, pero me resultó interesante. Me pregunto a qué se dedicará. Si vuelvo a cruzármelo, lo abordaré.

Baja en la parada siguiente, donde suben dos hombres jóvenes con ropa deportiva. Se sientan detrás de mí. Hablan de lo que están haciendo ahora, en las vacaciones de primavera, y también de sus proyectos para después de los estudios.

—Quiero ser *shōsha-man* de una empresa grande como Goshima —dice uno.

«¿Goshima?» Estoy a punto de darme la vuelta.

—¡Qué ambicioso! Hay mucha competencia en ese campo —dice el otro.

—Por supuesto, porque los *shōsha-man* están muy bien pagados.

—Pero los envían a cualquier parte, incluso a las zonas más perdidas de África.

—Me gustan los desafíos —replica el primero con tono animado—. Me aburriría haciendo un trabajo de oficina. Quiero viajar al extranjero.

Al oírlo, pienso en uno de mis excolegas de Goshima, un *shōsha-man* muy prometedor. Viajaba todo el tiempo al extranjero. De hecho, fue el novio de Yūko, la hermana de mi amigo de la infancia de Kobe.

El año en que dimití en Goshima lo trasladaron a Montreal. El traslado fue una suerte de destitución, pues la empresa lo quería lejos de Yūko. Para él fue una tragedia. Sigue viviendo en Montreal, pero ya no trabaja en Goshima: el año pasado se fue. Ahora tiene su propia agencia de comunicación, que ofrece servicios de traducción simultánea y traducción. Cada fin de año nos mandamos una postal. Sigue soltero. Me pregunto si se casará allí con una mujer local.

El autobús se detiene en una calle comercial. Los estudiantes que están detrás de mí bajan con otros pasajeros. Suben tres personas. Entre ellas, un hombre maduro. «¡Vaya, el señor T.!» Es un ejecutivo de Goshima. Se sienta detrás del conductor, donde estaba el hombre de la gorra elegante.

Alguien me dijo que, tras jubilarse, el señor T. se fue con su mujer a Indonesia a trabajar ambos como voluntarios para una sociedad de beneficencia. Ahora debe de tener setenta años. Parece siempre activo. Supongo que estará temporalmente de regreso en Japón.

El señor T. combatió como soldado en Filipinas. Regresó a una Tokio destruida y se enteró de que a su padre lo habían enviado a Siberia. Tuvo que volver a empezar desde cero. Entró en Goshima a los veinticinco años y se dedicó a la empresa durante treinta y cinco. Lo mandaban sin cesar al extranjero. Era un hombre digno, que se había ganado la estima general. Yo oía que los empleados decían: «El señor T. jamás descarga la responsabilidad de un error en sus subordinados. Es un verdadero samurái». Ha debido de tener

una vida dura y difícil. Admiro su valor. Ignoro si al final su padre regresó de Siberia.

El autobús llega al centro comercial. El señor T. baja con la mayoría de los pasajeros. Sigo con la vista su figura de espaldas. Pronto desaparece, mezclándose con la multitud. En ese momento vuelvo a ver la cara triste de mi padre.

Hoy hace un tiempo soleado, totalmente distinto del de ayer.

Son las cuatro menos diez. Estoy solo en la oficina del *juku* Tonbo. Es sábado. La señora Wada se ha marchado poco después de las tres. Todas las clases para adultos terminarán dentro de diez minutos. Se supone que hoy a las cuatro y media llegará Jirō para verme. Viene de Yokohama, donde vive.

Esta mañana, a diferencia de los otros sábados, he venido a pie para disfrutar del sol. Haruko ha ido en el coche al hospital. A mediodía ha pasado a recogerme y hemos comido juntos en un viejo restaurante cerca del *juku*. Hemos tomado *tempura-udon*, nuestro plato favorito. Le he pedido que hiciera la compra con los chicos, sin mí, ya que no sé cuánto durará la visita de Jirō.

Son las cuatro. Todas las clases han terminado. Oigo unos pasos. Los alumnos están saliendo del edificio. Los instructores de haiku y de ikebana pasan a saludarme: «¡Buenas tardes, señor Tsunoda! ¡Buen fin de semana!». De inmediato, el edificio se queda en silencio. Voy a cerrar las salas con llave.

De regreso en la oficina, espero la llegada de Jirō. Son las cuatro y veintiocho. Estoy inquieto. No dejo de tamborilear con los dedos en la mesa. Pienso en la conversación que tuve anoche con Haruko mientras tomábamos nuestro baño.

—Siento curiosidad por saber qué te contará Jirō mañana —dijo Haruko.

—Yo también. Como nunca lo he visto, estoy un poco nervioso.

—Sigo impactada por el episodio del *bentō*. Es un típico caso de *ijime*. Yo también lo sufrí cuando era nueva en una escuela de primaria. Fue una experiencia difícil...

La escuché, sorprendido. La imaginaba una niña fuerte.

Cuando tenía ocho años, su familia se mudó a una ciudad vecina. Durante tres meses no pudo hacer amigas en la nueva escuela. Una chica de su clase impedía que las demás le hablaran diciéndoles: «No hay que ir con Haruko: proviene de una familia maléfica». Haruko no entendía qué quería decir. Aislada, se sentía desgraciada. La chica cambió de escuela por casualidad, debido al trabajo de su padre. Una vez que se fue, Haruko descubrió que todas sus compañeras le tenían miedo. Y que ella estaba celosa de Haruko, que era muy apreciada por sus maestros.

Me acuerdo de la historia de su tío asesinado por un excriminal y de su abuelo atropellado por un camión.

—¿Cómo te enteraste de esos hechos trágicos de tu familia? —le pregunté.

—Después de que esa chica se marchara, le pregunté a mi madre si realmente éramos una familia maléfica. Se puso pálida en el acto. Le expliqué lo que había ocurrido en la escuela. Fue entonces cuando me reveló las desgracias de nuestra familia. Para mí fue un golpe. Mi madre me dijo que nunca más volviera a pronunciar la palabra «maléfica». Estaba extenuada por los cuidados que requería mi hermana menor, discapacitada mental y físicamente. Nunca he olvidado el inmenso desconsuelo de su rostro.

Por la ventana veo a un hombre que se dirige hacia mi *juku*. El reloj de pared marca exactamente las cuatro y media. «¡Ah, es él!» Su atuendo es sencillo: un suéter de cuello alto y chaqueta beis. Sus gafas son de montura redonda y

negra. Bajo el brazo lleva un objeto pequeño envuelto en papel. Es de corpulencia normal. Su rostro ovalado me recuerda al pescador de la gorra elegante.

Me levanto para abrir la puerta de entrada.

Jirō y yo estamos en la sala del piano.

Me siento frente a él. Sobre la mesa, entre nosotros, hay dos tazas de té y dos pastelitos que Haruko ha comprado para la ocasión. Jirō me entrega un regalo, una caja de bombones delicadamente envuelta en un papel con motivo floral. Una etiqueta indica el nombre y la dirección de la pastelería, Yokohama-Ya. Las letras están caligrafiadas en *katakana* y en *kanji* con un estilo muy artístico.

Jirō se bebe el té mirando el piano adosado a la pared.

—¿Usted toca el piano? —pregunta.

—No, en absoluto. Lo compré para nuestros hijos.

—Entonces, ¿sus hijos tocan?

—No, pero pronto tomarán clases.

—Ah, bueno...

Jirō deja la taza sobre la mesa. Su mirada se vuelve hacia el papel del envoltorio. Parece reflexionar. Espero en silencio. De pronto, como si tomara una decisión, dice:

—Vine para pedirle perdón a su familia.

—¿Perdón a mi familia?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por mi desaparición. Ni siquiera asistí al funeral de su padre.

Se queda callado. Vuelvo a ver la imagen de la gente del *teijisei* S. presente

en el funeral. Un compañero de mi padre, el señor M. y cinco alumnos, entre ellos Sawako Akitsu.

—Su padre fue muy generoso conmigo —continúa.

—Normal, era su profesor. Usted era un alumno excepcional en el *teijisei* S. Él quería que prosiguiera con sus estudios.

Jirō hace un gesto con la cabeza.

—Su padre me animaba a concentrarme solo en los estudios. Me decía que no me preocupara por el pasado de mi padre.

—¿El pasado de su padre? —lo interrumpo, confundido—. ¿A qué se refiere? Creía que venía de una familia sin padre.

Jirō me mira a los ojos con aire sorprendido.

—¿No conoce usted la historia de mi padre?

—No...

—¿Su padre no hablaba de eso en casa, o con su madre, al menos?

—Por lo que sé, no.

Jirō se lleva las manos a la boca.

—Dios mío... Ustedes no sabían nada...

Estoy desconcertado. «¿Qué historia irá a contarme?».

—¿Recuerda usted a Kazu, el que murió? —pregunta.

—Por supuesto. Al que mi padre abofeteó.

—¿Sabe usted por qué su padre se comportó así?

—Sí. Porque Kazu molestaba en clase y no hacía caso de sus advertencias.

—En realidad, Kazu estaba burlándose de mi padre.

—¿De su padre? ¿Por qué?

—Mi padre se suicidó con su amante.

Por poco dejo caer mi taza de té. «¿Su padre también se suicidó?» Estoy boquiabierto. «¡Y con su amante!»

Recuerdo a un célebre escritor japonés que aunque estaba casado también

se suicidó con su amante. Ya lo había intentado cuatro veces: dos veces con una mujer y dos veces solo. En la primera tentativa solo murió la mujer. Es un gran escritor que sigue leyéndose como un clásico. Mi mujer lo odia sin haber leído su obra: «¡Qué cobarde! Ni siquiera fue capaz de suicidarse solo».

—El problema no era Kazu ni el suicidio de mi padre. Era mi debilidad — dice Jirō.

«¿Mi debilidad?» Cada vez estoy más desconcertado.

—Yo era un cobarde —añade.

«Cobarde...» Sorprendido por esa palabra, miro fijamente su rostro, que se ensombrece.

—Kazu abusaba de mi cobardía —dice cabizbajo—, y eso llevó a los hechos trágicos que usted conoce. Estoy abrumado por lo que le ocurrió a su padre.

No sé qué decir. Tras un momento de silencio, comienza a contar su historia.

—Nací en Fukuoka, en Kyūshū, donde viví hasta los diecisiete años.

»Mi padre era un periodista independiente y escribía artículos históricos para periódicos y revistas literarias. También daba clases de francés en algunas academias de idiomas. Soñaba con ser novelista. Enviaba sus manuscritos a editores de Tokio, pero nunca le publicaban.

»Mi padre ganaba lo suficiente para alimentar a su familia, pero gastaba sin control. Según mi madre, su cuenta bancaria siempre estaba vacía. Tenía un coche de lujo y ropa de marca. Compraba muchos libros caros, todos al mismo tiempo. Era, además, un gran bebedor. En casa nunca faltaba el alcohol.

»Mi padre creía que yo tenía talento para la música. Cuando cumplí cinco años compró un piano de pared nuevo y contrató a un profesor de música. Pero mi madre era quien debía pagarlo todo trabajando de cualquier cosa: camarera de café o restaurante, costurera a domicilio, etcétera. Aun así, estaba contenta, pues yo practicaba con frecuencia.

»Cuando empecé a ir al instituto, mi padre comenzó a ausentarse a menudo de casa, sobre todo los fines de semana. Decía que tenía que ir a distintos lugares para sus investigaciones. Lo que hacía, en realidad, era irse con su amante, una de sus exalumnas de francés.

»Y un día nos dijo:

»—Esta vez debo ir a la región de Kinki, sobre todo a la prefectura de Nara. Es para mi nueva novela: *El amor de Himiko*. Creo que el reino de Yamatai-koku estaba en Kinki. La historia, pues, debe transcurrir en Nara.

»Lo tomamos en serio. Se marchó en tren.

»Tres días después sacaron del agua en la embocadura del Yamato los cuerpos de los dos amantes. Se habían suicidado juntos.

»Fue un gran escándalo. En nuestra ciudad todo el mundo hablaba de ello. En el instituto algunos alumnos se burlaban de mi familia. Cuando en la clase de historia se hablaba de la época de Yamato, habría querido desaparecer. Me avergonzaba de mi padre.

»Mi madre y yo teníamos problemas económicos. Mi padre solo nos había dejado deudas: había hipotecado nuestra casa para sufragar sus gastos. Vendimos el piano, el coche, los libros, etcétera. Pero no bastó. También tuvimos que vender la casa. Como yo no quería vivir en Fukuoka, mi madre llamó a su hermano, que vivía en Kobe.

»Llegamos a Kobe con poco dinero. Nos quedamos una semana en casa de mi tío. Mi madre encontró trabajo en un restaurante chino de Chinatown y yo en una tienda de instrumentos musicales. Alquilamos un pequeño apartamento. Yo había renunciado ya a la idea de ir a la *ondai*. Me inscribí en el *teijisei* S. solo por el título.

»Kobe está lejos de Fukuoka. Allí no sabían nada del escándalo de mi padre. Yo podía respirar.

—Comparado con mi instituto anterior, el *teijisei* S. era muy modesto. Los alumnos procedían de un ambiente obrero. Ninguno tenía intención de ir a la universidad. Me sentí desplazado desde el principio. Había elegido aquel *teijisei* por sus actividades musicales, que parecían interesantes. Me inscribí en el coro.

»Estaba en uno de los cursos de tercero, cuyo profesor principal era su padre. Al enterarse de que había pensado ir a la *ondai*, el profesor Tsunoda me animó mucho.

»—Eres brillante, Jirō. Debes seguir estudiando.

»Me ayudó a conseguir información sobre el examen de ingreso de una *ondai* en Kobe.

»La delegada de clase era una chica llamada Sawako Akitsu. La llamaban por su apellido, Akitsu. Alegre y con un gran sentido del humor, sus compañeros la querían. Era muy directa, decía lo que pensaba. Sus modales eran dignos. Se me acercó como si fuera mi hermana mayor.

»—Eres nuevo, Jirō. Si necesitas información sobre el centro, pídemela cuando quieras.

»Mis compañeros eran simpáticos; los profesores no escatimaban la ayuda; yo podía practicar piano durante los recreos. Las cosas parecían ir bien.

»Sin embargo, algo me contrariaba. Era la presencia de Kazuo, un alumno muy distinto del resto de la clase y en general de la escuela. Lo llamaban Kazu. Había ingresado en el centro un poco antes. Su instituto anterior era

regular y de alto nivel, como el mío. Kazu era brillante, pero vago. Era el hijo malcriado de una familia rica.

»Kazu... Recuerdo siempre su rostro ovalado, sus ojos fríos, sus párpados entrecerrados, su piel pálida, las finas manos largas. Vuelvo a verlo fumando un cigarrillo, solo en el parque detrás de la escuela. Yo temía su mirada sarcástica. Su irritante presencia me incomodaba todo el tiempo. Cuando un profesor me felicitaba por una buena nota en un examen, él me miraba con frialdad, fijamente. Me escrutaba como si me leyera la mente. No me atrevía a dirigirle la palabra.

»Nuestro profesor de *kokugo* acababa de llegar de otro instituto. En su primera clase pidió a cada alumno que se presentara a sí mismo. Yo no dije gran cosa para evitar preguntas. Ni siquiera dónde había nacido.

»Después de mí le tocaba a Akitsu. Empezó con entusiasmo:

»—Nací en la prefectura de Nara. La casa de mis padres está muy cerca del Yamato. Allí viví hasta el final de la escuela primaria.

»Me sobresalté: “¿Nara? ¿Yamato?”. Bajé la cabeza. A mi mente volvía la imagen de mi padre arrojándose al Yamato con su amante. Akitsu mencionó las dos teorías sobre el lugar donde había estado el Yamatai-koku. El profesor estaba visiblemente interesado. Y cuando Akitsu especificó que era partidaria de “la teoría Kinki”, Kazu, sentado en la última fila, le dijo al profesor:

»—¡Jirō es oriundo de Fukuoka, en Kyūshū!

»—Me puse a temblar. El profesor me preguntó:

»—¿De veras? Entonces, ¿cuál de las dos teorías prefieres tú? ¿Kinki o Kyushu?

»—No lo sé... —me limité a decir, muy alterado.

»Akitsu continuó con la leyenda del emperador Jinmu, que comparaba la forma de la región de Yamato con dos libélulas apareadas. Algunos alumnos rieron por lo bajo. Ella no hizo caso y concluyó su presentación con humor.

»—Mi nombre, Akitsu, es la palabra antigua que se usaba para *tonbo*.
¡También podrían llamarme Tonbo!

»Todos aplaudieron y se rieron menos yo. Tenía sudores fríos, pues sentía la mirada burlona de Kazu en mi espalda.

»Siempre le tenía miedo. Si alguien hablaba de él, yo era todo oídos: “Kazu es extraño”, “Kazu lleva mucho dinero en el bolsillo”, “Kazu no trabaja durante el día. ¿Qué hace en su casa?”, “Lo vi con una chica escandalosamente maquillada”, “A Kazu no le interesan nuestras actividades”. No oía nada positivo sobre él. Al parecer no tenía amigos en aquel instituto. Me convencí de que era ridículo temerle. Lo único que tenía que hacer era olvidarme de su existencia.

»En los cuatro primeros meses no hubo incidentes entre Kazu y yo.

»El segundo trimestre comenzó a principios de septiembre, después de las vacaciones de verano. Entonces Kazu empezó a faltar a la escuela con frecuencia. Lo cual me puso bastante contento.

—Terminaba de trabajar en la tienda de instrumentos musicales a las cuatro y media. Tomaba el autobús y a la cinco estaba en el *teijisei* S. Las clases comenzaban a las cinco y media. Los alumnos que llegaban temprano podían usar una sala concreta. Allí solía comerme el *bentō* preparado por mi madre.

»Llegó el nuevo año.

»Un día, después de bajar del autobús, me encaminé directo hacia el instituto. Cuando cruzaba el parque que estaba detrás vi a Kazu, que fumaba sentado en un banco. Enseguida tuve un mal presentimiento. Dudé en girar sobre mis talones y dar media vuelta. En ese momento él me llamó levantando la mano con el cigarrillo entre los dedos.

»—¡Eh, Jirō! ¡Aquí!

»Demasiado tarde. Yo estaba paralizado como un animal atrapado en un callejón sin salida. Kazu esbozaba una sonrisa de medio lado, pero su mirada era fría. Estando frente a él ya no tenía el valor de ignorarlo, así que me acerqué.

»—¿Todo bien? —me dijo tirando el cigarrillo al suelo.

»Tenía una manera de hablar que no era de nuestra edad. Tampoco sus gestos. No se trataba de una madurez precoz sino de arrogancia y desdén, indignos de un estudiante.

»Yo seguía callado.

»—¿Te da miedo hablar conmigo? —preguntó.

»—No...

»Me temblaban las piernas.

»—¡Bien! Estaba esperándote para contarte algo muy interesante.

»—¿Q... qué?

»—¡La bonita historia de amor de tu padre!

»Sentí que la sangre afluía a mi cara. “¿Cómo la habrá descubierto?” Yo nunca había hablado de eso en la escuela. Ni siquiera con el padre de usted. Él sonreía, burlón.

»—No te preocupes. Quedará entre nosotros, si aceptas...

»Se interrumpió.

»—¿Qué quieres de mí? ¿Dinero? —pregunté, temeroso.

»—¿Dinero? —dijo riendo—. ¡Tengo suficiente! ¡Te prestaré si te hace falta!

»Su respuesta me alivió, de todas formas. Me miraba fijamente, siempre con aquella sonrisa ladeada. Yo estaba a punto de retroceder.

»—Sé —prosiguió— que tu padre os dejó una deuda, a tu madre y a ti. Lo perdisteis todo en Fukuoka. Por eso vinisteis a Kobe. Os compadezco. ¡Menudo tipo, tu papá!

»“¡Lo sabe todo!”

»—¡Basta, por favor! —supliqué.

»—No le contaré nada a nadie si... —dijo, sin perder la calma.

»Yo temblaba. Él me miraba con expresión desdeñosa.

»—Si me das tu *bentō* todos los días —prosiguió mientras aplastaba la colilla—. Eso es todo. Te devolveré la caja vacía después de las clases.

»“¿Mi *bentō*?” No me lo esperaba. “¡Es ridículo! Este hijo malcriado de familia rica quiere mi *bentō*.” Sin embargo, dudé en ceder. Pensaba en mi madre, que lo preparaba con tanto amor. Todas las noches yo volvía a mi casa con la caja vacía. Ella se ponía contenta: “¡Te lo has comido todo!”. Yo no

quería entristecerla. Tendría que haberle dicho a Kazu que no, pero ya había sacado el *bentō* de mi cartera.

—A partir de entonces, tenía que comprarme un bocadillo. Sin saber lo que ocurría en el instituto, mi madre preparaba mi *bentō* y me lo dejaba en el trabajo. Ya no podía mirarla a los ojos.

»Kazu me esperaba en el parque a diario. Un día, cogiendo el *bentō*, me dijo:

»—Jirō, dame un poco de dinero.

»“¿Cómo?” Me quedé estupefacto; al principio me había asegurado que el dinero no le interesaba. Según mis compañeros, tenía en el bolsillo billetes de mil yenes que gastaba después de clase. Su padre era abogado y su madre una mujer de negocios.

»—Dame un poco de dinero —repitió.

»—¿Cuán... cuánto quieres?

»—Cinco mil yenes para esta noche.

»—¡Cinco mil yenes! ¡No es posible! No soy rico como tú.

»—¿Quieres que divulgue la aventura de tu padre? —me gritó, irritado.

»Yo temblaba. Pensé en una historia que había oído por televisión. Una estudiante se había suicidado porque sus compañeros le habían hecho *ijime*. Había dejado un mensaje para sus padres. “Lo siento mucho, pero ya no puedo soportar a A y B. Os querré siempre. Adiós.” Kazu me miraba fijamente. Le mostré mi cartera.

»—Hoy solo tengo quinientos yenes.

»—¿Nada más? Pues dámelos.

»—Necesito trescientos para comprar un bocadillo.

»—¡Menudo imbécil! Entonces mañana tráeme cinco mil yenes.

»Seguía mirándome fijamente con sus ojos fríos. Yo estaba aterrorizado.

»Pensaba en las consecuencias. Si aceptaba, me pediría más y yo terminaría perdiendo todo el dinero que había ahorrado para ir a la universidad. Me decía a mí mismo: “¡No, no! No hay que ceder”. Pero me faltaba valor.

»Al día siguiente, durante la pausa de mediodía de mi trabajo, fui al banco a retirar el importe. Cuando salí, estaba tan avergonzado de mi debilidad, que lloraba. Quería desaparecer. Habría sido mejor quedarme en el instituto de Fukuoka, donde de todos modos ya conocían el escándalo de mi padre. Se habían burlado de mí, pero no me habían chantajeado.

»Cuando llegué al parque, Kazu me esperaba fumando. Le entregué mi *bentō* y los cinco mil yenes. Los cogió con aire satisfecho.

»—¡Muy bien!

»Eso se repitió durante cinco días. Ya había perdido veinticinco mil yenes. Al sexto día Kazu no acudió a clase porque tenía gripe. Aquella tregua me permitió respirar. Deseaba con ardor que se muriera.

»Tres días después, me esperaba otra vez en el parque. Le di mi *bentō* y cinco mil yenes. Me despedí rogando que no me pidiera nada más.

»—Mañana tráeme diez mil yenes. ¿Has entendido? —dijo sin embargo su voz glacial detrás de mí.

»Me detuve, petrificado: “¡Diez mil yenes!”. Ni siquiera me atrevía a volverme. Me dirigí a clase con pasos pesados.

»En casa permanecía en silencio. Una vez mi madre preguntó:

»—¿Tienes problemas en clase o el trabajo?

»—No, estoy cansado, eso es todo —le contesté.

»No insistió, pero parecía preocupada.

»Estaba muy deprimido. Kazu seguiría acosándome mientras yo siguiera en

el mismo centro. Tendría que abandonar aquel *teijisei*. Ni hablar, entonces, de estudiar en la universidad, lo que afligiría a mi madre.

»Al día siguiente, cuando llegué al parque con diez mil yenes, sucedió algo totalmente inesperado: apareció el profesor Tsunoda, justo en el momento en que Kazu me quitaba el *bentō*.

Jirō deja de hablar. Mira fijamente la caja de bombones que ha traído. Aún no ha tocado el pastelito que le he ofrecido con el té.

—Es terrible... No sabía que Kazu lo había atormentado hasta ese punto — digo.

—No se lo conté a su padre.

—¿Por qué?

—Tenía miedo de que Kazu se vengara.

«Miedo...» Aquella palabra volvía una y otra vez a su relato.

—Después de la intervención de mi padre, ¿Kazu dejó de acosarlo?

—Sí. Su padre le dijo que si seguía haciéndolo, hablaría con sus padres.

Trato de imaginar a mi padre echando una reprimenda a un alumno. Pero me cuesta. Era un hombre sumamente paciente, que muy rara vez regañaba a sus hijos.

—Un niño puede ser cruel, con independencia de su ambiente familiar — murmura Jirō.

No digo nada. Pienso en el sentido de la palabra «cruel» que despierta el recuerdo de una experiencia amarga en la empresa Goshima.

Mi superior directo hizo cuanto por expulsarme de la sede central porque me odiaba. Me ordenó que fuera a São Paulo, sabiendo que yo no aceptaría. En ese momento me dio a entender de manera indirecta que mi padre había matado a un alumno de una bofetada. Yo no sabía de dónde había sacado aquella versión falsa. Le contesté: «Mi padre no cometió ningún crimen. Y aun

si lo hubiera cometido, no es correcto recordárselo a su hijo como si también él fuera un criminal. Es cruel». Se quedó callado, con una expresión crispada.

—Todos, niños o adultos, podemos ser crueles —le digo a Jirō.

—Claro...

—¿Por qué lo perseguía Kazu?

—Al principio creí que por celos. Él era el alumno más brillante de la escuela hasta que llegué yo. Ahora ya no pienso eso.

—Entonces, ¿cuál era su problema?

—¿El problema de Kazu? No, era el problema nuestro, el de nosotros dos, el del agresor y la víctima. Los dos éramos chicos con problemas; nos sentíamos atraídos el uno por el otro.

«¿Agresor y víctima?» Pienso en mi padre, enfurecido por culpa de los periodistas. «¿Está sugiriendo Jirō que mi padre era responsable de su papel de víctima?»

—La cuestión no era el escándalo de mi padre —prosigue—. Kazu quería hacerme sufrir a cualquier coste. Advertía mi debilidad: yo le tenía miedo. Era una presa fácil para él. Los dos éramos patológicos.

—Probablemente tenga razón. Kazu sin duda era tan vulnerable como usted. Jirō asiente.

—Creo que la ausencia de sus padres causó su vulnerabilidad. En su casa no había vida familiar. Kazu era un chico desdichado, sediento de ternura. Por eso quería mi *bentō*. Debería haberlo invitado a mi casa en vez de tenerle miedo.

Sus palabras me conmueven. Me sonrío débilmente. Es la primera vez que lo veo sonreír. Su rostro se relaja.

Jirō me cuenta lo que ocurrió después de la intervención de mi padre. Lo escucho mientras comparo su historia con la que me refirió mi madre. Su versión parece coincidir con la de ella, salvo por el hecho de que poco

después de la intervención de mi padre, Jirō le contó la historia del suicidio de su padre.

—¿Qué fue exactamente lo que sucedió cuando mi padre abofeteó a Kazu?

—Kazu estaba hablando con otro alumno burlándose de mis padres. Primero de mi madre, que era camarera en un restaurante de Chinatown. Después dijo: «¡Su padre se suicidó con su amante! Se arrojaron al Yamato. Como el famoso escritor que escribió *Indigno de ser humano*».

—Es horrible...

Ahora entiendo por qué mi padre se negaba de lleno a conceder entrevistas.

—¿Mi padre lo abofeteó inmediatamente después?

—No. Primero le advirtió: «Cállate, Kazu». Pero este contestó: «Solo estoy diciendo la verdad». Su padre le regañó: «¡Es de cobardes burlarse de la desgracia ajena!». Sin embargo, Kazu intentó replicar otra vez. No se llegó a entender lo que dijo, pero en ese momento su padre lo golpeó. Mal sentado, Kazu se cayó al suelo. Parecía atónito por la reacción de su padre, el profesor más paciente del centro. Se quedó callado. Permaneció en silencio el resto de la clase.

—No conocía esos detalles...

—Como usted sabe, Kazu murió al día siguiente. Todo el mundo estaba impactado, sobre todo su padre.

—Sí, fue muy duro para él, aunque no fuera responsable de su muerte.

—A pesar de sus problemas personales, su padre se preocupaba por mí. Me repetía: «Tú no eres responsable de los actos de tu padre. Olvídalos. Lo que importa es tu vida. Concéntrate en tus estudios».

Asombrado, me reclino hacia atrás. «No eres responsable... ¿Él dijo eso?» No es habitual de la mentalidad japonesa hablar de una manera tan individualista. Me pregunto qué consejos nos daría a mi hermano y a mí, sus hijos, respecto de su propio suicidio.

—Qué ironía del destino, de todas formas. —Miro a Jirō—. Mi padre tenía razón, pero la realidad no es tan simple.

—Sí, exacto...

Nos quedamos callados. Jirō observa el piano.

—¿Cómo había descubierto Kazu la historia de su padre? —pregunto.

—Su tío era periodista.

—Periodista... ¿Fue Kazu quien se lo dijo a usted?

—No, fue Akitsu.

«¡Akitsu!» El nombre, naturalmente, me hace pensar en Tonbo y Yamato. Mi padre quería mucho a aquella alumna alegre y decidida. Me acuerdo de su sonrisa, tan cálida.

—Asistió al funeral de mi padre —le digo a Jirō—. Nos contó que usted ya se había ido a Tokio con su madre.

Jirō me mira, incómodo.

—Cuando el columnista K. habló de la muerte de Kazu por televisión, mi madre y yo temimos que los medios locales terminaran enterándose del escándalo de mi padre. Tratamos de irnos de Kobe a escondidas. Pero tropezamos con Akitsu en la estación de Kobe.

—¿Se hablaron?

—Sí. Ella me llamó enseguida: «¡Jirō! ¡Te estaba buscando! Como sabes, los medios de comunicación están calumniando al profesor Tsunoda. Hay que hacer algo. He decidido escribirle una carta al comentarista K.». Estaba furiosa. —Jirō se queda callado, cabizbajo. Respira hondo, como para calmarse, y luego continúa—: Pero en ese momento llegó nuestro tren. Mi madre me gritó que me apresurara. Le dije a Akitsu: «Lo siento, tengo que irme». Ella me preguntó: «¿Adónde vas?». Contesté: «A Tokio». «¿A Tokio? ¿Cuándo volverás?» No contesté. Su rostro se ensombreció. No dijo nada más.

Me despedí corriendo. En realidad, nos íbamos a Yokohama. En el tren me eché a llorar.

Jirō se ha marchado. Son las siete de la tarde. Dentro de unos minutos Haruko pasará a recogerme con el coche.

Me quedo sentado ante mi escritorio, sobre el que se halla el regalo de Jirō, las bombones de Yokohama-Ya, cuyos *katakana* y *kanji* están tan bellamente caligrafiados. No hace falta probarlos para saber que son de calidad.

Vuelvo a pensar en nuestra conversación. Hacia el final, Jirō me dijo:

—Llevo quince años intentando librarme de este peso. No eran los actos de mi padre sino los míos, mi cobardía. Su padre perdió el trabajo y más tarde la vida por culpa de mi cobardía. Lo lamento mucho.

Bajó la cabeza. Por un instante, se hizo un silencio.

—No se culpe —le dije—. Mi padre era una persona introvertida. Es sorprendente, por otro lado, que eligiera esta profesión. Puede que su suicidio no tuviera nada que ver con nadie.

Jirō era presa de emociones profundas.

—Debe de ser el *innen* —dijo tras un silencio.

—¿El *innen*?

No entendí por qué de repente pronunciaba esa palabra de origen budista.

—Le contaré ahora —continuó— lo que me ocurrió después de mudarme a Yokohama.

Me incliné hacia delante. Sentía una gran curiosidad por saber lo que había hecho tras desaparecer.

Jirō terminó sus estudios secundarios en otro *teijisei*. Luego se inscribió en

una universidad nocturna en Tokio. Estudiaba literatura rusa. Cantó en el coro universitario. Durante el día trabajaba como *arubaito* en la tienda del señor Miwa. Impartió clases particulares de piano a domicilio.

Yo me pregunté: «¿Literatura rusa? ¿Por qué?».

—Me gustaba el señor Miwa —continuó—. Me trataba como a un hijo. Era muy generoso conmigo, igual que su padre. En su tienda podía practicar piano todos los días. Seguí viéndolo de vez en cuando aun después de terminar los estudios. Yo estaba muy encariñado con la tienda. Era como mi casa. Y un día el señor Miwa me presentó a un hombre de la edad de usted que había pasado a saludarlo.

—Era mi amigo de la infancia de Kobe, el hermano de Yūko.

—Exactamente. Me preocupó que me presentaran a un amigo del hijo del profesor Tsunoda. ¿Cómo era posible semejante coincidencia? De nuevo quise huir muy lejos, hasta Hokkaidō. Fue entonces cuando el señor Miwa decidió vender su tienda. Al enterarme de quién había comprado el edificio me estremecí. ¿Cómo era posible? En ese momento pensé que debía de ser el *innen*.

Mientras lo escuchaba veía a un niño corriendo sin parar hacia el norte, como una libélula: Fukuoka, Kobe, Yokohama, Tokio, Hokaidō... Una libélula herida buscando borrar de su memoria todos los nombres de los lugares que la atormentaban, incluso Nara y Yamato, el corazón de nuestro país y nuestra historia.

Jirō me preguntó por qué le había puesto Tonbo a mi *juku*. Le dije que mi hija había elegido el nombre.

—¡Su hija! —exclamó.

Sonreí, algo incómodo.

—Ese nombre me recordó de inmediato a Akitsu. Pensé realmente que era su padre quien me convocaba aquí.

Yo estaba conmovido.

—A decir verdad, también le tenía miedo a ella, no solo a Kazu —continuó.

No me esperaba esas palabras. «¿Jirō le tenía miedo a Akitsu?»

—Era una chica de convicciones fuertes, inquebrantable en sus decisiones.

—¿Temía ella a Kazu, ese descarriado con quien todos tenían problemas?

—En absoluto. Una vez la vi reñir a Kazu, cuando este trataba de quitarle un cuaderno a una alumna. Ella recuperó el cuaderno gritándole: «¿Deberías avergonzarte!». Kazu retrocedió. Akitsu tenía sus puntos débiles, como todo el mundo. Pero, a diferencia de mí, no habría tolerado el *ijime*.

Al final del encuentro, el rostro de Jirō estaba mucho más distendido que al principio. Le pregunté si conocía la historia de los *usubaki-tonbo*. Dije que no. Le conté lo que me había referido mi padre.

—¡Increíble! Unos insectos tan pequeños... ¿De dónde sacan toda esa energía? Ya quisiera yo tener tanta.

Jirō me hizo preguntas sobre mi *juku*. Le hablé de nuestros cursos de *kokugo* para alumnos de secundaria y los de cultura para adultos. Me escuchaba con aire serio. Y cuando le mencioné el proyecto de mi mujer, abrió mucho los ojos por la sorpresa y repitió:

—¿Dirección de coro, clases de piano?

—¿A usted le interesaría? —le pregunté, vacilante.

—Sí, ¡sería un gran placer para mí! —contestó enseguida con una gran sonrisa.

Antes de irse, Jirō me dijo que le gustaría invitarme con mi familia a su casa en Yokohama. Me dibujó un plano sucinto.

—Nuestra casa está cerca de la entrada de Chinatown, justo al lado de un restaurante que se llama Zakuro. Es famoso por sus *tempura-udon*.

Ahora está completamente oscuro. Por la ventana veo los faros de un coche que se acerca al *juku* Tonbo. «Ah, ha llegado Haruko.» Estará encantada de saber que Jirō acepta su propuesta. Tomo la caja de bombones y salgo del despacho.

Hoy llueve. Una fina lluvia de primavera.

Es domingo. Como de costumbre, esta mañana hemos ido a la iglesia y luego al asilo a ver a la hermana menor de Haruko. A mediodía hemos comido en casa de mis suegros. Acabamos de volver a casa.

Haruko está en el comedor. Ha ocupado toda la mesa para preparar la lista de los integrantes de su futuro coro, que ya superan la treintena. Está muy contenta de haber encontrado por fin un director, Jirō Tanaka. Los niños y yo estamos en la sala de los tatamis. Mi hija hace caligrafía. Se divierte dibujando el *kanji* que acaba de aprender en la escuela. Mi hijo juega con una maqueta de avión. Apoyado contra la pared, leo *Recuerdos de la casa de los muertos*, de Dostoievski. Me lo recomendó Jirō cuando vino a verme, al hablarme de sus estudios.

Por un instante pienso en lo que me contó sobre su decisión de estudiar literatura rusa. Su explicación fue reveladora.

—Creí que iría a una *ondai*. ¿Por qué desistió? —le pregunté.

—Las *ondai* son demasiado caras. Decidí seguir dando clases particulares de piano.

—Pero ¿por qué literatura rusa?

—En la época en que frecuentaba un *teijisei* en Yokohama, mi madre solía llevarme al restaurante Zakuro, cerca de Chinatown. Le gustaban los sushis de allí. Un día oí a dos señores mayores hablando de Solzhenitsin y de la vida en el gulag. Uno explicaba: «Un tema recurrente de la literatura rusa es la

relación entre el torturador y su víctima». Me hizo pensar en mi relación con Kazu. De inmediato me puse a leer a ese autor, así como a Dostoievski. Poco a poco me entraron ganas de estudiar literatura rusa. No me he arrepentido. Ahora entiendo ruso y a veces me encargan trabajos de traducción.

Jirō me contó que el señor Miwa era un repatriado de Siberia. Yo no lo sabía. Pensé en el señor T., un ejecutivo de Goshima. Su padre también fue enviado a Siberia.

—¿Y ahora vive frente a ese restaurante, el Zakuro? —pregunté intrigado a Jirō.

Sonrió, algo incómodo.

—Me casé con la hija de los dueños. Nos conocimos en el coro universitario. Mi mujer adora las canciones rusas.

De pronto mi hija me llama:

—¡Mira, papá! —Me muestra una hoja de papel en la que ha escrito un gran *kanji*: «Wa».

—¡Qué bonito! ¿Qué significa?

—¡Paz, unión, armonía, Japón! —contesta, orgullosa.

—¡Excelente!

Satisfecha, deja la hoja sobre la mesa y sigue practicando caligrafía. Por un instante mi mirada se posa en ese ideograma «wa», todavía húmedo de tinta china. El señor Miwa, la señora Wada, Sawako Akitsu, todas esas personas tienen ese *kanji* en sus nombres para el sonido «wa», antiguo nombre de nuestro país. De pronto me doy cuenta de que el apodo del alumno fallecido, Kazu, se escribe de manera similar.

Sigue cayendo una lluvia fina. Me concentro de nuevo en mi lectura, el mundo del gulag.

Camino por el dique. El agua del río centellea al sol de la tarde. En la orilla hay algunos pescadores. Estoy yendo a trabajar. Es lunes.

Tengo calor, me quito el jersey. Cuando lo guardo en mi mochila recuerdo que Haruko me ha pedido que recogiera *tsukushi*. En este período abundan a lo largo del dique. Miro el reloj y bajo. Los recojo uno a uno y los meto en una bolsa de plástico.

Cada primavera, Haruko cocina esos tallos con esporas con huevos revueltos o en la sopa. Dice que ayudan a prevenir el cáncer, la arteriosclerosis, la polinosis, etcétera. ¡Son buenos para la salud! Pero lo que más me gusta es su ligero amargor, que es único. A mi padre le encantaban.

La temporada de los *tsukushi* coincide con el final del año lectivo. Siento nostalgia al pensar en los alumnos que pronto se irán. Me gusta la poética sonoridad de ese nombre, que podría haber sido el de mi *juku*. Es una palabra de origen japonés, cuyos dos *kanji* significan «pincel de tierra».

Descanso sobre una piedra y contemplo el azul pastel del cielo sin nubes. Pasa un avión, que dibuja una línea larga, muy recta. Se dirige hacia el océano Pacífico. «¿Adónde irá? ¿A Vancouver, Los Ángeles, São Paulo?» Los aviones suelen recordarme la época en que trabajaba en Goshima.

Renuncié a trasladarme a São Paulo por mis hijos. Cuando oía a mi hija cantar alegremente «Las gafas de las libélulas», no podía imaginarme inscribiéndola en una escuela extranjera. A mis colegas les parecía muy timorato de mi parte rechazar el traslado. Pero yo no me arrepiento.

Desearía que mis hijos se educaran e instruyeran en Japón, al menos hasta el final del instituto. No quisiera que vivieran en el extranjero sin haber conocido antes su propia cultura, nuestras tradiciones, nuestra historia. No serían japoneses si no supieran nuestras maravillosas canciones, si no conocieran nuestra literatura única, si no hubieran experimentado la exuberancia de nuestra naturaleza, con sus cuatro estaciones claramente definidas. Para mí, es una cuestión de identidad y raíces.

Pienso en mi excolega en Montreal. Si yo hubiese estado soltero, como él, habría aceptado trabajar lejos. En tal caso, ¿qué echaría de menos al pensar en Japón? Además de mi familia y mis amigos, sin duda la comida. El pescado fresco, la fruta dulce, las sabrosas verduras. También las flores de los cerezos, el ardiente sol del verano, las hojas color carmín del arce, el cielo límpido del invierno...

El avión ha desaparecido. La estela ha perdido su forma. Me incorporo. Debo apresurarme para llegar al *juku*. Recojo la bolsa llena de *tsukushi* pensando: «¿Habrá en Montreal?».

—¡Buenos días!

Un hombre me ha saludado mientras volvía a subir por el camino del dique. Tiene sus accesorios de pesca en la mano. Reconozco su gorra elegante y sus gafas de montura negra. Es el hombre que vi en la orilla y el autobús. Su rostro ovalado sigue resultándome familiar. «¡Pero claro! ¡Se parece a un compositor de canciones para niños encantadoras!» Contento de cruzármelo de nuevo, le digo buenos días mientras me inclino. Él se fija en mi bolsa de *tsukushi*.

—¡Qué, buena cosecha!

Sonrío.

—Es usted el propietario del *juku* Tonbo, ¿verdad? —continúa.

—Sí. ¿Nos conocemos? —le pregunto, sorprendido.

—No. Pero he visto su foto en el folleto del *juku*. El hijo de mis vecinos es uno de sus alumnos.

—¿De veras?

El hombre habla abiertamente.

—Me gustan mucho sus principios educativos. No tengo hijos, pero si los tuviera los enviaría con gusto a su establecimiento.

Me siento un poco cohibido. Aprueba que le conceda tanta importancia a la lengua japonesa, cuando muchos otros *juku* dedican demasiado tiempo a los cursos de inglés.

—Me gustaría que las escuelas regulares siguieran sus principios: no es

necesario que los niños aprendan inglés en el marco de la enseñanza obligatoria.

Me mira con simpatía. Muy contento por su observación, digo:

—Cuando quiera asistir a una clase, será usted bienvenido.

—De hecho, hace poco intenté hablar con usted por teléfono —contesta, algo confundido—, pero la secretaria me dijo que no concedía entrevistas.

De repente, ya no me siento a gusto. «¡De modo que era él! ¡Es periodista!» Vuelvo a ver el rostro de K., el gacetillero que pretendía ser periodista. Dudo de que se acuerde de sus chismes sobre mi padre. Sigo preguntándome qué habrá hecho con la carta de Akitsu. Cada vez que oigo su nombre siento náuseas.

—Lo siento, pero por principio no concedo... —le digo al señor de la gorra elegante.

—No se preocupe —me interrumpe—, ya no le molestaré.

Me entrega su tarjeta aclarando que es crítico musical. Trabaja para una radio de Tokio, donde presenta canciones tradicionales.

—Es mi pasión —añade—. Tenemos tantas canciones preciosas en Japón, con letras tan bonitas y refinadas como novelas clásicas... Es una lástima que se enseñen cada vez menos en las escuelas.

Pienso en Haruko, que dice justo lo mismo. Ahora entiendo por qué le gustan mis principios: «La base es el *kokugo*». Confiesa que le encanta la canción «Akatonbo». Me canta con voz clara la primera estrofa: «Una libélula roja bajo el sol encendido...». Al escucharlo, pienso en mi padre. Cuando le menciono el proyecto de mi mujer, el crítico musical dice enseguida, como la señora Wada:

—¡Me encantaría formar parte de ese coro!

Me habla de nuestra economía, del precio de las acciones, que sube sin parar aunque el PNB esté estancado. Nos creemos ricos y gastamos sin límite.

Repite la palabra «anormal». Como a mí, le preocupa el futuro. Cuando menciono la crisis de los tulipanes de Holanda, me toma el pelo.

—¡No me asuste! Estamos en plena época de tulipanes.

Me rio. A pesar de todo me anima.

—Su establecimiento es de mucha calidad. Nunca pierda ese espíritu. Su *juku* sobrevivirá a una posible recesión. ¡Estoy seguro!

—¿Conoce al señor Miwa? —le pregunto en el momento de despedirnos.

—¿Se refiere al antiguo propietario de la tienda de instrumentos musicales?
¡Por supuesto! Nos conocemos desde hace años. Si lo ve, ¡salúdelo de mi parte!

Llego al *juku* Tonbo.

La señora Wada me saluda con su gran sonrisa de siempre.

—¡Buenos días, señor Tsunoda!

Tengo sed. Lleno un vaso con agua del grifo. Mientras me la bebo, veo los tulipanes rojos en el jarrón. Están completamente abiertos. «¿Cómo se puede ser tan alegre como la señora Wada?», me digo. Nunca la he visto de mal humor. Me repito: «¿Cómo?». Está ordenando los formularios de inscripción.

Me siento en mi despacho. Agenda en mano, la señora Wada enumera los nombres de las personas que han venido hoy. Al escuchar su voz serena, me doy cuenta de que pronto cumplirá sesenta años. Nació en 1927, el mismo año que mi padre.

La señora Wada trabaja en mi *juku* desde el principio. Es muy buena administradora. Aunque se ajusta a mis principios, a veces hace sugerencias pertinentes. Nuestros alumnos la quieren mucho. Su presencia es muy importante para nosotros. Espero que pueda quedarse largo tiempo.

Recuerdo muy bien el día que la vi por primera vez. Era la época del *bon*, a mediados de agosto. Hacía calor, las cigarras cantaban ruidosamente. Yo acababa de terminar las gestiones legales para abrir el *juku* y de repartir folletos.

Cuando apareció, yo estaba barriendo ante la puerta de entrada. Pensé que querría información sobre el *juku* para su hijo. Me equivocaba. Buscaba trabajo. «Cualquier cosa, limpieza, por ejemplo.» La petición me incomodó,

pues daba la impresión de ser una persona instruida. De todos modos yo no estaba aún en condiciones de contratar a un ayudante: no tenía idea de cuántos alumnos tendría. Me quedé con su currículum y le prometí que la llamaría en cuanto necesitara su ayuda.

Una vez que se fue, leí su currículum. Cincuenta y cuatro años. Viuda. Sin cargas familiares. Hacia finales de la guerra había terminado el instituto de mujeres de Usa, en la prefectura de Ōita, en Kyūshū. Una vez llegada a Tokio, había trabajado durante cinco años como recepcionista en una empresa comercial tan prestigiosa como Goshima, y durante diez como secretaria en una gran tienda de ropa. Parecía perfecta para el trabajo de oficina. No podía contratarla como empleada de limpieza.

No sé por qué, pero después de la visita de la señora Wada, enseguida recibí unas cincuenta inscripciones. Además, el teléfono no paraba de sonar. Entonces le propuse que viniera a trabajar. Desde el primer día comprobé que estaba realmente dotada para la administración. Además, se divertía hablando con los adolescentes.

Cerrando su agenda, la señora Wada concluye:

—¡Eso es todo! Tiene correspondencia.

Me entrega tres cartas, una de las cuales es de Jirō. Sin duda, de agradecimiento por su visita del otro día. La leeré más tarde. Suena el teléfono. La señora Wada contesta con vivacidad a alguien que pregunta por el curso de ikebana. Cuando cuelga, le digo:

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Lo que quiera. Estoy a su servicio, señor Tsunoda.

—¿Por qué eligió mi *juku*?

—¡Por el nombre: Tonbo! —contesta sin dudar, como si se hubiera esperado la pregunta.

«¿Por el nombre?»

—Di con su *juku* por casualidad —dice sonriendo.

Su respuesta me sorprende. Me comenta que un día pasaba frente a este edificio cuando volvía del dentista y el cartel llamó su atención. Se detuvo largamente en la palabra «TO-N-BO» en *katakana*. Ese mismo día preparó su currículum y al siguiente regresó para ofrecerme sus servicios.

—Entonces, ¡cayó embrujada por el nombre Tonbo!

Ella estalla en una carcajada.

—Cuéntele esta anécdota a su hija, que fue la que eligió ese nombre encantador.

—¡Por supuesto! Se pondrá muy orgullosa.

—Su hija me recuerda a mi hija.

—¿Perdón?

—Tuve una hija. Murió a los diecinueve años.

No digo nada. Es la primera vez que me habla de su hija.

—En realidad —sigue—, perdí a mi marido y mi hija al mismo tiempo, en un accidente de coche.

No sé qué decir. Pienso en las palabras de Haruko: «Seguir viviendo es en sí algo extraordinario».

—Después de esa tragedia —prosigue la señora Wada con tranquilidad— ya no tenía fuerzas para trabajar. Me encerré en casa durante diez años. Pero cuando vi el nombre de su *juku*, sentí unas ganas repentinas de acudir a pedir trabajo.

Le pregunto qué hacía su hija.

—Estudiaba en una *ondai* —dice, y los ojos le brillan—. Le encantaba cantar. Como a su mujer y como a mí.

—Diecinueve años. Tan joven... —murmuro.

—¿Conoce las *usubaki-tonbo*? —me pregunta.

—Sí. Mi padre me habló de ellas cuando yo era pequeño.

Le repito lo que me contó. Esas libélulas llegan a Japón posiblemente desde países cálidos: el sudeste asiático, las islas del sudoeste. Una vez en Kyūshū, suben hacia el norte, a Hokkaidō. Por desgracia, no sobreviven al invierno japonés. Mientras repito la historia, vuelvo a ver a Jirō corriendo hacia el norte: Fukuoka, Kobe, Yokohama, Tokio... La señora Wada me pregunta también:

—¿Sabe que asimismo las llaman «libélulas-almas de los muertos»? Como aparecen durante la época del *bon*...

—Sí. Me parece muy poético.

—Pensé que era el alma de mi hija la que me había conducido hasta aquí — dice sonriendo.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Emocionado, imagino que el alma de mi padre me hizo elegir la palabra *tonbo* a través de mi hija para invitar a Jirō a venir a verme. Jirō, ese alumno por quien mi padre se preocupó hasta su muerte.

Abro la carta de Jirō. Su caligrafía meticulosa se parece a la de mi padre.

«Buenos días, señor Tsunoda...» Jirō expresa con gran cortesía su agradecimiento por el otro día. Para mi sorpresa, está pensando organizar una reunión de exalumnos del curso de mi padre. Primero, escribe, se pondrá en contacto con Akitsu. Si ella acepta, fijaremos el lugar y la fecha. Tal vez sea en Kobe, durante la época del *bon* de este año... Me pregunta: «¿Participaría usted?». Me digo: «¡Con mucho gusto!».

Tsukushi

Es sábado, 3 de diciembre. Hoy Mitsuba, mi única hija, cumple trece años.

Estoy de pie ante la ventana de la sala. El cielo se halla cubierto desde esta mañana. Según el parte meteorológico, no saldrá el sol en toda la jornada. Así está el tiempo desde hace unos días. La temperatura es bastante alta: un máximo de dieciséis grados. Quizá demasiado caluroso para la época. Me temo que este año no tendremos la fortuna de ver la nieve.

Mirando el cielo encapotado trato de recordar qué tiempo hacía el día en que nació mi hija: «¿Hacía bueno o estaba nublado, o era más bien lluvioso?». Di a luz temprano por la mañana, en un hospital en el campo, al norte de Tokio. Vuelvo a verme acostada en la cama de la habitación privada. Flores frescas, rosas, orquídeas, fresias, adornaban el alféizar de la ventana. Estaba sola, esperaba que me trajeran a mi bebé. Reflexiono: «¿No miré el cielo por la ventana?». Qué extraño... No recuerdo en absoluto qué tiempo hacía aquel día.

Son las tres de la tarde. Mitsuba volverá pronto de su clase de violín. Debe de estar cansada. Esta mañana ya ha jugado al tenis en el centro deportivo. Me siento en la sala y espero a que el pastel en el horno esté listo. Es de chocolate, y a Mitsuba le encanta. Esta noche celebraremos su cumpleaños. Pienso en lo que aún debo preparar para nuestros invitados.

Seiji, nuestro hombre para todo, está barriendo el porche y la entrada del garaje. Su mujer, Tomi, nuestra empleada doméstica, ya ha limpiado las habitaciones de la planta baja. He decorado con ikebanas los baños, el

vestíbulo y la sala. Acabamos de recibir los ingredientes para los platos favoritos de Mitsuba: sushi, *shūmai* y *ebihurai*. Los prepararé con Tomi, que volverá de descansar dentro de una hora. Hay bebidas en abundancia. Creo que todo va bien.

Pienso en nuestros invitados. En primer lugar, nuestras familias: mis suegros, mi cuñada, su marido, sus dos hijos, mis padres. Luego nuestros amigos: el señor Mori, la señora Matsuo y sus gemelas. Antes venían también mi hermano con su mujer y su hija, pero no este año. Desde la pasada primavera viven lejos de aquí, en Sapporo, adonde mi hermano fue trasladado por la empresa en que trabaja. De modo que habrá doce invitados.

Mitsuba siente mucho que su prima no vaya a venir. Tienen la misma edad y se llevan muy bien. En cambio, está contenta de que las hijas de la señora Matsuo hayan aceptado la invitación. Van a la misma escuela, el colegio H. La señora Matsuo quería que sus hijas asistieran sin ella, pero yo insistí para que la madre se sumara también. Su marido está en este momento en un viaje de negocios en el extranjero. Es interiorista. Según la señora Matsuo, además es un buen pintor.

Mi marido y yo conocimos a los Matsuo hace dos meses, en la fiesta deportiva anual del colegio H. Más tarde hablé por teléfono con la señora Matsuo tres o cuatro veces, siempre en relación con las actividades escolares de nuestros hijos. Al charlar con ella me dio la impresión de que podríamos ser buenas amigas, como nuestras hijas. Tenemos la misma edad.

El señor Mori, por su parte, es un fotógrafo independiente, al que mi marido conoce desde hace mucho. Es viudo. Su mujer falleció de un cáncer de útero hace seis meses. La pareja pasó una década en Sapporo antes de instalarse otra vez en Tokio, su ciudad natal. El señor Mori vive ahora con su anciana madre.

A decir verdad, no he visto al señor Mori más que en dos ocasiones, poco

después del fallecimiento de su mujer. La primera vez llegó a nuestra casa para fotografiar a Mitsuba. Y la segunda, a traernos las fotos reveladas. Eran muy artísticas. También es un pianista aficionado. En aquella segunda ocasión, Mitsuba hizo un dúo para violín y piano con él. Mi hija y yo nos quedamos impresionadas por su manera de tocar. Mi marido dijo: «¡No está mal!». Y fue Mitsuba quien nos sugirió que lo invitáramos a su fiesta.

El olor a pastel de chocolate comienza a extenderse por la casa. Habrá que sacarlo del horno dentro de unos minutos. Levanto la mirada un instante hacia la araña del techo, decorada con prismas de cristal. De pronto me doy cuenta de que no he comprobado el número de velas. Usamos cuarenta y nueve para el cumpleaños de mi marido, poco antes de la fiesta deportiva en el colegio H. Espero que queden al menos trece.

Entro en la habitación contigua al comedor. Abro la caja de las velas, que está en el armario. Al contarlas, suspiro aliviada. Todavía hay quince. Todas blancas. No veo cerillas, pero no es un problema. No es necesario pedirle a Tomi que vaya a comprarlas. Creo haber visto unas cajas en el cajón de la mesilla de nuestro dormitorio. Mi marido fuma a veces. Por lo general usa un encendedor, pero se trae a casa las cerillas que le dan ocasionalmente en los bares o restaurantes. El pastel de chocolate está listo. Lo saco del horno y lo dejó sobre la mesa de la cocina. «¡Perfecto!» Satisfecha, voy al piso de arriba a buscar cerillas.

Entro en nuestro dormitorio. Las sábanas de nuestras camas están bien estiradas. Voy hacia la mesilla de noche, entre las dos camas. Tiro del cajón y veo en el interior gemelos, alfileres de corbata, bolígrafos, dos encendedores y cajetillas de cerillas. «¡Ah, aquí están!» Escojo la cajetilla con la imagen más bonita: dos *tsukushi* pintados a la acuarela. La imagen me provoca curiosidad. Me siento en la cama y la miro por un instante.

Los dos *tsukushi* se yerguen, casi del mismo tamaño, contra un fondo de

tonos pastel. Son de color carne, con matices distintos: uno más oscuro, el otro más pálido. Sin darme cuenta murmuro: «Sensual...». Miro el otro lado de la caja. Hay una palabra escrita en inglés, *fraternity*, abajo a la derecha, muy discreta. El color del fondo también es en tonos pastel. No hay dirección ni número de teléfono, como suele ser el caso de los restaurantes, cafés o bares. Qué raro. En todo caso, la imagen de los *tsukushi* me gusta mucho. Me meto la cajetilla en el bolsillo del pantalón.

Voy hasta la ventana y miro hacia abajo. Seiji ha limpiado con cuidado el césped y la entrada del garaje. Desde aquí se ve el sendero que lleva al patio trasero, donde están el trastero, la huerta y el estanque. A la izquierda del edificio principal se halla el pabellón donde practico *koto* e *ikebana*. A la derecha está el otro pabellón, donde viven Seiji y Tomi. Es un terreno grande. De hecho, nuestra casa es la más grande del barrio H. La gente la conoce por nuestro apellido: Sumida.

Alzo la mirada al cielo, uniforme y gris. De nuevo trato de recordar el tiempo que hacía el día en que nació mi hija. En vano. Con la cabeza en otra parte, me quedo inmóvil. «Ya han pasado trece años...», murmuro.

Mitsuba nació en 1981. En abril de ese mismo año, me casé con Takashi Sumida, el hijo del presidente del banco Sumida, un banco prestigioso de Tokio.

Nací en Kobe. Mi padre era ejecutivo de una empresa de fibras sintéticas con sede central en esa ciudad marítima. Cuando tenía diez años, a mi padre lo mandaron a la sucursal de Tokio en calidad de director. Allí nos instalamos todos.

Mi familia tenía una posición bastante desahogada. Mi madre se quedaba en casa para cuidar de mi hermano y de mí. Pudimos recibir una buena educación. Cuando se hizo analista financiero, mi hermano consiguió un trabajo en una correduría. Yo estudié historia del arte japonés en un buen *tandai* privado. A modo de pasatiempo seguí cursos de *koto*, ikebana, piano y lenguas extranjeras. Después de estudiar, trabajé en una empresa de importación y exportación importante, muy prestigiosa.

Con respecto a la carrera de las mujeres, mis padres son muy conservadores, sobre todo mi padre, que detesta la expresión *kyaria-ūman*. Deseaban que me casara, como muy tarde a los veinticuatro años, con un hombre que tuviera un empleo estable, un funcionario, por ejemplo. Pero me animaban a seguir con mis actividades artísticas, algo que les agradezco mucho. Mi madre practica la ceremonia del té y el ikebana. Es una apasionada del *tanka*.

Mi familia sigue viviendo en Tokio. Y allí conocí a mi marido, Takashi Sumida. Aunque vivo desde hace mucho en esta inmensa metrópolis, echo de menos Kobe. Siento la necesidad de visitar regularmente esa ciudad moderna y cosmopolita que me encanta.

La empresa que me contrató cuando terminé de estudiar se llamaba Goshima. Me destinaron a la oficina del departamento de asuntos generales. Mi trabajo no tenía nada que ver con mis estudios. Yo no tenía intención de quedarme más de tres años. Pero tampoco quería casarme pronto, como deseaban mis padres. Deseaba viajar al extranjero, sobre todo a países francófonos.

Después de dos años y siete meses en Goshima, anuncié mi dimisión para el 17 de marzo del año siguiente, fecha en que cumpliría los veinticuatro. Era noviembre de 1980. Empecé a preparar un viaje a Montreal, a buscar una familia de Quebec que me pudiera hospedar durante tres meses. Ya había estado en esa ciudad con mi familia en 1976, el año de los Juegos Olímpicos. Después de Quebec, pensaba viajar a Francia y a Bélgica. A fin de ahorrar dinero para esos viajes, daba clases privadas de *koto* los fines de semana.

En esa época, mis padres me propusieron un *miai* con el hijo de un conocido, un ingeniero en el Ministerio de la Vivienda. Me mostraron su foto. Su cara me causó una buena impresión. Era un hombre de familia respetable, con estudios superiores y un buen trabajo. Me decía: «¿Por qué no? Si en la primera cita no me gusta, solo tendré que decir que no». Prometí a mis padres que lo conocería a mi regreso de Montreal.

En Goshima, poco antes de mi dimisión, me pidieron que reemplazara a una recepcionista que estaba en el hospital tras haber sufrido un accidente. Curiosa, acepté. De hecho, aquel encargo me gustó mucho. Me divertía hablando con los clientes. Les gustaba mi manera de atender y la empresa

intentó en vano convencerme de quedarme más tiempo. Algunos clientes y empleados me enviaban mensajes tiernos e invitaciones a cenar. Me sentía halagada. Entre ellos, un empleado que se llamaba T. Aoki.

T. Aoki era un *shōsha-man* típico. Viajaba sin descanso al extranjero para vender y comprar productos diversos. Por ser un empleado joven le pagaban bien. Inteligente, deportista, honesto y estudioso, gozaba de la confianza de sus compañeros. En efecto, era uno de los *shōsha-man* más prometedores. A sus superiores les gustaba que se comportara con humildad a pesar de su gran competencia.

T. Aoki y yo acudíamos una vez por semana a la misma escuela de lenguas extranjeras. Los dos estudiábamos francés. Su nivel era más alto que el mío. Nuestras clases terminaban a las nueve de la noche. Después íbamos juntos a un café.

T. Aoki me atraía, sobre todo después de nuestro primer encuentro en el café. Y notaba que yo también le gustaba. Sin embargo, no quería formar una familia con un *shōsha-man* que viajaba sin parar. De modo que trataba de mantener las distancias.

Fue en esa época, trabajando como recepcionista, cuando conocí a Takashi Sumida.

En Goshima todo el mundo conocía el nombre de Takashi Sumida, el heredero del banco Sumida, que financiaba nuestra empresa.

Era un hombre de talla y corpulencia medianas. Su rostro dulce se parecía al de un actor famoso. Su mirada seductora llamaba la atención de las empleadas de Goshima, que decían extasiadas: «Es guapo, encantador, inteligente. ¡Y además, todo un caballero! Aunque sea el heredero de una gran empresa, mantiene una actitud humilde y respetuosa».

Nos preguntábamos por qué un hombre tan encantador seguía soltero. Teníamos curiosidad por saber con qué tipo de mujer terminaría casándose. Una de mis colegas bromeaba: «¿Takashi Sumida? Para mí es solo un bonito sueño. Si estuviera casada con un hombre así, tendría que estar dispuesta a compartirlo con otras mujeres, lo que no me dejaría dormir de noche. En el caso de una mujer común como yo, sería poco realista». Yo la escuchaba riendo.

Un día, Takashi Sumida se presentó en la recepción: tenía cita con nuestro presidente. Su ropa, de un tono refinado, se veía de gran calidad. Charló unos minutos conmigo, escrutándome con su particular mirada. Sobre el mostrador de la recepción había un ikebana que había hecho yo. Reconoció enseguida el nombre de mi escuela, Sōgetsu. Me quedé impresionada; en general, la gente no distingue bien las distintas escuelas. Cuando se alejaba de la recepción me dio las gracias por mi manera de expresarme, franca y amistosa.

Aunque el encuentro fue muy breve, sentí que los rumores que corrían sobre

él estaban muy fundados. Mi compañera tenía razón: no era realista soñar con vivir con un hombre como aquel.

Fue a principios de marzo de 1981, poco antes de mi dimisión en Goshima. T. Aoki recibió una buena noticia: la empresa tenía intención de enviarlo tres años a la sucursal de París como jefe de sección. Todavía era una decisión extraoficial, pero si todo iba bien su estancia allí podría prolongarse.

En aquella época yo ya estaba casi lista para mi viaje a Montreal, dos meses antes de la fecha prevista por mí. Se suponía que al regresar tendría que conocer al ingeniero del Ministerio de la Vivienda que mis padres habían elegido. Pero ese *miai* no me tentaba. La presencia de T. Aoki cada día era más importante para mí. Cuando me anunció la noticia de esa decisión extraoficial, me quedé preocupada. «¡Tres años en París! Ya no lo veré más.» Lo lamentaba, pero parecía demasiado tarde para todo.

Al día siguiente del anuncio inesperado me marché a Kobe por un asunto familiar. Para mi sorpresa, T. Aoki me había seguido en el *shinkansen* a fin de declararme sus sentimientos. Me propuso matrimonio, asegurándome que después del traslado su vida se estabilizaría. Contentísima, acepté. Todo era muy teatral. Llegamos a Kobe. Allí dimos un paseo muy agradable por un barrio elegante.

Decidimos no hablar con nadie de nuestro compromiso hasta que su nombramiento en París fuera oficial, el 17 de marzo. Esa era también la fecha de mi cumpleaños y de mi dimisión. Esperábamos el día con impaciencia.

Inmediatamente después de nuestra romántica estancia en Kobe, uno de mis superiores me citó en su despacho. Me dijo: «El hijo del señor Sumida ha

sentido un flechazo por usted». Yo estaba estupefacta. Entendí que se trataba de una petición de matrimonio. Sin mencionar el nombre de T. Aoki, le dije que acababa de comprometerme.

Yo no sabía cómo, pero en Goshima todo el mundo se había enterado. «¡Increíble! —decía la gente—. El joven Sumida le ha propuesto matrimonio a la señorita Tanase.» Algunos creían que yo ya había aceptado.

Ese mismo día, mis padres recibieron dos llamadas sorprendentes, una inmediatamente después de la otra: la primera, del presidente de la empresa de mi padre, y la segunda del de Goshima. Mis padres estaban estupefactos.

—La familia Sumida es demasiado rica para nosotros. Ese matrimonio no funcionará —dijo mi padre.

De hecho, a su empresa también la financiaba el banco Sumida, en particular la sucursal de Tokio, de la que mi padre era director.

—No olvides al ingeniero del Ministerio de la Vivienda —dijo mi madre, presa del pánico—. ¡Está esperándote desde hace cuatro meses!

Entonces confesé a mis padres mi compromiso con T. Aoki. Se quedaron atónitos. Mi padre estaba muy disgustado.

—¿Por qué no me avisaste antes de algo tan importante?

Mi madre estaba estupefacta.

—¿Qué significa todo esto? Hay tantas chicas que no consiguen procurarse un marido... ¡y tú, con tres hombres que quieren casarse contigo de inmediato!

Sin embargo, mi padre, aliviado, dijo:

—Bueno, tenemos una excusa para rechazar la propuesta de la familia Sumida. En cualquier caso, no quiero casarte con su hijo. Nunca me sentiría cómodo con él, futuro presidente del banco Sumida. —Decidió anunciar de inmediato mi compromiso a los padres del ingeniero y a los dos presidentes en cuestión.

Entonces les comenté a mis padres en qué trabajaba T. Aoki. Mi padre casi

se desmaya.

—¿Cómo? ¿Un empleado de Goshima? ¡Esa empresa también está financiada por el banco Sumida! Sin duda, todos los superiores de tu prometido tomarán partido por su patrón, el presidente de Goshima.

Sus palabras me desconcertaron por completo.

Poco después llegó a nuestra casa el presidente Sumida en persona. En presencia de mis padres, me dijo:

—Señorita Tanase, es la primera vez que mi hijo desea casarse. Usted debe de ser una chica muy especial. Él es un buen muchacho. Estoy seguro de que la hará feliz. Por favor, acepte su petición.

Incluso se inclinó ante mí. Yo no sabía qué decir.

«¿Qué debo hacer?» Sabía que rechazar la petición de la familia Sumida podía causar problemas a mucha gente a mi alrededor. Sobre todo a mi padre y a T. Aoki. Me sentía como si la familia imperial me propusiera casarme con el heredero del trono. Sin embargo, a fin de cuentas, se trataba de mi vida. Tenía que decidir por mí misma. Tras una larga y profunda reflexión, acepté, con sentimientos encontrados, la petición de la familia Sumida. El compromiso se anunció de inmediato.

T. Aoki ya no me llamaba. Estaba segura de que estaba conmocionado por el anuncio de mi compromiso con Takashi Sumida. Pero yo creía que él comprendía la complejidad de la situación. Pese a todo, en nuestra desgracia había habido alguna fortuna: él y yo solo habíamos compartido unos pocos momentos íntimos. Y, salvo mis padres, nadie sabía de nuestra efímera relación amorosa.

De modo que me casé con Takashi Sumida. De regreso de nuestro viaje de bodas por Europa, me enteré de que la empresa Goshima, como estaba previsto, había trasladado a T. Aoki al extranjero. Pero no a París, sino a Montreal.

En verdad, justo después del anuncio de nuestro compromiso sucedió otra cosa imprevista. ¡Estaba embarazada! Evidentemente, el bebé era de T. Aoki. Yo estaba desconcertada. Nos habíamos acostado solo una vez, en aquella excursión improvisada en Kobe.

Era una situación muy vergonzosa. Si se descubría, se armaría un gran escándalo. Una humillación para mí, para mi prometido y para nuestras dos familias. «¿Qué debo hacer?» Estaba decidida a no decírselo a mis padres. Quedaba fuera de discusión confesárselo a T. Aoki: lo había traicionado, fuera cual fuese la razón. Ni siquiera me atrevía a imaginarme reconciliándome con él a causa del bebé.

El feto tenía casi un mes. Yo me repetía: «¿Qué debo hacer?». Si pensaba en la palabra «aborto» me ponía a temblar. Conocía algunas chicas que habían abortado. Una había sido amiga mía en el instituto. Tenía un temperamento alegre. Después de la operación, sin embargo, se deprimió y hasta intentó suicidarse.

Desesperada, no paraba de darle vueltas al asunto. Al final, me sentí preparada para criar a mi hijo sola en alguna parte, lejos de Tokio. Le confesé mi estado a Takashi Sumida, mi prometido, con quien aún no había hecho el amor.

—Tenemos que cancelar nuestro compromiso —le dije.

Su reacción fue una sorpresa total. Aunque extrañado por mi relación con T. Aoki, me dijo:

—Lo lamento por ese empleado de Goshima, pero no quiero romper nuestro compromiso.

—Es imposible, pues no tengo la intención de abandonar a mi hijo.

—Por supuesto que no —replicó, como si fuese la cosa más natural.

Desconcertada, la pregunté qué proponía hacer con mi hijo.

—Criarlo como si fuera nuestro. Seré su padre.

Yo no daba crédito a lo que oía. Su mirada traslucía determinación. Me pareció que esa era la medida de su amor. Tras un momento de silencio, asentí con la cabeza. Él sonrió; parecía muy feliz. Por supuesto, me pidió que aquello quedara entre nosotros.

Por fortuna, no había pasado mucho tiempo entre el comienzo de mi embarazo y nuestro primer encuentro en privado. La gente creería que era un bebé un poco prematuro o el fruto de relaciones prematrimoniales. Nuestra boda se celebró enseguida y nos marchamos de luna de miel a Europa.

Pasamos nuestra primera noche en un hotel en Bruselas. Yo aún no estaba lista para hacer el amor con mi marido. Con todo lo que me había ocurrido, me sentía confundida.

—No se puede lamentar el pasado indefinidamente —me dijo Takashi Sumida con voz serena—. Haré lo posible por ser un buen marido. Esperaré hasta que estés lista para hacer el amor conmigo, quizá unos meses después del nacimiento de «nuestro» bebé. Por el momento, disfrutemos de visitar los museos que te gusten.

Su delicada sensibilidad me conmovió.

Mi marido me colmó de cuidados y atenciones durante todo el embarazo.

Tras la luna de miel, nos instalamos en una casa de campo de la familia Sumida. El hospital estaba a unos minutos en coche. Mi marido me presentó a

un obstetra con el que me sentía cómoda. Cuando él tenía que ausentarse por trabajo, invitaba a mis padres a aquella finca tranquila, ubicada a orillas de un lago. Me dijo que después del parto nos trasladaríamos a casa de su abuelo, fallecido el año anterior.

—Es una gran casa occidental. ¡Espero que te guste! —dijo sonriendo.

Cuando nació Mitsuba, mi marido era feliz teniéndola en sus brazos.

—¡Soy tu papá!

Permanecimos unos meses más en la casa de campo. Hablábamos sobre la educación de «nuestra» hija. El nacimiento de Mitsuba nos unió.

Al final, volvimos a la ciudad para instalarnos en casa del abuelo de mi marido. Allí me esperaba una sorpresa: mis suegros habían encargado que se construyera en el mismo terreno un pabellón para que yo pudiera practicar el *koto* y el *ikebana*. La idea se le había ocurrido a mi marido.

Empezaba a encariñarme con aquel hombre lleno de delicadeza, y a pensar que había tomado una buena decisión al casarme con él. Poco a poco mi sentimiento de culpa hacia T. Aoki empezó a desvanecerse.

—¡Mamá!

Mitsuba me llama desde el piso de abajo. Ha vuelto de la clase de violín. Bajo a la sala. Sentada en el sofá, está bebiendo un zumo de fruta que ha cogido de la nevera.

—¡Qué bien huele! Qué ganas de probarla —dice, aspirando el olor de la tarta de chocolate procedente de la cocina.

Sonrío. En la mesa baja está el correo que ha traído del buzón. Hay más de diez cartas, como de costumbre.

—¿Ha estado bien la clase de violín? —le pregunto mientras las recojo.

—Sí. Mi profesor ha dicho que he progresado mucho. Podré participar en nuestra próxima presentación anual. ¡Como solista!

—¡Como solista! —digo, alzando la mirada hacia ella.

La noticia me asombra. Creí que quería dejar de estudiar violín. Está cada vez más absorbida por el tenis, que empezó a practicar este año. Mi marido aún no está al tanto de sus intenciones. En verdad, él fue quien eligió el instrumento. Mitsuba lo toca desde los cinco años. Sería una lástima que abandonara ahora. Me alivia que siga estudiando.

—El concierto de presentación será el 17 de marzo —añade.

—¡El día de mi cumpleaños! —exclamo.

—Exactamente. Elegiré una pieza bonita para ti.

—¡Menudo regalo! Por supuesto, estaré allí con tu padre y todos tus abuelos. Seguro que tus primos y tus tíos también vendrán.

—¡Caramba! ¡Toda la familia! Tengo que practicar mucho.

—¡Claro, Mitchan!

Le sugiero que invite asimismo al señor Mori, el pianista aficionado. Sus ojos brillan.

—¡Buena idea! Me cae muy bien.

Mitsuba se recuesta en el sofá, cansada por la actividad del día. Por la mañana ha jugado al tenis durante dos horas. Después de comer ha hecho los deberes, y luego se ha ido a clase de violín. Con las manos cruzadas en la nuca, mira fijamente el techo. Correo en mano, me siento en el sillón y leo el nombre de cada remitente.

—¿Quién eligió mi nombre? ¿Papá o tú? —inquire sin volverse hacia mí.

La pregunta inesperada me sorprende. Como no contesto enseguida, pregunta otra vez, esta vez volviéndose hacia mí:

—¿Quién lo eligió?

—Yo. ¿Por qué?

Hace una leve mueca. Su buen humor ha desaparecido. ¿Qué se le pasará por la cabeza?

—Es un nombre raro, Mitsuba... —murmura.

Me quedo callada, evitando su mirada.

En efecto, es un nombre inusual. Nunca lo he visto ni oído en ninguna parte. La palabra *mitsuba* significa simplemente «tres hojas», pero designa más bien un vegetal como el cilantro. Una vez Mitsuba se enfadó mucho con la broma que le hizo una de sus compañeras: «¿Querrán tus padres que seas cocinera?». Me acerco a ella y dejo las cartas sobre la mesa baja, frente al sofá.

—¿Qué tienes, Mitchan? ¡Es tu cumpleaños!

Dejo que apoye la cabeza en mis rodillas. Acaricio suavemente su pelo. Repite la pregunta, un poco más tranquila:

—¿Por qué elegiste un nombre como ese?

Le explico que el origen de su nombre se halla en la fecha de mi cumpleaños. El 17 de marzo es San Patricio, fiesta nacional de Irlanda, cuyo emblema es el trébol.

—¿San Patricio? —dice, abriendo mucho los ojos—. ¡Si ni siquiera eres cristiana!

—No, pero quería que tu nombre tuviera un sentido, el que fuera, que te vinculara conmigo. Y eso es todo: pensé en la palabra *mitsuba*. Me pareció muy único.

—Demasiado único... —ironiza ella.

—No olvides que *mitsuba* —sigo comentándole—, cuando indica el vegetal, se escribe en *katakana*, mientras que en tu caso se escribe en *hiragana*.

—¡Por fortuna no soy un vegetal! —exclama sarcástica.

—¡Qué graciosa! —digo un poco enfadada.

—De todos modos, nadie piensa en esa diferencia de escritura —continúa ella—. Por suerte, me llaman con el diminutivo, Mitchan. La gente cree que me llamo Michiko o Mitsuko.

Suspiro.

—Si quieres, puedes cambiarte el nombre por alguno de los nombres del trébol, Shirotsumekusa o Kurōbā.

—¡No! ¡Sería aún peor!

Pone mala cara. Vuelvo a acariciarle el pelo. Se incorpora y mira las cartas sobre la mesa baja. Echo un vistazo a sus hombros fuertes, que me recuerdan a los de T. Aoki. Era aficionado al tenis. El día que Mitsuba me dijo «¡Quiero jugar al tenis!», se me cortó la respiración.

Nunca vi a T. Aoki practicar. Pero siempre pensé que debía de ser muy bueno, ya que se movía con agilidad. Una vez, ya casada, soñé con él jugando al tenis. Miraba sus movimientos ágiles a través del cercado de alambre. Una

pelota amarilla rodaba hacia mí. Él la seguía y se detenía en el momento en que me veía. Me miraba en silencio. Yo bajaba la cabeza.

—¡Mira, mamá! Es del señor Matsuo, el papá de mis amigas —me dice Mitsuba mostrándome una postal.

Miro la tarjeta dirigida a los Sumida. En el sello hay una hoja de arce roja, el emblema de Canadá. Yo creía que el señor Matsuo estaba en viaje de negocios en Estados Unidos. Mitsuba lee en voz alta su breve mensaje:

¡Hola! Acabo de llegar a Montreal. Hace muy buen tiempo, pero ya muy frío. Muchas gracias por haber invitado a mi mujer y nuestras hijas al cumpleaños de su hija. Para nosotros es un honor conocerlos. Feliz cumpleaños y hasta muy pronto.

«¿Montreal?» Estoy perpleja. Es la ciudad a la que trasladaron a T. Aoki después de mi boda. Desde entonces han pasado más de trece años. No creo que aún siga allí. Es un *shōsha-man* muy competente. Además, habla bien inglés, chino y francés. Probablemente la empresa Goshima haya seguido enviándolo a distintos países.

Cuando Mitsuba tenía tres años, se me presentó la ocasión de volver a ver a su excolega, Nobuhiko, que también es amigo de la infancia de mi hermano de Kobe. Después de haber dejado Goshima, Nobuhiko había abierto un *juku* para estudiantes de secundaria. Me dijo que T. Aoki seguía trabajando en Montreal y que aún no se había casado. Me parece que mi hermano tampoco mantiene contacto con Nobuhiko desde hace años.

—La tarjeta ha llegado justo el día de mi cumpleaños —me dice Mitsuba—. ¡Impresionante!

Recupera su buen humor, mientras yo permanezco en silencio. Miro fijamente las letras Mo-n-to-ri-ō-ru escritas en *katakana*. Yo estaba casi lista para pasar tres meses en esa ciudad francófona, pero mi proyecto se vio anulado de golpe.

—¡Mucha nieve! —exclama mi hija.

Miramos juntas la imagen: edificios con escaleras en espiral, totalmente cubiertos de blanco. Mi hija la observa largo rato. No me atrevo a mencionarle ese proyecto que se malogró. Solo le digo que mis padres y yo viajamos allí en 1976, el año de los Juegos Olímpicos.

—No sé por qué —murmura, como para sí misma—, pero siempre me han gustado las casas de ladrillos como esta. Me gustaría ir a esa ciudad.

—¿Por qué no? Algún día irás.

—¿Cuándo? —dice mirándome a los ojos.

—Pregúntale a papá.

Su rostro se ilumina. Sonrío débilmente.

Hacia las seis de la tarde llegan nuestros primeros invitados con un gran ramo de rosas. Son la señora Matsuo y sus gemelas, Maki y Mako.

—¡Feliz cumpleaños, Mitchan!

Encantada de ver a sus amigas, Mitsuba las lleva enseguida a su habitación, en el primer piso. Los otros invitados aparecerán alrededor de las siete. Anoche le sugerí por teléfono a la señora Matsuo que acudiera más temprano para que ella y sus hijas se sintieran a gusto; parecía algo nerviosa ante la perspectiva de conocer a los miembros de nuestras familias, en particular a mi suegro, el presidente del banco Sumida.

En el vestíbulo, la ayudo a quitarse el abrigo. Le digo que mi marido ha ido a buscar a mis padres y al señor Mori.

—¿El señor Mori? ¿Quién es? —me pregunta.

—Un viejo conocido de mi marido. Es fotógrafo.

—Ah, ¿sí? ¿Y su mujer?

—Falleció este año de un cáncer de útero.

—Pobre... ¿Qué edad tenía?

—Cuarenta y ocho años.

—Tan joven...

Se queda callada. Agrego que el señor Mori cuida ahora de su anciana madre.

—Ese hombre debe de estar pasando momentos difíciles... —murmura ella con tono compasivo.

Le digo que no llegué a conocer a su mujer, pues la pareja vivió mucho tiempo en Sapporo y mi marido ha vuelto a frecuentar al señor Mori solo recientemente.

La señora Matsuo mira la araña con forma de estrella que cuelga del techo.

—¡Vaya! Esa araña se parece a la de Mishima.

—¿Mishima? ¿El famoso escritor que se hizo el harakiri?

—Sí.

—¿Ha visitado su casa?

—No, solo la he visto en una revista. Mi marido está buscando una lámpara así. La forma le parece exótica. ¿Dónde la compró?

Le comento que nuestra casa fue construida por el abuelo de mi marido a principios de los años cincuenta. Encontró esa araña en un anticuario en Londres. Le gustaban las antigüedades.

—Entonces ¡fue Mishima el que imitó el estilo de su suegro! —bromea ella. Me rio. Le propongo visitar la casa.

Primero entramos en la cocina. Le presento a Tomi, que está preparando una ensalada. Le explico que ella y su marido, Seiji, trabajan para la familia Sumida desde que mi marido tenía diecinueve años. Se sorprende.

—¡Cuánto tiempo!

Luego llevo a la señora Matsuo a las otras habitaciones de la planta baja. Las contempla todas con admiración.

—Sueño con vivir en una gran casa de estilo occidental como la de Mishima. De mis conocidos, ustedes son los únicos que tienen una como la de él.

«¿La casa de Mishima?» Reflexiono un instante. Yo también he visto fotos de su lujosa casa en una revista literaria. Pero nunca relacioné la nuestra con la suya. Su estilo rococó, su gran sala, una estatua de Apolo de mármol blanco en medio del jardín. En su casa se da una ausencia total de los objetos

japoneses, como si su propietario japonés se imaginara viviendo fuera de Japón. Me resulta extraña.

—Mishima murió hace veinticuatro años. ¿Qué pasó con su casa? — pregunto a la señora Matsuo.

—Dicen que su mujer sigue viviendo en ella.

—¿De veras?

He visto una foto de la boda de Mishima en un periódico. Su mujer era guapa. Miraba a la cámara con ojos muy serios. Parecía muy nerviosa. Una muchacha normal y corriente con un escritor célebre. Pienso en nuestra ceremonia de bodas. Yo también estaba nerviosa ante tantos desconocidos, sobre todo los periodistas y los ejecutivos de los bancos.

Ahora conduzco a la señora Matsuo al pabellón que se halla a la izquierda del edificio principal.

—Aquí practico el *koto* y el *ikebana* —le digo abriendo la puerta—. Este pabellón fue construido con motivo de nuestra boda.

—¡Encima, con una casa tan grande! ¡Qué afortunada! —dice con un aire muy envidioso.

Le muestro las dos habitaciones con tatamis. Mira las herramientas de *ikebana* y mi *koto*, tapado con una tela con un motivo de camelias. Hay también una pequeña cocina con una mesa y cuatro sillas. Le digo que ese pabellón se usa asimismo para recibir a los invitados a quienes no les gustan las camas de estilo occidental.

—¡Qué maravilla! —dice ella—. Me encantaría disponer de un espacio tranquilo como este. ¡Mis hijas son demasiado activas y parlanchinas!

Habla sin afectación. Su tono siempre es natural y despreocupado. Me gusta. Me gustaría entablar una relación amistosa con ella, como la de mi hija con las suyas. Lo cierto es que carezco de amigas íntimas, aunque quisiera tener una. Cuando cierro la puerta de la entrada, dice un poco incómoda:

—Ya había visto su cara antes de conocernos en la escuela de nuestras hijas.

—¿Dónde me vio? —le pregunto, sorprendida.

—En una revista. Hablaban de su boda en la primera plana: «¡La boda sorpresa! ¡El heredero del banco Sumida enamorado de una recepcionista de Goshima!».

Yo también me siento incómoda. Mi marido se mantuvo soltero hasta los treinta y cinco años. «Un heredero inteligente, encantador y rico.» Despertaba mucha curiosidad. En Goshima todo el mundo se preguntaba: «¿Dónde encontrará una mujer a su altura?».

—En las fotos se les veía a ambos muy elegantes y distinguidos, realmente dignos de una familia tan prestigiosa —prosigue la señora Matsuo—. Nunca creí que algún día la conocería.

—No exagere —le digo enseguida—. Como sabe, provengo de una familia normal y corriente.

—¡Pero no es una mujer normal y corriente!

Según ella, la revista contaba que había terminado mis estudios de historia del arte japonés en buenos *tandai*, que hablaba con fluidez inglés y francés y que era maestra de *koto* y de *ikebana*.

—Me sorprendió que una chica tan instruida fuera recepcionista —añade.

No me apetece contarle por qué me habían asignado ese puesto.

—¡Qué va! —me limito a decirle—. Gracias a ese trabajo conocí a mi encantador marido. Tuve suerte.

—¡Ah, es cierto! ¡Tiene toda la razón!

Y nos encaminamos al edificio principal.

Faltan unos veinte minutos para que lleguen el resto de invitados. Le propongo a la señora Matsuo que me siga al sótano.

Mientras bajamos la escalera, me pregunta si practico otras actividades ligadas al ikebana y el *koto*. Le cuento brevemente lo que hago durante la semana: colocar ikebanas en la oficina de mi marido, reunirme con miembros de la asociación internacional de ikebana de mi escuela, asistir a mi maestra de *koto*...

—¡Tiene todos los días ocupados! —exclama.

En el sótano le muestro primero el lavadero, el trastero y la sala de recreo, donde han instalado una mesa de ping-pong y un billar francés. Me dice que nunca había visto una mesa de billar. Le comento de manera sucinta las reglas del juego. Luego la llevo a la sala del fondo del sótano.

—Aquí Mitsuba practica con el violín. Es una habitación insonorizada —digo abriendo la gruesa puerta.

—¡Insonorizada! Qué bien me vendría una así para mis hijas.

Me rio. Ella observa el piano de cola instalado en un rincón, la mesa redonda, las cuatro sillas, los dos atriles, el sofá cama cubierto por un futón y el gran aparador. A la derecha de la entrada advierte el tocador, el baño y la ducha.

—Esta habitación podría servir como refugio antiaéreo —dice con tono chistoso.

—Por eso la construyeron, no es broma.

—¿Cuándo edificaron la casa? —Me mira con aire perplejo—. No parece tan antigua.

—En 1952. El abuelo de mi marido temía que hubiera otra guerra.

—¿Otra guerra? Pero ¿contra quién? —me pregunta, confundida.

—Contra un país comunista. Era la época de la guerra de Corea. Creía que si Corea del Norte ganaba, con la ayuda de China y la Unión Soviética, Japón sería el próximo objetivo.

—¡Menuda idea! —dice riendo.

—No crea. Las dos Coreas nunca firmaron un tratado de paz, solo un armisticio.

Su rostro palidece.

—Es cierto... Me había olvidado de ello, aunque lo estudié en la escuela.

Le muestro también los instrumentos musicales ordenados en el aparador: balalaica, lira, trompeta, saxofón, guitarra acústica. El abuelo de mi marido compró la balalaica y la lira en el extranjero. Los otros los adquirió mi marido. En vano intentó aprender a tocar. La señora Matsuo me dice que le encanta el trémolo de la balalaica.

Salimos de la sala insonorizada. La guío hacia la puerta de entrada del sótano, que da al patio trasero. Sube los escalones para mirar afuera.

—Vaya, hay otra puerta en la reja de hierro forjado —murmura.

Ahora vamos al primer piso. Al pasar delante de la habitación de Mitsuba, oímos las voces animadas de las chicas. La señora Matsuo observa nuestro dormitorio, el cuarto de huéspedes, el estudio de mi marido, el tocador y el cuarto de baño.

—¡Qué maravilla! —repite.

Nos detenemos ante la ventana del rellano y contemplamos la bonita vista sobre nuestro barrio. Por un instante pienso en la gran casa de Mishima y en la

estatua blanca de Apolo del jardín. También en su mujer, que se casó por *miai* con el célebre escritor. En alguna parte leí que sus familias intercambiaron un *yuinō* después de solo dos encuentros. Me pregunto por qué Mishima tenía tanta prisa por casarse. En mi mente, el rostro tenso de esa mujer se superpone al mío durante nuestra suntuosa ceremonia de bodas.

—El jueves que viene iré a Yokohama —dice.

—¿A Yokohama?

—Sí. Soy de esa ciudad. Voy de vez en cuando, aunque mis padres ya no vivan allí.

Me gusta mucho Yokohama. Solía ir con mi familia de joven, en particular al barrio chino, donde cenábamos todos juntos. Hace mucho que no he vuelto. Es un puerto que me recuerda a Kobe, donde nací.

—¿Irás sola? —pregunto.

—Sí, como de costumbre. Pero sería un gran placer si quisiera acompañarme.

—¿Por qué no? —respondo con entusiasmo—. Esperaba una ocasión para salir con usted. Además, el jueves que viene estaré libre.

—Entonces le mostraré algunos lugares interesantes.

En ese momento vemos que el portón se abre. Un gran coche negro entra lentamente en el jardín. Es mi marido. Acaba de llegar con mis padres y el señor Mori.

Hacia las siete y media, todos los invitados están reunidos en nuestra casa.

Mi marido, un anfitrión excelente, presenta a los miembros de nuestras familias al señor Mori, la señora Matsuo y sus gemelas. Tomi me ayuda a servir el aperitivo. Su marido, Seiji, coloca las sillas. Mi suegro, el presidente del banco Sumida, habla con todo el mundo. Todos charlan en un ambiente amistoso.

Es la hora del bufet. Sentados en una silla o un sillón, todos degustan los platos dispuestos en la gran mesa redonda. Mis padres hablan relajados con mi cuñada y su marido. Mitsuba y las gemelas no se callan ni un instante. La señora Matsuo conversa agradablemente con mi suegra. El señor Mori cuenta anécdotas sobre su profesión a los primos de Mitsuba, que lo escuchan con sumo interés. Mi marido atiende constantemente las necesidades de cada invitado, en particular las de mis padres y de la señora Matsuo.

La cena ha terminado. Ha llegado el momento de servir la tarta de chocolate que he preparado esta tarde. Entro en la cocina. La señora Matsuo me sigue para ayudarme. Le paso las trece velas blancas que ya había elegido.

—¡Qué familia más bonita! —me dice, cogiéndolas.

Está impresionada por la cálida relación de mis padres con mis suegros. Le digo que se debe a mi marido, que no escatima esfuerzos para preservar los buenos vínculos entre las dos familias.

—En efecto, mis padres lo quieren mucho —añado.

—Me doy cuenta. Es un hombre encantador, inteligente y amable. Su marido

es una persona realmente especial.

Coloca con cuidado, una a una, las velas sobre la tarta.

—¿Sabe lo que me prometió cuando me pidió en matrimonio? —le pregunto.

Por un instante, deja la mano en suspenso y me mira a los ojos, intrigada.

—No. ¿Qué le prometió?

—«Haré todo lo necesario para que usted y su familia sean respetadas en el seno de la nuestra. No la haré sufrir.»

—¡Qué bonita declaración! —dice, admirada—. Me recuerda a la del príncipe heredero cuando pidió en matrimonio a su futura princesa Masako, de orígenes humildes.

—Es cierto... Nunca lo había pensado —murmuro.

Me viene a la cabeza la imagen de Mishima, que era mucho mayor que su prometida, igual que mi marido y yo. Él tenía treinta y tres años; ella solo veintiuno. Me pregunto si le haría una declaración tan conmovedora a su futura mujer.

—¡Ya está, señora Sumida!

La señora Matsuo me muestra la tarta de chocolate con las trece velas colocadas a intervalos regulares.

—¡Estupendo! —exclamo.

Saco la cajetilla de cerillas del bolsillo de mi camisa. La que cogí del cajón de la mesita de noche de nuestro dormitorio.

—¡Es mi marido! —exclama mirándola.

—¿Se refiere a la cajetilla? —pregunto, desconcertada.

—No. Me refiero a la pintura de *tsukushi*. Es de mi marido.

—No sabía...

—La hizo a petición del dueño de un bar.

—Entonces su marido debió dársela al mío en la reunión deportiva del

colegio H.

—Es posible...

No parece muy convencida. No le doy importancia. No es más que una pequeña cajetilla de cerillas que reparten de manera gratuita. Miramos la imagen de los dos *tsukushi*.

—Es muy artística —digo.

—Yo la veo erótica —asiente ella con aire pícaro.

La miro, abriendo mucho los ojos.

—Sinceramente, ¡es lo que pienso! Sobre todo ese color piel y la forma. ¡Qué imaginación!

De pronto, estallamos en carcajadas, y nos tapamos la boca con las manos.

Preparo platos y tenedores para servir la tarta. La señora Matsuo me dice que su marido volverá de viaje mañana. Le comento que hoy hemos recibido una postal de su parte.

—Cuando sale de viaje de negocios al extranjero, mi marido me escribe todos los días.

—¿Todos? ¡Qué entrañable!

—Es un maniático de la escritura. Hasta me propuso matrimonio por escrito.

—¿Y por qué no?

—Usó una postal para enviarme un mensaje tan importante como ese. Como si me saludara: «Hola, ¿cómo estás?». Mis padres se quedaron estupefactos: «¡Este muchacho no es serio!».

Me muero de risa. Me cuenta anécdotas cómicas de su marido. Son tan graciosas que no puedo dejar de reír. Nuestra excursión a Yokohama será divertida. Tengo muchas ganas de ir. De repente, mi marido y el señor Mori aparecen en la puerta de la cocina.

—¡Ah, Yūko y Yoshiko, estaba buscándoos! ¿Se puede saber de qué os reís?

—dice mi marido con tono chistoso.

La señora Matsuo baja la cabeza, ruborizada. El señor Mori nos dice que todos están impacientes por probar mi tarta de chocolate. Enciendo de inmediato las velas.

Es casi medianoche. Tras el cansancio del día, me meto por fin en la cama.

Mi marido aún no ha regresado: ha ido a llevar a mis padres y al señor Mori, que viven en el mismo barrio. Se marchó hace hora y media. Tarda cuarenta minutos en ir y volver. Supongo que mis padres lo habrán entretenido en su casa. Suele suceder.

Estoy agotada, pero me siento bien cuando pienso en la velada. Mitsuba estaba de buen humor. Los miembros de nuestras familias estaban contentos de volver a verse con ocasión de un acontecimiento tan feliz. También les complacía la presencia de nuestros amigos: la señora Matsuo y sus hijas, al igual que el señor Mori. Oí que mi suegro decía a mis padres: «¡Qué pareja maravillosa forman Yūko y Takashi!». El comentario me encantó.

Pienso en mi vida, en que todo va muy bien.

Creo que Takashi Sumida es un marido casi perfecto. Es tierno, inteligente y comprensivo. También un buen padre. Los demás lo ven como un *gentleman*, respetuoso con todo el mundo: el chófer, la empleada doméstica, la camarera del restaurante, la recepcionista, el subordinado, el colega... Les habla del mismo modo con que se dirige a los clientes importantes. Es muy raro oír comentarios negativos sobre él. La gente repite: «El señor Sumida es distinguido, un digno heredero de la familia Sumida». Estoy orgullosa de ser su mujer.

Mi marido es paciente y prudente, quizá demasiado. Tarda mucho en tomar una decisión. En eso es muy distinto a mí. Al principio eso solía

impacientarme. Pero al final cambié de opinión para bien, pues sus decisiones siempre son sabias. Al fin y al cabo, es un banquero concienzudo. Si el banco Sumida ha sobrevivido al reciente estallido de la burbuja económica que comenzó a mediados de los años ochenta, se debe en gran parte gracias a su prudencia.

Durante la burbuja, muchos bancos prestaban dinero con más facilidades de lo habitual, apostando a un alza indefinida del precio de los terrenos y los inmuebles. Para conceder una hipoteca, me explicaba mi marido, algunos fijaban el monto en un ciento veinte por ciento del valor estimado, en vez del setenta por ciento habitual. Otros aceptaban en garantía bienes inmuebles cuyos precios estaban muy inflados. Mi marido se oponía con firmeza a esas prácticas. Me repetía: «Un banco no debe asumir semejantes riesgos en un período tan anormal e inestable».

Tenía toda la razón. Tras el estallido de la burbuja, numerosas empresas quebraron. Como era previsible, todos esos bancos codiciosos tuvieron serios problemas, principalmente a principios de los años ochenta, cuando se oía sin cesar la palabra *furyō-saiken*. En la actualidad, incluso se rumorea que hay bancos que están a punto de quebrar. ¡Qué inquietante! Por fortuna, el Sumida parece haber escapado al peligro. Lo que me resulta curioso es que, pese a su naturaleza prudente, mi marido se decidiera tan rápido a pedirme en matrimonio. Estoy segura de que eso debió de sorprender a cuantos lo conocían.

Respecto a la familia Sumida, me llevo bien con todos sus miembros, en especial con mis suegros y mi cuñada. Por supuesto, he tenido que esforzarme mucho para integrarme en esta familia prestigiosa y aprender sus convenciones, muy distintas de las de la mía. Nada me resultó fácil. Pero ahora se me respeta; mi situación es sólida y confortable. Si entre nosotros hay dificultades o problemas, los resuelvo con mi marido.

Yo quería tener dos o tres hijos. Pero ya no pienso en ello. Mitsuba es «nuestra» primera y última hija. Mi marido sufre una deficiencia física que en un hombre es grave. Aunque no me lo haya dicho claramente, supongo que es estéril. Unos años después de casarnos me comentó que de adolescente había tenido paperas.

Aun así llevo una vida feliz con mi marido. Y «nuestra» hija Mitsuba consolida nuestra relación. Para mí, el divorcio es impensable. Además, somos muy ricos. ¿Qué más podría querer? Mis padres, que se habían preocupado demasiado por este matrimonio, ahora están contentos por mí.

La puerta de la habitación se abre muy suavemente. Es mi marido, que ha vuelto de casa de mis padres. Se desviste. Tengo demasiado sueño, no me quedan fuerzas para saludarlo. Me duermo oyendo el leve ruido de la hebilla del cinturón.

Es lunes. Hoy iré a la oficina de mi marido a colocar algunas ikebanas. Es la tarea que cumpla una vez por semana desde hace cinco años. Es también una oportunidad para ver a mi marido entre sus empleados.

Por lo general, tomo un café con él y sus colegas en el salón de té del banco. A veces me encuentro también con mi suegro o mi cuñada, que vive en un barrio cercano. La pausa para el café dura una buena media hora. El ambiente siempre es distendido. Mi marido quiere que me deje ver regularmente en su trabajo. «Eres la mujer del heredero del banco Sumida. Es preciso que nuestros empleados se acostumbren a tu presencia.» Siempre está orgulloso de mí: «Eres inteligente, Yūko. A los empleados les gusta tu manera de hablar, humilde y cortés. Todo el mundo te quiere. ¡Y eres tan guapa!».

Me pregunto qué flores llevaré hoy a su oficina.

Este año he cultivado rosas y crisantemos en nuestro jardín. Salieron magníficas. Mi marido estaba encantado con sus colores vivos y sus formas casi perfectas. Ahora que la época de esas flores ha terminado, vuelvo a frecuentar a mi florista favorito del barrio.

Es casi mediodía. Tomi me prepara el almuerzo. Charlamos. Me dice en tono amistoso que siempre que salgo a encontrarme con mi marido estoy de buen humor. «Es cierto», me digo. Ella agrega: «Takashi no ha cambiado nada desde que lo conozco. Lo quiero mucho. Es un buen chico, realmente». Sonríe al oír la palabra «chico». Para ella, mi marido sigue siendo un chico. Él me

dice a menudo: «Me siento muy ligado a Tomi, como si fuera un miembro de nuestra familia».

Me visto para salir. Le pido a Tomi que llame a mi chófer. El teléfono suena cuando estoy poniéndome el abrigo. Tomi responde y me pasa el auricular diciendo que es mi marido. Estoy algo sorprendida: es raro que me llame por la tarde tan temprano.

—¿Qué sucede, cariño?

—Yūko, hoy no podremos vernos en la pausa para el café. Tengo una reunión urgente con nuestros ejecutivos. Lo lamento.

Como siempre, su voz es tierna. No pasa nada. Estoy al tanto de la situación preocupante del mundo de las finanzas.

—¡Qué lástima! —digo sin embargo con voz decepcionada—. Espero que esta noche no vuelvas demasiado tarde.

Tras un instante de silencio, dice:

—No puedo asegurarte a qué hora terminaré de trabajar. Además, se supone que debo cenar con mi padre. Quiere hablar de negocios conmigo.

—De acuerdo, querido. Cenaremos sin ti.

Agrega que, después de esa reunión, debe visitar una empresa que su banco financia. En efecto, lleva unos meses muy ocupado por su trabajo.

Llego al banco Sumida con las flores que acabo de comprar.

—¡Buenos días, señora Sumida!

La recepcionista me saluda con una gran inclinación. Me dice, como era de prever, que mi marido está reunido con unos ejecutivos. Tiene veintiún años. Cada vez que la veo pienso en la época en que sustituí a una recepcionista en Goshima. Le muestro dos cajas de flores: una para el despacho de mi marido,

y la otra para la recepción. Hay gencianas, azarollos, husos y ramas de granado con frutos rojos.

—Me encantan las gencianas. En mi tierra natal abundan —me dice la muchacha.

—Ah, ¿sí? ¿De dónde es usted?

—Soy natural de la prefectura de Hyōgo.

—¿De veras? Yo nací en Kobe.

—¡Qué bien! No suelo encontrarme con gente de mi prefectura.

—Decoraré entonces el mostrador de la recepción con estas ramas de granado. El fin de semana podrá llevarse los frutos a su casa.

—¡Qué amable! No veo la hora.

Es franca como la señora Matsuo. Charlo con ella unos minutos. Me cuenta lo que simboliza cada una de las flores que he llevado. Me interesa la granada: estupidez y elegancia madura.

Una vez decorado el mostrador de la recepción, subo a la octava planta. En el pasillo me cruzo con algunos empleados. Acostumbrados a mi presencia, me saludan cordialmente. Entro en el despacho de mi marido. Las flores que dispuse el lunes pasado ya no están. Una mujer de mantenimiento las retiró en cuanto se marchitaron. Bien lavados, el jarrón y el *kenzan* están guardados en una estantería contra la pared.

Llevo el jarrón con el *kenzan* a la mesa, saco las flores de la segunda caja. Luego busco las tijeras en el cajón del escritorio de mi marido. Al abrir el primer cajón del lado derecho, echo un vistazo al escritorio. Hay bolígrafos, papel en blanco, una libreta de notas, lápices... Todo está bien ordenado, como en casa. Es típico de él. Si las cosas a su alrededor no se encuentran en orden, no tiene la conciencia en paz.

Delante del teléfono está la agenda de esta semana. Hay muchas citas: reuniones, salidas, recepciones, cenas... Por un momento observo la palabra

tsukushi en *kanji* anotada en el borde de la casilla del jueves 8 de diciembre. La hora no está fijada, pero hay un signo de interrogación. Me digo: «El jueves 8... es el día de mi excursión con la señora Matsuo a Yokohama».

La palabra *tsukushi* me recuerda al cuadro de la caja de cerillas que hizo el marido de la señora Matsuo. *Tsukushi* debe de ser un bar al que va mi marido con sus amigos o sus clientes. He oído que el señor Matsuo ya ha regresado de su viaje de negocios. Una pregunta absurda me pasa por la mente: «¿Comparten algo mi marido y él?». La descarto enseguida, diciéndome: «Es ridículo».

Termino el ikebana y salgo del despacho de mi marido. Vuelvo a tomar el ascensor para ir a la planta baja. La joven recepcionista sigue allí.

—¿Ya se va, señora Sumida? —me pregunta.

—Sí, mi marido está en una reunión.

Miro el ikebana sobre el mostrador, el que he compuesto hace un rato con ramas y frutos del granado.

—¿Qué simboliza el *tsukushi*? —le pregunto por curiosidad.

—¿El *tsukushi*? —Reflexiona un momento. Espero que pronuncie la palabra «fraternidad». Declara sonriendo—: ¡Sorpresa!

Justo en ese momento se abre la puerta del ascensor y sale mi marido.

—Gracias. ¡Tenía usted razón! —le susurro a la recepcionista.

Mi marido me dice en tono alegre:

—¡Ah, estabas aquí! ¡Te estaba buscando! La reunión ha terminado más pronto de lo esperado. ¡Vamos a tomarnos un respiro al salón de té!

Es jueves 8 de diciembre.

El sol brilla en un cielo despejado. Un tiempo invernal, típico de Tokio. Hace un frío normal para la época. Al despertar, siento el aire fresco. Hoy iré a Yokohama con Yoshiko, es decir, con la señora Matsuo. Anoche, por teléfono, empezamos a tutearnos y a llamarnos por nuestros nombres. Mi marido me anima.

—¡Hay que aprovechar este tiempo perfecto! ¡Diviértete con tu amiga!

La casa permanecerá vacía todo el día.

Esta noche mi marido estará ocupado hasta las diez. Después del trabajo irá a cenar con su padre a un restaurante. Luego se encontrará con un cliente en un bar. Después de la escuela, Mitsuba tiene un torneo de tenis de dobles. Su pareja es una de sus amigas. Dormirá en casa de su amiga y mañana por la mañana irán directamente a la escuela. Tomi y Seiji, por su parte, se marchan a Funabashi a ver a su hija. Estarán de vuelta mañana por la noche.

Antes de irse, mi marido me pregunta cuánto tiempo pasaré en Yokohama. Contesto que a lo sumo hasta las cinco de la tarde. Me sugiere que después vaya a ver a mis padres, y añade:

—Me viene de paso. Puedo recogerte por allí a eso de las diez y media.

Me parece una buena idea. Además, no tengo ganas de volver a una casa en la que no habrá nadie.

—Qué amable eres. Mis padres se alegrarán si ceno con ellos.

Son casi las nueve de la mañana. Yoshiko llegará pronto. Iremos a

Yokohama en su coche.

Voy al vestíbulo y me pongo el abrigo. Sentada en el banco contra la pared, me calzo los botines negros. Miro un momento la araña que cuelga sobre mí. Tiene forma de estrella y es idéntica a la de la casa de Mishima, según Yoshiko. No le he contado a mi marido ese detalle que debería interesarle. En realidad, esa araña me hace pensar en un lugar que nunca olvido: el café donde me citaba con T. Aoki y, con quien estuve comprometida. En ese café también había una araña única como la nuestra. Tenía forma de abeto.

El café se llamaba Torēhuru, que es una deformación de la palabra francesa *trèfle*, «trébol». Era un café muy corriente, con plantas verdes por toda decoración. Nada especial. Después de nuestro último encuentro, no he vuelto. Ignoro si aún existe. De todos modos, nunca he sentido la tentación de volver.

T. Aoki y yo estuvimos unas diez veces en ese café. Al principio íbamos directamente después de las clases de francés, que terminaban a las nueve de la noche. La camarera era siempre la misma, una estudiante en *arubaito*. Era la sobrina del dueño. Pronto, demasiado ocupado por sus viajes al extranjero, T. Aoki ya no pudo asistir a las clases. Un día me invitó a cenar a un restaurante. Nos citamos en ese café. Después nos encontramos allí en varias ocasiones. Siempre llegaba tarde debido a su trabajo. Mientras lo esperaba, yo charlaba con la camarera.

Oigo la voz de Mitsuba: «Tres hojas... ¿Por qué me pusiste ese nombre?». El otro día, cuando mi hija me hizo esa pregunta, le contesté que había querido mantener un vínculo entre su nombre y mi cumpleaños, el 17 de marzo, San Patricio, fiesta de Irlanda, cuyo emblema es el trébol. Le pareció extraño, pues no soy cristiana. En realidad, su nombre viene de mi recuerdo de ese café Torēhuru, que T. Aoki y yo, íntimamente, llamábamos Mitsuba.

Mitsuba es el único nombre que pensé para una niña. Si hubiera tenido un varón, mi marido habría elegido el nombre, como le había propuesto yo. Él

había escogido Yūji. Me decía que el nombre iba bien con su apellido: Yūji Sumida. Me gustaba: «Es bonito. ¿Por qué no?».

Suena el timbre del portón. Debe de ser Yoshiko. Me levanto del banco. Mientras giro el pomo de la puerta de entrada, experimento una sensación extraña: alguien me mira por encima de la cabeza. Alzo de nuevo la mirada hacia la araña con forma de estrella. Luego abro la puerta con fuerza, como si quisiera expulsar un mal pensamiento.

El sol deslumbra. El aire es puro. Los gorriones trinan. Contemplo el cielo azul: «¡Qué buen tiempo!».

En realidad, no suelo disponer de un día completo. Debo aprovecharlo. Camino a paso vivo por las baldosas que llevan al portón. Yoshiko me hace señas detrás de la verja de hierro.

Hemos llegado a Yokohama. Yoshiko deja el coche en un aparcamiento cerca del ayuntamiento. Desde allí vamos a visitar varios sitios turísticos. Tras dos horas de paseo, nos encontramos en una calle comercial que lleva al barrio chino.

Ya son las doce y cuarto del mediodía. Tenemos hambre. Yoshiko me pregunta qué me gustaría comer. Le digo que me apetecen fideos, *udon* o *soba*. Ella dice que cerca de allí hay un restaurante que prepara unos fideos deliciosos, hechos a mano. Los gourmets del barrio lo adoran.

—¡Su *tempura-udon* es exquisita! —subraya.

Me siento tentada. Decidimos ir.

El restaurante se llama Zakuro. Ya el nombre, escrito en *hiragana* en el letrero, me gusta. El edificio es antiguo, pero digno. Sobre el *noren* azul oscuro hay dibujadas varias pequeñas granadas rojas. Recuerdo lo que simbolizan: «Estupidez y elegancia madura». Yoshiko me dice que el restaurante tiene más de treinta años. Me sorprende. Cuando era joven solía visitar el barrio chino con mis padres. Siempre pasábamos por esta calle. Extrañamente, nunca había reparado en ese restaurante.

Entramos. Casi todas las mesas están ocupadas. Dos camareras van y vienen entre los clientes. Una parece estar en la veintena; la otra, en la cincuenta. Se asemejan. Sin duda son madre e hija. La más joven nos trae dos tazas de té caliente y unas *oshibori*. Enseguida pedimos dos *tempura-udon*.

Yoshiko me habla de una novela de Mishima: *Sed de amor*. Una novela cuya

lectura interrumpí debido a un fragmento que me repugnó. Yo iba al instituto. De modo que no conozco la historia entera. Sin embargo, el título sigue fascinándome. Escucho el resumen que hace Yoshiko.

La heroína es una mujer de origen aristocrático. Tras la muerte de su marido, que era promiscuo, sigue viviendo en la gran propiedad de la familia de su marido. Rica pero con el corazón sediento, la viuda se convierte en la amante de su suegro. En un momento dado se siente muy atraída por un criado joven y vigoroso, pero este tiene una amiguita, también criada. Los celos atormentan a la viuda, que se entera de que la chica está embarazada...

—¡Qué historia! —exclamo—. Se inventan cualquier cosa. Hice bien en abandonar su lectura.

—¡No! —protesta Yoshiko—. Para mí, el libro trata de los celos y del peso de los orígenes sociales. Mishima los describe muy bien.

Prosigue. Cada vez que oigo el nombre de ese escritor, vuelvo a ver el rostro de su mujer y su gran casa al estilo occidental, decorada con muebles rococó. La palabra «sed» revolotea en mi cabeza.

—Los celos son un sentimiento muy difícil de controlar —añade al final Yoshiko con aire distraído.

Se queda callada un momento. Reflexiono sobre sus palabras.

Una compañera de Goshima me decía: «Qué infierno vivir con un hombre tan encantador como Takashi Sumida. Su mujer debería estar preparada para compartir a su marido con otras mujeres. Si no, enloquecería de celos». Yo creía que tenía razón. Eso me preocupaba cuando me casé con ese hombre encantador. Y a medida que mi amor por él aumentaba, temía que algún día se enamorara de otra mujer. Estaba segura de que me pondría muy celosa. Al final, me pareció que no tenía por qué preocuparme. Es un hombre fiel. Nunca he oído rumores de que mantuviera relaciones con otras mujeres.

La camarera nos trae los platos. Enseguida empezamos. Las gambas grises

frescas, los fideos al dente, la salsa, de sabor sencillo y refinado.

—¡Delicioso! —apruebo.

—¿Verdad? —me dice Yoshiko con aire satisfecho.

Me gustaría volver con mi familia. A Mitsuba le encantan las gambas grises.

Al cabo de un momento reparo en una pareja de ancianos que ha entrado en el restaurante. El hombre lleva un traje y la mujer un kimono. Las dos camareras los reciben muy sonrientes. Pronto aparece el cocinero vestido de blanco, que se les une. Los cinco charlan amistosamente. Veo sus rostros por encima el hombro de Yoshiko. Tengo la impresión de conocer al viejo señor. Sigo a la pareja con la mirada. Se sientan a una mesa cerca de la puerta de la cocina. La joven camarera les lleva tazas de té y *oshibori*. Me quedo pensando: «¿Quién será?».

Estamos saciadas. Decidimos tomar el postre en el barrio chino. Yoshiko me habla ahora de su marido, interiorista, que acaba de firmar un contrato con un gran restaurante japonés en Montreal. La escucho mientras vuelvo a mirar a la vieja pareja, al hombre que me resulta familiar. Me pregunto otra vez: «¿Quién será?».

—A propósito de la cajetilla de cerillas... —me dice Yoshiko con aire dubitativo.

La miro a los ojos.

—¿La cajetilla de cerillas? ¿La del cuadro que tu marido hizo para un bar?

—Sí —contesta ella bajando la vista.

A mi mente vuelve la bonita imagen de los dos *tsukushi* contra un fondo azul pastel y la palabra inglesa *fraternity* en el otro lado. No consigo encontrarla. Me pregunto dónde la guardaría tras el cumpleaños de Mitsuba.

—Como tú, yo creía que mi marido se la había dado al tuyo en la fiesta deportiva de nuestras hijas. Pero no fue así —dice Yoshiko.

—¿No? Entonces mi marido debió de llevársela del bar, cuyo dueño conoce

a tu marido. Mi marido suele llevar a sus clientes a los bares. Esta noche, por ejemplo, irá con su padre y un cliente del banco. —Sonrío, pero Yoshiko sigue seria. Pregunto—: ¿Qué sucede?

—Es un bar básicamente frecuentado por homosexuales —susurra. La miro, y ella agrega—: El dueño es un artista muy conocido.

—¿De veras?

Le comento que mi marido conoce a muchos artistas: escritores, músicos, pintores, actores de Kabuki y de Nō. Sabe muy bien que muchos de ellos son homosexuales, y no tiene ningún prejuicio en contra.

—Mi marido es un gran aficionado al arte —digo.

Yoshiko calla.

—¿Crees que mi marido es ese tipo de persona? —pregunto en tono de broma.

—¡Oh, no! ¡No es eso lo que quería decir! —se apresura a responder, ruborizada.

—Entonces, ¿por qué pareces tan turbada al referirte a ese bar de homosexuales?

Como tomando una decisión muy importante, dice:

—Ya que se da la ocasión, quisiera hacerte una confidencia sobre mi marido.

—¿Una confidencia sobre tu marido?

—Sí. Anoche decidí decírtelo, porque creo que seremos amigas íntimas. Espero que no te moleste.

Me quedo callada. No me gusta que me hagan confidencias sobre otros. Me digo, pensando en Mitsuba: «Mi marido y yo no le contaríamos a nadie la historia de su nacimiento».

—Lo que voy a confiarte no es un secreto —continúa Yoshiko—. Algunos

de nuestros amigos están al tanto. Solo que no quiero que te enteres por boca de otro.

—En ese caso, te escucho —digo, tras reflexionar un momento—. Adelante.

—Mi marido es bisexual —dice bajando la voz.

«¿Bi... bisexual?» Desorientada, miro a Yoshiko. La palabra «homosexual» es bastante frecuente, pero «bisexual», no. Ya no es una sorpresa enterarse de que un conocido sea homosexual. Pero el término «bisexual», creo, no está todavía en circulación. Yo misma no estoy muy segura de lo que significa. ¿Es gente que se acuesta con cualquiera, sin distinción de sexo? Pero ¿cómo es estar casada con un bisexual...? Sigo con la mirada fija en el rostro de Yoshiko, que repite:

—¿Te molesta?

—Me moleste o no, es una realidad, como ser heterosexual u homosexual, ¿no?

Se le escapa una sonrisa. Le propongo que salgamos del restaurante. No es un tema para discutir en un lugar tan concurrido. Nos levantamos de la mesa para pagar la cuenta.

La vieja pareja sigue allí. Al pasar delante de su mesa oigo a la mujer diciéndole al hombre con una sonrisa:

—No, no, querido. Te equivocas. Fue en Los Ángeles donde...

El hombre que me resulta familiar se queda pensativo. Sigo reflexionando: «¿Quién será?». Por fin, cuando salimos del restaurante, lo recuerdo: «¡El señor Toda!». Un ejecutivo de Goshima. El año en que dimití, se suponía que se jubilaría. Ahora debe de tener setenta y tres o setenta y cuatro años. Era uno de los superiores de T. Aoki. Tenían una relación muy estrecha, como padre e hijo. Estoy segura de que siguen en contacto. Desconcertada, cierro la puerta del restaurante.

—¡Vámonos!

Yoshiko se dirige enseguida hacia el barrio chino. Mientras la sigo, me vuelvo un segundo para ver de nuevo el letrero del restaurante Zakuro.

En el barrio chino entramos en un café que se halla en la esquina de un cruce.

Los clientes están dispersos. Observo el interior, donde predomina el rojo. Una camarera se acerca a nuestra mesa. Es una japonesa de nuestra edad. Pedimos dos cafés y dos porciones de tarta de queso.

Yoshiko vuelve a abordar el tema de su marido.

—Cuando me casé ya sabía de su bisexualidad.

—¿Tus padres lo saben?

—No. De haberlo sabido, se habrían opuesto a nuestra boda. Ni siquiera ahora están enterados. Da igual. Nuestra vida conyugal va muy bien; eso es lo que más me importa.

Por un momento mira hacia la ventana. Bajo la mirada.

Pienso en mi propia vida. Takashi Sumida se casó conmigo sabiendo que estaba embarazada. Decidimos no decírselo a nadie: ni a mi familia, ni a la suya, ni a nuestros amigos, ni, sobre todo, a T. Aoki, y aún menos a «nuestra» hija Mitsuba. Yoshiko tiene razón. Después de todo, lo que más importa es la vida conyugal.

La camarera nos trae el pedido.

—Íbamos al mismo instituto —prosigue Yoshiko—. Era un chico guapo, muy deportista, un apasionado del rugby. Campeón provincial. Después no volví a verlo durante cuatro años.

Escuchándola pienso en Mitsuba, que esta tarde participará de un torneo de tenis. Espero que se divierta.

—¿Cuándo te enteraste de que tu marido era bisexual? —pregunto a Yoshiko.

—Después de un año de frecuentarnos. Teníamos veinticinco años. Su bisexualidad fue un gran golpe para mí.

—Me imagino...

Tras un momento de silencio, Yoshiko continúa. Al principio, su futuro marido trabajaba en una agencia de decoradores. Había semanas en que no podía verlo. Él le repetía: «Estoy ocupado». Ella sospechaba que la engañaba. En realidad, estaba realmente ocupado con un cliente que iba a abrir una tienda. Todas las noches visitaban negocios juntos para estudiar los interiores. Un día, la recepcionista de la agencia le dijo: «Ese cliente es homosexual». Yoshiko se sintió aliviada de que no fuera una mujer. Y acompañó a su futuro marido a la fiesta de fin de año de la agencia. Había unas veinte personas, entre ellas el nuevo cliente.

—Fue entonces cuando me di cuenta de que él estaba enamorado de aquel cliente —dice con franqueza.

—No sabías todavía que era bisexual... —la interrumpo.

—No, pero su comportamiento me causó una sensación muy extraña. Miraba a su cliente con ojos apasionados. Era una mirada febril. Yo estaba conmocionada. «¿Cómo? ¿Mi novio es homosexual?», me decía.

—Dios mío... ¿Cómo reaccionaste con tu marido, quiero decir, con tu novio?

—Le dije lo que había sentido en el banquete. Le pregunté: «¿Eres homosexual?». Me dijo la verdad enseguida: «No. Soy bisexual».

Yoshiko hace una pausa. Imagino que está turbada igual que yo por esa palabra infrecuente, «bisexual». Me repite lo que su futuro marido le confesó en aquel momento: «Me siento sexualmente atraído sin distinción de sexo». Y ella le preguntó si ya se había acostado con el cliente. Él le contestó: «No. Es

un amor sin esperanza. Hay un tercero. Y, además, no mezclo el trabajo con el sexo. Punto. ¡No te preocupes!».

Me quedo boquiabierta. Yoshiko me mira serena, como diciendo que ahora todo va bien entre ellos.

—¿Estabas celosa de ese homosexual? —pregunto de todas formas.

—¡Por supuesto! El amor es el amor. Esa mirada de mi marido, tan encendida... Esa imagen me torturó durante mucho tiempo.

Me quedo callada. Si mi marido se enamorara de otra mujer, seguramente me pondría muy celosa.

—¿Te ha incomodado mi historia? —me pregunta.

—¡Oh, no! Al contrario, me parece muy bien que tu marido y tú hayáis hablado de algo tan importante, sobre todo antes de casaros. Está claro que formáis una familia armónica.

Ella sonríe, muy satisfecha.

Después del café seguimos paseando por el barrio chino.

Yoshiko compra verduras y dulces chinos. Yo compro un pequeño y elegante jarrón de loza para mi ikebana. Mientras miramos los escaparates, de pronto le propongo a Yoshiko entrar en una tienda de antigüedades. Un viejo señor chino nos recibe con cordialidad. Allí, en un rincón, hay una araña con forma de estrella con montura de metal negro.

—¡Allí la tienes, Yoshiko! —grito.

—¡Qué suerte! —exclama ella—. Es justo lo que está buscando mi marido. —Decide comprarla sin siquiera preguntar el precio.

Salimos del barrio chino.

Las nubes se deshilachan en el cielo color pastel. Sigue haciendo buen tiempo, pero la temperatura empieza a bajar. Volvemos a pasar delante del restaurante Zakuro, donde he visto al señor Toda y su mujer.

—Mi marido y mis hijos volverán pronto a casa —me dice Yoshiko—. Debo preparar la cena. ¿Y tú?

—Esta noche no hay nadie en casa. Voy a visitar a mis padres.

Tomamos un taxi para volver al aparcamiento cerca del ayuntamiento de Yokohama donde está el coche de Yoshiko.

Llegamos a Tokio a eso de las cuatro y media. Ya se pone el sol. Yoshiko me lleva a la estación de metro K., desde donde podré ir directamente a casa de mis padres.

—Gracias —le digo—. Ha sido un paseo muy agradable.

Ella también está muy contenta. Al bajar del coche, ella extrae algo de la bandeja de la portezuela de su lado:

—¡Ten! Encontré otra.

Es una cajetilla de cerillas con el cuadro de *tsukushi* de su marido. Yoshiko me la da diciendo que tiene más en su casa. La acepto con gusto. Nos despedimos prometiéndonos otra excursión muy pronto.

Llamo por teléfono a mis padres, que suelen estar en casa a esta hora. Mi madre contesta con voz alegre:

—¡Ah, Yūko! ¿Dónde estás?

Le anuncio que los visitaré dentro de un cuarto de hora.

—¡Estás libre esta noche! Tu padre y yo vamos al kabuki. ¿Quieres venir con nosotros? El actor principal es S., que te gusta tanto —dice.

Es una propuesta interesante, pero estoy demasiado cansada para ver un espectáculo. Reflexiono. Al final, declino la invitación y decido volver directamente a casa.

Pienso ahora en mi marido, que se supone que pasará a recogerme a casa de mis padres por la noche, tarde. Debo informarle de mi cambio de planes. Llamo a su oficina. Su secretaria me dice:

—Hola, señora Sumida. Su marido acaba de salir a visitar a uno de nuestros clientes. No dijo a qué hora exacta regresaba, pero le transmitiré su mensaje sin falta.

Tomo un taxi para volver a casa.

En el taxi pienso en nuestro paseo por Yokohama. El museo S., las tiendas, el parque Yamashita, el restaurante Zakuro, el barrio chino. Ha sido una jornada muy agradable, mucho más de lo que me esperaba. Sincera y directa, Yoshiko hace que me sienta cómoda. Nunca he hablado con tanta naturalidad con nadie desde que me casé. Me gusta su manera positiva de contar las cosas. Es una persona que inspira confianza. Me dijo: «Creo que seremos buenas amigas». Eso me pone contenta.

He descubierto también que Yoshiko habla mandarín. Esta tarde le habló a una joven vendedora de una tienda china, que le contestó en japonés: «Lo siento, señora. Entiendo cantonés pero no mandarín». En la tienda de antigüedades donde encontramos la araña con forma de estrella, Yoshiko se comunicó de manera fluida en mandarín con el dueño, natural de Pekín. Me impresionó. Nunca había conocido a un japonés que hablara chino, aparte de T. Aoki.

Yoshiko me dijo que pensaba tomar cursos de hebreo a partir del próximo

enero.

—¡Hebreo! ¿Por qué motivo? —le pregunté, sorprendida.

—Por curiosidad. Israel me interesa mucho.

Me animó a continuar con mis lecciones de francés y de inglés. Me han entrado ganas de reanudarlas. Cuando le pregunté cómo se decía gracias en hebreo, me dijo:

—*Toda*. Una palabra muy fácil de pronunciar para los japoneses, ¿no?

Me he quedado desconcertada.

La historia de su marido bisexual me ha impactado. Pero soy de la misma opinión que Yoshiko: «Ser homosexual o bisexual es innato, igual que ser heterosexual». Hay que aceptar la realidad y las diferencias de cada uno. Ella me dijo: «Me gustó la honestidad de mi marido. Que se enamore de un hombre o de una mujer no me incumbe. Lo importante es que sé quién es y que nos amamos».

Después, Yoshiko me contó algo curioso que había leído en un libro sobre la relación entre estrés y sexualidad, algo que nunca me habría imaginado.

Un zoólogo extranjero hizo experimentos con ratas sometiénolas a un estrés intenso hasta la tercera generación. Como consecuencia, algunos machos se volvían homosexuales y otros impotentes. Unos atacaban a las hembras más jóvenes. Entre las hembras, algunas eran incapaces de ocuparse de sus crías. La fertilidad disminuyó. La tasa de abortos espontáneos aumentó. Las crías eran rechazadas...

Yo la escuchaba con gran interés.

—Creemos que ser homosexual o bisexual es innato, como ser heterosexual. Pero nada sucede por casualidad. Siempre hay relaciones de causa y efecto —concluyó.

Yo estaba de acuerdo con ella. Pero me apenaba que los hombres hicieran experimentos tan crueles.

A propósito del estrés, Yoshiko me contó otra historia deprimente. Durante la guerra, hubo prisioneros en los campos que adquirieron las características del sexo opuesto por un desequilibrio hormonal. Al escucharla, me estremecí. Pensaba en la situación de los japoneses enviados a los campos de Siberia.

En cambio, me conmovió que Yoshiko se hubiera puesto celosa del hombre del que estaba enamorado su marido. Me dijo claramente:

—Con el mismo sexo o el sexo opuesto, el amor es el amor. —Pero me sorprendió que me dijera—: Entiendo los sentimientos de la mujer de Mishima.

Yo ignoraba que el escritor era homosexual.

Al final quise saber más sobre la novela de Mishima, *Sed de amor*. Le pregunté qué había sido de la viuda que se encaprichó con el criado vigoroso.

—¿Esa mujer aristocrática? Ella le abrió su corazón, pero la conducta del criado la decepcionó mucho. El sexo con él solo era una suerte de violencia. No era amor.

Quería saber el final, pero Yoshiko se negaba a hablar de ello.

—Cuando lo sepas lo lamentarás.

—Lo descubriré por mí misma —dije, fingiendo que me enfadaba.

Se rio.

Ha sido un día muy agradable, pero también extraño.

Esta mañana no conseguía apartar de mi mente una imagen de T. Aoki. Su recuerdo me vuelve de vez en cuando, si me quedo sola en casa, pero no tan intensamente como esta vez. Además me he cruzado con su exsuperior, el señor Toda, en el restaurante Zakuro, que Yoshiko había elegido.

Creo que el señor Toda ya no recuerda mi rostro; yo era solo una empleada insignificante. Si me hubiera presentado ante él como la mujer del hijo del presidente del banco Sumida, seguramente me habría reconocido. «¡Ah! ¡Entonces es usted la señorita Tanase!». Pero no he tenido la menor intención

de dirigirle la palabra. Solo que su aparición repentina me ha perturbado. Intento recordar el rostro de su mujer. T. Aoki me dijo una vez que era maestra de la ceremonia del té.

El taxi se acerca a mi casa. Cuando abro la cartera para buscar la billetera veo otra vez la caja de cerillas que Yoshiko me ha dado hace un rato. La imagen de los dos *tsukushi* vuelve a hacerme sonreír: artística y erótica. El taxista vuelve hacia mí.

—Hemos llegado, señora.

Desorientada, saco el dinero de la billetera.

Ha caído la noche.

Abro el portón de hierro forjado. El jardín está iluminado con lámparas colocadas en distintos lugares. Se encienden automáticamente al anochecer. Observo la casa. Las luces de la sala y de algunas habitaciones están encendidas; las he dejado así esta mañana porque mi marido me lo había pedido, por razones de seguridad. Seiji y Tomi no suelen salir al mismo tiempo que nosotros. De todos modos, es tranquilizador ver luz al volver a casa.

Contemplo el edificio principal y los dos pabellones. Ese vasto terreno pertenecía al abuelo de mi marido, fallecido un año antes de que nos casáramos. Era un banquero que había amasado una gran fortuna. Un hombre inteligente, dinámico, sabio, aficionado a las antigüedades. En la familia Sumida y en el banco que lleva su nombre se habla de él continuamente.

En cambio, muy rara vez se habla de su mujer, fallecida hace más de veinte años. Dicen que procedía de una familia antigua. Una vez, mi marido me mostró viejas fotos de ella. Las observé con curiosidad. Miraba a cámara abriendo mucho los ojos. Llevaba un vestido occidental que me pareció suntuoso. Tenía el aspecto de una mujer firme y orgullosa. Mi marido me dijo que se vestía de manera excéntrica. Una engreída. Yo quería saber más de ella. Por desgracia, él ya no quiso tocar el tema y me dijo: «Le gritaba a todo el mundo. No guardo un buen recuerdo de ella».

Entro en la casa. Tengo sed. Voy a la cocina a beber agua. Son casi las cinco y media. Aún no tengo hambre. La tarta de queso que he comido en el barrio

chino era un poco pesada. Esta noche tomaré una cena ligera: una ensalada o una sopa. Mientras me bebo el agua recuerdo que esta noche, a las siete, hay un programa sobre la historia del arte japonés. Forma parte de una serie que me interesa mucho. Pienso darme un baño antes de instalarme frente al televisor.

Subo a nuestro dormitorio. Me desvisto bostezando. De repente, me vence el cansancio. Tengo sueño. Tendida en la cama, me adormezco.

Yoshiko detiene el coche ante la estación de metro K. Acabamos de volver de Yokohama.

—Gracias. Ha sido un paseo magnífico —digo.

—¡El placer ha sido mío! —contesta ella.

Mientras bajo del coche, me dice:

—¡Vaya! Tengo más cajetillas de cerillas con el cuadro de *tsukushi*. Te doy una.

—Qué amable. Me encanta ese cuadro único. Tu marido es realmente un artista. —Admiro los dos *tsukushi*, sus tonos sutilmente diferentes. Le pregunto—: ¿Sabes qué simboliza el *tsukushi*?

Me mira como si la pregunta fuese inconveniente.

—No..., pero debe de ser «fraternidad», ya que es la palabra que está escrita ahí, en el otro lado de la caja —contesta pensativa.

—Es lo que yo creía. Pero es «sorpresa». Me lo dijo una recepcionista del banco de mi marido.

—¿Sorpresa? En efecto. Esos tallos con esporas brotan de golpe, sobre todo con la lluvia. Sorprende que crezcan tan rápido.

Yoshiko se va. Sigo su coche con la mirada, que desaparece, preguntándome adónde iré ahora. Ya no tengo ganas de visitar a mis padres. Tampoco de volver directamente a casa, donde no habrá nadie. Mi marido solo regresará después de las diez. Mitsuba dormirá en casa de su amiga. Ni siquiera estarán Tomi y Seiji... Me quedo un rato frente a la estación de metro K.

Levanto la mirada al cielo, que empieza a oscurecerse. Hace frío. Me estremezco. Mi abrigo de primavera color naranja no es suficiente. No entiendo por qué uso una prenda tan ligera a principios del invierno. Me gustaría calentarme en alguna parte.

Por un momento pienso en el café Torēhuru, que está muy cerca. Un lugar que no he olvidado. Allí nos encontrábamos T. Aoki y yo. Dudo en ir. Mi corazón empieza a acelerarse. Pronto mis pies se encaminan por sí mismos hacia el lugar, lentamente.

Llego al edificio. El café aún está en el primer piso. Es sorprendente que ni el edificio ni sus alrededores hayan cambiado. Subo la escalera. Cuando entro en el café me llevo otra sorpresa. Ni siquiera ha cambiado la camarera. Extrañamente, no me recuerda.

Me siento a una mesa cerca de la ventana. Pido una taza de café. Extraigo de la cartera el estuche de cigarrillos. Enciendo uno con una cerilla de la caja, la del cuadro de *tsukushi*. Un hilo de humo asciende. La camarera me trae enseguida el café. Sigue mirándome como si no me conociera en absoluto.

Mientras me lo bebo contemplo los rótulos de neón: los nombres de los restaurantes y los bares siguen resultándome familiares. Pienso en T. Aoki, el padre de Mitsuba. Me sorprende estar tranquila y no agitada. Me pregunto: «¿Su existencia será solo uno de mis recuerdos pasados, como la de otros recuerdos míos? ¿Habré estado realmente enamorada de él?».

La camarera vuelve a la mesa a recoger la taza vacía. Miro mi reloj. Son las nueve.

—¿Podría llamarme un taxi? —le pregunto.

—Vaya a la estación de metro K. —me contesta con tono cortante—. Podrá coger algún taxi que vaya a la búsqueda de clientes.

Me irrita su manera de hablar. En aquella época era muy simpática conmigo.

Yo frecuentaba este café con regularidad. Charlábamos mientras esperaba a T. Aoki. Incluso me dijo su nombre, que ya he olvidado.

Al recoger mi abrigo de primavera color naranja veo a una pareja que entra en el café. La camarera sale a recibirlos. Apenas veo el rostro del hombre exclamo: «¡El señor Toda!». Está con su mujer. Me he quedado boquiabierta: «¡Qué coincidencia!». Es la segunda vez que los veo hoy. Primero en el restaurante Zakuro, en Yokohama, donde he almorzado con Yoshiko. Llevan la misma ropa que entonces: él una chaqueta, ella un kimono. Extrañamente, no son viejos: parecen rondar los cuarenta. ¿Los saludaré esta vez?

El señor Toda y su mujer se encaminan hacia una mesa pegada contra la pared, opuesta a la mía. Me echan un vistazo, pero me ignoran como si fuera una desconocida. Bajo la mirada. En cuanto se sientan a la mesa se ponen a hablar a media voz. Cuando oigo el nombre Goshima decido quedarme unos minutos más. El cristal refleja su imagen. Cojo otro cigarrillo. Mientras fumo, los oigo conversar.

—Están pensando en trasladarme al extranjero en marzo —le dice el señor Toda a su mujer.

—¿Otra vez? Acabamos de volver de Nueva York.

—Así es la vida del *shōsha-man*. Hay que ir a donde sea.

—Ya no eres un soldado. Si el nuevo destino no te gusta, no tienes más que dimitir.

—No digas tonterías. El mundo de los empleados no es tan simple como te imaginas.

—¿Cuál es entonces el próximo lugar? —pregunta ella, con expresión disconforme.

—Kinshasa.

Se queda callado. Reflexiono. Tengo la impresión de haber escuchado ese nombre en Goshima.

—¿Kinshasa? ¿Dónde está eso? —le pregunta su mujer.

—¿No conoces esa ciudad?

—No. Espero que no esté en medio del desierto en África. No me gustan las sorpresas.

—Caramba, tu pronóstico no estaba tan errado. Kinshasa es la capital de Zaire.

—¿Zaire? ¿Quieres decir el antiguo Congo?

—¡Bravo, querida!

De repente, su mujer se pone histérica.

—¿Pretendes que viva en los confines de la tierra?

—No exageres. Para los habitantes de allí, es Japón el que está en los confines de la tierra. En todo caso, será interesante descubrir una cultura totalmente distinta de la nuestra. La lengua oficial es el francés.

—¿El francés? ¿Es una broma? Bastante me costó ya aprender inglés. ¡A mi edad!

—Te lo repito, querida —la interrumpe él, serio—. Tengo que aceptar las órdenes de la empresa. Mi misión es comprar granos de café. Nos quedaremos cinco años. Debes acompañarme.

—¿Cinco años? ¡Demasiado tiempo! ¡No iré! —grita ella.

El señor Toda también se pone a gritar:

—¡Eres mi mujer! Debes seguirme a dondequiera que vaya.

—Si hubiera sabido que te enviarían a un lugar como ese no me habría casado contigo. Está completamente aislado del mundo.

—Si quieres seguir siendo mi mujer, vendrás conmigo.

—Entonces quiero el divorcio.

—¿El divorcio? No, no lo aceptaré. Eso queda fuera de discusión.

—¡No y no! Estoy harta de viajar. Además, estoy cansada de ocuparme de las mujeres de tus subordinados. Necesito una vida propia.

Mientras fumo sigo mirando el reflejo de sus caras en el cristal. Muy enfadada, la mujer se levanta y abandona la mesa.

—¡Espera! ¡No seas infantil! ¡Sé razonable! —chilla el señor Toda.

Me vuelvo para observar a su mujer, que se dirige a la entrada. La camarera y los clientes la siguen también con la mirada, hasta que sale del café. La puerta se cierra con estrépito. No me atrevo a mirar al señor Toda, que ha de estar muy abochornado. Se hace el silencio. Cojo otro cigarrillo. Enseguida el señor Toda se levanta también y deja la mesa. Veo su espalda. Camina lentamente, con los hombros caídos. En cierto momento se detiene y se vuelve hacia mí. De repente, pierdo la calma. ¡Su cara es la de T. Aoki!

La joven camarera vuelve a mi mesa.

—Señora, es hora de cerrar.

Miro el reloj: «¡Las diez y media!». Tengo que regresar a casa de inmediato. Mi marido llegará dentro de unos minutos. Estoy segura de que se preocupará por mí. Aterrada, le grito a la camarera:

—¡Llámeme un taxi!

Despierto sobresaltada: «Ah, era un sueño...». Me siento húmeda de sudor.

La luz del techo se ha quedado encendida. Me vuelvo hacia la ventana. Fuera sigue oscuro. Por un instante, estoy confusa. Sobre la mesita de noche, el despertador marca las siete y diez. De modo que solo he dormido una hora. Sin embargo, tengo la sensación de haber dormido una noche entera. El programa sobre la historia del arte japonés ya habrá comenzado. No es demasiado tarde, pero renuncio; ahora prefiero darme un baño.

En este momento, mi marido y su padre estarán cenando en un restaurante. Luego se reunirán con el cliente en un bar. Como Mitsuba duerme en casa de su amiga, esta noche estaré sola hasta tarde. No creo que mi marido regrese antes de las once.

Aún tumbada en la cama, reflexiono sobre mi sueño. Me pregunto: «¿Será mi inconsciente el que me ha llevado al café Torēhuru?». Era extraño verme fumar. Fumé a los veinte años, un período muy corto, por curiosidad. Y no me gusta en absoluto el olor del tabaco. Por suerte, mi marido solo fuma fuera de casa.

El diálogo entre el señor Toda y su mujer era sorprendente, sobre todo lo que decía ella, tan negativo respecto del trabajo del marido.

En la época en que yo trabajaba en Goshima, solía oír a los hombres hablar de sus familias. Uno me decía: «Mi mujer se queja de que viajo demasiado y ella debe criar a los niños sola. Pero cuando se casó conmigo ya conocía esa

faceta de mi trabajo». Yo compadecía a la mujer y los niños. Muchas de esas parejas terminaron divorciándose.

A diferencia de mi sueño, el señor y la señora Toda verdaderos parecen haber logrado superar juntos esas pruebas. La dama a quien vi en el restaurante Zakuro parecía serena y simpática. Debe de ser una persona muy fuerte. A mí, que estoy satisfecha con la estabilidad de mi vida actual, me resulta difícil imaginar cómo sería vivir con un *shōsha-man* como el señor Toda o T. Aoki.

Qué irónico ver al señor Toda joven metamorfoseándose en T. Aoki. Me viene a la cabeza la palabra «traición». Un dolor azuza mi corazón. Sin embargo, es extraño que en el sueño me preguntara: «¿Habré estado realmente enamorada de él?». En lo onírico, esa idea no me preocupaba en absoluto.

Por fin me levanto para darme un baño.

Entro en el cuarto de baño. Cuelgo de la pared el camión y el salto de cama recién lavados.

Este cuarto de baño está frente a nuestro dormitorio, en el primer piso. A la izquierda se encuentra la habitación de Mitsuba y a la derecha, el estudio de mi marido. Estas tres habitaciones dan al patio trasero. Por la ventana se ve la verja de hierro forjado que rodea el terreno, además de una cerca de árboles.

Echo un vistazo al patio trasero. Todo está iluminado por las lámparas eléctricas colocadas en las paredes de la casa. Cuando corro la cortina de la ventana veo que la puerta de la verja se abre lentamente. Tengo miedo: «¿Quién será?». Hace falta una llave para entrar por ahí. Pero enseguida reconozco a mi marido. Tranquilizada, me digo: «¡Ya está de regreso!». Ha debido de recibir mi mensaje en el que anulaba la visita a mis padres esta noche. Me pregunto: «¿Habrá anulado él también la cena con su padre?». En un momento, mi marido se detiene y se vuelve hacia la puerta de la verja, que otra persona franquea. «¡Ah, el señor Mori!» Ambos se encaminan a la casa.

Me gustaría bajar enseguida a saludarlos. Pero estoy desnuda. Es incómodo recibir a un visitante en albornoz. De todos modos, primero quiero estar limpia. Decido darme una ducha rápida en vez de un baño. Pronto mi marido se percatará de que estoy aquí. Los dos me esperarán en la sala bebiendo vino. Si tienen hambre podremos encargarnos de sushi. Tengo muchas ganas de contarle a mi marido el día que he pasado con Yoshiko en Yokohama.

Termino de ducharme a toda prisa. Bien fresca, vuelvo a nuestro dormitorio

y me pongo una blusa color marfil y un pantalón verde oscuro, los colores preferidos de mi marido. Apenas me maquillo. Satisfecha con mi aspecto impecable, salgo de la habitación. Bajo al primer piso.

Entro en la sala. No hay nadie. «¿Dónde estarán?» No oigo nada. Voy a la cocina, pero tampoco hay nadie allí. No da la impresión de que hayan pasado por aquí. Reflexiono: «¿Mi marido habrá vuelto a casa solo para buscar algo?». Miro por la ventana hacia el pabellón donde practico el *koto* y el *ikebana*. Está completamente a oscuras. De todas formas, voy al vestíbulo, pero no veo sus abrigos ni sus zapatos. Decepcionada, me digo: «¿Qué lástima! Se han ido».

Vuelvo a la sala. De repente recuerdo que el señor Mori, que es un pianista aficionado, le prometió a Mitsuba que tocaría con ella otro dúo para violín y piano. Puede que mi marido lo haya llevado a la sala insonorizada. Deben de haber entrado por la puerta de atrás, que conduce directamente al sótano.

De hecho, en esa sala ya hubo un incidente.

Mitsuba tenía ocho años. Un día le pedí que llamara a su padre a cenar. Fue a buscarlo a su estudio, en el primer piso, pero no estaba. Fue luego al jardín, pero tampoco estaba allí. En realidad, estaba en la sala insonorizada del sótano, tocando la trompeta. Mitsuba me dijo: «¡Increíble! Tanto ruido y no se oye nada».

Bajo al sótano. La puerta de la sala insonorizada es gruesa y pesada. Desde dentro no se oye nada si alguien llama. La abro con suavidad. Enseguida oigo la voz baja de un hombre. Sonrío: «¡Están aquí, como imaginaba!».

Sin embargo, lo que veo por la puerta entreabierta no es en absoluto lo que me esperaba. ¡Dos hombres completamente desnudos se abrazan en la cama! Me quedo petrificada. Demasiado ocupados, no reparan en mi irrupción. «¿Qué significa esto?» No puedo creer lo que estoy viendo.

La cama en la que se han tendido es un sofá cama con un futón, paralelo a la

pared de mi izquierda. Los dos tienen la cabeza vuelta hacia el fondo de la sala. El señor Mori está tumbado sobre mi marido. Veo sus nalgas. Con las piernas entrelazadas, se dan un beso apasionado. El señor Mori besa el cuello de mi marido, que gime con voz temblorosa, como si llorara. Su ropa está desparramada por el suelo. Abrigos, chaquetas, pantalones, corbatas, camisas, camisetas interiores, calzoncillos... Hasta los zapatos han sido arrojados de forma atropellada delante de la puerta. El desorden es total.

Unos segundos después, mi marido se da cuenta de mi presencia en el umbral de la puerta. Sin advertirlo, el señor Mori sigue besándolo. Petrificado, mi marido le toma la cabeza entre las manos. Veo sus labios moverse como si dijeran: «Yūko... ¿Qué haces ahí?».

El señor Mori se interrumpe y mira los ojos de mi marido, clavados en la puerta. Luego se vuelve en la misma dirección. Su mirada se cruza con la mía. Palidece por completo. Miro fijamente a mi marido unos instantes. Podría gritarle: «¡Entonces eres homosexual! ¡Hipócrita!»). Pero sigo muda. Siento que la conmoción se ha transformado en ira. Los dos se incorporan.

Sin perder el control, le digo a mi marido:

—Esta sala no es para recibir a tus amantes. Sal de aquí con él, por favor.

Antes de que mi marido abra la boca, el señor Mori me dice:

—Lo siento. Todo esto es culpa mía.

—Yūko, dame un poco de tiempo —tartamudea mi marido, muy turbado—.

Te explicaré...

Lo miro fijamente a los ojos. A mi pesar, adopto una actitud insolente.

—¿Explicarme qué? Lo que he presenciado no es un juego. Es algo serio, ¿no?

No contesta, con la expresión aún turbada. El señor Mori trata de decirme algo, pero ya no soporto tener enfrente a esos dos hombres desnudos. Cierro la puerta.

Me voy al pabellón en pijama, una prenda que uso en raras ocasiones. Será la primera vez que duerma allí. Son las nueve de la noche. Mi marido aún no ha regresado.

Cuando salió del sótano yo estaba en la sala del edificio principal. El señor Mori se marchó en taxi. Mi marido me dijo:

—Como sabes, debo verme con mi padre y nuestro cliente en el bar esta noche. No tiene sentido dejarte ahora, pero dame un poco de tiempo. Debo recuperar la calma antes de hablar contigo. Volveré antes de dos horas.

Desamparada, no tengo fuerzas para hacer nada. Sentada en los tatamis, contemplo las flores de lis blanco en el *tokonoma* que dispuse anoche.

Me pregunto: «¿Mi marido será entonces bisexual, como el de Yoshiko?». Buena pregunta para plantearme después de más de trece años de matrimonio. Creía que nuestra vida sexual era normal. Recientemente he leído un artículo sobre las relaciones conyugales a mi edad, según el cual muchas parejas son *sekkusu-resu*, sobre todo después de haber tenido hijos. Me compadecía de esa gente: «¡Qué tristeza!».

Pienso en la escena de hace un rato. Las chaquetas, las corbatas, los calzoncillos, los calcetines... incluso los abrigos y los zapatos. Todo desparramado, como si los dos estuvieran locamente ansiosos por hacer el amor. Nunca he visto a mi marido dejar la ropa en el suelo. Mientras abrazaba al señor Mori parecía llorar. Me digo: «¿Qué significarán sus sollozos?». En la cama conmigo, mi marido nunca se muestra pasional. Siempre mantiene los

ojos cerrados. Me siento enajenada por completo. Las lágrimas corren por mis mejillas.

Mi marido conoce al señor Mori desde antes de que nos casáramos. Aunque este estuvo fuera de Tokio diez años, sin duda ambos han compartido momentos íntimos que no puedo imaginar. Lo que no soporto es no ser la amante de mi marido. Lo amo, pero él ama a otra persona. Lo peor no es la mujer, sino el hombre al que ama, el hombre que yo no puedo ser. ¿Nuestra boda habrá sido solo para ocultar las apariencias? Un agudo dolor atraviesa mi corazón. Rompo en sollozos.

La luz de la estancia sigue siendo débil. Sentada en un *zabuton*, permanezco inmóvil más de una hora. Solo oigo el péndulo. Este pabellón es lo bastante grande para albergar a una persona: dos habitaciones de tatamis, una cocina y un cuarto de baño. Si quisiera, podría vivir sola aquí.

El pabellón se añadió cuando nos casamos, para que yo pudiera practicar con tranquilidad mis artes tradicionales. Me emocioné mucho. Todos los Sumida celebraban nuestro matrimonio: «Qué afortunado estar con una chica tan inteligente y distinguida como la señorita Tanase». «¡Al final Takashi ha encontrado por su cuenta a la chica ideal! Ya temíamos que se quedara soltero.» Nadie hizo comentarios negativos sobre mí. Al fin y al cabo, era Takashi el que quería casarse conmigo. Se convirtió incluso en el padre de Mitsuba por voluntad propia.

Me pregunto: «¿Estarán al tanto los Sumida de la sexualidad de su heredero?». Si en ese momento sabían la verdad, entonces se comportaron como verdaderos hipócritas. Por un instante, me viene a la cabeza el rostro de la mujer de Mishima. Vuelvo a pensar en el marido bisexual de Yoshiko. Se supone que los padres de su marido lo ignoran, y Yoshiko no habla de ello con los suyos. Según me dijo: «Nuestra vida conyugal va muy bien. Tenemos dos

hijos propios. No es necesario revelar una cosa como esa a nuestras familias». Tiene razón, porque solo les incumbe a ellos.

Yoshiko también me contó que una de sus amigas sigue casada aun sabiendo que su marido es homosexual. La pareja tiene tres hijos. Según la amiga, su marido es un padre ideal. No tiene intención de divorciarse y él tampoco. Se llevan muy bien, como buenos amigos. Yoshiko comentó: «Es una cuestión de prioridad. El amor o las convenciones. Para ellos, salvar las apariencias como pareja es más importante que el amor». Ella es pragmática. Yo no podría pensar de un modo tan simple. Pero me gustó que me dijera: «Personalmente, no podría seguir con mi vida conyugal si no amara a mi marido».

Son las diez y treinta y cinco. Todavía no tengo sueño, pues ya he dormido un poco al regresar de Yokohama. Solo tengo ganas de acostarme. Empujo la mesa baja hacia un rincón. Mientras empiezo a bajar un futón del *oshiire*, oigo un ruido apenas perceptible en la puerta de entrada del pabellón. Es mi marido. Dejo el futón. Voy a la entrada con paso tembloroso. Al abrir, veo su rostro pálido y agotado. Lo dejo entrar.

Mi marido se sienta ante la mesa baja, que ahora vuelve a ocupar el centro de la habitación. Aún no se atreve a decir nada. No intensifico la luz de arriba: tengo los ojos hinchados por el cansancio y las lágrimas. Evito mirarlo a la cara. Antes de tomar asiento frente a él le pregunto:

—¿Quieres una taza de té?

Asiente, con los ojos bajos. Voy a la cocina y pongo a hervir agua. Respiro hondo. Cuando coloco la tetera y dos tazas sobre la bandeja siento que recupero poco a poco la entereza. El agua está lista.

Con la taza de té entre las manos, mi marido pregunta:

—¿Ha estado bien el paseo con Yoshiko por Yokohama?

—Sí, muy bien.

No me siento de humor para contarle mi día. Me asalta la imagen de los dos

tsukushi. Ahora me recuerda la escena de los dos hombres desnudos haciendo el amor en una sala insonorizada. Le formulo a mi marido una pregunta inútil:

—¿Recibiste mi mensaje en tu oficina?

—No. ¿Qué mensaje?

—Que no iría esta tarde a casa de mis padres.

Tiene una expresión avergonzada.

—No volví a mi oficina... —murmura.

—Tu secretaria me dijo que habías salido a encontrarte con un cliente — prosigo—. No pensé que te dirigieras al mismo sitio que yo. A nuestra casa. No sabía que el cliente era el señor Mori.

—Basta, por favor —me interrumpe.

Apura de golpe la taza de té.

—Estoy dispuesta a escucharte —digo sin alzar el tono.

—Es una larga historia... —dice en voz baja.

—¿Se trata de tu sexualidad?

Asiente con la cabeza. Tras un silencio, agrega:

—También de mi relación con mi amigo Michio Mori.

El señor Mori... Su nombre me atormenta. Ya no puedo pronunciarlo. Como Yoshiko, yo sentía piedad por aquel hombre que había perdido a su mujer debido a un cáncer de útero y ahora cuida de su madre anciana. Me digo: «No, no es él, sino yo, quien está pasando por un momento difícil».

Mi marido cambia de su postura, como si estuviera listo para contar su historia. De repente, siento miedo. Quizá sea mejor no conocerla. Quizá enterarme de la verdad no mejore nada entre nosotros. Lo peor sería que condujera al divorcio. Sin embargo, guardo silencio, porque yo sería incapaz de seguir en la ignorancia.

Preparo otro té caliente mientras mi marido está en el baño.

Por la ventana de la cocina veo el patio trasero iluminado por las lámparas electrónicas. Miro fijamente la puerta de la verja de hierro forjado. Por ella mi marido invitó a su amante a entrar en el sótano del edificio principal. Michio Mori... Se me nubla la vista. Trato de recobrarne.

Sentado otra vez frente a mí, dice:

—Yūko, lamento todo esto. Para explicar mi relación con Michio debo empezar por contar nuestro primer encuentro, a principios de 1981.

Me repito: «¿Principios de 1981?». Quiere decir tres meses antes de nuestra boda, la época en que yo frecuentaba el café Torēhuru con T. Aoki.

—Michio estaba casado. Su mujer era violinista. Tocaba en una orquesta en Tokio y daba clases de violín a domicilio.

«¿Violinista? ¿Será una casualidad?» Cuando mi marido eligió ese instrumento para Mitsuba, yo me preguntaba de dónde habría sacado la idea, pues ni yo ni él ni nadie de su familia tocaba el violín.

Mi marido continúa. Lo escucho con una sensación confusa. Un día recibió dos entradas para un concierto de música clásica de su amigo N., flautista de una orquesta profesional de Tokio. El programa era el concierto para flauta y arpa de Mozart. N. tocaría como solista. Le dijo a mi marido: «¡Espero que vengas con tu novia!». Mi marido no estaba viéndose con nadie en particular. Así que invitó a su hermana, que le tomó el pelo: «No nos parecemos

demasiado. Fingiré que soy tu novia». Fue en ese concierto donde mi marido conoció al señor Mori y a su mujer.

El concierto fue muy bueno, en especial la interpretación solista de N. Mi marido fue con su hermana a los camerinos para felicitarlo. Allí, N. les presentó a su colega violinista y su marido, que sacaba fotos de los músicos: «Este es mi amigo Takashi Sumida y su novia». La violinista se tragó fácilmente el anzuelo, pero el fotógrafo dijo a mi marido y su hermana: «Si sois realmente una pareja, debéis de ser medio hermano y medio hermana». Todos rieron. Esa noche se fueron todos juntos a un bar.

—Me sentía turbado por una sensación violenta —dice mi marido, con voz temblorosa—. Una sensación que nunca antes había experimentado. Michio me atraía. Su rostro, sus ojos, sus labios, sus dedos... Sentado frente a él, me quedé sin aliento. Y notaba también su mirada febril sobre mí.

Mi marido baja la cabeza. Desvió la cara hacia la pared. Tengo ganas de llorar de nuevo. «Mirada febril...» Esa fue la expresión que usó Yoshiko cuando me contaba la escena en que su marido miraba fijamente al cliente homosexual del que estaba enamorado.

—En ese momento —dice mi marido— me trastornó la idea: «¡Debo de ser homosexual!». Comprendí por qué nunca me había enamorado de una chica.

Se calla un instante. Me digo: «Nunca me había enamorado de una chica... Qué palabras crueles para escuchar de boca de mi propio marido». Oculto el rostro entre mis manos. Las lágrimas corren por mis mejillas.

—No tendrías que haberte casado —lo interrumpo por primera vez.

—Tienes toda la razón.

En realidad, me dice, desde el encuentro con el señor Mori decidió seguir soltero. Pero era hijo único y heredero: su familia depositaba en él las esperanzas del banco. Por supuesto, los Sumida querían que formara pareja con una chica de familia respetable y tuviera hijos cuanto antes. Contaba ya

treinta y cinco años. La presión era cada vez mayor. Para tranquilizarlos, mi marido aceptó propuestas de *miai*. Conoció a más de diez muchachas. Siempre le parecía que a las chicas solo les interesaban la celebridad y la riqueza de la familia Sumida. Estaba decepcionado.

—Pero tú —dice mi marido—, tú me pareciste muy diferente.

Me digo: «Mejor hubiera sido que se quedara con alguna de las otras. A esas no les habría importado tener un marido homosexual. Es una cuestión de prioridad, como diría Yoshiko».

—¿La mujer del señor Mori sabía que su marido era homosexual?

—No, murió sin saberlo.

Mi marido me comenta que era una mujer muy ocupada. Viajaba sin cesar y no quería tener hijos. Pero como pareja se llevaban muy bien. Michio dedicó toda su energía a ocuparse de su mujer enferma hasta que ella murió. Al oírlo, pienso en las palabras del padre de mi marido: «¡Qué pareja maravillosa forman Yūko y Takashi!».

—¿Por qué tenías tanta prisa por casarte conmigo? —pregunto.

Mi marido se queda callado unos instantes. Su rostro se crispa.

—Por culpa de un gacetillero.

«¿Un gacetillero?»

Confundida, lo miro a los ojos.

—Un gacetillero de chismes —repite mi marido—. Se llamaba S.

Mi marido me dice que S. fue a ver a sus padres: «Soy periodista. Escribo artículos para revistas». Le mostró a su padre fotos que había tomado de mi marido y el señor Mori entrando en coche en un *rabu-hoteru*.

S. le dijo: «Quisiera contar con su consentimiento antes de publicarlas. Como usted sabe, la vida privada de su hijo, que todavía es soltero, interesa a todo el mundo». En las fotos, el señor Mori llevaba gafas de sol. Tenía la cabeza baja, de modo que era difícil decir quién era. Pero sin duda se trataba de un hombre. El objetivo del gacetillero era claro: dinero.

—Es terrible... —digo.

—Mi padre resolvió el asunto con dinero y recuperó todas las fotos con sus negativos. Muy satisfecho con la suma, S. sonrió y le dijo: «Yo protegeré a su familia si empiezan a correr rumores sobre su hijo». Era una víbora.

—En efecto, una víbora... —digo, pensando en el nacimiento de Mitsuba.

—Esa víbora fue asesinada por un miembro de la yakuza —agrega mi marido.

—¡Asesinado!

—No te preocupes —dice enseguida él—. Ese crimen no tiene nada que ver con mi familia.

Explica que S. extorsionaba a gente rica. Su última víctima era una cantante célebre que tenía conocidos en el mundo de la yakuza. S. no era periodista en

absoluto. Era un novelista frustrado que iba a la caza de chismes para revistas populares.

—Ese crápula se lo merecía... —murmura mi marido.

—¿Cuándo se produjo la extorsión?

—Dos semanas antes de que tú y yo nos viéramos por primera vez. ¿Recuerdas cuando fui a Goshima? Hablamos unos minutos en la recepción, ¿verdad?

No sé qué decir. «Dios mío... El tormento que estaba viviendo mi marido en aquel encuentro.» Ese fue el día en que T. Aoki me habló de la decisión extraoficial de trasladarlo a París. Y al día siguiente me propuso matrimonio.

—Para evitar otros problemas similares a propósito de mi identidad sexual —prosigue mi marido—, mis padres me suplicaron que aceptara a una de las chicas que querían presentarme por *miai*. Esta vez estaban patéticamente desesperados. Les pedí que me dieran un poco más de tiempo.

Mi marido se calla. Me cuesta respirar: «Ahora entiendo por qué los Sumida estaban tan entusiasmados conmigo, y por qué pidieron la colaboración del presidente de Goshima y del de la empresa de mi padre».

—Yūko, no creas que te engañé. Eres guapa y distinguida. Realmente me sentí atraído por ti desde nuestro primer encuentro. Me pareciste digna de ser la esposa del futuro presidente del banco Sumida.

—Pero seguiste viendo al señor Mori incluso después de casarnos.

—No —responde de inmediato.

«¿No?» Estoy sorprendida.

—Como sabes, Michio y su mujer se mudaron a Sapporo poco después de nuestra boda. Su mujer había conseguido un puesto en la Universidad de Sapporo, donde vivieron diez años.

—Entonces, ¿cuándo volviste a verlo?

—Hace tres, cuando regresaron a Tokio.

—La mujer ya tenía un cáncer de útero, ¿verdad?

Mi marido asiente con la cabeza. Nos quedamos callados unos instantes.

—¿Quién de tu familia conoce tu verdadera sexualidad? —pregunto.

—Mis padres y mi hermana. Nadie más.

—¿Cómo reaccionaron tu madre y tu hermana?

—Mi madre se desmayó cuando le confesé la verdad. Mi hermana se puso histérica. «¡Mi hermano sale con chicas! ¡Es imposible que sea homosexual!»

—¿Y quién sabe de tu esterilidad?

Mi marido me mira, muy sorprendido. Vuelve a quedarse callado. Es la primera vez que pronuncio la palabra «esterilidad» en su presencia. Nunca hemos hablado del asunto. Una vez me mencionó que de adolescente había tenido paperas. Espero su respuesta en silencio.

—Tomi. Y quizá también su marido, Seiji —responde al fin.

«¡Tomi y Seiji! Entonces saben que Mitsuba no es hija de mi marido...» Siento que la sangre me sube a la cabeza. Sé que mi marido está muy unido a Tomi, pero no me imaginaba que le hubiese revelado algo tan personal como su esterilidad.

—No te preocupes por ellos. Tomi y Seiji son leales a nuestra familia.

No sé qué decir. Esta vez el silencio dura mucho. El tictac del reloj de péndulo se vuelve cada vez más estridente. Bajo la cabeza. Las lágrimas caen sobre mi mano, que sostiene la taza de té.

Amanece. Todavía estoy en el pabellón.

Acostada en el futón, sigo sin tener fuerzas para hacer nada. Solamente, para perderme en mis pensamientos. Oigo el motor del coche. Mi marido está saliendo para ir a la oficina. Ha dormido en el edificio principal, como de costumbre. Aparte de mí, ahora no hay nadie en esta vasta propiedad. Mitsuba está en la escuela; esta mañana ha acudido directamente desde la casa de su amiga. Tomi y Seiji están todavía en casa de su hija.

Hacia las nueve guardo el futón en el *oshiire*. Voy al baño. Al mirarme en el espejo, me quedo estupefacta. Tengo un aspecto espantoso: ojeras, la piel seca, la mirada apagada, los labios resecos, el cabello en desorden. Estoy fea. Jamás me he visto una cara tan deprimida. Menos mal que mi marido no me ha visto antes de irse. Me doy una ducha en el acto.

Vuelvo al edificio principal para prepararme el desayuno. No he comido nada desde ayer por la tarde. Yoshiko me llama mientras me bebo un café. Quiere saber si no estoy demasiado agotada tras nuestro paseo por Yokohama. De buen humor, me informa de que a su marido le encantó la araña con forma de estrella. Me dice también que le gustó mi comentario sobre su cuadro de los dos *tsukushi*, «artístico y erótico».

—A propósito —dice—, mi marido me ha hablado de ese bar frecuentado por homosexuales.

No contesto.

—¿Sabes quién es el dueño? —prosigue—. Lo conoces.

—¿Quién? —pregunto sin interés.

—¡Sorpresa! Se llama Michio Mori.

Me quedo atónita: «El señor Mori...». Sin percibir mi turbación, dice:

—No creía que fuera homosexual, pues me dijiste que acababa de perder a su mujer debido a un cáncer.

—Mi marido y yo sabemos de su sexualidad —digo, tratando de aparentar naturalidad—, pero somos discretos al respecto. Dicen que era una pareja unida.

—¿De veras? Estás bien informada. En todo caso, es un fotógrafo reconocido, al que mi marido respeta mucho. Sabes cuál es su seudónimo, ¿no?

—¿Seudónimo? —repito, confundida.

—¿No lo sabes? ¡No es posible! Según mi marido, en el mundo artístico se lo conoce como Yūji Sumida. Vuestro mismo apellido, pero sus *kanji* son distintos.

«¿Yūji Sumida?» Siento que me ahogo. Yūji es el nombre que había elegido mi marido para «nuestro» bebé si era varón. Me decía: «Yūji Sumida. Es bonito. Suena bien».

—¿Así que ahora el señor Mori frecuenta a alguien de su mismo sexo? —me pregunta Yoshiko con tono despreocupado.

—De eso no sabemos nada —contesto nerviosa.

Se despide esperando volver a verme después de la fiesta de fin de año. En cuanto cuelgo me siento repentinamente abatida.

—Yūji Sumida... Si «nuestro» bebé hubiera sido varón... —murmuro, al borde del llanto.

Hacia las cuatro de la tarde, Mitsuba vuelve de la escuela, más temprano que de costumbre. Me cuenta que hoy no ha tenido entrenamiento de tenis

después de las clases. Viene a verme al pabellón sin saber que he pasado aquí la noche. Algo recuperada, estoy haciendo ikebana.

Mitsuba me habla del torneo de tenis de ayer, donde jugó a dobles con su amiga.

—¡Una derrota total! Nuestras rivales eran demasiado buenas.

Sin embargo, no ha perdido el buen humor y sigue hablando. No tengo fuerzas para hablar con ella. Solo escucho a mitad. Cuando se calla, le pregunto:

—¿Has dormido bien en casa de tu amiga?

—¡No, qué va!

Bajo la mirada. Dice que la madre de su amiga tuvo la amabilidad de prepararle la cama en una habitación separada para que pudiera descansar bien, pues esta mañana ella y su amiga tenían que ir a la escuela como de costumbre. Por desgracia, le costó dormirse. Le digo que debía de estar demasiado excitada con la velada.

—No, tuve una pesadilla. Me desperté sudada en plena noche.

—¿Qué clase de pesadilla?

Me cuenta. Estaba en un concierto de presentación de los alumnos de violín. Cuando le llegó el turno, había olvidado las notas por completo. Aterrada, intentaba recordarlas, en vano. Estaba paralizada ante un público estupefacto. Mi mano, que sostiene una flor de lis blanca, queda suspendida en el aire.

—¡Qué sueño más angustiante!

—Sí.

Le pregunto si yo aparecía.

—Sí. Tú llorabas. ¡Me preocupaba por ti! Arrojaba mi violín en el escenario y bajaba a consolarte. Por suerte papá no estaba contigo.

Sonríó débilmente. Me pide que no se lo cuente a su padre.

—Por supuesto... —murmuro.

Se despide y vuelve al edificio principal. Me quedo largo rato inmóvil, envuelta en el silencio.

Salgo del banco Sumida. Un taxi me espera delante del edificio. Le pido al conductor que vaya a la estación de metro K.

Es lunes. Como de costumbre, he colocado ikebanas en el despacho de mi marido y en la recepción. Es fin de año. Todo el mundo parecía muy ocupado. Mi marido estaba en una reunión. Mejor. No quería hablar con nadie, salvo con la joven recepcionista. Puse flores de lis en su mostrador. Me contó que la flor de lis simboliza la «pureza», y que es para las bodas.

El taxi pasa por la academia Kanda, la escuela de idiomas.

Anoche Yoshiko me dijo por teléfono que acababa de elegir esa escuela para estudiar hebreo. Allí tomé cursos de francés con T. Aoki. Con voz animada, Yoshiko me comentó: «Como te dije, el curso empieza en enero. Una vez por semana, dos horas, de diez a doce de la mañana. —Me animó a retomar el francés, y agregó—: ¡Después de las clases podríamos comer juntas!». Pero no creo que por un tiempo pueda concentrarme en ese tipo de estudios.

Bajo del taxi delante de la estación de metro K.

Me dirijo lentamente hacia la callejuela donde estaba el café Torēhuru. El lugar que llevaba años apartando de mi memoria y que se me apareció en el sueño. En realidad, no pensaba volver hasta hace poco. Al oír a la recepcionista hablar de lo que simboliza la flor de lis, de repente me acordé del nombre de la camarera del café Torēhuru. Se llama Yuriko, que significa «hija del lis».

Llego a la callejuela. Hay mucha gente. Ante mí aparecen los restaurantes, los cafés, los bares, un estanco... Noto que hay edificios que no han cambiado en absoluto. Me detengo un momento. Un joven viene hacia mí con paso apurado. Lleva chaqueta, parece un empleado normal y corriente. Echo un vistazo a su rostro cansado pero feliz. Nos cruzamos. Cuando me vuelvo, está entrando en un pequeño café. «¿Una cita con su amante?» Su figura de espaldas se superpone con la de T. Aoki.

Al cabo de unos veinte metros estoy delante del letrero del café Torēhuru.

—¡Sigue todavía aquí! —exclamo.

El letrero está al lado de la puerta que lleva al primer piso. El edificio ha sido reformado y es más bonito que antes. Subo la escalera y abro la puerta del café.

Me recibe una camarera joven. Hay una decena de clientes. El interior está un poco cambiado, pero la pequeña araña con forma de abeto sigue ahí, en lo alto del vestíbulo. Aquí y allá hay algunas plantas verdes. Me siento a una mesa del fondo y pido un *kōcha* con una rodaja de limón.

Cuando me traen el *kōcha* pregunto a la camarera:

—Hace mucho frecuentaba este café. ¿El dueño aún es el mismo?

—Sí. Es el fundador. ¿Lo conoce?

—No. Solo a su sobrina, que trabajaba aquí. Se llama Yuriko. ¿Sabe dónde vive ahora?

—Lo siento, señora, soy solo una empleada. Si quiere saber algo más, puede preguntarle directamente a mi jefe.

—Tiene razón. ¿Está él?

—No, ahora ha salido.

—Entonces le preguntaré en otra ocasión. Gracias, señorita.

Mientras me bebo el *kōcha* miro alrededor. Junto a la ventana hay una pareja joven. Están sentados frente a frente. Solo veo la cara del hombre, que

sujeta en su mano la mano de la chica. Hablan a media voz. Pienso en la época en que me citaba aquí con T. Aoki. De hecho, ese era nuestro lugar, la mesa donde está esa pareja. En nuestro último encuentro hablamos de los preparativos de nuestra boda.

T. Aoki... No sé dónde vivirá ahora, ni si estará casado. No es asunto mío. Pero a veces tiemblo al imaginar que un día se enterara de la verdad: Mitsuba es su hija. Y si supiera también que mi marido es homosexual, ¿qué pensaría de mí y de mi vida?

—Buenas tardes, señora.

Un hombre de unos sesenta años se halla de pie ante mi mesa. Vuelvo en mí.

—Soy el dueño de este café —se presenta—. Nuestra camarera me ha dicho que conoce a mi sobrina Yuriko.

Lo saludo.

—Yo era solo una clienta, pero solíamos charlar. Ella acababa de aprobar el examen de ingreso en la universidad —le comento.

—¡Ah, por aquel entonces...! —exclama, sorprendido.

Me cuenta que su sobrina estudió historia de Japón y que aprobó el examen de ingreso en el cuerpo docente. Luego trabajó en una escuela secundaria. Habla de ella con orgullo, como si fuera su padre. Recuerdo que Yuriko perdió a sus padres en un accidente de coche cuando era pequeña.

—Y ahora mi sobrina es madre de una niña.

—¡Enhorabuena!

—Gracias. Vive con su familia en Montreal.

«¿Montreal?» El nombre de esa ciudad siempre me turba.

—¿Su marido es extranjero? —pregunto.

—No, es japonés. Natural de Tokio, como mi sobrina y yo.

Sonrío.

—Yuriko lo conoció aquí, en mi café. Era un *shōsha-man* de la empresa

Goshima —añade con cierto apuro.

Me quedo pasmada: «¡Un *shōsha-man* de Goshima!». Un estremecimiento me recorre la espalda. Siento que mi respiración se acelera. «Debe de ser T. Aoki...» Quisiera taparme los oídos. «Pero ¿qué querrá decir con lo de “era”?»

—Lo trasladaron a Montreal —prosigue el dueño—, pero cinco años después renunció para fundar su propia agencia de comunicaciones.

Estoy estupefacta: «T. Aoki ya no trabaja en Goshima...».

—Ahora mi sobrina se llama Yuriko Aoki —dice sonriendo—. Enseña japonés en una escuela japonesa. Le mencionaré su nombre la próxima vez que nos llame.

—No —digo precipitadamente—, no vale la pena. Como le he dicho, yo solo era una clienta para ella. No creo que me recuerde.

Se despide. La camarera vuelve a la mesa a retirar la taza vacía. Poco después la pareja joven se levanta y se dirige cogida de la mano hacia la entrada.

Confundida, me repito: «T. Aoki se fue de Goshima hace ocho años... Se casó con la sobrina del dueño del café Torēhuru. Increíble...». Vuelvo la cabeza hacia la ventana. Veo el letrero de la academia Kanda. Poco a poco se me va nublando la vista.

Es viernes, 13 de enero. Me voy a Kobe, sola. Acabo de reservar una habitación para cuatro noches en el hotel al que siempre voy, en el barrio N.

Hace dos días mi marido se marchó a Francia con su padre. Han ido a visitar la sucursal de París y estarán de regreso dentro de cinco días. Mi marido me había invitado a acompañarlos, pero decliné la oferta diciendo:

—Por ahora necesito estar sola.

Aunque mi respuesta pareció sorprenderlo, repuso:

—Otra vez será, entonces.

Es la primera vez que me niego a viajar con él.

Esta mañana he ido al banco Sumida a colocar algunas ikebanas. Salí de casa en taxi con Mitsuba. Durante el trayecto estuvimos más bien en silencio. El taxi se detuvo primero en la escuela H. Antes de bajar, Mitsuba me entregó un papel diciéndome:

—¡Buen viaje, mamá!

Acto seguido se encaminó a la puerta de entrada del colegio. Leí su mensaje: «Mamá, pareces triste. ¿Te preocupa algo? Espero que este viaje te ayude a serenarte. Te quiero, Mitsuba». Me rompió el corazón.

Son las tres de la tarde. Aún faltan dos horas para salir de casa: tomaré el *shinkansen* de las seis. Decido hacer una tarta de chocolate para Mitsuba, que irá a casa de mis padres cuando acabe la escuela. Pasará allí las cuatro noches en las que estaré ausente. Mis padres siempre están felices de recibirla. En

realidad, no quiere dormir aquí sin mí, aunque Tomi y Seiji estén en su pabellón, como siempre.

Sentada en una silla en la cocina, espero que la tarta se haga en el horno. Pienso en Mitsuba. Desde que empezó el año ha dejado de practicar el violín en la sala insonorizada del sótano. Al principio me pregunté por qué ya no bajaba. Estaba segura de que no sabía nada del «incidente» que había ocurrido allí.

Solo anoche Mitsuba me explicó por qué. No tenía nada que ver con el «incidente». Se trata de la abuela de mi marido, fallecida hace más de veinte años. Tres días antes del año nuevo, Mitsuba había oído por casualidad a Tomi y Seiji comentando el asunto sin reparar en la presencia de mi hija.

Primero habían hablado sobre los abuelos de mi marido: el fundador del banco Sumida y su mujer. Seiji decía que después de haber hecho fortuna, el banquero viajaba mucho al extranjero por placer. Pero nunca llevaba a su mujer, porque no era «normal». Había intentado quemar la casa. Tomi la había sorprendido prendiéndole fuego. La mujer gritaba, toda despeinada: «¡Avaro! ¡Tacaño! ¡Vete al diablo!». Seiji había apagado el fuego enseguida. Su patrón estaba furioso. A partir de entonces decidió encerrar a su mujer en el sótano, en la sala insonorizada. Unos años después, en esa misma sala, ella se murió. Tomi decía: «Pobre mujer. Su marido tenía una amante...».

Mitsuba también me confesó que, tras oír esa historia, le hizo preguntas a mi marido sobre su abuela, que procedía de una familia antigua. Él le contestó: «Mi abuela estaba un poco loca. Era una mujer orgullosa, histérica y derrochadora. A mi abuelo le avergonzaba salir con ella. Yo no estaba muy unido a ella. Cuando era pequeño, mis padres solían dejarme con mis abuelos. Para evitar a mi abuela jugaba solo en el pabellón donde ahora viven Tomi y Seiji...». Es evidente que mi marido no le había mencionado a Mitsuba cómo había muerto su abuela, ni que su abuelo había tenido una amante.

Esta mañana, en el taxi, le dije a Mitsuba:

—Puedes dejar el violín si quieres dedicarte más al tenis.

—No, mamá —me dijo, sorprendida—. Ya he elegido la pieza para el solo. La fecha de nuestra presentación sigue siendo el 17 de marzo. ¡Tu cumpleaños! Me gusta practicar.

Yo permanecía callada. Ella añadió que, en caso de dejarlo, lo haría después de esa presentación.

—No te preocupes, mamá. Yo misma se lo explicaré a papá —me dijo con seguridad.

Pienso en mi marido. Al parecer, nuestra vida se ha normalizado. Charlamos de cosas cotidianas, como antes. Dormimos en la misma habitación, cada uno en su cama, separados. Vamos en familia al restaurante, a ver una obra de teatro o una película. Cuando regrese de Francia, mi marido quiere invitar a nuestras familias y amigos a nuestra casa.

Ya no toco el tema del señor Mori, a quien he dejado de ver. Y mi marido tampoco habla de ello. Creo, sin embargo, que siguen viéndose. Para ellos no es una aventura, sino un amor profundo. Algo que yo jamás experimentaré con mi marido.

La tarta de chocolate está lista. La pongo sobre la mesa. Huele bien. Esta noche Mitsuba se la comerá con mis padres.

Subo a nuestro dormitorio para preparar el viaje a Kobe. En mi pequeña maleta meto un estuche con cosas de baño, ropa interior, un suéter de cuello alto, un pantalón... Luego me cambio y me pongo ropa de calle. Sigo llevando en el bolso la caja de cerillas que me dio Yoshiko el día que fuimos a Yokohama. La cojo y fijo la mirada en los dos *tsukushi* que están uno junto al otro, como una pareja bien avenida. La dejo sobre la mesilla entre las dos camas, que son como una pareja separada. Me pregunto si mi marido se «sorprenderá» al encontrarla allí.

Me acerco a la ventana. El cielo sigue despejado. Espero que mañana haga buen tiempo en Kobe. Un avión pasa a lo lejos. Contemplando su estela blanca me hago la misma pregunta que en el último cumpleaños de Mitsuba: «¿Qué tiempo hacía el día en que nació mi hija?». Pero siempre es en vano.

Miro nuestro gran terreno bien cuidado. El jardín, el estanque, los árboles, el césped, el camino de rocas bien dispuestas... De pronto, siento un lacerante dolor en el corazón. Pienso en la novela de Mishima, *Sed de amor*. Veo a una anciana que llama a la puerta de la sala insonorizada, gritando toda despeinada: «¡Socorro!». Un escalofrío me recorre la espalda.

Recojo la maleta y el bolso y salgo de la habitación. Mientras cierro la puerta me digo: «Adiós, cariño».

Yamabuki

El sol brilla sobre un mar esmeralda. En la playa, Tsuyoshi supervisa el trabajo de los habitantes, que están construyendo una balsa con troncos y zarcillos. Un samurái se acerca llamándolo:

—¡General Toda!

Me alejo nadando. El horizonte se extiende delante de mí hasta el infinito. Van y vienen gaviotas que vuelan en bandada. Subo a una roca y contemplo la isla, enteramente cubierta de flores de *yamabuki*. Su color dorado reluce al sol.

Vuelvo a sumergirme en el agua fresca y nado entre plantas y arrecifes de coral. Hay erizos pegados a las rocas. A Tsuyoshi le encantan, pero yo no me atrevo a tocar sus espinas sin guantes. «¡Qué más da!» A mi lado pasa un pez amarillo muy bonito. Asciendo, lo sigo y vuelvo a la superficie con él.

De pronto el sol desaparece tras una espesa nube negra. El viento empieza a soplar. Se anuncia una tormenta. Debo volver a la costa. Un instante después, un relámpago cegador parte en dos el cielo, y luego el trueno ruge sordamente.

—¡Ay, no! —grito.

Empieza a llover de manera torrencial. Estoy aterrada. Mis pies ya no se mueven como quiero. En ese momento, alguien me llama:

—¡Aiko!

Es la voz de un hombre maduro. No hay nadie a mi alrededor. Me pregunto: «¿Quién será?».

—¡Sostén esta cuerda! ¡Vamos, ánimo! —me dice el hombre.

Su voz me resulta familiar, pero no consigo identificarla. Atrapo la cuerda, que me arrastra hacia la playa.

Tsuyoshi llega en una barca. Aliviada, le digo al hombre cuyo rostro no veo:
—Gracias por haberme salvado, señor. Aquí está mi marido.

La cuerda desaparece en el acto.

Cuando al final volvemos a la playa, la tormenta cesa.

De pronto, los habitantes se ponen a chillar:

—¡Mirad! —Señalan con el dedo hacia alta mar. A lo lejos se divisan cuatro barcos negros que nunca hemos visto. Son enormes. Avanzan hacia nuestra isla.

—Son extranjeros —dice Tsuyoshi.

Poco después se oye una serie de cañonazos procedentes de los barcos. Todo el mundo se ha quedado petrificado.

—Voy a ver. Hay que impedir que desembarquen —dice Tsuyoshi a los habitantes.

—¡General Toda, es peligroso! —exclama el samurái.

—¡Voy contigo! —le digo a Tsuyoshi.

—¡No! Esta vez debo ir solo —se niega en redondo. Enseguida se sube a la barca y se aleja rápidamente.

—¡Cariño!

El ruido de la lluvia. He despertado hace un instante. A mi lado, mi marido respira apaciblemente, dormido. Pienso en el sueño que acabo de tener. Me pregunto: «¿Quién será el hombre que me salvó?». Reflexiono. Tal vez mi padre, que murió cuando yo era pequeña.

Son apenas las cinco y media. Podría seguir durmiendo al menos un par de horas más, pero estoy demasiado despejada. Sin embargo, no tengo ganas de levantarme tan temprano. Decido permanecer acostada hasta que mi marido despierte.

Hace cuatro días que llueve sin parar. Da la impresión de que este año el *tsuyu* haya llegado antes de lo habitual.

Por lo general, esta estación no me disgusta. Al contrario, es el período más estimulante para mis actividades artísticas: la ceremonia del té, el ikebana, la lectura. Me divierto a veces escribiendo haikus al ritmo de la lluvia fina, torrencial, violenta. Y cuando el sol blanco y deslumbrante anuncia el verano, ya siento nostalgia por los momentos que he pasado escuchando la lluvia.

Pero hubo una época en que este clima me hacía languidecer y me ponía melancólica. Todo empezó cuando rondaba los cuarenta. Cada año quería irme a alguna parte, lejos, a un país cuyo clima fuese seco todo el año. Y cuando promediaba los cincuenta, de repente esos sentimientos negativos desaparecieron. Me preguntaba si tendría alguna relación con el final de la menopausia.

Alzo la mirada hacia las ventanas cubiertas por las cortinas blancas de

encaje. La luz que penetra es ahora más intensa que antes. Sin que me diera cuenta, ha dejado de llover.

La casa está en silencio. Aguzo el oído para advertir el más mínimo ruido. Solo la respiración suave de mi marido. Respiro hondo, muy lentamente. ¡Qué tranquilidad!

Mi marido murmura. Seguramente está soñando. Parece tranquilo. Lo oigo repetir:

—Va a venir... Va a venir...

¿Quién será ese que va a venir? ¿El mismo que apareció en mi sueño, como si estuviéramos en simbiosis?

Me digo: «Cincuenta y seis años... Hemos compartido tanto tiempo juntos, sin separarnos. Y antes éramos perfectamente desconocidos el uno para el otro, al menos en este mundo».

Poso mi mano fresca sobre la suya. Su calor penetra en mí. Observo su rostro y veo la imagen de un general de samuráis empapado de lluvia. Está de pie ante una mísera casa de paja. Aparece una muchacha en quimono y le tiende un ramo de flores de *yamabuki*.

Celebramos nuestras bodas de oro en 1998, hace seis años.

Fue un acontecimiento totalmente inesperado para nosotros, que pensábamos pasar tranquilos el día de nuestro aniversario.

Un martes de julio, Zakuro, la nieta del hermano menor de mi marido, nos llamó por teléfono: sus padres nos pedían que fuéramos a su restaurante Banzō el sábado siguiente por la noche. Querían que probáramos una nueva receta antes de incluirla en la carta. Desde que lo abrieron tenemos esa costumbre: valoran nuestro criterio, en especial el mío, pues todos los platos que he aprobado atraen a una clientela regular. Según Zakuro, esta vez sus padres insistían más de lo habitual. Les prometimos, pues, que acudiríamos sin falta el día convenido.

Ese sábado por la tarde, Zakuro, todavía estudiante universitaria, llegó a casa con el coche de sus padres. Me ayudó a plantar flores en nuestro jardín. Por la noche nos fuimos los tres juntos.

Entramos en el restaurante y Zakuro fue a la cocina a avisar a sus padres de que habíamos llegado. Había una decena de clientes. Mi marido y yo nos sentamos a una mesa en un rincón. Yo tenía hambre y me moría de ganas de probar el nuevo plato. De vuelta de la cocina, Zakuro nos dijo que mejor pasáramos a la sala con tatami del fondo, la que se usa en los banquetes. Nos quedamos perplejos.

La sala en cuestión estaba cerrada. Cuando llegamos ante las *shōji*, se abrieron solas, como las puertas de un ascensor. De repente, nos encontramos

rodeados de conocidos, todos exclamando entre grandes sonrisas: «¡Felices bodas de oro!». Muy sorprendidos, nos quedamos boquiabiertos unos instantes.

Eran algunos miembros de nuestra familia cercana: mi cuñado, mis dos cuñadas, sus cónyuges y sus hijos. Eran veinte. Algunos habían viajado desde lejos para la ocasión. Estábamos emocionados, evidentemente. Nos enteramos de que todo había sido idea de Zakuro, y que había organizado aquella pequeña fiesta sola.

Zakuro se comprometió hace poco. Poco después me preguntó:

—¿Cuál es el secreto para vivir en pareja tanto tiempo, con tanta armonía?

Me hizo reflexionar, pero no sabía qué contestar.

—Uno se casa creyendo que va a vivir con el otro para siempre —insistió—. Por desgracia, mucha gente acaba separándose o divorciándose, incluso odiándose. Es tan triste... No quiero por nada del mundo que me suceda algo así.

Zakuro conocía nuestra historia de amor: nos cruzamos en un tren, ni siquiera intercambiamos una palabra y dos meses después estábamos casados.

—Nos unió el destino —le dije por fin—. Y así también te encontré a ti en este mundo.

La respuesta no pareció convencer a esta muchacha, que se aprestaba a casarse.

—Espero que ese destino nos una también a mí y a mi prometido —se limitó a decir.

En realidad, yo me había divorciado una vez. Aquel matrimonio duró apenas cinco años. Tenía veinticuatro cuando dejé a H., mi primer marido.

En aquella época, con independencia del motivo que tuvieran, las mujeres no se atrevían a pedir el divorcio. La resignación era en ellas una virtud absoluta. Yo creía que tendría que soportar para siempre a H., que era

mujeriego y no tenía intenciones de separarse de mí. Tuve la suerte de terminar pronto con esa vida conyugal.

Para mí, vivir más de medio siglo con un hombre con quien me crucé en un tren y no intercambié una sola palabra no es más que *shukumei*, después de todo. Jamás me he arrepentido de mi vida con Tsuyoshi. El hombre al que amé a primera vista.

Pienso en H., con quien viví cinco años.

Los dos habíamos nacido en Fukuoka. Me separé de él dos años después del final de la guerra. Desde entonces no he vuelto a verlo. No tuvimos hijos.

Me casé con H. por *miai*. Yo contaba apenas diecinueve años y él veinticinco. En nuestra primera cita me causó una buena impresión. Me pareció dulce e inteligente.

Mi madre me animó a casarme con él. En realidad, temía que me quedara soltera. A nuestro alrededor, a los hombres jóvenes los enviaban al frente uno tras otro. Mi padre había muerto de tuberculosis cuando yo tenía cinco años.

H. había estudiado dos años de derecho en la Universidad de Kobe. No había ido a la guerra: se había librado del servicio militar por un problema de corazón. Su familia estaba interesada en aquel *miai* por dos motivos: yo tenía buena salud y había estudiado en uno de los mejores institutos de Fukuoka.

Su padre era comerciante de telas al por mayor y tenía también un *gofukuya*, que regentaba su mujer. La nueva ley oficial en materia de productos de lujo había frenado considerablemente el desarrollo de sus negocios, pero el comercio seguía abierto. Había otros dos hijos en la familia. Los dos, mayores que H., eran médicos militares de profesión. Por entonces, ya estaban casados y los habían enviado a Corea y Manchuria.

Cuando nos casamos, mi suegro nos animó:

—Tened muchos hijos, sobre todo varones. Es una manera de contribuir a los esfuerzos de guerra.

Trabajábamos juntos en la tienda.

Mi suegra era muy estricta. Al principio yo la temía. No me atrevía a dirigirle la palabra. Pero al cabo de un tiempo empecé a apreciarla. Era ecuánime y me inspiraba confianza. Guiada por sus consejos, yo trabajaba con entusiasmo.

Amable y generoso, H. era querido por sus empleados. Pero los negocios no le interesaban demasiado. Era una persona sociable. Le gustaba conversar con los clientes. Solía ausentarse de la tienda con el pretexto de encontrarse con ellos. Pero era eficaz a la hora de cobrar a los malos pagadores.

Poco después de casarme me quedé embarazada. Toda la familia se puso muy contenta. Mi madre también esperaba con impaciencia la llegada de su primer nieto. En general, H. estaba de buen humor. Yo creía que nuestro matrimonio iba bien.

H. me decía que le gustaba la literatura y que su sueño era ser novelista.

—Por desgracia —decía—, estamos en plena guerra. Está prohibido publicar novelas de amor. No puedo enviar mi manuscrito a ningún sitio.

En aquella época publicaba relatos militares para niños, algo que complacía al Estado.

Una vez, H. me mostró una de sus novelas, pero no entendí qué quería expresar.

—Mi hijo no tiene talento para la literatura —repetía mi suegra—. Es una pena que abandonara los estudios de derecho.

Yo estaba de acuerdo con ella. Quería que algún día los retomara.

Mi suegra decía que lo habían echado de la universidad: se pasaba la vida perdiendo el tiempo con sus amigos. Muy disgustado, su padre dejó de enviarle dinero. H. quiso entonces estudiar literatura. Eso enfureció aún más a su padre: «¿Estudiar literatura? ¡Es un divertimento! ¿Cómo se te ocurre eso en las circunstancias actuales? ¡Estamos en plena guerra!». Como no tenía

manera de ganar dinero, H. volvió a la casa paterna y se puso a trabajar en el *gofuku-ya*. Su madre le había advertido que si tenía relaciones íntimas con sus empleadas o clientas lo despedirían.

Por desgracia, mi embarazo concluyó en un aborto espontáneo. Como yo, H. estaba muy decepcionado. Mis suegros y mi madre seguían optimistas.

—No se preocupe. Evite el estrés, habrá otras oportunidades —me animaba mi médico. Yo le creía.

Pasaron tres años, pero no me quedaba embarazada. H. me dijo entonces algo desagradable:

—No hay hijos. Mala suerte. Me casé contigo para complacer a mi padre.

Empezó a volver a casa cada vez más tarde. Me llegaban rumores de que frecuentaba los *yūkaku*. Eso me trastornaba.

Un día mi suegra descubrió que su hijo salía con una clienta. Le ordenó que se fuera de la tienda en el acto. Eso le sorprendió: no creía que su madre hablara en serio. En realidad, mantenía también una relación con una empleada.

En esa época Fukuoka fue bombardeada. Un tercio de la ciudad fue pasto de las llamas y murieron más de mil personas. Nosotros estábamos sanos y salvos en el campo. Pero allí recibí una noticia trágica: mi madre había muerto de tétanos. Hasta su último aliento, estuvo preocupada por mi matrimonio, que no iba bien.

Mi relación con H. se había enfriado por completo. La guerra terminó y yo quería separarme. Pero él no parecía contemplarlo. Por el contrario, me acompañaba a todas las reuniones familiares, como si entre nosotros todo fuera bien. La gente decía que yo debía de amarlo mucho para tolerar sus infidelidades.

Era todavía la época en que «la mujer que no puede tener hijos después de tres años debe abandonar la familia». En tales condiciones, un divorcio no era

extraño, pero para la mujer resultaba humillante. De modo que, como me decía H., yo tenía la suerte de poder seguir casada.

Y un día H., como si hablara solo, recitó un *waka*.

—*Nanae yae hanawa sakedomo...*

Yo lo escuchaba y pensaba: «¡Ah, también conozco ese *waka*!».

Pero él dejó caer con su sonrisa irónica:

—Eres como la flor de *yamabuki*. Bella, pero sin frutos.

—Eres cultivado, pero no por eso inteligente —repliqué, estupefacta.

Con el rostro crispado, se marchó de inmediato de casa.

Nos habíamos quedado sin dinero. H., que se encargaba de las cuentas, lo había gastado todo. Por fin nos separamos gracias a mi suegra. Primero le dio dinero a su hijo, que tenía dificultades para conseguir trabajo, con la condición de que se separara de inmediato. Luego, una vez divorciados, me ofreció la misma suma a mí.

Dos años después del final de la guerra, la vida era difícil para todo el mundo. El edificio de la tienda había quedado parcialmente quemado por las bombas y mi suegra necesitaba dinero para reconstruirlo. Valoré mucho su gesto.

La última vez que nos vimos, mi suegra me dijo:

—Lo lamento por mi hijo. No se toma en serio la vida conyugal. Te mereces alguien mejor que él. —No percibí en su tono maldad ni ironía. Era simplemente su proverbial ecuanimidad. Llegó a decirme—: No malgastes tu preciosa juventud. —Casi me eché a llorar cuando añadió—: Aiko, no olvides que te quiero mucho.

H. se casó con la clienta, que ya estaba embarazada de siete meses. Cuando me fui a Tokio, se había quedado embarazada otra vez. La pareja se mudó a Kobe y H. empezó a trabajar como cobrador en un periódico local.

Años más tarde supe que se había divorciado de su segunda esposa. Ese

matrimonio solo duró cinco años, como el nuestro. Había vuelto a casarse, pero su tercera mujer había sufrido un accidente de coche y había muerto poco después. H. tenía cuarenta años.

Ahora vive en un asilo de ancianos en Fukuoka y ya no ve a sus hijos.

Dulce y amable en apariencia, H. solo servía para ir detrás de las chicas. Era una persona totalmente frívola y sin principios, que fracasó en los estudios, se libró del servicio militar, echó a perder su carrera de escritor. Nunca lamenté haberlo dejado. Pero sí haber dejado a su madre, en quien todavía pienso con nostalgia.

*Nanae yae hanawa sakedomo yamabukino
mino hitotsudani nakizo kanashiki.*

Es un *waka* escrito por uno de los hijos del emperador Godaigo: «Aunque las flores se abran engalanadas con siete u ocho filas de pétalos, el *yamabuki* se lamenta, pues ni siquiera da un solo fruto».

Aprendí este *waka* a los dieciocho años, poco antes de casarme con H. Fue durante un curso de la ceremonia del té. La maestra nos lo enseñó y también nos contó una anécdota a propósito de Ōta Dōkan, un general del siglo XV, que se cita con relación a ese *waka*.

Durante una cacería, Dōkan fue sorprendido por un chubasco. Se detuvo en la choza de una granja. Apareció una muchacha. Él le pidió un *mino*, una capa hecha de paja. Ella se adentró en la casa y volvió con un ramo de *yamabuki*, que le ofreció. Muy disgustado, Dōkan se fue y contó esta historia a uno de sus vasallos, el cual le recitó el *waka* y le explicó lo que había querido decir la muchacha: «Somos muy pobres. Lamento que en nuestra casa no haya un solo *mino*». Era un juego de palabras. Molesto por su propia ignorancia, Dōkan se propuso aprender los poemas clásicos.

H. solía recitarme algunos *waka*. Al principio lo admiraba por sus gustos literarios. Pero me horrorizó cuando me dijo con una sonrisa burlona: «*Nanae yae...* Eres como la flor de *yamabuki*. Bella, pero sin frutos».

Es extraño que Tsuyoshi también usara la expresión «Eres como la flor de

yamabuki». Fue cuando me propuso matrimonio. Como no sabía qué quería decirme, esa coincidencia al principio me preocupó. Pero esta vez el significado era completamente distinto. Es más, era muy conmovedor.

Me levanto alrededor de las ocho. Tsuyoshi está despierto, pero aún sigue en la cama.

Está nublado. Entro en la sala y abro las puertas correderas para ventilar la casa. Sopla un viento fresco. Bajo al jardín y observo las plantas y los árboles. En un rincón hay un granado que mi marido plantó poco después de comprar la casa. Las flores se abrirán dentro de un mes.

Es domingo. No tenemos planes para la mañana.

Si mi marido se encuentra bien, desayunaremos en nuestro café habitual. Es una ocasión para saludar a la gente de nuestro agradable barrio. Por desgracia, muchos de nuestros viejos conocidos ya están muertos, seniles o enfermos.

Si no llueve, podremos ir también al parque. Hay numerosas variedades de plantas. Estoy ansiosa por ver las hortensias. Espero que Tsuyoshi quiera caminar hasta allí.

En realidad, empieza a resentirse de las caderas. Hace ya unas semanas que no tiene ánimo para ir muy lejos caminando. Se cansa enseguida. Por fortuna, todavía es capaz de moverse sin ayuda.

Por la tarde vendrá a vernos Zakuro.

Es una chica afectuosa. Se ha encariñado mucho conmigo, igual que su padre, Satoshi, durante su infancia. La trato como a mi propia nieta. Ella nos llama tío Toda y tía Toda, como hacen sus padres. Es una chica moderna y activa. Cada vez que nos visita, nos anima agradablemente. Zakuro se casará dentro de seis semanas.

—¡Ah, estás aquí, cariño!

Mi marido me llama. Lo veo de pie en el umbral de las puertas de la sala. Ya se ha vestido. Me sonrío. Su buen aspecto me tranquiliza. Le propongo tomar el fresco en el jardín. Baja lentamente y me anuncia:

—Según el parte meteorológico, estará nublado todo el día y volverá a llover por la noche.

—¿De veras? ¿Y cómo te sientes esta mañana?

—¡Muy bien! —contesta de buen humor—. Aprovechemos esta efímera tregua. ¿Quieres salir a dar un paseo?

—¡Con mucho gusto!

Encantada, entro de inmediato en la casa para cambiarme.

Primero vamos al café de siempre a desayunar.

Charlamos con uno de nuestros vecinos. Nos informa del fallecimiento del señor S., que vivía en nuestro barrio hasta que se jubiló. Era un ejecutivo de una empresa automotriz. Tenía ochenta y seis años. Así es la vida. Pero cada vez que nos enteramos de la muerte de alguien de nuestra generación, tendemos naturalmente a pensar que pronto nos tocará a nosotros. Mi marido escucha la noticia en silencio.

Según nuestro vecino, el señor S. tuvo un final tranquilo, en su casa, y solo permaneció en cama unas pocas semanas. Mientras come un huevo al plato, nuestro vecino exclama:

—¡Qué suerte! Morir como él, sin dolor y en la propia casa.

—Pues sí, qué suerte... —contesta mi marido asintiendo con la cabeza.

Nosotros conocíamos al señor S., pero no íntimamente. Ni siquiera habíamos vuelto a verlo después de que se mudara. De todos modos, la noticia nos permite imaginar qué clase de hombre era. Nuestro vecino agrega que el señor S. se había trasladado al barrio K., donde hay varias universidades. Es un barrio muy animado, lleno de cafés y librerías.

En cuanto a la señora S., por lo visto se encuentra todavía en forma. Pienso en ella. Solía saludarla amistosamente en la calle cuando vivía en nuestro barrio. Solo una vez mantuvimos una verdadera conversación. Fue por casualidad, poco antes de que se marchara, hace ya veinticinco años. Me pregunto si lo recordará.

Era una tarde de junio lluviosa, típica del *tsuyu*. La señora S. y yo habíamos bajado del mismo tren en la estación N. Al saludarla me enteré de que nos dirigiáramos al mismo centro comercial. De modo que hicimos juntas el camino.

Yo siempre había tenido la impresión de que era una mujer reservada, pero se puso a charlar conmigo abiertamente. Me invitó incluso a tomar un café antes de despedirnos para hacer nuestras compras. Acepté con gusto. En aquella ocasión me reveló que tenía cincuenta y cinco años, la misma edad que yo.

La señora S. y yo entramos en un café del centro comercial. Me hablaba de una encuesta sobre la vida conyugal que había leído en una revista femenina. Yo la escuchaba con curiosidad.

La pregunta principal del sondeo era: «Si volviera a nacer, ¿viviría otra vez con su marido?». La edad de las participantes iba de los veinte a los cincuenta años. Un cuarenta y cinco por ciento había contestado «Sí», un treinta por ciento «No», y el resto «No lo sé».

—¿El treinta por ciento de las mujeres casadas no querrían volver a vivir con sus maridos? ¡Qué sorprendente! —exclamé.

—Es triste, pero parece ser la realidad... —asintió, murmurando.

A pesar de todo me puse a pensar en ese resultado.

Tsuyoshi era entonces un *shōsha-man*. Un hombre activo, decidido y un poco machista, con un gran sentido de su responsabilidad. Durante su carrera en el extranjero me exigía que me comportara como la mujer de un diplomático. Seguirlo era un desafío para mí. Pero lo amaba, y habría contestado «Sí» a la encuesta. En cambio, habría contestado «No» si me la hubieran hecho durante mi primer matrimonio.

—Creo que esa encuesta carece de credibilidad —le dije a la señora S.

Me miró sorprendida.

—¿Cómo es eso?

Le dije que la encuesta tendría que considerar la duración de la vida conyugal. Que lo mejor sería preguntar a parejas que hubieran vivido juntas el tiempo suficiente y que tuvieran intención de seguir haciéndolo hasta morir, cualesquiera que fueran las circunstancias.

—Señora, la vida es compleja, ¿no? Aunque haya momentos en que una pareja piensa en separarse, a veces ocurren cosas que le permiten volver a vivir en armonía.

Mientras lo decía volvía a ver a H., negándose a divorciarse de mí. Si hubiera soportado sus aventuras amorosas, ¿podríamos haber cambiado? Volvieron a mi mente las palabras que me había dicho con una sonrisa burlona: «Eres como la flor de *yamabuki*. Bella, pero sin frutos». Negué con la cabeza.

—Tiene toda la razón —me dijo la señora S.—. Su caso y el mío, entonces, son perfectos. Nuestras respuestas resultarían verosímiles.

Asentí, un poco distraída y aún turbada por el recuerdo de H.

La señora S. me dijo que, según esa encuesta, las mujeres que contestaron «No lo sé» se sentían bastante satisfechas con sus maridos, pero suponían que con otro compañero podrían tener una vida mejor. Sin querer, me reí.

—¿Por qué se ríe? —me preguntó, seria.

—No, no es gracioso. Cuando dos personas viven juntas mucho tiempo, hay momentos en que cada uno sueña con estar con otra persona. Es normal.

Ella me escuchaba con aire pensativo.

—No me atrevo a hablar de estas cosas con mi marido —me dijo al cabo de un instante—, pero es también mi caso. No tengo intención de divorciarme de él, pero a menudo sueño con cambiar de vida.

Su franqueza me sorprendió.

Según ella, su marido trabajaba mucho y sus hijos habían recibido una buena educación. Ella misma disfrutaba de una vida bastante confortable. Era

maestra de bordado. Daba clases en un centro cultural. Se habían casado por *miai*.

—Como usted —dijo sonriendo débilmente—, soy de la generación que sufrió las desgracias de la guerra. Todos perdimos familiares. Pasamos miseria. Tengo la suerte de haber sobrevivido sana y salva. Si me quejara de mi vida actual, el cielo me castigaría.

La escuché sin hacer comentarios. También yo agradecía la suerte de haber sobrevivido a la guerra. Gracias a la familia de H. había estado en el campo, sana y salva. Pero una vez que mi corazón se enfrió, ya no quise seguir junto a mi esposo.

—¿Cuál es su pasatiempo favorito, señora S.? —le pregunté, cambiando de tema.

—¡Me encanta hacer dulces! —dijo, con el rostro iluminado.

Muy animada, me explicó cuáles estaba preparando en aquel período. Me impresionó su expresión de alegría, como si se hubiera convertido en otra mujer.

Al salir del café, me dio las gracias por esa conversación inesperada y amistosa. Al final me preguntó, disculpándose por la indiscreción:

—¿Qué contestaría usted a la encuesta?

—Sí —contesté sin vacilar.

—¡Lo sospechaba! —dijo sonriendo.

Desde entonces no he vuelto a cruzármela en la calle. Me pregunto cómo se sentirá ahora, después de la muerte de su marido, con el que convivió más de medio siglo.

Después de desayunar, pasamos un rato en una librería. Atraída por el título, compro un libro: *Anécdotas de viejas parejas*. Tsuyoshi, que aún no se ha cansado, acepta ir al parque, que se encuentra a veinte minutos de allí. Camina lentamente con el bastón.

Las flores de las hortensias acaban de abrirse. Humedecidas por el rocío de la mañana, tienen un aspecto maravillosamente fresco. Me encantan sus colores variados, vivos: azul, violeta, rosado, blanco. «¡Qué belleza!», exclamo sin parar. Hay también ácoros en flor. Su refinado tono malva me fascina. Deambulo observando las plantas.

Me reúno con Tsuyoshi, que está descansando en un banco. Contempla el estanque donde juegan los niños con sus barcos. Las jóvenes madres charlan mientras los vigilan. Pienso: «De haber tenido hijos, ¿como serían?».

Tras el agradable paseo por el parque regresamos directamente a casa.

Nos acomodamos en la habitación con tatami junto a la sala. Mi marido se acuesta y apoya la cabeza sobre un grueso *zabuton*. Respira hondo. Va a dormir una siesta. Le recuerdo que Zakuro vendrá a vernos esta tarde.

—Ah, es cierto... se me había olvidado —murmura.

Me pongo a leer el libro que acabo de comprar.

Sofoco la risa. Mi marido me lanza una mirada.

—¿De qué te ríes?

—Un monje cuenta anécdotas. Aquí trata de consolar a una anciana que acaba de perder a su marido.

—¿Y?

Me mira un instante con expresión un tanto perpleja, pero no pide explicaciones más detalladas. Desvía los ojos hacia el techo. Me arrepiento de mi falta de delicadeza, pues acabamos de enterarnos del fallecimiento del señor S.

Este es el relato de la anécdota:

«Un día, una anciana apareció en mi templo para hablar conmigo. Era la esposa de un hombre recientemente fallecido. Yo conocía bien a su marido, hombre muy sociable y alegre. En cuanto a su mujer, no había tenido oportunidad de conocerla bien, pues rara vez aparecía con él en público. Ya en mi presencia, la señora dudó en tomar la palabra. Supuse que estaría aún afligida por la pérdida de su compañero.

»—Señora, todo el mundo quería a su marido. Era un hombre bueno y generoso. Su contribución a nuestra comunidad fue inmensa. Siempre valoraremos cuanto hizo. Comprendo su tristeza. Pero así es la vida. Debe usted seguir...

»—¿Cree usted en la existencia del otro mundo? —me interrumpió la mujer.

»—Por supuesto que sí, señora —contesté con tono tranquilizador—. No se preocupe. Su marido estará esperándola.

»—No querría ofender... —murmuró con expresión abatida.

»—Hable con franqueza, señora. La escucho.

»—Me harté de vivir con él.

»—¿Cómo?

»—Para mí ya fue suficiente con habérmelo encontrado en este mundo. No quisiera volver a verlo. Su amiguita, si es que tuvo alguna, se reunirá allí con él, no yo.

»Yo no sabía qué decir».

En realidad, esa historia no debería haberme resultado tan divertida. Si

hubiera seguido viviendo con H., habría dicho lo mismo que la señora. Vuelvo a pensar en mi conversación con la señora S.

Miro a Tsuyoshi, que ya está dormitando.

La existencia del otro mundo no es un tema que a mi marido le guste discutir con nadie. Una vez me dijo: «¿El otro mundo? ¿Quién sabe si existe o no? Tenemos toda la libertad de creer que existe, pero no me gusta que se trate de convencer de ello a los demás, como hacen los religiosos».

Tenía razón. Si yo estuviera en el lugar del monje, le diría a la anciana: «Lamento que haya vivido tanto tiempo con un hombre al que en verdad no quería. Ahora que ha muerto, viva usted su vida. No se preocupe por el otro mundo, que por otra parte nadie conoce». A menudo pienso que la mentalidad de mi marido se parece a la de la madre de H. Yo, por mi parte, creo en la existencia del más allá.

Termino de leer. Son casi las tres. Zakuro llegará dentro de unos minutos.

Tsuyoshi sigue durmiendo la siesta. Tengo la impresión de que la habitación está un poco fría. Le traigo una manta. Cuando lo cubro con ella, vuelvo a ver a la muchacha que ofrece un ramo de *yamabuki* al hombre empapado por la lluvia.

—¡Hola, tía Toda!

Cuando llega Zakuro, mi marido todavía duerme. La llevo a la cocina y le ofrezco una taza de té de cebada con tarta. Ella deja un pequeño paquete sobre la mesa.

—Es *sasa-kamaboko*. Un recuerdo de mi último viaje a Sendai. Cómételo con el tío Toda.

Le doy las gracias. El papel del envoltorio lleva impreso un motivo de olas verdes. Es una imagen bella y refinada.

—No sabía que habías vuelto a salir de viaje —digo contemplándola—. Acabas de participar en Niigata en un encuentro ruso-japonés, ¿no?

Zakuro tiene veintisiete años y trabaja en una agencia de traducción. Entiende y habla varias lenguas, entre ellas el ruso, algo raro en Japón.

—Sí —contesta de buen humor—. La cantidad de visitantes rusos aumenta, pero hay pocos intérpretes. Tengo suerte.

Le encanta su profesión. Es una *kyaria-ūman*.

Para Zakuro no se trata solo de poder usar una lengua extranjera como intérprete, sino también de representar a nuestro país. Gracias a su profesión cobra cada vez más conciencia de la cultura japonesa, sobre todo de su lengua y su literatura. Hace poco se apasionó por los *waka*.

—Nunca he estudiado tanto la historia japonesa como ahora —confiesa con franqueza.

—Eso está bien. Para conocer una lengua extranjera, primero hay que

conocer a fondo la lengua materna y el propio país.

Zakuro me cuenta su tarea en Sendai: acompañar a una pareja rusa por la región del Tōhoku. Turismo relajado, según ella. Todo salió bien. Antes de regresar a su país, muy satisfechos de su agradable compañía, la invitaron a cenar. También le propusieron viajar a Moscú con su prometido, Toshio.

—¡Toshio está encantado con la invitación! —exclama, con los ojos brillantes de alegría.

Que haya elegido el ruso sigue sorprendiéndome. En la escuela todo el mundo estudia inglés, y una minoría aprende también chino, alemán o alguna lengua romance como el francés, el español o el italiano. Pero no ruso.

Zakuro empezó a estudiar ese idioma eslavo a los ocho años.

En aquella época una familia rusa vivía cerca de la casa de sus padres. Zakuro le tomó el gusto a la lengua jugando con los chicos en la calle. A Satoshi no le hizo gracia que su hija le rogara que la enviara a la iglesia ortodoxa, donde enseñaban ruso. «¡Menuda ocurrencia, a tu edad! Mejor será que estudies piano. La música se te da bien.» Pero Zakuro no cedió. Su madre la apoyó, pero agregó: «Entonces debes esforzarte mucho en la clase de japonés».

Entiendo los sentimientos de Satoshi. Su abuelo, el padre de mi marido, fue prisionero en Siberia. Se llama Banzō Toda. La familia sigue creyendo que murió en un campo de trabajos forzados. Pero la verdad es otra: murió en Estados Unidos. La historia de su vida es muy complicada. Además de nosotros dos, el único que la conoce es nuestro amigo Kōji, el periodista.

Cuando Satoshi decidió abrir su restaurante nos pidió consejo para elegir el nombre. Mi marido le sugirió «Banzō». Encantado, Satoshi lo adoptó de inmediato. Era como un mensaje para su abuelo: «Seguimos esperando que regreses».

—¡Hola, Zakuro! No sabía que ya habías llegado.

Por fin despierto de la siesta, mi marido se reúne con nosotros en la cocina, todavía soñoliento. Le preparo un té y abro el pequeño paquete de *sasakamaboko* que nos ha traído Zakuro. Corto unos pedazos para él, que prefiere comérselos como están.

—¡Qué delicia! —dice sonriendo.

Zakuro le resume su viaje con la pareja rusa. Mi marido aguza el oído cada vez que ella pronuncia la palabra «rusa», igual que hace siempre que oye la palabra «Siberia». Escucha sin decir una palabra.

Le pregunto a Zakuro cómo van los preparativos de su boda.

—¡Están casi listos! Solo me queda retocar mi vestido.

Su prometido, Toshio, es físico. Es investigador en física nuclear y profesor ayudante de tecnología en la Universidad M., en Nagoya. Nació en esa gran ciudad comercial. Zakuro se mudará allí con él cuando se casen.

La ceremonia se celebrará en Nagoya. Asistirán los padres y el hermano de Zakuro. Los recién casados viajarán de luna de miel a Okinawa. Luego volveremos a celebrarlo en el restaurante Banzō, esta vez con el resto de la familia de Zakuro, entre ellos nosotros.

—Pronto mi apellido, Toda, será reemplazado por el de Nakamura —nos dice—. Me causa extrañeza.

Entiendo la sensación. Yo cambié de nombre dos veces. Y siempre me costó un tiempo acostumbrarme. Aunque la ley permita elegir el apellido de una u otra familia, persiste la tradición de adoptar el apellido del marido, a menos que el hombre pase a ser hijo adoptivo de sus suegros.

Zakuro comenta que será un poco incómodo anunciar a sus clientes habituales el cambio de su apellido. Mi marido le toma el pelo:

—Cambia la ley y cada persona conservará su propio apellido, como sucede en muchos países.

Le pregunto a Zakuro cómo está su prometido.

—Está muy ocupado en este momento. Está preparando un debate público que tendrá lugar la semana que viene.

—¿Un debate público? —le pregunto curiosa—. ¿Sobre qué?

—Sobre la instalación de una nueva central nuclear en la región.

Miro a mi marido, que parece sorprendido.

—Espero que Toshio se oponga —le digo a Zakuro.

—Por supuesto, tía Toda. Es un universitario. Su punto de vista es el de un científico.

Zakuro nos cuenta que ese mismo día ella irá a Nagoya. Debe asistir a una breve reunión entre hombres de negocios rusos y japoneses.

—¿Piensas ver a Toshio? —la interrumpo.

—No, ¡por desgracia! —contesta con tono decepcionado—. Debo regresar a Tokio inmediatamente después de la reunión. Tengo cosas que preparar para el trabajo del día siguiente.

Mi marido vuelve a tomarle el pelo.

—Se diría que necesitas más una mujer que un marido.

Zakuro finge sentirse ofendida.

Nos informa también de que dentro de dos semanas Toshio participará de un coloquio en la Universidad de Tokio y que ella nos visitará con él. Mientras come su último pedazo de *sasa-kamaboko*, mi marido le dice:

—¡Tengo muchas ganas de volver a ver a tu novio!

La acompaño hasta su coche, aparcado ante el portón de nuestra casa. Antes de subir, me pregunta de repente:

—¿Por qué te casaste con el tío Toda, un típico *shōsha-man*?

Estoy sorprendida. Nadie me había hecho esa pregunta.

—Me enamoré de un samurái—le contesto sin embargo con toda naturalidad—. De un hombre con principios.

Zakuro me mira con expresión asombrada.

A decir verdad, mi marido y yo solo habíamos visto dos veces al prometido de Zakuro, en casa de Satoshi. No nos dio tiempo a conocerlo bien, pues todo sucedió muy rápido. Me recuerda a nuestro compromiso.

Zakuro admira a los científicos. Objetivos y precisos, la opinión pública, según ella, no influye en ellos. Cuando habla de Toshio lo elogia todo el tiempo. Mi marido siempre la provoca:

—Admiras tanto a los científicos porque eres una nulidad en ciencias.

Zakuro conoció a Toshio de una manera que ella cree moderna.

Una de sus conocidas había organizado una reunión de solteros. Diez mujeres y diez hombres. La organizadora le había asegurado a Zakuro que todos los hombres, sin excepción, tenían un empleo «fijo y respetable». Antes, se les preguntó a cada participante qué requisitos exigirían de un partido ideal. Zakuro dijo: «Que sea un poco mayor y más alto que yo, que tenga sentido del humor, que sea científico, que tenga ambiciones, que me anime a ejercer mi profesión».

En la reunión, a Zakuro le presentaron a Toshio como el candidato casi perfecto. Era físico, un poco mayor y más alto que ella. Quería conocer a una mujer socialmente activa y profesional. Se cayeron simpáticos y decidieron frecuentarse con miras a casarse.

Zakuro le dijo a su familia:

—Es la persona que estaba esperando. Me gustaría casarme lo antes posible.

Sonreí al oír esas palabras. Mi marido había usado las mismas para nuestro compromiso. Satoshi y su mujer aconsejaron a su hija:

—Queremos a Toshio, pero tómate un poco más de tiempo para conocerlo mejor.

Es fácil imaginar su preocupación. Pienso en mis difuntos padres. Si hubieran sabido de mi decisión de comprometerme con Tsuyoshi en nuestra primera cita, no sé cómo habrían reaccionado.

—No creo que vaya a cambiar de decisión —les contestó Zakuro a sus padres—. ¡Pensad en el tío y la tía Toda! Se casaron un mes después de su primera cita.

Estaba decidida. Sus padres no podían sino aceptarlo. Y tres meses después de la reunión se comprometieron.

Antes Zakuro había tenido un novio con quien había salido durante un año. Era un *shōsha-man*, la profesión que Tsuyoshi ejerció durante más de treinta años en Goshima. Aquel chico se divertía hablando con mi marido. Trabajaba mucho y hacía numerosos viajes al extranjero. Me recordaba a mi marido de joven. Por desgracia, tenía una concepción de la mujer muy tradicional.

Zakuro está pensando en trabajar por su cuenta. Le apasiona su profesión. Puedo imaginarlo: «¿Cómo se puede renunciar a una profesión que te gusta mucho por el matrimonio?». Me pone contenta que por fin haya encontrado un hombre que la anima en su carrera.

Hoy mucha gente permanece soltera largo tiempo, aún después de los cuarenta años. Tsuyoshi afirma que cuando la vida de soltero se prolonga demasiado, casarse se hace difícil: a mayor edad, mayores exigencias para con la otra persona. Si se reflexiona demasiado, el matrimonio nunca se concreta. Satoshi y su mujer no desean que le ocurra eso a su hija. Toshio es un buen partido. Ahora están contentos con el compromiso.

En realidad, no hay nada moderno en la manera como Zakuro y Toshio se

conocieron. Después de todo, se trata de un *miai*, igual que mi primer matrimonio con H.

No soy contraria al *miai*. Es una costumbre tradicional práctica y realista. Se dice que la tasa de divorcio entre quienes se casan por *miai* es mucho más baja que entre los que se casan por amor. Mejor así. Lo que me parece curioso es que una chica tan liberada como Zakuro haya recurrido a terceros para dar con su futuro compañero.

Espero que tenga suerte con su novio.

—¡Qué día!

Tsuyoshi se desviste bostezando. En efecto, ha sido una jornada muy ajetreada. El desayuno en el café, el paseo por el parque, la visita de Zakuro, las compras para la cena, y luego la visita inesperada de Kōji, que se ha quedado hasta las nueve de la noche. Hemos hablado de Banzō Toda.

Ahora tomaremos un baño juntos.

Tenemos una bañera de madera grande y profunda, donde caben con comodidad dos personas. Mi marido, al que le encanta bañarse a diario, hizo reformar el cuarto de baño e instalar esta bañera cuando compramos la casa.

Tsuyoshi se sienta en el pequeño banco de madera. Mientras charlamos le froto la espalda con una esponja vegetal y jabón. Me escucha asintiendo con la cabeza. Le cuento el sueño que he tenido esta mañana. Mi baño en alta mar en una pequeña isla apacible y encantadora. El chubasco. Mi terror al no poder avanzar.

—Por suerte, me salvó una cuerda que me arrojó un hombre.

—¿Quién era ese hombre? —me pregunta mi marido con tono intrigado.

—No lo sé. Solo oí su voz. Era la de un hombre maduro. Me dijo: «Aiko, sostén esta cuerda. ¡Vamos, ánimo!». Me ayudó tirando de ella hasta que viniste a buscarme en una barca.

—Quizá fuera tu padre.

—También lo he pensado. Y tú, cariño, eras el general de los samuráis de esa isla, que me parecía un paraíso. Un general muy valiente.

—¿De veras? ¿Qué hacía allí?

—Llegaron cuatro grandes barcos negros y tú decidiste impedirles que desembarcaran.

—¿Como la escuadra de Perry?

—Algo parecido —digo, echándole agua caliente por la espalda—. Yo quería acompañarte, pero te fuiste solo en una barca.

—¿Qué temeridad de mi parte!

Tsuyoshi, a su vez, se incorpora para frotarme la espalda. Mientras me pasa la mano con la esponja vegetal enjabonada, canta la canción «Akatonbo». La escucho con los ojos cerrados. Se me aparece un crepúsculo completamente rojo. Es el que contemplaba por la ventana del tren donde viajaba cuando nos vimos por primera vez.

Bien limpios, nos sumergimos en el agua caliente hasta el cuello.

—¿Qué delicia! —exclama.

Nos quedamos descansando unos minutos.

Al cabo de un momento se oye el ruido de la lluvia. Luego se pone a llover torrencialmente. Los pronósticos meteorológicos eran atinados. Hemos hecho bien en salir hoy, aunque no hubiera sol. Escuchamos largo rato la lluvia. Tsuyoshi recita el *waka*:

*Nanae yae hanawa sakedomo yamabukino mino hitotsudani
nakizo kanashiki.*

—¿Ah, todavía lo recuerdas! —digo.

—Me encanta ese *waka* que me enseñaste. A menudo imagino la escena en que Ōta Dōkan recibe un ramo de flores de una muchacha.

Sonrío. Es la anécdota que le conté cuando me propuso matrimonio. Nos

habíamos guarecido de un fuerte chubasco en una cabaña medio destruida a orillas del Sumida.

Después del baño vamos a la cama. Mi marido se duerme enseguida. Aunque estoy bastante cansada, sigo despierta unos instantes. Pienso en la época en que conocí a Tsuyoshi.

II

Estamos en 1948, tres años después del final de la guerra. Seguimos bajo la ocupación norteamericana. Todos somos pobres.

Ha pasado un año desde que me divorcié. Sigo viviendo en Fukuoka. Estamos en marzo. Los cerezos se hallan en plena floración.

Trabajo en una tienda de ropa. Mi salario es mínimo. La inflación disminuye el valor del ahorro. Busco otro empleo mejor pagado, pero en vano.

Un día, una pareja de vecinos me invita a cenar. Durante la guerra vivieron en Manchuria. Discuten libremente de política delante de mí. Eso me sorprende.

—¡El general MacArthur hace todo lo posible por debilitar a nuestro país!
—dice con rabia la mujer.

—Es lógico —responde su marido—. Quiere que Japón jamás vuelva a ser una potencia militar. Pero Japón se recuperará rápido.

—¿Cómo?

—He oído por la radio el discurso de otro general norteamericano. «Hay que reformar Japón en vez de debilitarlo, porque así hará de barrera contra el comunismo.»

—Lo contrario de MacArthur. ¡Qué oportunismo! Es posible, pues, que los norteamericanos pasen por alto las acusaciones contra nuestros jefes militares.

—Todo es política —replica el hombre—. Todo es posible. Pero nosotros debemos encontrar soluciones para sobrevivir en estas circunstancias.

Los dos discuten con seriedad, como si fueran responsables del destino del

país. Los escucho estupefacta. Demasiado preocupada por el fallecimiento de mi madre y luego por mi divorcio, no estoy enterada de lo que estaba ocurriendo en el mundo. Me siento avergonzada.

Mi vecino tiene razón. Se ven nuevas construcciones por todas partes.

El apartamento en el que vivo es muy viejo. El dueño anunció a sus inquilinos que el edificio será demolido dentro de tres meses. Es entonces cuando decido irme de Fukuoka. Tengo ganas de rehacer mi vida desde cero. «Pero ¿dónde?»

Mis padres han muerto. No tengo hijos. Casi no tengo familiares cercanos salvo mi tía paterna, que vive en Tokio. Tal vez pueda encontrarme con ella allí.

Mi tía es natural de Fukuoka, como mi padre y como yo. Es viuda de guerra. Su marido era militar de carrera. Tiene dos hijos adolescentes. La vi una vez en el funeral de mi padre. Desde que murió mi madre, que se escribía con ella, le escribo yo de vez en cuando.

Le pregunto a mi tía si conoce a maestras de la ceremonia del té de la escuela Omotesenke. Practico este arte desde los diecisiete años. Me gustaría conseguir un certificado de instructora trabajando primero como ayudante.

Muy pronto recibo una buena noticia: mi tía me presentará a una maestra que justo necesita una ayudante. No puede garantizarme nada, me advierte, pero me insta a ir de todos modos a Tokio. Aprovecho la oportunidad al vuelo.

Estamos a mediados de mayo. Por fin, me marcho de Fukuoka.

Por la mañana temprano tomo el tren hacia Tokio. El sol brilla en el cielo azul sin nubes. Solo llevo dos pequeñas maletas. Como ya no tengo intenciones de regresar a Fukuoka, me he deshecho de la mayoría de mis pertenencias. No me arrepiento. Sin embargo, cuando el tren se pone en marcha, lloro pensando en mi madre, que murió afligida por el fracaso de mi matrimonio.

Es un viaje largo. Debo cambiar varias veces de tren antes de llegar a Tokio. Nagoya es la última conexión. Subo en el vagón que se detiene ante mí.

Se oye un silbato. La locomotora a vapor corre escupiendo nubes de humo negro. Después de horas de tren, mi cuerpo se ha acostumbrado al ruido y el balanceo.

Ahora estamos en la prefectura de Shizuoka, famosa por su té. Por la ventana desfilan las plantaciones. El cielo está ligeramente cubierto. Las nubes blancas indican que mañana hará buen tiempo. Pronto asistiremos al fulgor del crepúsculo. Canto para mí misma el «Akatonbo» que canturreaba mi madre.

El tren se acerca a Hamamatsu, el centro de fabricación de instrumentos musicales más grande de Japón.

Frente a mí hay un chico en uniforme negro de colegial. Está inmerso en la lectura. A su lado viaja una anciana y, a mi lado, un señor también mayor. Es una pareja. Los tres han subido en la estación anterior. La pareja charla con discreción para no molestar al colegial. Hablan japonés estándar. El de la gente de la región de Kantō, sin duda, donde voy a instalarme.

Noto que las agujas de mi reloj se han detenido en las dos y diez. Es el viejo reloj de mi padre. Sigue funcionando bien, pero me olvido de darle cuerda. Podría preguntar la hora a la pareja, mas no me decido, pues me incomoda hablar con mi acento del Kyūshū.

Siento un poco de frío en los pies. Cojo mi abrigo de primavera del estante de red y me lo pongo sobre las rodillas. Sin darme cuenta, me vuelvo hacia el compartimento del otro lado, donde hay un hombre sentado ante la ventana y, a

su lado, una mujer madura. Ella dormita y él escribe sobre una hoja usando su portadocumentos.

A mi pesar, miro fijamente al hombre. Lleva una chaqueta gris y una corbata celeste. Probablemente sea un empleado en viaje de negocios. Parece rondar la treintena. Me atrae su fisonomía tranquila. Detiene su mano y de repente vuelve la cabeza hacia mí. Su mirada se inmoviliza. Turbada, desvío la mirada. Imagino que quiere observar el paisaje de mi lado. Más plantaciones de té.

Al cabo de un instante, vuelvo a echar un vistazo en su dirección. Sigue con la mirada fija en mí. Esta vez nos miramos largamente, sin pestañear. Me olvido de todos los que existen a nuestro alrededor.

No sé cuánto tiempo pasamos así. Vuelvo en mí, por fin. Me estremezco: «¿Qué está sucediendo?». El hombre me sonrío apenas. Bajo la cabeza. Me arde el cuerpo.

El colegial sigue sumido en su lectura. Saco del bolso una novela que mi tía me había enviado poco después de divorciarme. En vano intento seguir las frases. Me aturde la presencia de ese hombre. Vuelvo la cabeza hacia el paisaje, que ha dejado de interesarme. Ya no me atrevo a mirar hacia el otro lado.

La vieja pareja charla sin cesar. Oigo que el marido le comenta a su mujer que Hamamatsu no es una ciudad muy grande pero fue bombardeada igual que las grandes ciudades: Tokio, Nagoya, Osaka... Ella le pregunta por qué los norteamericanos destruyeron una ciudad tan pequeña. El marido dice que cerca de aquí había una base aérea y que la ciudad fabricaba armas. Continúa explicando que casi toda la ciudad fue destruida por sesenta y cinco mil bombas incendiarias.

—¡Sesenta y cinco mil! ¡Qué horror! —exclama la mujer.

Los escucho pensando en mi ciudad natal, Fukuoka, que también fue

bombardeada. Bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, bombas incendiarias sobre centenares de ciudades. Y sin embargo hay obras en construcción por todas partes. Recuerdo las palabras de mi vecino: «Todo es política. Todo es posible».

El tren empieza a frenar. Dentro de unos minutos llegará a la estación de Hamamatsu. Allí bajarán muchas personas. Para mi sorpresa, deseo que el hombre sentado del otro lado no esté entre ellas.

La pareja de ancianos y el colegial se levantan. El pasillo ya está abarrotado de gente. Algunos buscan su equipaje en el estante de red. Lo veo entre los pasajeros. Está guardando su pluma en el bolsillo interior de su chaqueta. Luego cierra su portadocumentos. Qué decepción: «¡Ay, va a bajar!».

El tren se detiene. La fila de pasajeros empieza a avanzar. La pareja de ancianos y el colegial ya no están. Miro el andén, donde se extiende una larga cola de viajeros. Hay muchos estudiantes en uniforme negro. Cuando me vuelvo otra vez hacia el pasillo, el hombre ya no está. Distraída, poso mi mirada en el asiento vacío donde estaba sentado.

Pronto suben nuevos viajeros. Los tres lugares de mi compartimento se ocupan enseguida.

Al cabo de un momento veo un pedazo de papel sobre el abrigo que cubre mis rodillas. Está plegado en dos. Intrigada, lo despliego. Hay tres frases escritas, como un haiku. Cada carácter es grande, claro y cuadrado. Se me corta el aliento.

Me llamo Tsuyoshi Toda.

He tenido un flechazo.

¿Será posible volver a verla?

«¡Es él!» Mis ojos se han quedado clavados en la segunda frase. «He tenido un

flechazo.» Me tiemblan las manos. No hay dirección. Solo un número de teléfono y cuatro líneas escritas:

Este es el número de mi empresa.

Vivo en Tokio.

Volveré dentro de dos días.

Espero su respuesta afirmativa.

Una vez más, me vuelvo hacia el andén. Lo busco con la mirada. Demasiado tarde. La mayoría de la gente ha desaparecido en las escaleras que llevan a las salidas.

Vuelvo a plegar el papel y lo deslizo en mi bolso, colgado en bandolera de mi hombro. Me repito: «¡Es una declaración de amor!». Mi cuerpo arde. El tren se pone en marcha lentamente.

El tren llega por fin a la estación de Tokio.

Recojo mis maletas del estante de red. Después de algunas horas en la misma posición, me tiemblan las rodillas. Bajo al andén. «¡Cuánta gente!» Me dirijo hacia la taquilla principal, donde se supone que me espera mi tía.

Me detengo un instante en medio de una escalera. Saco de mi bolso el papel plegado en dos. Releo el mensaje: «Me llamo Tsuyoshi Toda. He tenido un flechazo. ¿Será posible volver a verla?».

Nunca había oído hablar de una declaración de amor tan lacónica, directa y audaz. Es como un haiku, pero sin ser poético. La forma de los caracteres cuadrados no tiene nada de artística. Sin embargo, todo está claro.

Vuelve a mi mente la caligrafía de H., mi primer marido. Era pequeña, cursiva, ilegible. Bonita, pero poco práctica. Yo tenía que revisar con frecuencia su ortografía y, sobre todo, las cifras de las cuentas de gastos. La caligrafía de su novela, por su parte, me desalentó desde la primera página. Me sorprende la diferencia entre los dos hombres.

Leo el nombre «Tsuyoshi Toda» y el número de teléfono de su empresa. Pienso: «Pero ¿qué compañía?».

Aunque este hombre me atrae, no me citaré con él. Me parece indecente que una muchacha acepte semejantes propuestas de un desconocido. Además, acabo de divorciarme. Pensarán que debo de estar realmente desesperada para lanzarme sobre el primer hombre que aparece. Pero tampoco me resigno a tirar el papel a la basura.

Lo que me sorprende es la forma en que me ha transmitido un mensaje tan importante: puso el papel sobre mis rodillas mientras yo miraba por la ventana. Si el papel hubiera caído al suelo, no habría recibido el mensaje. Qué extraño habría sido que lo recogiera otra persona. Tsuyoshi Toda no conoce mi voz. En caso de recibir una llamada telefónica, habría creído que era yo, y se habría quedado de una pieza al ver que la que aparecía era otra mujer.

Al acercarme a la taquilla principal, me descubro en medio de una gran multitud. La gente camina con prisas. Casi choco con varias personas. Espero reconocer a mi tía fácilmente. Extraigo de mi bolso una foto de ella que me dejó mi madre.

Al cabo de un momento veo una mujer en quimono que agita la mano hacia mí. «¡Ah, allí está!» Me siento aliviada. Mi tía se acerca muy sonriente:

—Eres Aiko, ¿verdad?

Me inclino y le agradezco que haya venido a buscarme. Su cara me recuerda a la de mi padre en las fotos viejas que he conservado. Mi tía me dice que me parezco mucho a él. Reconozco en su entonación un deje del acento de Kyūshū. Eso me tranquiliza.

—No pareces cansada después del largo viaje. Has debido de divertirte bastante en el tren —me dice cogiendo una de mis maletas.

Vuelvo a ver el rostro de Tsuyoshi Toda y me siento turbada.

Tomamos un autobús en la estación de Tokio. Mi tía me comenta que su casa está cerca de la universidad imperial de Tokio, a veinte minutos. Por la ventana se ve una serie de edificios en construcción.

—Ya ves —dice—, Tokio no ha perdido su dinamismo, y nuestro país se recuperará pronto. —Es una mujer alegre. Sigue hablando con optimismo del futuro de nuestra capital. Me anima—: ¡No te preocupes, Aiko! Aquí estarás bien. ¡Estoy segura!

Sonrío. Pero cuando veo soldados norteamericanos por las calles me pongo

nerviosa.

El autobús avanza por una calle flanqueada por grandes edificios de hormigón. Es un barrio de negocios. Pienso en Tsuyoshi Toda. Veo nombres de empresas y me pregunto en qué firma trabajará y dónde estará. Observo a la gente caminando por la acera. Me llaman la atención los hombres de chaqueta gris con portadocumentos.

Mientras pienso en el mensaje de amor, mi tía me habla del gran bombardeo de Tokio. Distraída, la oigo decir que fue el 10 de marzo, día del aniversario del ejército de Japón. Recuerdo que su marido era militar de carrera. Vuelvo en mí y le pregunto:

—¿Cómo escapasteis a los bombardeos? ¿Estabais en el campo, como yo?

—No, nos quedamos en casa. Pero la Universidad Imperial de Tokio no sufrió el ataque.

Me sorprende. Según ella, probablemente sea por la biblioteca, creada por la fundación Rockefeller.

Mi tía me pregunta que ocurrió por entonces en mi ciudad natal. Le cuento que un tercio de los edificios fue pasto de las llamas y que murieron mil personas... Me escucha con expresión triste. Agrego que también el *gofuku-ya* de la madre de H se vio afectado. De pronto cambia de tema con tono jovial:

—¡Eres joven y guapa, Aiko! Volverás a casarte con un hombre digno de ti. Yo te encontraré uno excelente.

Llegamos a casa de mi tía. Mis primos me reciben, muy entusiasmados. Su madre ha preparado platos deliciosos. La mesa está muy animada. Todo el mundo me hace preguntas sobre mi viaje.

Les describo el aspecto de las ciudades en ruinas visto desde el tren: Hiroshima, Osaka, Kobe. Mis primos quisieran conocer también en qué estado se encuentran las ciudades más allá de Nagoya. Pero mi memoria se detiene un poco antes de Hamamatsu, donde Tsuyoshi Toda bajó del tren.

A mi tía le gustaría saber si he conocido gente interesante a bordo. Le contesto que he hablado con una joven entre Kioto y Maibara y que incluso intercambiamos direcciones. Me sugiere que la invite alguna vez a Tokio. No me atrevo a hablarle del hombre que me ha dejado un mensaje de amor.

Hoy mi tía llama por teléfono a la señora T., la maestra de la ceremonia del té. Esta le aconseja que me lleve a verla lo antes posible. En breve su ayudante actual regresará a su pueblo para casarse. Hay cinco candidatas, y la señora T. quisiera verme en primer lugar.

—¿Cómo es la maestra? —pregunto a mi tía.

—Es viuda de guerra, como yo. Su marido era oficial de marina. También hace alfarería, *shōdo*, ikebana y cocina *kaiseki*. Conoce bien la historia de Japón. Es una persona austera. Tiene setenta años.

La idea de conocerla ya me pone tensa.

Vamos a casa de la señora T. por la tarde. Tardamos cuarenta minutos en autobús.

La señora T. habla con calma. Su actitud es agradable. Nada de maquillaje. El plateado natural de su cabello es muy bonito. Me seduce la elegancia con que luce su sobrio kimono. Mientras me observa con atención, me interroga sobre mi experiencia en la ceremonia del té en Fukuoka. Su manera de hablar me recuerda a la madre de H.

Tras una hora de entrevista, decide contratarme. Me ofrece además un pabellón, ocupado en este momento por la señorita Y., su ayudante actual. Acepto con gusto: tener mi propia vivienda es prioritario para mí. El salario es muy bajo, pero la vivienda y las clases serán gratuitos. No me quejo, al contrario. Mi tía se alegra como si estuviese ella en mi lugar.

La señora T. me muestra el pabellón, al fondo del terreno. Se puede entrar

directamente por un portón que no es el de la casa principal. Eso me gusta mucho.

Durante la semana siguiente me quedo en casa de mi tía y voy en autobús a la de la señora T.

Mi maestra tiene unos cincuenta alumnos. En su mayoría chicas jóvenes y mujeres. También hay hombres del mundo de los negocios y la política. La señorita Y. me explica mi función con esmero. Primero debo memorizar el nombre de todos los alumnos.

La señorita Y. me habla de sus dos predecesoras, que tuvieron que dejar el trabajo por la misma razón: el matrimonio. Las dos se casaron con sendos conocidos de la señora T.

—Creemos que nuestra maestra trae suerte a sus asistentes. Un día te concertará un *miai* —dice sonriéndome.

—¡Oh, no! Acabo de divorciarme —me apresuro a responder.

Trabajo con ahínco. La maestra y sus alumnos parecen estar satisfechos conmigo. En cuanto la señorita Y. se va, me mudo al pabellón. Cuesta creer que acabo de llegar a Tokio.

El tiempo pasa. Me acostumbro rápido a todas mis tareas.

Empiezo incluso un curso de ikebana con mi maestra. Es gratuito. Mi tía me cuenta que la señora T. es conocida por sus principios estrictos y su bondad para con sus asistentes. De hecho, en sus cursos de la ceremonia del té, pide a sus alumnos que contribuyan en la medida de sus posibilidades.

Un día trae flores de *yamabuki* para mi curso de ikebana. Las flores están engalanadas con una sola hilera de pétalos redondos. Me maravilla su color dorado, tan vivo. Pero vuelvo a pensar en las palabras de H. y se me encoge el corazón.

La maestra recita el *waka* como si lo cantara: «Nanae yae hanawa sakedomo...». Lo escucho en silencio.

—En esta especie de *yamabuki* las flores tienen frutos, al contrario de las que tienen varias filas de pétalos, como la del *waka*. Aunque no florecen todos los años —me dice.

—No lo sabía... —murmuro.

Se pone a arreglar los ramos. Sus manos se mueven con gracia. Contemplo su quimono, de un marrón sobrio y refinado. El oro de las flores reluce contra el marrón.

—Disculpe mi indiscreción, pero me gustaría saber por qué enseña la ceremonia del té casi gratuitamente —le digo.

—Debido al espíritu militarista y la guerra hemos perdido nuestras tradiciones artísticas —responde sin dejar de arreglar las flores. Corta la

punta de un ramo con las tijeras. Mis ojos siguen el movimiento de sus manos —. Somos pobres. No es tiempo de tomar cursos de la ceremonia del té. Pero yo quiero seguir enseñando para que la gente conserve nuestras tradiciones con orgullo.

Sus palabras me conmueven. Cuando termina el curso, me inclino ante ella más de lo habitual. Cuando me dispongo a salir de la habitación, la señora T. me comenta que una de las cosas que simboliza el *yamabuki* es la «distinción».

La señora T. suele tararear canciones. Me gusta la dulzura de su voz. Hay una melodía que me conmueve especialmente, por su modulación y su letra nostálgica. «Es el “Gondora no uta”», me dice.

La vida es breve.

Enamoraos, muchachas,

antes de que el carmín de vuestros labios desaparezca,

antes de que la marea de vuestra sangre ardiente se entibie,

Mañana la hora habrá pasado.

Cada vez que la oigo tengo ganas de llorar. Lamento no haber conocido nunca el amor verdadero. «La vida es breve» significaría también que el tiempo de la juventud es corto. La palabra «juventud» me recuerda las palabras de la madre de H.: «No debes malgastar tu juventud por culpa de mi hijo».

Pienso en Tsuyoshi Toda. Puede que lo que sentí con él solo fuera una ilusión. Al no haber intercambiado una sola palabra, ¿cómo saber si se trata de amor verdadero? En verdad, temo comprometerme otra vez. No quiero que me hagan daño. Y sin embargo no puedo dejar de pensar en él, en su aspecto seguro.

Una noche releo su mensaje. Me repito la frase: «Espero su respuesta afirmativa». Me pregunto cuánto tiempo podrá esperar. ¿Me lo decía en serio?

Estamos a mediados de junio. No para de llover. Es el comienzo del *tsuyu*. Han pasado cuatro semanas desde que llegué a Tokio.

En mi trabajo todo va bien, salvo por una pequeña molestia. Es solo un detalle. Se trata de un alumno, un tal M. Un político. Creo que tiene la misma edad que Tsuyoshi Toda. Su presencia me incomoda, pues me recuerda a mi exmarido.

El señor M. acude una vez por semana. Su clase comienza a las ocho de la noche. Llega siempre en quimono. Es un hombre amable y educado. Habla con un tono sereno. No hay en él nada desagradable. Aun así, su presencia siempre me incomoda. Sus padres asisten también a las clases de su hijo. Padre e hijo son increíblemente parecidos. Lo que me incomoda todavía más.

Hoy, después de su última clase de la noche, la maestra me invita al salón.

—Tengo algo personal que decirte.

No es una mujer muy conversadora. No le gusta contar ni escuchar chismes, igual que la madre de H. Cuando necesita hablar conmigo es por algo importante relacionado con mi tarea. Pero esta vez es diferente. Aborda un tema inesperado:

—Hay entre mis alumnos un señor a quien le caes bien.

—¿Perdón? —digo mirándola desconcertada.

—Se trata del señor M. —me dice sonriendo ligeramente.

—¿Se refiere al político?

—Sí. Desde que llegaste no ha faltado a ninguna clase.

No sé qué responder. La cara del señor M. vuelve a superponerse con la de H. Me digo: «Oh, no...». La maestra me mira como esperando que me sienta halagada. Sin adivinar mi turbación, continúa con un tono tranquilizador:

—Al señor M. le gustaría frecuentarte con miras al matrimonio. Es un hombre de confianza, de familia honorable. ¿Qué piensas, Aiko?

No contesto. Busco una manera de rechazar la proposición. Vuelve a mi mente la imagen de Tsuyoshi Toda. La señora M. sigue hablando del político.

El señor M. tiene treinta y cuatro años. Es viudo. Su mujer falleció hace tres de una enfermedad incurable. Tiene dos hijos, una niña de seis años y un varón de cuatro, a los que por el momento cuidan los padres del señor M. Espera volver a casarse lo antes posible, sobre todo por sus hijos.

—Los padres del señor M. ya te han visto —me dice la señora T.—. Les gustas mucho. Me repitieron: «¡Sería perfecta para nuestro hijo!».

—¿Qué saben de mí?

—Exactamente lo que tú me contaste. Que te divorciaste porque tu exmarido quería tener hijos.

Me quedo callada.

—Es evidente que el señor M. no quiere tener más hijos —añade.

Me digo: «¿Casarme de nuevo con un viudo por el bien de sus hijos? ¿Por qué no?». Soy una persona activa, de buena salud y, además, estéril. En suma: soy una excelente candidata como segunda madre. Pienso en mi matrimonio con H. Me habían elegido con el objetivo de tener muchos hijos. Esta vez es al revés. «Qué ironía...» Como dudo, mi maestra prosigue:

—Comprendo que todavía no pienses en casarte por segunda vez. Pero creo que esta proposición es perfecta para ti.

Intenta convencerme con aplomo.

—Señora, no puedo aceptar la proposición —contesto por fin sin preámbulos.

Me mira, sorprendida.

—¿Perdón?

—No quiero volver a casarme por intermediarios ni por *miai*.

Abre los ojos como platos.

—Voy a esperar la llegada de un hombre que me acepte sin condiciones — digo de un tirón—, simplemente porque esté enamorado de mí. Y me casaré con él simplemente porque estaré enamorada de él. Si no, seguiré soltera.

Me sorprenden mis palabras, casi adolescentes. Mi maestra guarda silencio con aire muy decepcionado. Un instante después me dice, como resignándose por completo:

—Bien, tu respuesta ha sido clara. Olvídalo.

Le agradezco su bondad. Su rostro por fin se relaja. Se disculpa por no haberme pedido antes mi opinión.

—Solo por curiosidad: ¿el señor M. no te interesa en absoluto?

—No. En absoluto.

—¿Era tan simple como eso! ¿Hay algo desagradable en él?

—Para mí, sí. Se parece mucho a mi exmarido.

De repente se echa a reír. Me quedo. Nunca la había visto reaccionar tan espontáneamente. Sigue riendo. Espero que se calme mientras enjuga sus lágrimas con un pañuelo.

La señora T. me toma el pelo.

—De ahora en adelante rechazaré todas las proposiciones que procedan de hombres parecidos al señor M.

Reímos juntas.

—Eres una buena chica —me dice con aire enternecido—. Deseo que seas feliz. Espero que tengas la suerte de enamorarte.

Sus palabras me emocionan. En ese momento decido contarle la historia de Tsuyoshi Toda.

—¿Cómo? —exclama, desconcertada—. ¿Recibiste en el tren un mensaje de amor de un desconocido? ¿Y además te gusta? ¡Eres más atrevida de lo que pareces!

Su reacción hace que me ruborice. Por un momento me arrepiento de haberle hablado de él.

—Te aconsejo que llames a ese hombre de inmediato —me dice no obstante—. Puedes usar mi teléfono.

Estoy estupefacta.

—Algo me dice que está esperando tu respuesta con impaciencia —insiste.

La historia parece excitar su curiosidad. Pienso: «La señora T. tiene razón. Debo llamarlo».

Ya son las diez. Me voy. Bajo al jardín, iluminado por la luz. Mientras camino por el empedrado que lleva al pabellón, canturreo: «La vida es breve. Enamoraos, muchachas...».

Acabo de comer. Es sábado. He trabajado tres horas por la mañana y estoy libre hasta las cuatro, cuando llegará un grupo de cinco chicas. Estoy descansando en el pabellón.

Sentada en el sillón, leo una revista. Echo un vistazo al reloj de pared: las tres menos diez. En ese momento me decido a llamar a Tsuyoshi Toda.

Está nublado. Mi maestra está plantando sus flores en su jardín. Cuando le cuento mi decisión, me invita enseguida a su habitación, donde se halla el teléfono. Vuelve a salir de la casa diciéndome que el jardinero llegará dentro un minuto. El reloj de pared da las tres. Espero que Tsuyoshi Toda esté en su oficina.

Sentada ante el aparato, respiro hondo. Despliego el papel que recibí en el tren. Me tiembla el dedo al marcar el número.

—Empresa Goshima. ¡Buenas tardes! —me contesta, vivaz, la operadora.

«¿Goshima?» El nombre me resulta familiar. «Ah, lo vi en el barrio A. cuando llegaba a Tokio.»

—Quisiera hablar con el señor Tsuyoshi Toda —le digo.

—¿De parte de quién? —me responde ella.

—De Aiko Sugihara.

—Un momento, por favor. No cuelgue.

«¡Está!» Vuelvo a ver su cara, pero no sé nada de su voz. Mi corazón late cada vez más fuerte. Tras un largo minuto oigo una voz clara y tranquila:

—¿Hola? Soy Toda.

Oigo ruidos: varios timbrazos de teléfono, algunas conversaciones entre hombres. Imagino que será el departamento comercial. Repito mi nombre y pregunto:

—¿Fue usted con quien me crucé en el tren?

«Qué pregunta tan extraña», pienso. Tras unos segundos de silencio, me contesta entusiasmado:

—¡Sí, sí, soy yo! ¡Es usted, por fin! Esperaba su llamada con impaciencia. ¡Ah, qué felicidad! ¡Gracias!

Su voz rebosa alegría. Estoy encantada. Pero me extrañan sus palabras, tan abiertas y directas, para conmigo, una desconocida. Además, las pronuncia rodeado por sus colegas, que podrían oírlas. Pienso: «¡Qué hombre tan atrevido!».

—El otro día —digo— pasé por delante del edificio de su empresa.

El señor Toda ríe.

—¡Qué práctico! Ahora sabe dónde trabajo.

Habla como si me conociera desde hace mucho. Por teléfono parece un poco más viejo que la cara que recuerdo. Sigo oyendo un ruido de fondo y los timbrazos de telefónicos.

—Señorita Sugihara, quisiera verla lo antes posible. Hay un salón de té frente a nuestro edificio. Se llama Aoyama. ¿Podríamos vernos allí mañana a las dos de la tarde?

Vuelve a sorprenderme su manera de hablar, tan franca y directa en presencia de sus colegas. No parece nada incómodo. Tras un momento de vacilación, contesto:

—Sí, allí estaré.

—Gracias. ¡Hasta mañana, entonces!

Colgamos. Me tiembla la mano cuando dejo el auricular.

Apenas hemos hablado dos minutos. Me he olvidado incluso de darle el

número de teléfono de aquí. Pese a todo, estoy muy contenta. Me repito: «¡Nos veremos mañana!». Me siento como una adolescente. Su voz y su risa resuenan agradablemente en mis oídos. El cuerpo me arde, como en el tren. Con las manos sobre el corazón, me digo: «¡Ah, es eso, es el amor que nunca antes había experimentado!».

Bajo al jardín, donde el jardinero está plantando flores según las órdenes de mi maestra. Cuando me ve salir tan rápido de la casa, ella me pregunta:

—¿El señor en cuestión no estaba?

El jardinero me mira con curiosidad.

—¡Sí, señora! —respondo, todavía nerviosa.

Me propone que vayamos al patio trasero. Le anuncio que nos hemos citado para mañana.

—¿Tan rápido? —exclama.

Añado que trabaja en la empresa Goshima.

—¿Goshima? ¡Es una firma reputada! —Repito el nombre, impresionada. Pero me advierte—: De todos modos es un desconocido. Creo que sería mejor invitarlo aquí, a mi casa.

Le agradezco su interés.

Hoy hace buen tiempo, aunque estemos en plena época de lluvias. Salgo del pabellón sobre la una de la tarde.

Llevo una blusa y una falda recta. La blusa tiene un motivo de pétalos amarillos y hojas de un verde claro. Esos pétalos oblongos me recuerdan al girasol, como si llegara el verano. Camino con paso febril.

Cambio dos veces de autobús y llego por fin al barrio A. El edificio de la empresa Goshima se reconoce fácilmente por su letrero, que es muy visible. Enfrente está el salón de té Aoyama. A las dos en punto entro.

El interior es muy moderno, igual que el barrio. Hay una decena de clientes. Todo el mundo viste muy bien. Viene a atenderme una camarera. Le digo que me espera una persona. En ese momento, un hombre sentado a una mesa junto a la ventana levanta una mano hacia mí. «¡Ah, ese es el señor Toda!» Lleva una chaqueta gris, como en el tren, pero no corbata.

Me acerco a su mesa. Me indica por señas que me siente frente a él.

—¡Qué felicidad! —dice—. ¡Por fin la tengo ante mí!

La camarera trae los cafés que hemos pedido.

—Me hizo falta mucho valor para llamarlo —le confieso.

—¿Cómo hizo para tomar la decisión? —pregunta, curioso.

Le hablo primero de mi profesión. Luego hablo de mi maestra, tan entusiasmada como yo por esta aventura, que me animó a actuar sin demoras.

—¡Su maestra tenía razón! Dele las gracias de mi parte —dice riendo.

Le confieso también mi sorpresa por su manera tan abierta de hablar.

—¿No lo incomodaba citarse conmigo delante de sus colegas?

—Me dedico a eso —contesta sonriendo.

—¿Perdón?

—Trabajo en el departamento comercial. Hablo por teléfono con mis clientes a diario, igual que mis colegas.

—¿Entonces creían que yo era uno de sus clientes?

—¡Claro! —Vuelve a reír.

—¿Tiene por costumbre repartir mensajes de amor por los trenes? —lo provocho con amabilidad.

—¡No! Nunca he actuado de ese modo, de una manera tan impulsiva.

Se ruboriza por completo.

—¿Qué honor para mí! —sigo provocándolo con un tono divertido—. Nunca he recibido una declaración tan brusca. Y tan conmovedora.

Me mira a los ojos, serio.

—Espero que en su caso sea la primera y última vez.

Incómoda, bajo la cabeza. Nos bebemos el café en silencio.

—Sé que mi proposición ha sido muy repentina, pero quisiera frecuentarla con miras a casarnos —continúa con la misma seriedad.

Lo miro, estupefacta.

—No debe responder enseguida —añade.

No sé qué decir. Apenas hemos pasado veinte minutos charlando. Me digo: «¿Cómo se puede pedir algo tan importante en tan poco tiempo?». Por supuesto que esperaba que nuestro primer encuentro tuviera un desenlace feliz, pero no me imaginaba hablando de boda tan pronto. Guardo silencio pensando en mi matrimonio fracasado y mi esterilidad.

—A decir verdad —continúa el señor Toda—, me tentaba incluso escribirle mi propuesta de matrimonio en el tren. Es una locura, pero tenía la certeza de que sería usted mi mujer.

Me quedo boquiabierta.

—Señor Toda, usted no sabe nada de mí. Y yo tampoco de usted.

—Las personas se conocen cuando viven juntas —dice con aire decidido.

—Estoy divorciada —confieso, vacilando.

—¿Divorciada? —repite sin mostrar la menor sorpresa—. Entonces sabe lo que es la vida conyugal. ¡Mucho mejor! Ahora sé que ya se hace ilusiones sobre el matrimonio.

Lo miro, estupefacta.

—¿Qué edad tiene? —me pregunta.

—Acabo de cumplir veinticinco.

—Yo cumplo veintisiete este año.

Parece mayor.

—¿Cuándo es su cumpleaños? —pregunta de nuevo.

—El 29 de abril, el mismo día que el emperador Hiro-Hito.

—Ya ve: ¡tenemos algo particular en común! —exclama—. Yo nací el 23 de diciembre, el mismo día que su heredero, el príncipe Akihito.

Me abstengo de añadir que el 29 de abril es la fecha del comienzo de los procesos judiciales contra los «criminales de guerra» japoneses de clase A. Pero él se encarga de hacer la conexión:

—Espero que mi cumpleaños de este año no quede marcado por nada siniestro, como le sucedió al suyo.

El señor Toda nota mi acento de la región de Kyūshū y me pregunta de dónde soy. Hablo un poco de mí. Soy oriunda de Fukuoka, me divorcié hace un año. Mi tía me presentó a mi maestra de la ceremonia del té. Apenas hace un mes que vivo en Tokio.

—¡Entonces yo también le debo a su tía la suerte de haberla conocido! —me suelta con un tono jovial—. Salúdela de mi parte.

Pienso: «¡Es realmente optimista! Pero ¿cómo reaccionará cuando le diga

que probablemente yo sea estéril?».

—¿Y sus padres? ¿Viven todavía en su ciudad natal? —me pregunta.

—No. Ya murieron. No tengo hermanos ni hermanas.

—De modo que está sola... —murmura con tono compasivo. Deja su taza sobre la mesa y sugiere que vayamos a pasear por la orilla del Sumida. Asiento con la cabeza. Se levanta para pagar la cuenta.

El señor Toda y yo caminamos por la orilla. Hay pocos paseantes, aunque es domingo. Es un paisaje triste. Por un momento me pregunto: «¿Por qué me ha invitado a este lugar?».

Está callado. Parece preocupado. «¿En qué estará pensando?» Lo acompaño en silencio. Llegamos a un lugar desde el cual se ven al mismo tiempo el río y la ciudad. Con la mirada fija en el vacío, por fin habla:

—Hace muy poco que aquí comenzaron a exhumarse los restos.

Entiendo que se refiere a las víctimas del bombardeo de Tokio, que causó cien mil muertos en una noche. Mi tía me contaba: «Los ríos estaban llenos de cadáveres calcinados y de gente todavía viva... Miles fueron enterrados en parques o terrenos desocupados...». Con las manos juntas, los ojos cerrados, rezamos.

—¿Dónde estuvo usted durante la guerra? —pregunto al señor Toda.

—En Filipinas, movilizado —contesta con aire afligido—. Casi todos mis compañeros murieron. Es un milagro que siga vivo. —Se interrumpe. Absorto en sus pensamientos, añade—: Fue horrible.

Veo lágrimas en sus ojos.

Nos sentamos en un gran tronco.

—Lo hemos perdido casi todo. Temo que los norteamericanos nos dominen para siempre. Es un país poderoso. Nuestro problema será buscar el modo de sobrevivir.

Sus palabras me recuerdan la conversación de mis vecinos de Fukuoka, que

charlaban sobre nuestro porvenir.

—¿Por qué los vencedores juzgan a los vencidos como si ellos mismos fueran inocentes? —le pregunto—. Si Japón hubiera ganado, la situación sería al revés.

—Claro —responde—. Nuestro ejército arrastró al pueblo a una guerra sin esperanzas. Somos nosotros quienes debemos juzgar a nuestros responsables. De lo contrario, ¿quién respetará realmente el juicio?

Escuchándolo, pienso: «¿Cuánto le llevará a nuestro país recuperar su soberanía?». En ese momento recuerdo el *waka Nanae yae hanawa sakedomo...* Las flores de *yamabuki* sin frutos.

—Espero que algún día nosotros mismos nos demos una nueva Constitución —le digo.

—¿Por supuesto! —dice abriendo mucho los ojos.

Ahora habla de su familia: de sus padres, su hermano y sus dos hermanas, todos mucho más jóvenes que él. Durante el gran bombardeo de Tokio, todo el mundo menos su padre se refugió en la prefectura de Saitama. Su padre trabajaba en Manchuria como capataz.

Recuerdo otra vez a mis vecinos de Fukuoka, que habían vivido en Manchuria. Me habían contado su difícil regreso a Japón.

—¿Su padre regresó a Japón cuando acabó la guerra? —pregunto al señor Toda.

—No. Lo enviaron a Siberia, como a cientos de miles de soldados japoneses. Nadie sabe dónde está exactamente.

—Dios mío...

—La operación de repatriación comenzó hace dos años. Espero que sobreviva al frío de allí.

Le cuento mi vida en Fukuoka: la muerte de mi padre, mi adolescencia, mi boda, la muerte de mi madre, mi divorcio. Él me escucha sin interrumpir. No

me pregunta sobre mi exmarido ni sobre las razones del divorcio. Simplemente me dice:

—Qué suerte haber sobrevivido a la guerra...

—¿Está orgulloso de su profesión? —le pregunto directamente.

—¡Sí, ciertamente! —contesta sin dudar—. Quiero contribuir a la recuperación económica de nuestro país. —Habla con entusiasmo—. Somos trabajadores y tenemos una tradición de educación —insiste—. Somos capaces de fabricar productos de calidad con las materias primas que importamos. La tarea de Goshima es hacer de intermediaria entre las empresas japonesas y las extranjeras.

Es un hombre que inspira confianza. Parece la reencarnación de un samurái valiente e íntegro.

Alzo los ojos al cielo. Un instante después, una gran nube oscura se cierne sobre nosotros. Temo que llueva. No llevo paraguas.

—Señorita Sugihara... —dice el señor Toda.

—¿Sí?

—Usted es como...

En ese momento se levanta un fuerte viento fresco. Tres segundos después caen sobre nosotros gruesas gotas de lluvia.

—¡Es un chubasco! —grito.

Se levanta de inmediato y me toma de la mano. Al bajar por la orilla vemos una cabaña semidestruída. El viento es cada vez más fuerte. Nos precipitamos hacia ella.

En cuanto entramos en la cabaña, se pone a llover torrencialmente.

El señor Toda sigue con mi mano en la suya. Su calor recorre mi cuerpo. Estoy temblando. Quisiera permanecer así el máximo tiempo posible.

—Es solo un aguacero —dice señalando hacia el oeste con la otra mano—. Mire: allí el cielo está despejado.

La lluvia golpea con violencia el techo de zinc. Contemplamos el espectáculo de la naturaleza. Ante nosotros se extiende un campo de taro, planta típica de la estación de *tsuyu*. Golpeadas por las gotas, las grandes hojas no dejan de temblar.

—Usted es... como la flor de... —me dice.

No oigo bien por el ruido, que es muy fuerte.

—¿Qué ha dicho?

—Usted es como la flor de *yamabuki*.

«¿Yamabuki?» Estoy desconcertada. Recuerdo el *waka* del hijo del emperador Godaigo. Vuelvo a ver a H., que me dijo lo mismo. Pienso: «¿Conocerá ese *waka* el señor Toda?». Me sonrío tiernamente.

—¿Qué quiere decir? —pregunto todavía desorientada.

—Según mi hermana menor —contesta, un poco incómodo—, esa flor simboliza aquello que esperamos con impaciencia. Usted es la mujer que yo he esperado desde siempre.

Ese significado me resulta totalmente nuevo. Según la señora T., la flor

simboliza la «distinción». El señor Toda sigue sonriéndome con ternura. Las lágrimas asoman a mis ojos.

—Hace un rato, apenas la vi en el salón de té Aoyama, tuve un presentimiento. El motivo de pétalos amarillos y ovalados de su blusa evoca la flor de *yamabuki*.

Me miro la blusa. Para mí eran pétalos de girasol. Pero tiene razón. La flor se parece más bien a la del *yamabuki*, a la especie de muchos pétalos, la del *waka*.

—Siempre según mi hermana, el amarillo significa el cambio —prosigue—. Mi interpretación personal es que cambiaré su vida para bien.

—Su hermana desempeña un papel importante en nuestro encuentro, como mi tía y mi maestra —digo sonriendo por fin—. Salúdela.

—¡Por supuesto!

El chubasco continúa. Tras un instante de silencio, me dice tranquilamente:

—Cásese conmigo.

No contesto.

—No le prometo una vida fácil —continúa—. Mi profesión es exigente. Tengo que viajar a menudo. Si me trasladan al extranjero, tendré que llevar conmigo a mi mujer y a nuestros posibles hijos. No será sencillo, pero estaremos siempre juntos.

Ya estoy enamorada de él. Su seguridad me da confianza. Quiero vivir con este hombre, sin duda. Sin embargo, me preocupan las palabras «nuestros hijos». Reflexiono. ¿Cómo explicarle mi condición? Tras un instante, digo sin mirarlo:

—Debo decirle algo muy importante.

—Sí, la escucho.

—En efecto, soy una flor de *yamabuki*.

—¿Perdón?

Levanto los ojos hacia su rostro. Parece atónito.

—¿Conoce el *waka* del hijo del emperador Godaigo? ¿El que conocemos sobre todo por la historia de Ōta Dōkan?

—Lo siento —contesta con expresión avergonzada—. No sé mucho de literatura.

—*Nanae yae hanawa sakedomo yamabukino mino hitotsudani nakizo kanashiki* —le cito.

No reacciona.

—Probablemente yo sea estéril —digo de un tirón—. Esa fue la causa principal de mi divorcio. Si desea tener hijos, sin duda conmigo no será posible.

Me mira fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¿Por eso duda en aceptar mi proposición?

Asiento con la cabeza.

—¡Está decidido! ¡Es usted mi novia! —exclama con alegría.

Su reacción me sacude.

—¿No le molesta que sea estéril?

—¡No! Desde que la vi en el tren solo sueño con vivir con usted. La mujer por la que sentí un flechazo. El resto carece de importancia para mí.

Su expresión es pura e inocente como la de un muchacho. Estoy a punto de llorar. Coge mis manos entre las suyas.

—Se lo ruego otra vez. Cásese conmigo.

Contesto que sí. Me estrecha con fuerza contra su pecho. Tengo las mejillas mojadas por las lágrimas. Toma mi rostro entre sus manos. Cierro los ojos. Sus labios se posan en los míos. Mi cuerpo arde. Nuestras lenguas se entrelazan con pasión. Ya no oigo el ruido de la lluvia. Nos besamos largamente.

Por fin nos serenamos.

—¡Vamos a mi casa de inmediato! Le presentaré a mi familia.

Asombrada, contesto:

—¿Ahora mismo?

—Sí. Mi familia nos espera en casa —responde él—. Esta mañana les he hecho una promesa: «Si todo va bien, esta noche os presentaré a mi prometida».

Todavía estupefacta, le pregunto:

—Pero ¿cómo aceptará su madre un compromiso tan precipitado?

Me cuenta que su madre hizo lo mismo cuando se enamoró de su padre. Sus padres se opusieron y ella rompió con su familia.

—¡Qué valiente! —exclamo.

Apretando más fuerte mi mano, me dice:

—¡Vamos! Mi hermano y mis hermanas apostaron contra mí. Me muero de ganas de sorprenderlos.

Estoy muy sorprendida: «¿Qué?». Empieza a emprender el regreso hacia la orilla llevándome de la mano. Miro el cielo. Está completamente despejado.

Hace un tiempo lluvioso desde esta mañana temprano. Según el parte meteorológico, el *tsuyu* durará una semana más. Espero que las hortensias del parque del barrio sigan en flor.

Mi marido se queda tranquilo en casa desde hace algunos días. El problema de sus caderas no mejora. Por suerte no siente dolor. Cada vez duerme más.

Tras una comida simple y ligera, descansamos en la sala. Ahora llueve a cántaros. La lluvia tamborilea contra las puertas de cristal. Tsuyoshi se acomoda en el sillón de ratán. Con los brazos en los apoyabrazos, mira el cielo gris. Parece reflexionar.

Contemplo la huerta que está detrás del jardín. Las grandes hojas de taro se estremecen.

—Pronto será nuestro aniversario de bodas —digo—. El quincuagésimo sexto.

—Ah, es cierto..., el 13 de julio —murmura.

—Estos chubascos me recuerdan el momento en que me propusiste matrimonio —agrego con nostalgia.

Sonríe palmeándome la mano.

—Más de medio siglo... El tiempo pasa, querida.

Sigue mirando hacia el cielo. No sé en qué está pensando, pero la serenidad de su rostro me tranquiliza.

Tsuyoshi no expresa mucho sus sentimientos. Es típico de los japoneses.

Nunca lo he oído decirme «Te amo». Como si decirlo no fuera importante. Es sorprendente que hablara tanto en aquella primera cita.

—¿Recuerdas a nuestros vecinos de Nueva York? —le pregunto.

Fue entre 1955 y 1959, durante nuestra primera estancia larga en el extranjero. Entonces vivíamos en una pequeña casa en los suburbios.

—Ah, sí —responde—. Sentían mucha curiosidad por nosotros, los extranjeros. Éramos los únicos japoneses. Para conocer a mis vecinas las invitaba a nuestra casa y les enseñaba en qué consistía el ikebana y la ceremonia del té. Estaban fascinadas por el arte nipón, y me hacían muchas preguntas sobre nuestra cultura.

—Nunca te conté aquella historia extraña con una vecina.

—¿Ah, no? ¿Cuál de ellas?

—La que vivía enfrente.

—¿Ah, esa mujer! Su marido me resultaba muy simpático. Charlábamos en el tren de cercanías. Nuestros despachos estaban en el mismo barrio.

—Una vez, esa vecina me preguntó: «¿Tiene algún problema en casa?» —le cuento—. Le contesté: «No, todo va bien, ¿por qué?». Me dijo: «Todas las mañanas su marido se despide sin darle un beso. Sin un gesto de afecto».

Tsuyoshi ríe.

—¿Qué le respondiste?

—«En Japón somos discretos a la hora de manifestar públicamente los sentimientos íntimos. A los hombres efusivos se los toma por playboys.»

Ríe de nuevo.

—Una mañana, por curiosidad, observé a esa pareja por la ventana —continúo.

—¿Qué? ¡No sabía que mi mujer tenía tan malas costumbres!

—¡Escúchame! El marido besaba mucho rato a su mujer ante la puerta. ¡Como si fuera emprender un largo viaje!

Tsuyoshi no deja de reír.

—De modo que quedé muy sorprendida cuando, menos de seis meses después, la pareja se divorció. La mujer se quejaba de que su marido siempre estaba trabajando.

—¿Sabes —me interrumpe— lo que me dijo ese vecino después de divorciarse?

—No.

—«Estaba muy cansado de las exigencias excesivas de mi mujer. Cada vez que la besaba por las mañanas pensaba en la opción de divorciarme.»

—¿En serio?

—Sí. No era solo un maniático del trabajo. Es que evitaba estar con su mujer.

—¡Vaya!

—No creo en las demostraciones de afecto —dice bostezando.

Le hablo de mis recuerdos de esa época, en particular de las diferencias de costumbres. Los hombres norteamericanos controlaban el dinero y las mujeres, en el hogar, debían pedírselo a sus maridos cada vez que lo necesitaban. Nuestras vecinas estaban sorprendidas por nuestro proceder en Japón, donde las mujeres por lo general administran la economía doméstica, tengan ingresos propios o no.

—¡Ah, por eso el *ūman-ribu* empezó en Estados Unidos! —exclama mi marido.

La lluvia ha amainado. El cielo se aclara cada vez más. Pronto el sol aparece entre las nubes. Canturreo una canción infantil que Zakuro cantaba cuando iba al jardín de infancia. «Girasol, girasol, qué alto está. Más alto que las dalias...»

—Cariño, ¿qué te parece si vamos al parque ahora? Podremos ver tus

adoradas hortensias. —Su iniciativa me encanta. Agrega—: Hoy me encuentro bien. Tengo ganas de salir.

Indiscutiblemente, hemos sobrevivido a la vida conyugal. Para mí supuso un gran desafío acompañar a un hombre tan activo como Tsuyoshi. Además, su vida familiar no era sencilla.

Una vez casados me encontré viviendo bajo el mismo techo con su familia. La madre, el hermano y las dos hermanas. El chico tenía dieciséis años y las chicas contaban trece y ocho. Vivíamos en una vieja casa alquilada. Tsuyoshi tenía que ayudar económicamente a su madre. En aquel momento, pues, alquilar una vivienda solo para nosotros dos no era prioritario. Además, su familia tenía una preocupación grave: habían dado a su padre por desaparecido en Siberia.

Tsuyoshi me pidió enseguida que me ocupara de ciertas actividades. Seguir con mis lecciones de la ceremonia del té y de ikebana. Aprender el arte culinario de mi suegra, una excelente cocinera. Estudiar inglés. Y sobre todo leer libros sobre nuestra cultura y nuestra historia. Esperaba que en el extranjero pudiera comportarme como la mujer de un diplomático.

Siete años después de casarnos, lo trasladaron a Nueva York y luego a Londres. Fui con él.

Yo hacía lo posible para que mi marido pudiera concentrarse en su trabajo. También me correspondía organizar veladas o recepciones. Varios de sus subordinados vivían solos. Cuando sentían nostalgia, los invitábamos a cenar.

Al principio estaba deslumbrada por la riqueza americana. Las grandes

casas, los grandes coches, los grandes terrenos. Una vida muy confortable en términos materiales. Una vez, sin pensar, le dije a Tsuyoshi:

—Podríamos instalarnos aquí para siempre.

—Ni se te ocurra pensar algo así estando nuestro país en dificultades —me riñó.

Tsuyoshi era jefe de equipo. Cuando uno de sus subordinados cometía un error, él asumía la responsabilidad y lo animaba a mejorar para no repetirlo. A veces recibía una orden de la sede central que no le parecía razonable. Siempre convencía a sus superiores de lo que pensaba, y agregaba: «Trabajamos no solo para nuestra empresa, también para nuestro país».

Se jubiló en 1981, a los sesenta años.

En Goshima le pidieron que siguiera como consejero. Le ofrecían un buen sueldo. Rechazó la propuesta. La promoción no le interesaba. Hacía tiempo que tenía otro proyecto: pasar tres años en Indonesia. Era el primer país extranjero al que había ido, al principio de su carrera. Allí una organización no gubernamental buscaba instructores profesionales. Quería participar como voluntario.

A nuestro regreso de Indonesia, en 1984, empezamos por fin a viajar como turistas. Cuando veía productos japoneses —coches, maquinaria pesada, aparatos eléctricos, cámaras, pianos, etcétera— me sentía orgullosa pensando en los esfuerzos que había hecho mi marido.

Viajábamos al menos una vez al año. Sudamérica, África, Europa... Nuestro último viaje fue a Bukachacha, en Rusia. Allí el padre de mi marido, Banzō Toda, había sido detenido y hecho prisionero. Zakuro nos acompañó en todo el viaje.

Tsuyoshi repite que me debe el éxito de su carrera. Pero yo creo que tuvimos la suerte de compartir experiencias únicas, buenas o malas, sin poner

jamás nuestra vida conyugal en peligro. Estoy muy contenta de haber podido acompañarlo hasta el final de la misión que se había asignado.

Son las ocho pasadas. Mi marido ya se ha acostado.

Sentada en el sofá de la sala, leo una revista. En un momento determinado suena el teléfono. «¿Quién será?» Es raro que recibamos llamadas por la noche. Respondo desde el teléfono de pared de la cocina.

—Buenas noches, tía Toda...

—¡Ah, eres tú, Zakuro!

Han pasado dos semanas desde su última visita. Recuerdo enseguida su viaje a Nagoya.

—Lamento molestarte tan tarde... —se disculpa con tono vacilante. Se le quiebra la voz.

—¿Estás bien?

—No. Es por mi relación.

—¿Te refieres a Toshio y tú?

—Sí. He roto nuestro compromiso.

—¿Qué?

Desconcertada, no sé qué decir. Quiere verme esta noche. Le contesto que venga, por supuesto.

La recibo ante el portón. Apenas sale de su coche se precipita a mis brazos.

—¿Qué ha pasado?

—Tía Toda, eres la primera persona a la que se lo cuento —me confiesa con lágrimas en los ojos—. Mañana hablaré con mis padres.

La invito a la sala, diciéndole que mi marido ya está durmiendo. Vuelve a

disculparse por molestarme a una hora tan avanzada. Le sirvo un vaso de té de cebada fresco.

—¿Qué ha pasado? —repito.

Ella contesta conteniendo las lágrimas:

—Como estaba previsto, fui a Nagoya a la reunión de hombres de negocios rusos y japoneses.

—¿Tuviste tiempo de ver a Toshio?

—Solo lo vi, no hablé con él.

No entiendo. Se queda callada un instante y empieza a explicarme.

La reunión se anuló en el último momento. El invitado ruso más importante había tenido que regresar con urgencia a su país.

—De modo que ese día estabas libre —digo.

Zakuro asiente con la cabeza.

—Sí, hasta las cinco de la tarde. Decidí ir a ver el debate público en el que participaba Toshio.

—Ah, sí, algo nos habías contado ya —la interrumpo—. El tema era la instalación de una central nuclear en la región, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—¿Y Toshio estaba allí?

—Sí. Escuché cada una de sus palabras. —Enrojece de rabia.

—¿Qué dijo?

—Dijo todo lo contrario a lo que sostiene como científico. Yo no daba crédito a lo que oía. —Según Zakuro, en el debate los representantes locales decían que muchos habitantes se oponían a la instalación de una central nuclear. «No podemos aceptar algo tan peligroso, no importa dónde esté. Pero más aún en una zona sísmica. Además, las tierras de esta región son demasiado blandas para una instalación tan pesada. Los residentes tienen

miedo de verse expuestos a la radioactividad», insistían—. ¡Es justo lo que Toshio ha sostenido siempre! —exclama.

—¿Qué les contestó?

—Trataba de convencerlos de que el sitio era seguro y la energía nuclear, necesaria —dice enfadada—. Les decía incluso que los beneficios estaban garantizados por ley y que la ciudad prosperaría... Oí que susurraban: «Es un científico que trabaja para el Gobierno. Es inútil discutir con él».

—¿Toshio llegó a verte?

—No. Le conté que había estado más tarde, por teléfono.

—¿Cómo reaccionó?

—«No tuve más remedio. Nuestra universidad está subvencionada por la compañía de electricidad de la región. Oponerse a ella es perder el trabajo. Convencer de la seguridad de la instalación nuclear es una de nuestras misiones.»

—Qué patético...

Recuerdo el tratado japonés-americano sobre energía atómica firmado diez años después de la guerra. Estados Unidos «prestaba» a Japón uranio enriquecido para los reactores. Japón tenía que usarlo todo, devolver el combustible utilizado y emitir un informe anual. No sé por qué al pensar en ese tratado vuelvo a ver la imagen de las flores de *yamabuki* sin frutos.

—Si los científicos no dicen la verdad —añade Zakuro, aún enfadada—, ¿con quién podemos contar para evitar posibles catástrofes?

—Tienes razón. Pero Toshio es un hombre ambicioso. Espera incluso ser *kyōju* de su universidad. Los investigadores con principios no aspiran a ascender en la jerarquía.

Zakuro asiente con una sonrisa amarga.

Luego me explica lo que acaba de contarle uno de los colegas de Toshio. Según este, Toshio habría dicho: «La mujer ideal es activa y sociable y sobre

todo económicamente independiente. Así, en caso de divorcio, las cuestiones financieras serán mucho más simples. En caso de tener hijos, solo hay que compartir de manera equitativa las obligaciones, como en los países occidentales».

—Me ha decepcionado mucho —dice Zakuro—. Me parece muy calculador. Para Toshio, una pareja funciona como una sociedad de negocios.

—Pero tú también elegiste a ese hombre planteando tus propias condiciones —replico.

—Es cierto... Es recíproco, entonces. —Su rostro se ilumina. Tras un instante de silencio, me dice—: Por un tiempo, me concentraré únicamente en mi trabajo.

—¡Buena idea!

Son casi las diez. Mientras la acompaño hasta su coche, canturreo:

La vida es breve.

Enamoraos, muchachas,

antes de que el carmín de vuestros labios desaparezca,

antes de que la marea de vuestra sangre ardiente se entibie,

Mañana la hora habrá pasado.

Cuando termino de cantar, Zakuro murmura:

—Qué bonita es esa canción.

Sus ojos están perlados de lágrimas.

Un sol blanco y caliente brilla desde esta mañana. Las cigarras cantan escandalosamente. Hace unos días que no llueve. El *tsuyu* parece haber terminado.

Camino por una calle comercial de nuestro barrio.

Me detengo un momento ante una pastelería. Al otro lado del escaparate veo un arreglo de *yamabuki* en un jarrón. Me sorprende ver esas flores en esta época. Están engalanadas con una sola fila de pétalos redondos. Me impresiona su amarillo vivo. Pienso en la palabra «cambio», que ese color simboliza.

—¡Señora Toda!

Al volverme, veo a una mujer de mi edad. Tardo un instante en reconocerla.

—¡Señora S.! ¡Qué sorpresa! —exclamo.

Es la mujer del señor S., que ha fallecido recientemente. Le presento mis condolencias. Me dice que acaba de visitar la tumba de su marido, que está en el templo de este barrio.

Noto que tiene buen aspecto, mucho mejor que antes. Más de veinte años han pasado desde nuestra conversación en el centro comercial. Esta vez soy yo la que sugiere que vayamos a tomar algo al café. Acepta con mucho gusto.

Entramos en el café que Tsuyoshi y yo frecuentamos. Aquí me enteré del fallecimiento del señor S. Su viuda observa el interior como si entrara por primera vez.

—Me enteré de que su marido tuvo un final en paz. Sin enfermedad ni dolor

—le digo mientras me bebo el *kōcha*.

—Sí —contesta con calma—. Falleció en casa, en los tatamis, como deseaba. Me alegré por él.

Pienso en Tsuyoshi, que al enterarse de la noticia me repitió: «Qué suerte...». La señora S. se disculpa por su silencio desde nuestro último encuentro. Le pregunto por qué se marcharon al barrio K.

—Abrimos un café allí —dice sonriendo.

—¿Un café? ¿De veras?

Estoy muy sorprendida. Meterse en negocios no casa con su imagen. Para mí era una mujer hogareña, consagrada a su familia. Recuerdo la expresión algo triste que tenía en aquella época. Me había dicho: «Si volviera a nacer, viviría con otra persona».

—Dejó nuestro barrio después de que su marido se jubilara, ¿verdad? —constato.

—Así es. ¿Quiere saber qué nos ocurrió?

—¡Por favor!

Cuenta con calma su historia. La escucho con mucho interés.

Cuando se jubiló, el señor S. recibió una cantidad de dinero considerable en concepto de liquidación por parte de la empresa donde había trabajado treinta y ocho años. Entonces le dijo algo que ella no se esperaba.

«Querida, hemos vivido juntos más de treinta años. He trabajado para alimentar a la familia, tú has cuidado de los niños y la casa. Te agradezco una vez más todo lo que has hecho como mujer y como madre. Pon la mitad de este dinero a tu nombre, en lugar de ponerlo en nuestra cuenta común.

»Ahora que nuestros hijos son todos independientes, estamos solos otra vez. Quiero asegurarme de que en verdad deseas continuar con nuestra vida conyugal. Si no tenemos graves problemas de salud, nos quedan al menos

veinte años por delante. Creo que es el momento de considerar seriamente nuestro futuro.»

—¿Cómo reaccionó usted? —pregunto emocionada a la señora S.

—Sinceramente, me sentí avergonzada. Mi marido intuía lo que yo estaba pensando: «No estoy satisfecha con nuestra relación, pero seguiré viviendo con él hasta el final».

El señor S. era de nuestra generación. Durante la guerra había sido soldado, como Tsuyoshi, y luego combatiente de nuevo, esta vez en la guerra económica. Trabajar, trabajar y trabajar.

Según ella, el señor S. era un poco autoritario, pero muy responsable. Siempre tomaba decisiones por el bien de sus hijos y su mujer. Era un hombre de principios. En el fondo, ella se había casado con él solo porque lo amaba.

—Decidí mejorar mi vida con él —dice—. En aquel momento se me ocurrió una idea: abrir un café para estudiantes. Era mi sueño.

—¡Qué buena idea! —exclamo.

Recuerdo que le gustaba mucho hacer dulces. Sus hijos le criticaban cada nueva receta y ella iba progresando.

—Le hablé del asunto a mi marido —me dice la señora S.—. Y tras una larga reflexión, aceptó.

Trabajaron juntos en el café durante veinte años, hasta que lo vendieron, hace ahora cinco. Les costó varios años encarrilar el negocio.

—Nos llevábamos mejor que nunca —añade riéndose—. Nuestros hijos estaban muy contentos por nosotros, claro. ¡Mi marido se divertía más que yo con aquella aventura!

Sonríó al imaginar al señor S. tomando el pedido de un grupo de jóvenes estudiantes.

—Vivimos juntos de verdad —prosigue—. Y al final entendí por qué usted, en caso de volver a nacer, querría vivir de nuevo con su compañero. En el

momento de morir, me dijo: «Querida, te espero en el otro mundo. Cuídate hasta que volvamos a vernos». —Cuando salimos del café me dice con una sonrisa apacible—: ¡Salude de mi parte al señor Toda!

Estamos a 13 de julio, es nuestro quincuagésimo sexto aniversario de boda. Zakuro llama para felicitarnos. Pasamos el día tranquilos.

Ahora a Tsuyoshi le cuesta permanecer de pie mucho tiempo. Pronto necesitará cuidados domiciliarios. Si eso no basta, nos mudaremos juntos a una residencia de ancianos. En tal caso alquilaremos o venderemos nuestra casa.

Por la noche cenamos los platos que he preparado cuidadosamente. Sopa de verduras, pescado a la parrilla, tofu y ensalada de *wakame*. Brindamos con sake.

—¡Por nuestro quincuagésimo sexto aniversario de boda!

Mientras saborea su trucha a la parrilla, me repite:

—¡Está delicioso, Aiko!

Pienso en nuestra conversación sobre el señor y la señora S. y el café que habían abierto. Mi marido bromeaba: «¿Ese señor S. fue dueño de un café? Un típico empleado como él... ¡Qué extraño!».

—Querido, si volvieras a nacer, ¿serías otra vez *shōsha-man*?

—No elegiría esa profesión, cariño —contesta sin dudar.

—¿No? Pero eras muy bueno.

—Hice cuanto pude y estoy orgulloso. Pero no elegiría esa profesión — repite.

—Entonces, ¿qué profesión elegirías?

—La de agricultor.

—¿Agricultor? ¡Menudo cambio!

—Seríamos autosuficientes y viviríamos en una pequeña isla. Un lugar donde no habría guerras ni energía nuclear. Cultivaríamos arroz, verduras, frutas, flores. Pescaríamos en alta mar.

—¡En una pequeña isla! ¡Ay, qué romántico! Y tú siempre serías el hombre viril que protege la isla y a sus habitantes.

—¡Para ti siempre seré un samurái! —dice riendo.

Después de cenar tomamos un baño juntos.

Tsuyoshi frota mi espalda con la esponja vegetal enjabonada, suavemente y largo rato. Canturrea «Akatonbo». Recuerdo la escena en el tren donde nos vimos.

—¿Por qué dejaste tu mensaje de amor sobre mis rodillas sin decirme nada? —le pregunto de repente—. ¿Por qué de una forma tan arriesgada? ¿No temías que el papel cayera al suelo y otra persona lo recogiera?

—Creía en nuestro destino —contesta sin dejar de frotarme la espalda—. Si no nos hubiéramos cruzado en el tren, lo habríamos hecho en algún otro sitio.

Me sorprende.

—¿Desde cuándo crees en el destino? —pregunto.

—Desde siempre.

Sigue canturreando la canción. Estoy tentada de hacerle otra pregunta: si cree en la existencia del otro mundo. Pero me abstengo.

Esta noche hace calor. Nos sentamos en la sala, donde las puertas de cristal están abiertas del todo. Con los ojos cerrados, Tsuyoshi entra en meditación, mientras yo observo las estrellas. Permanecemos en silencio mucho tiempo.

Esta noche nos quedamos despiertos hasta más tarde de lo habitual. Cuando vamos a acostarnos, son las once pasadas.

Despierto en la penumbra. Son casi las cuatro y media.

Tsuyoshi respira tranquilamente en su sueño. Bostezo. En ese momento lo oigo murmurar. Sigue con los ojos cerrados, pero sus labios se mueven ligeramente. Está soñando. Presto atención. Repite con bastante claridad:

—Allí, está viniendo. Está viniendo...

Experimento una extraña sensación de *déjà-vu*. Reflexiono.

Un momento después, me doy cuenta de que mi marido ya había dicho en sueños algo parecido. Repetía: «Va a venir...». Me pregunto si en ambos sueños será la misma persona. Poso mi mano sobre la suya muy suavemente. Calmada por el calor de su piel, me adormezco de nuevo.

Estamos paseando por la playa. Tsuyoshi va vestido de samurái y yo con quimono. Mientras camino detrás de él, voy recogiendo conchas en un cesto de bambú. Se detiene y me sonríe con una cara rejuvenecida, como de adolescente.

En nuestra pequeña isla proliferan las plantas y los árboles. En el centro hay una montaña cubierta de flores amarillas. Las gaviotas vuelan en el cielo límpido. El aire fresco, el viento revitalizante, el olor del mar.

Vamos en balsa a alta mar. Nos zambullimos desnudos en el agua y nadamos entre los bonitos arrecifes de coral. Muy cerca pasa un banco de peces de colores. Lo seguimos y entramos en un lugar donde el agua es más oscura.

Oigo que alguien susurra: «Tsuyoshi..». Es la voz de un hombre maduro. Me resulta familiar. El hombre repite: «Tsuyoshi...». Miro alrededor. No hay nadie. Delante de mí solo hay un hermoso pez amarillo. Llamo a Tsuyoshi: «¡Alguien está buscándote!». Vuelve la cabeza hacia mí, me dirige una sonrisa serena y sigue nadando. «¿Adónde vas?», le pregunto. Hace un gesto para invitarme a seguir al pez amarillo...

Despierto. La luz penetra a través de las cortinas de encaje blancas. Son las siete y diez. Oigo los trinos de los gorriones. Me da la impresión de haber dormido mejor esta vez. Me siento despejada. Tengo ganas de levantarme.

Pienso en mi sueño: «Qué extraño...». Se parece al de hace un mes. La otra vez también nadaba en el mar y oía la voz de un hombre maduro. Me rescataba de una tormenta. La voz me resultó familiar, pero no llegué a descubrir de quién era. Esta vez creo que la reconozco. Me esfuerzo por identificarla.

Al cabo de un instante logro por fin resolver el pequeño enigma: «¡Ah! ¡Era la voz de Banzō Toda!». Solo lo vi una vez, cuando llegó a nuestra casa a encontrarse de nuevo con su mujer. Hace de ello treinta y cuatro años. «Entonces fue él quien me salvó en el sueño...», me digo. Distraída, permanezco sentada en el futón.

Tsuyoshi sigue durmiendo. Me levanto muy despacio y echo un vistazo a su rostro. En ese momento, me sobresalto. Tiene los labios ligeramente abiertos, pero sus ojos siguen cerrados.

—¡Cariño! —lo llamo de inmediato.

No responde. Le toco la mano derecha, que no irradia su calor normal. Ya está muerto.

Desamparada, me siento de nuevo en la cama. Vuelvo a tomar sus manos entre las mías.

—Era tu padre, entonces... Ha venido a buscarte —murmuro.

No sé cuánto tiempo pasa. Cuando por fin me incorporo, veo un papel plegado en dos sobre mi manta. «¿Qué será?» Lo recojo. Es un papel de carta. Lo despliego y enseguida reconozco la caligrafía de mi marido. Tres frases cortas, como un haiku.

Tú, mi flor de *yamabuki*,
ojalá tenga la suerte de volver a verte.
Tú, mi amor eterno.

Hay otra frase al pie:

Aiko, te contestaré en tu corazón apenas me llames. Tsuyoshi.

Es su caligrafía, sí. Simple y clara.

Mis lágrimas empiezan a caer sobre el papel.

Glosario

Aisaika: buen esposo. Literalmente, «hombre que ama a su mujer».

Akatonbo: libélula roja, título de una canción japonesa. De *aka*, «rojo», y *tonbo*, «libélula».

Akitsu: antigua acepción de *tonbo*, equivalente también de Yamato, el nombre primitivo de Japón.

Arubaito: trabajo temporal, sobre todo para estudiantes. Deformación del alemán *Arbeit*.

Atendo (del inglés *attendant*): servicio de recepción, acompañante.

Bentō: comida rápida contenida en un recipiente para llevar.

Bon: conmemoración budista a los muertos, celebrada entre el 13 y el 15 de julio o entre el 13 y el 15 de agosto, según la región.

Chawan-mushi: flan de huevo y pollo que se sirve caliente en una taza.

Chīzu: del inglés *cheese*, «queso».

Choko: taza de sake.

Dokata: trabajador de obras públicas que excava en el terreno o transporta tierra.

Ebihurai: gambas fritas.

Ekisha: adivino, vidente.

Genkan: entrada donde se dejan los zapatos.

Gofuku-ya: tienda de telas.

Gondora no uta: «La canción-góndola», escrita por Isamu Yoshii en 1915 (traducida al francés por la autora de esta novela).

Gyōza: pequeña pasta rellena de verdura, pollo picado, etcétera.

Hiragana: escritura silábica japonesa.

Huryō-saiken: imposibilidad de cobrar una deuda. *Furyō*: «malo», «defectuoso»; *saiken*: «deuda».

Ijime: humillación; acto de atormentar o acosar.

Innen: fatalidad.

Juku: clases privadas.

Kaiseki: comida sencilla servida antes del té verde en el *cha-no-yu* (la ceremonia del té). También se dice *kaiseki-ryōri*.

Kanji: ideograma chino.

Kanpai: brindis, «¡Salud!».

Katakana: escritura silábica japonesa utilizada principalmente en las palabras de origen extranjero.

Kenzan: base de metal llena de agujas para colocar flores. Sujetaflores.

Kobe-beef: carne vacuna cebada con cerveza.

kōcha: té occidental.

Kokugo: lengua nacional.

Kōryan (morokoshi): planta china de granos comestibles.

Koseki: estado civil que estipula el domicilio legal de la familia cuyos miembros llevan el mismo nombre.

Koto: cítara japonesa de trece cuerdas.

Kyaria-ūman: mujer que desarrolla una carrera. Deformación del inglés *career woman*.

Kyōju: el puesto docente más alto.

Mazakon: persona, especialmente un chico o un hombre, con un apego

excesivo a su madre. No es un término oficial en psicología.

Miai: encuentro concertado con vistas a una boda.

Minshu-undō: movimiento político que surgió en los campos de trabajos forzados. Como consecuencia de la reeducación impuesta por los oficiales soviéticos para adoctrinar a los soldados japoneses, la jerarquía del ejército japonés se derrumbó y los soldados subalternos tomaron las riendas del movimiento. Militaristas y antisoviéticos fueron violentamente criticados en público. *Minshu*: «democrático», y *undo*: «movimiento».

Mitsuba: tres hojas. En japonés, «trébol» se dice *shiro tsume kusa* o *kurōba*, del inglés *clover*.

Nigiri (nigirizushi): variedad de sushi, bolita de arroz recubierta por un trozo de pescado, de crustáceo o de huevas de pescado.

Nisei: emigrado de la segunda generación.

Nomiya: bar de mala fama.

Noren: cortina de algodón colgada de la puerta de una tienda que sirve de cartel y de persiana.

Ondai: facultad de música.

Onigiri: bola de arroz, generalmente envuelta en *nori* (hoja de alga deshidratada).

Oshibori: pequeña toalla ligeramente húmeda para limpiarse las manos antes de comer.

Oshiire: armario empotrado para ropa de cama y vestidos.

Rabu-hoteru: casa de citas. Deformación del inglés *love-hotel*.

Ryūdan: granada.

san: sufijo de cortesía equivalente a señor, señora o señorita.

Sasa-kamaboko: pasta de pescado estofada y luego cocinada a la plancha, en forma de hoja de bambú enano.

Sashimi: rodaja de pescado crudo.

Sekkusu-resu: sin relaciones sexuales. Deformación del inglés *sex-less*.

Shamrock: palabra de origen irlandés que significa «tres hojas».

Shinkansen: tren de alta velocidad japonés.

Shodō: caligrafía japonesa.

Shōji: puerta corredera con el armazón reticular cubierta de papel translúcido.

Shōsha-man: representante de una firma comercial. *Shōsha*: «empresa comercial»; *man*: del inglés *man*, «hombre».

Shukumei: fatalidad, destino.

Shūmai: raviolis de cerdo al vapor.

Soba: fideos de trigo sarraceno.

Sōgō-shōsha: gran empresa comercial. *Sōgō*: «síntesis», «globalización».

Takarazuka: elenco de music-hall compuesto únicamente de mujeres.

Tama no koshi (del proverbio *tama no koshu ni noru*): matrimonio entre una chica pobre y un hombre de alcurnia.

Tandai (tanki daigaku): instituto universitario con programa de dos años.
Tanki: «corta duración»; *daigaku*: «universidad».

Tanka: poema de treinta y una sílabas.

Teijisei: instituto nocturno, instituto a tiempo parcial.

Tempura-udon: sopa de fideos servida con buñuelos japoneses.

Tokonoma: nicho montado en la pared en la habitación de los tatamis.

Tonbo: libélula.

Tonbo no megane: «anteojos de las libélulas». Canción escrita por Seishi Nukaga en 1949.

Tsukushi: tallo con esporangios de la cola de caballo.

Tsuyu: período de lluvias que dura alrededor de un mes a partir de mediados de junio.

Udon: fideo blanco de harina de trigo.

Ūman-ribu: movimiento de liberación de las mujeres. Deformación del inglés

women's liberation.

Usubaki-tonbo: especie de libélula. Nombre científico: *Pantala flavescens*.

Wa: armonía, paz, unión, Japón, el japonés.

Waka: poema de treinta y una sílabas. Una de las formas poéticas clásicas japonesas.

Wakame: un tipo de alga.

Yakitori: especie de brocheta de pollo, también denominada *kushiyaki*.

Yamabuki: rosa amarilla de Japón (*kerria japonica*).

Yuinō: regalo de compromiso matrimonial que intercambian las dos familias.

Yūkaku: barrio de burdeles.

Zabuton: cojín cuadrado usado para sentarse encima de los tatamis.

Zakuro: granada, granado.

Zensho shimasu (suru): tomar medidas oportunas.

¿Cuánto dura el amor? ¿Bajo qué formas vuelve a encenderse? ¿Cuáles son las consecuencias del amor perdido?

Por la ganadora del Premio Ringuet de la Academia de las Letras de Quebec, del Premio Literario Canadá-Japón y del Premio Gouverneur-Général

Aki Shimazaki
El corazón de Yamato



Aoki Takashi tiene treinta años y trabaja para una prestigiosa empresa de Tokio que exige a sus empleados tiempo y dedicación absolutos. Apenas queda espacio para la vida sentimental, pero Takashi se enamora violenta e inesperadamente de Yuko, una recepcionista con la que comparte clases de francés. Juntos empiezan una hermosa relación, llena de ritos cotidianos, que se ve amenazada cuando el heredero del poderoso banco Sumida se fija en ella y le pide oficialmente la mano a su padre.

Aunque escribe en francés, Shimazaki pertenece a la misma estirpe de grandes escritores contemporáneos japoneses como Haruki Murakami, Hiromi Kawakami y Yoko Ogawa, con esa combinación única de sensualidad y melancolía y esa atención a los pequeños y grandes cambios de la naturaleza y del alma humana.

«La novela más conmovedora del año; sus últimas páginas se cuentan

entre las más emotivas que hemos leído en mucho tiempo. Todas las emociones del mundo pasan por sus líneas.»

JOSÉE LAPOINTE, *La Presse Montréal*

«Una escritura única en la que cada fragmento es como la pieza de un puzle.»

ALICE MONARD, *Journal du Japon*

«Leerla es como una brisa fresca y perfumada en un día de calor asfixiante.»

Littérature québécoise

«Una larga historia de amor que enternece y conmueve. Un flechazo enorme.»

Le Soir

«Uno acaba completamente seducido por esta novela construida tan minuciosamente, emocionado y conmovido, mucho más de lo imaginable.»

Le Devoir

«Shimazaki examina la violencia de las relaciones sociales en la sociedad japonesa.»

LAURENCE HOUOT, *France Info*

«Un seísmo interior observado con gran agudeza psicológica.»

Télérama

«Con esta nueva serie, Shimazaki explora más de cerca la vida cotidiana

de Japón, sobre todo los aspectos que dificultan las relaciones amorosas, a veces hasta lo imposible. Pone de manifiesto ciertas tradiciones y cómo los jóvenes de hoy las cuestionan, siempre logrando transmitir la sutileza de las emociones.»

Lecture

«Shimazaki escribe como si pintara una tela preciosa.»

Le Canada Français

Aki Shimazaki nació en Gifu (Japón) en 1954, pero vive en Montreal (Canadá) desde 1991. Sus libros han sido traducidos al inglés, japonés, serbio, alemán, ruso y húngaro. Con *El quinteto de Nagasaki* ganó el Premio Ringuet de la Academia de las Letras de Quebec, el Premio Literario Canadá-Japón y el Premio Gouverneur-Général en 2005. Tras un segundo ciclo de cinco novelas titulado *Au coeur du Yamato*, en 2015 comenzó un tercero, *Azami*. Es también autora de las novelas *Tonbo* (2012) y *Hôzuki, la librería de Mitsuko* (2016). Entre sus escritores de referencia están Marguerite Duras, Osamu Dazai y Agota Kristof.

Título original: *Au coeur du Yamato (Mitsuba, Zakuro, Tonbo, Tsukushi y Yamabuki)*

Edición en formato digital: junio de 2019

Mitsuba ©2006, Leméac Éditeur

Zakuro © 2008, Leméac Éditeur

Tonbo © 2010, Leméac Éditeur

Tsukushi © 2012, Leméac Éditeur

© 2012, Actes Sud

Yamabuki © 2013, Leméac Éditeur

© 2012, Actes Sud

Montreal (Canadá)

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Alan Pauls, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © iStock Photo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0627-9

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Los términos japoneses en cursiva se hallan agrupados en un glosario al final de la obra.

[2] Cabañas donde tradicionalmente se ha producido el jarabe de arce durante los meses de marzo y abril en la zona de Quebec. Para transformar la savia en miel mediante la evaporación, desde tiempos inmemoriales se construyeron refugios de madera con el fin de proteger la miel y minimizar la pérdida del calor ocasionada por la cocción a la intemperie. (*N. del T.*)

[3] Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas, por sus siglas en inglés. (*N. del T.*)

[4] *Grenade* en francés significa «granada», la fruta del granado y también, como en castellano, el artefacto explosivo. (*N. del T.*)

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El corazón de Yamato

Mitsuba

Capítulo I

Capítulo II

Zakuro

Tonbo

Tsukushi

Yamabuki

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Glosario

Sobre este libro

Sobre Aki Shimazaki

Créditos

Notas